



BRIANNE MILLER

*Un amor
muy conveniente*

BM



Ivette Blessington fue entregada en matrimonio al duque de Devonshire, un hombre extraño, viejo y malhumorado. Cuando llegó a la Iglesia resignada a su destino, descubrió que quien la esperaba en el altar era un apuesto y joven caballero con el pelo rojizo y los ojos más azules que jamás había visto.

Stefan Cavendish, quinto duque de Devonshire, jamás había querido ostentar el título, pero tras la muerte de su tío no tuvo más opción que cumplir con su deber. Entre esas obligaciones también estaba la de casarse con la joven Ivette... aunque cuando tuvo en su poder un retrato de la joven supo que ella sería la mujer perfecta para él.

Su vida en común comienza de la mejor manera que podían esperar. Pero la felicidad no tardará demasiado tiempo en empañarse... porque un peligro inminente acecha entre las sombras, poniendo en peligro su matrimonio, su amor... y su vida.

Prólogo

Londres, Noviembre de 1850

Ivette Blessington iba a casarse. Ni siquiera había sido presentada en sociedad, acababa de salir de la escuela de señoritas de la señora Spencer, en Essex, y ya la estaban preparando para su boda con Joseph Cavendish, duque de Devonshire, un hombre extraño, viejo y malhumorado.

Su madre no dejaba de revolotear a su alrededor, el peluquero iba a arrancarle la melena de tanto tirar con el cepillo, y ella solo quería gritar. ¿Por qué era la vida tan injusta? Su mayor deseo era asistir a su primera temporada como el resto de sus amigas. Quería bailar, ser cortejada por un sinfín de petimetres que ansiasen su fortuna, pero sobre todo quería casarse por amor. Desde que entró en la escuela de la señorita Spencer se había hecho amiga inseparable de Beth, Christine y Maggy, hijas de nobles acaudalados que querían hacer de sus hijas las perfectas damas de la corte inglesa. Ellas, sin embargo, tenían otros planes. Las travesuras de las cuatro muchachas estaban a la orden del día, era extraño que no se metieran en algún lío y terminaran castigadas en el despacho de la directora, escribiendo quinientas veces algunas de las normas de la alta sociedad. Para las profesoras eso era un castigo, sin embargo, ellas lo veían como una manera eficaz de escaparse de las clases para pasar tiempo juntas. Mientras cumplían con la tarea, las cuatro amigas hablaban sobre lo que harían cuando saliesen del colegio: irían a bailes y buscarían al hombre perfecto para casarse.

—Mi esposo tiene que ser moreno —decía Beth—, con los ojos más azules que haya visto jamás. Será tan apuesto que todas las damas me mirarán envidiosas cuando vayamos al teatro, y me tratará como a una reina cuando estemos a solas.

—Pues el mío —canturreaba Maggy— ha de ser rubio, con los ojos del color de la miel. Será un hombre bueno, y jamás me levantará la mano. Me tratará como a una igual y tendremos seis o siete hijos.

—Yo quiero que mi esposo sea tan apuesto que me deje sin aliento —añadía Christine—, tan apasionado que no pueda separar sus manos de mí.

—¿Y tú, Ivy? ¿Cómo quieres que sea tu esposo? —preguntaba alguna de sus amigas.

Ivette sonreía y permanecía callada. Aunque sus amigas insistiesen, jamás daba su brazo a torcer, porque no creía que pudiesen entenderla. Lo que ella quería era un hombre que la amase tanto que no concibiese la vida sin ella. No le

importaba que fuese rubio, moreno o pelirrojo. Le traía sin cuidado que sus ojos fuesen tan azules como el mar o tan oscuros como el mismísimo Infierno. Quería un hombre que la respetase, que la mirase con amor en sus ojos, que la tratase como a una princesa de cuento de hadas y que no tuviese necesidad de buscarse una amante. Porque ella estaba segura de que se enamoraría de un hombre como ese, por muy mal amante que fuera.

Cuando intentó explicárselo a sus padres, ambos se echaron a reír. Ella insistió, pero su padre la castigó y le prohibió volver a hablar del asunto. Gritó, pateó, lloró... pero él no hizo caso de ninguna de sus palabras. “Tu deber es casarte con el hombre adecuado, y yo elegiré al que te conviene” le dijo. El duque de Devonshire había pagado una buena suma de dinero por conseguir una mujer que le proporcionase el tan deseado heredero que ninguna de las cuatro anteriores había sido capaz de darle. Ivette fue vendida como si fuese ganado para terminar con los problemas económicos de su padre, el conde de Blessington.

Su progenitor había perdido toda su fortuna en una mala inversión. En realidad únicamente había perdido una ínfima parte del dinero, pues el resto lo había perdido anteriormente jugando a las cartas. Cuando su madre murió siendo ella una niña, su padre no tardó demasiado en casarse con Margaret Polter, que había ejercido de figura materna lo mejor que supo. No lo hizo mal, eso era cierto, pero había sido una condesa deplorable. En vez de intentar disuadir a su padre para que dejara de jugar, Margaret le había animado ello, incluso ella misma había jugado más de una vez y, poco a poco, habían dilapidado la fortuna familiar. En su desesperación por salvar lo poco que les quedaba, su padre invirtió en un negocio que resultó ser una estafa, a pesar de que su tío James, el hermano de su madre, intentó disuadirle de ello.

Ahora ella se veía obligada a pagar las consecuencias de sus acciones. Hacía dos meses que su padre había aparecido en el colegio para llevársela con él, y en el camino hacia su casa le informó que estaba prometida en matrimonio con el duque de Devonshire, un hombre que bien podría ser su abuelo. ¿Cómo iba a ser capaz de cumplir con sus deberes maritales? Solo pensar en tener que yacer con un viejo lleno de arrugas le daba ganas de vomitar.

Si bien no le conocía aún, tenía que decir en su favor que parecía un caballero muy atento y educado. Desde que había vuelto de la escuela la había sorprendido en varias ocasiones con pequeños regalos que la hacían sonreír: un libro de su escritora favorita, un pañuelo bordado, un ramo de flores e incluso una pluma para escribir. Ella le contaba los progresos en los preparativos de la boda, lo que había hecho durante la semana e incluso algunos recuerdos del colegio. Pero todo eso no atenuaba el hecho de que en unas horas estaría casada con un hombre que le triplicaba la edad. Una lágrima resbaló por su mejilla sin poder evitarlo.

—Ivette, querida, no llores —dijo su madrastra limpiándole la cara con un

pañuelo de seda—. Sé que debes estar emocionada ante tu inminente boda, pero se estropeará tu cutis y tu futuro marido te verá llena de rojeces. Y no queremos eso, ¿verdad, querida?

—No, madre.

Ivette se situó frente a su vestido de novia, uno que todas sus amigas envidiarían. De raso completamente blanco, con una sobreveste de encaje bordada con perlas y rematado con pelo de armiño en el cuello y los puños. Cristen, su niñera, comenzó a vestirla mientras protestaba entre dientes por la terrible injusticia que sus padres estaban a punto de cometer. Cerró los ojos para escapar de ese mundo, para evadirse de la terrible realidad que la esperaba en la iglesia de St. Giles.

Bajó los escalones erguida, resignada a acatar su terrible futuro sin protestar más, pues de todas formas no iba a servir de nada. Su padre la esperaba al pie de la escalera, mirándola como si tuviese delante una gran fortuna. A fin de cuentas eso era ella para él...

—Mi cielo, estás preciosa —susurró el conde—. El duque va a estar encantado con este matrimonio. Vamos, ya llegamos tarde.

Desfiló cabizbaja, como los presos al cadalso, hasta un carruaje adornado con rosas blancas y jazmín. La iglesia estaba llena a reventar. Amigos y conocidos ocupaban los bancos de toda la iglesia, todos ellos iban a ser testigos de su desgracia. Recorrió el pasillo sin mirar a su futuro esposo, contando los pasos que la separaban del infierno.

—¿Pero qué demonios significa esto?!

El impropio de su padre la sobresaltó, haciéndole levantar la cabeza, y el hombre que la esperaba en el altar la miró con ternura y comprensión. Pero no se trataba del anciano del que las sirvientas le habían hablado, ni muchísimo menos. Se encontraba ante un atractivo joven, muy alto, con la piel tostada por el sol y los ojos más azules que había visto en su vida, aunque lo que más le llamó la atención fue el color rojizo de su pelo. El desconocido hizo una inclinación de cabeza dirigida a la muchacha y se volvió hacia su padre, cambiando su expresión. El joven muchacho había desaparecido para dar paso al peligroso e implacable duque de Devonshire.

—¿Hay algún problema, Blessington? —preguntó con voz firme.

—¿Dónde está el duque de Devonshire?

—Le tiene delante —contestó el joven con voz neutra—. Soy Stefan Joseph Cavendish, quinto duque de Devonshire.

—Pero el duque... —La cara de estupefacción del conde no tenía precio.

—El anterior duque, mi tío, murió hace un mes y yo heredé el título. El contrato que usted tenía firmado con mi tío vinculaba a su hija con el duque de Devonshire, no especificaba con cuál de ellos, así que el matrimonio sigue en pie.

Ivette se quedó paralizada. ¿El duque había muerto? Entonces todos los regalos, todas las cartas... ¡Habían sido de él! Todos los detalles venían de manos del joven duque, un hombre tan apuesto como peligroso.

—Por supuesto, excelencia —dijo el padre de la joven—. Disculpe mi reacción, pero nadie me informó del fallecimiento del anterior duque.

—Murió en Kent, y ante la inminencia de la boda decidí presentarme sin más en la iglesia. A fin de cuentas necesito una esposa y herederos, y su hija es tan buena como cualquier otra.

Ivette se sintió ultrajada ante aquella afirmación. Que su padre la tratase como moneda de cambio era insoportable, pero que su futuro marido la quisiera de yegua de cría era indignante. ¿Dónde había quedado toda la amabilidad que le había mostrado en sus cartas?

El cura comenzó la ceremonia y, antes de que la joven se recuperase de la nube de indignación en la que el duque la había envuelto, se había convertido en la duquesa de Devonshire.

Capítulo 1

Stefan Joseph Cavendish, quinto duque de Devonshire, se sentía nervioso por primera vez en sus treinta y dos años de vida. Estaba a punto de convertirse en un hombre casado, y no por decisión propia.

Cuando le informaron de que su tío se encontraba en su lecho de muerte, supo que su vida había llegado a su fin. Había sido educado para ser duque, fue a buenos colegios y aprendió todos los entresijos de la alta sociedad londinense para cuando este día llegara, pero él siempre había tenido la esperanza de que su tío concibiese un heredero que le quitase de encima el peso de su título. Tendría que heredar entonces el de su padre, pues era el primogénito, pero los negocios del marqués de Huntington en América le permitirían continuar haciendo lo que más le gustaba: viajar.

Los seis años anteriores habían sido los mejores de su vida, pues se había dedicado a viajar para la corona, visitando los confines de la tierra para traerle al príncipe Alberto las rarezas que exigía para exponerlas en la Gran Exposición, un museo creado en honor a su amada esposa, la reina Victoria. Visitó países con los que jamás había siquiera soñado, aprendió costumbres de cada uno de ellos y dejó un pedacito de su alma en todos esos lugares. Pero por desgracia esas aventuras habían llegado a su fin. Su tío, en su lecho de muerte, le había hecho prometer que se casaría con la joven Ivette, una niña que apenas había salido de la escuela.

—Debes cumplir nuestra palabra, Stefan —dijo el duque—, sin ella no somos nada.

—¿Y por qué demonios te prometiste con ella? ¡Ni siquiera ha hecho su debut en sociedad!

—Necesitaba un hijo.

—¿Un hijo? ¿Para qué? ¡Ya tienes un maldito heredero!

—Es cierto que tú eres mi heredero, Stefan, pero eres el hijo de mi hermano. No te he visto crecer, no he disfrutado de tus primeros pasos, ni de tu primera palabra o tu primer diente. Necesitaba tener todo eso.

—Podías haberlo tenido si te hubieras dignado a visitarme de vez en cuando.

—Créeme, mi hermano y yo éramos incapaces de permanecer en la misma habitación juntos más de veinte minutos. ¿O acaso no recuerdas que en las vacaciones veníais a verme con vuestra madre?

—¿Y no podías haber escogido a una viuda de tu edad para casarte? Esa

pobre niña debe estar aterrada pensando en el destino que le espera.

—¡Stefan, por amor de Dios! ¡Las mujeres de mi edad tienen el dique seco!
¿En serio crees que una viuda iba a proporcionarme un hijo?

—¿Sabes qué? Has perdido la cabeza. La enfermedad te ha vuelto loco.

—Quizás sea así... o quizás soy más inteligente de lo que todos imagináis y tengo un plan maquiavélico en la cabeza. En cualquier caso debes casarte con esa muchacha. Di mi palabra de que el duque de Devonshire desposaría a esa niña, y juro por Dios que lo vas a hacer.

—¡Está bien, maldita sea! ¡Lo haré!

—Stefan... sé que ahora mismo puede parecerme una locura, pero con el tiempo necesitarás una esposa que te proporcione un heredero. Ivette es una mujer buena, dócil, y estoy seguro de que serás feliz con ella.

—Iré a llamar al médico.

Desde ese momento había sentido que su vida estaba convirtiéndose en un infierno, que había sido encadenado por los grilletes del matrimonio y no podía hacer nada por evitarlo. Durante dos semanas apenas había pegado ojo, pensando en esa pobre muchacha a la que habían privado de disfrutar de su temporada social. No le habían permitido bailar, ni coquetear, ni divertirse. Le habían quitado lo único que era realmente propiedad de una joven, y él estaba dispuesto a resarcirse. Bien sabía Dios que no quería casarse, pero estaba seguro de que esa muchacha tampoco lo quería, al menos no tan pronto. Pensó mucho en Ivette Blessington, en cómo sería, en las cosas que la harían feliz... incluso en sus aspiraciones.

Tras la muerte de su tío, encontró en un cajón un retrato de la joven. Ivette era una auténtica belleza. Su cabello castaño caía suelto sobre sus hombros, sus rizos revoloteaban alrededor de un rostro ovalado y sonrosado por el sol de la mañana. Nariz respingona, labios llenos, y unos ojos almendrados del color de las avellanas que brillaban por la risa. Jamás había visto una mujer tan bella. Había viajado alrededor del mundo, había conocido mujeres voluptuosas por todas partes, pero todas ellas quedaban eclipsadas por su futura esposa. A partir de ese día puso todo su empeño en conquistarla. Había enviado flores y regalos bajo el nombre del duque, sin darle a conocer a la joven que no era el viejo decrepito que seguramente ella esperaba por temor a que su padre invalidase el compromiso. Recibió en respuesta algunas misivas en las que ella amablemente le daba las gracias y le contaba cómo iban los preparativos de la boda. Él disfrutaba leyéndolas una y otra vez, aspirando el perfume que impregnaba el papel, imaginado a la muchacha al escribirlas.

En el viaje desde Kent hacia Londres, Stefan había pensado mucho en la forma de compensar a su futura esposa por la libertad que le estaba arrebatando. Bien sabía Dios que él no era como el resto de los nobles. Había viajado tanto,

había descubierto las costumbres de tantas culturas, que su visión respecto al matrimonio distaba mucho de la que tenían sus compatriotas. Su esposa ideal no era una mujer que obedeciera en todo, agachara la cabeza y sonriese como una tonta. Para él la mujer perfecta tenía que tener alma, espíritu. Quería una mujer que le desafiara, que le diese a su monótona vida un toque de color.

Llegó a Londres con el tiempo justo de darse un baño, cambiarse de ropa y presentarse en la iglesia de St. Giles. No se dio demasiada prisa, sabía por experiencia que las mujeres solían llegar tarde el día de su boda. Su hermana se había encargado de dejárselo muy claro cuando contrajo matrimonio con uno de sus mejores amigos, Andrew Svenson, marqués de Somerset.

Ivette, sin embargo, fue peligrosamente puntual. Si llega a demorarse cinco minutos más, habría sido ella quien le esperase a él en el altar. Cuando la vio aparecer por el pasillo de la iglesia, Stefan se quedó sin respiración. La belleza de la joven superaba la de cualquiera de las mujeres que habían acudido a la ceremonia. Su cabello castaño estaba recogido en la nuca con un moño sencillo, y un mar de tirabuzones rodeaba su rostro, sonrosado y salpicado de pecas. Una pequeña diadema sostenía en su cabeza el velo, y su vestido de novia se amoldaba a sus curvas de manera deliciosa. A Stefan le pareció la visión más hermosa que había tenido en su vida, pero cuando Ivette levantó la cabeza y se reflejó en sus ojos color avellana, supo que ella era la mujer adecuada para él. No era demasiado alta, apenas le llegaba a la barbilla, con una figura curvilínea que la diferenciaba de la marea de debutantes que había tenido que soportar temporada tras temporada cuando no se encontraba en alta mar.

La ceremonia pasó casi sin darse cuenta, y cuando el cura los declaró marido y mujer, se volvió hacia la joven y le dio un casto beso en la frente. Lo que realmente quería era arrasar su boca, besarla hasta hacerla perder el sentido, pero tendría que esperarse a estar a solas con ella. ¡Maldito decoro! Salieron de la iglesia cogidos del brazo, y un centenar de personas se acercó a ellos para darles la enhorabuena, tras lo cual se dirigieron a su mansión en Mayfair para continuar con la celebración. La cena se sirvió en el salón azul de la mansión del duque: crema de calabaza con jengibre, ensalada con vinagreta de mostaza, perdiz a la cerveza con guarnición de guisantes y de postre pastel de limón. Ivette estaba callada, demasiado callada, y Stefan no sabía qué hacer para hacerla sonreír.

—¿Te encuentras bien, Ivette? —susurró en su oído, haciendo que la joven se sobresaltase.

—Muy bien, excelencia. Solo estoy cansada.

—Estamos casados, Ivette. Puedes llamarme Stefan.

—Pero en público...

—Me importa muy poco lo que los demás piensen de mí. Eres mi esposa, y espero que me tengas confianza. No soy como el resto de nobles de Londres,

querida. No lo olvides nunca.

—Entonces me gustaría que me llamas Ivy. Mis amigas me llaman así.

El duque puso su mano sobre la de la joven, que descansaba sobre la mesa, y la apretó con cariño, arrancándole una tímida sonrisa. Los murmullos a su alrededor no tardaron en aparecer, pero él era duque, así que podía hacer lo que le viniese en gana.

Una vez terminada la cena, los invitados se dirigieron al salón de baile. Stefan se demoró con Ivette, buscando un poco de intimidad. La llevó a un rincón apartado y la besó en la mano y en la mejilla, sonriéndole.

—Sé que estás cansada, pero ya queda muy poco. Abriremos el baile y podrás irte a descansar. Yo tendré que quedarme hasta que los invitados se vayan, pero no me esperes despierta.

—De acuerdo, excel... Stefan.

Escuchar su nombre en los labios de la joven le hizo sonreír. Su voz era dulce, suave, y su nombre sonaba a poesía para él. Acarició con ternura la mejilla de su esposa, y ella le recompensó con una sonrisa sincera y una caída de ojos deliciosa. No pudo resistir la tentación de besarla en los labios. Tras asegurarse de que no había curiosos a su alrededor, sujetó a su esposa por la nuca y unió sus labios a los de ella. Apenas fue un roce, y terminó antes siquiera de haberla saboreado, pero la recompensa de su rostro sonrosado por el estupor fue más que suficiente para mantenerle satisfecho hasta dentro de unas pocas horas.

Ivette enlazó su brazo con el de su marido y entraron en el salón de baile. A él no se le daba demasiado bien bailar, era algo a lo que no prestó la debida atención en la escuela, y ahora, con ella entre sus brazos, se maldecía por no haber sido un estudiante más aplicado. Ella levantó su mirada avellana hacia él, sonrió tímida... y el deseo por ella se disparó. Posó su mano en la cintura de la joven y comenzó a girar. Nada podía compararse a eso, nada se podía igualar a la sensación de tenerla entre sus brazos. Se dejaron llevar por la música, y Stefan sentía que flotaban alrededor de la pista de baile. El resto del mundo dejó de existir... solo estaban ellos dos. Su mente viajó de pronto hasta su dormitorio, donde unas horas más tarde podría saborear las mieles de la noche de bodas. Se moría por besarla, por acariciar cada centímetro de su piel y hacerle el amor lentamente... pero aún quedaba mucho para ello.

El baile terminó antes de lo que había esperado, y cuando Ivette se separó de su cuerpo para hacerle una reverencia sintió un tremendo vacío. Sujetó sus dedos y posó un beso en su muñeca, sin apartar la vista de sus ojos, percatándose del suspiro que se escapó de sus labios. Volvió a enlazar el brazo de la joven con el suyo y la acompañó hasta su madre. Repitió el beso, esta vez en la mejilla.

—Ve a descansar, Ivette. Te despertaré cuando suba.

—Vamos, querida —dijo la madre de la joven acercándose a ellos—. Vamos

a prepararte para que puedas descansar.

La observó marcharse por la escalera, y sintió un deseo irrefrenable de ir tras ella. Pero su deber era quedarse hasta que sus invitados se marcharan, así que volvió al salón con paso resignado.

—Alegra esa cara, hombre, pronto te reunirás con ella.

Stefan sonrió al escuchar a su mejor amigo, Francis Leveson, duque de Sutherland.

—Es preciosa, ¿verdad? —preguntó.

—Eres un cabrón con suerte, Stefan. Lástima que yo no la vi primero, de ser así el que estaría deseando subir esas escaleras sería yo. Compénsame con una copa, amigo.

—¿Dónde has dejado a Eleanor?

—Con tu madre. Está presentándola a varias personas influyentes. Ya sabes... preparándola para su temporada social.

La madre de Francis había muerto al dar a luz, y su padre había hecho de padre y de madre lo mejor que había podido. Cuando sus hermanas mayores se casaron, acogieron a Eleanor bajo su ala, pero si había alguien influyente en la alta sociedad era Mary Cavendish, marquesa de Huntington.

Ambos hombres se acercaron al bar y, tras servirse una copa del mejor whisky importado de Escocia, se sentaron en la terraza para escapar del bullicio.

—Deberías estar dentro haciendo de anfitrión —dijo Francis.

—Y tú deberías estar dentro haciendo de carabina de tu hermana.

—*Touché*, amigo. Supongo que ambos necesitamos algo de aire fresco. Me ha extrañado no ver al príncipe Alberto en tu boda.

—La reina Victoria está enferma, y no quiere separarse de ella.

—Es inusual ver a la realeza tan enamorada, pero la verdad es que a veces les envidio. ¿Cómo va el proyecto que os traéis entre manos?

—Lento, demasiado lento. El príncipe se ha empeinado en tenerlo terminado para primavera, y los arquitectos están escandalizados. Las mercancías llegan con retraso, y los materiales de construcción no están listos —suspiró—. El proyecto nos está dando a todos demasiados quebraderos de cabeza, y el mal humor de Alberto se hace notar.

—Lo conseguirá. Ambos lo sabemos.

—Ese hombre consigue todo lo que quiere. Consiguió terminar con la revolución antes de que empezase, y eso no lo consigue cualquiera.

En ese momento llegó hasta ellos el marqués de Somerset acompañado por Eleanor, que se acercó a su hermano y le apuntó con el dedo.

—Francis Thomas Levenson... Eres un desconsiderado. Me has dejado sola ante el peligro.

—Querida, no seas exagerada. Te dejé a buen recaudo, si no recuerdo mal.

—¿Dónde has dejado a mi hermana, Andrew? —preguntó Stefan.

—Ha subido con tu madre a preparar a tu esposa. Parece que a ninguna de las dos le han gustado demasiado las barbaridades que su madre le contaba al subir las escaleras.

—Bien, pues si me disculpáis —dijo Francis—, voy a continuar con mi trabajo de carabina. Vamos, querida, aún hay muchos petimetres con los que puedes bailar.

Andrew ocupó el lugar de su amigo, y se desabrochó un par de botones de la chaqueta con un suspiro.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó a su cuñado.

—Aún es muy pronto para saberlo, Andrew. Tú conocías muy bien a mi hermana cuando os casasteis, pero yo tengo que ir a ciegas.

—Es preciosa, debes reconocerlo. Y parece ser una joven muy dócil.

—Eso me temo. No hay duda de que es una belleza, pero sabes que las mujeres dóciles me aburren. Espero que solo sea porque está nerviosa, o me esperará una vida demasiado aburrida.

—Siempre puedes buscarte una amante. Todo el mundo lo hace.

—No pienso faltarle de esa manera al respeto, Andrew. Bastante tiene ya con tener que soportar a un desconocido de por vida.

El resto de la velada se le hizo interminable. Cuando por fin pudo retirarse a sus aposentos, los nervios le atenazaron el estómago. Si bien no era ningún pelele en las artes amatorias, jamás había desflorado a una virgen, y quería que para Ivette todo fuese perfecto. Se lavó un poco y se quedó desnudo bajo la bata de seda, dispuesto a ir a despertar a su esposa, pero un golpe en la puerta le retrasó.

—Excelencia, ha llegado una nota urgente de parte de su alteza el príncipe —dijo Stuart, su ayuda de cámara—. Precisa respuesta inmediata, el mensajero espera en su despacho.

Cuando Stefan desdobló la nota, su noche se vino abajo.

«Han robado en los almacenes de la Exposición. Necesito que acudas allí de inmediato y me informes de los daños ocasionados».

Suspiró resignado, se acercó a su escritorio y escribió una respuesta, que entregó a Stuart.

—Dale esto al mensajero y que parta de inmediato. Prepara mi traje de montar, he de marcharme a toda prisa.

Cuando se hubo vestido, se acercó resignado al dormitorio de Ivette, que dormía plácidamente. Observó su dulce rostro, y suspiró al pensar que tendría que dejar la consumación de su matrimonio para más tarde. Con suerte los desperfectos serían mínimos y en un par de horas estaría de vuelta en casa. Besó

suavemente a su esposa en los labios y se dirigió a su habitación, dispuesto a relegar su noche de bodas para ocuparse de los asuntos del príncipe.

Ivette subió la escalera hecha un manojo de nervios. Su madre caminaba delante, y Cristen sostenía su mano con ternura. ¿Qué le depararía esa noche? ¿Sería doloroso como había oído decir en la escuela, o quizás resultaba placentero, como cuchicheaban las sirvientas? No sabía qué esperar, y eso la estaba matando.

Llegaron al que sería su dormitorio de ahora en adelante. Muebles de palo de rosa, cortinas de brocado carmesí y una enorme cama con dosel. A la derecha, unos grandes ventanales comunicaban con una pequeña terraza, en la que podía vislumbrarse una mesa y dos sillones lacados en blanco. A la izquierda se encontraba la puerta que comunicaba con el baño... y el dormitorio del duque.

Sobre la cama se encontró un precioso camisón de algodón blanco, con volantes en el cuello y las mangas, de escote cuadrado, adornado por un lazo y largo hasta los tobillos. Mientras su niñera lidiaba con los cordones del corsé, la madre de Ivette hacía aspavientos por la habitación intentando explicarle los entresijos de la noche de bodas.

—Hija mía, hay cosas que debes saber antes de que tu esposo venga a visitarte esta noche. Los placeres del lecho matrimonial son un privilegio que las mujeres le brindamos a los maridos, y nunca podemos negarnos a yacer con ellos. Con suerte, tu esposo será considerado y no te causará ningún dolor.

—¡Tonterías!

La voz que tronó desde la puerta le produjo a Ivette un sobresalto. Se volvió para descubrir a dos damas altas, elegantemente vestidas, con el pelo azabache y los ojos azul cristalino. “Los ojos de mi esposo” pensó. La mayor de ellas entró en la habitación con el porte de una reina y le arrebató el cepillo a su madrastra.

—Excelencia —tartamudeó Margaret realizando una reverencia demasiado exagerada.

—Lady Blessington, por muy madre suya que sea, no voy a consentir que asuste a mi pobre nuera con esa sarta de estupideces. Mi hija y yo nos ocuparemos personalmente de preparar a Ivette para ir a dormir. Puede retirarse.

La madrastra de Ivette hizo una reverencia y se marchó sin más, aliviada de que la librasen del tormento de preparar a la hija de su marido. La dama que acababa de aparecer cerró la puerta tras su niñera y se acercó a la joven para comenzar a quitarle las horquillas de la cabeza y cepillarle su larga melena. La otra mujer se acercó a la cama y observó con detenimiento su camisón.

—Así está mejor. No hay nada más odioso que tener un millar de alfileres clavándose en tu cabeza, ¿verdad, querida? —dijo la mujer más mayor— Soy Mary Cavendish, marquesa de Huntington. Stefan es mi hijo. Ella es mi hija Sarah,

marquesa de Somerset. Tu madre se ha excedido al llamarme excelencia, pues ese título te corresponde a ti, no a mí.

—Tardaré en acostumbrarme —susurró ella.

—Créeme, lo harás, y mucho antes de lo que imaginas —dijo Sarah—. Cuando me convertí en marquesa estaba tan asustada como tú, pero mi marido fue una gran ayuda, igual que lo será Stefan para ti.

Ivette miraba a su suegra por el espejo, perdida en el movimiento de sus manos.

—No hagas caso de nada de lo que te ha dicho tu madre sobre las relaciones maritales, querida —continuó su suegra—. Hacer el amor con tu marido es uno de los momentos más placenteros de las relaciones de pareja, sobre todo si es con el hombre adecuado.

—Desde luego con este camisón lo único que conseguirás es espantarlo —dijo Sarah—. Ahora mismo vuelvo. Vamos a hacer que mi hermano caiga rendido a tus pies.

Ivette abrió los ojos como platos, sorprendida. La marquesa sonrió con ternura y continuó con su tarea.

—Lo primero que debes saber es que puedes negarte a yacer con tu marido siempre que quieras. Puedes estar enferma, o cansada, y te aseguro que mi hijo no se va a enfadar lo más mínimo por ello. Tienes la suerte de haberte casado con un hombre fuera de lo común, Ivette. Sus continuos viajes le han convertido en alguien nada convencional para nuestra sociedad.

—¿Le consideran raro?

—No se atreven a decirlo en voz alta, por supuesto, porque es íntimo amigo del príncipe Alberto y de la reina, pero la gran mayoría de la sociedad le considera fuera de lo común. Es igual que su padre.

—Hábleme de él.

—Stefan es un hombre muy comprensivo, pero tiene muchísimo carácter. Para él no valen las mujeres sumisas, Ivette. Necesita una mujer como él, que le desafíe y anime la monótona vida que le espera como duque. También es muy pasional, y disfrutaréis mucho de vuestros momentos de intimidad. La verdad es que siento que la experiencia marital de tu madre sea tan triste, pero te aseguro que no siempre es así.

—No es mi madre —susurró la joven—. Mi verdadera madre y mi hermano murieron de fiebres cuando yo era apenas una niña, y mi padre se casó con Marguerite un año después.

—Mi pobre niña —suspiró la marquesa abrazándola—. Espero que te haya tratado con cariño.

—No ha sido una mala madre, al contrario, se ha preocupado mucho por mí. Pero siempre tuve la sensación de que lo hacía más por agradar a mi padre que

por mí. No me ha faltado de nada, pero sin embargo me sentía sola en casa. Supongo que me faltaba el cariño de unos padres, bien sabe Dios que ninguno de los dos sirve para ello.

—No podré ocupar nunca el lugar de tu madre, querida, pero espero que veas en mí una buena amiga y que cuentes conmigo siempre que me necesites.

—Gracias, milady.

Mary continuó cepillando el pelo de Ivette un rato, y ambas mujeres permanecieron sumidas en un cómodo silencio. Sarah llegó entonces con un precioso camisón blanco de gasa y encaje, que dejaba muy poco a la imaginación, acompañado de una bata a juego.

—Compré este conjunto para una ocasión especial con mi marido, pero creo que tú lo necesitas mucho más que yo.

—¡No puedo ponerme eso! —se escandalizó Ivette— ¡Es indecente!

—Precisamente por eso debes ponértelo, querida —dijo Sarah—. Si quieres conservar a tu marido en tu cama y que no se busque una amante, esta es la mejor forma de hacerlo. Ven que te ayude a ponértelo. Estoy segura de que en cuanto Stefan te vea con él puesto, no querrá yacer con ninguna otra mujer.

—En la escuela decían que yacer con un hombre duele —titubeó entonces Ivette.

—¡Eso no son más que tonterías! —dijo su suegra— Hacer el amor es... maravilloso. Tu marido será capaz de darte placer, Ivette, igual que tú se lo proporcionarás a él.

—¿En serio?

—¡Oh, sí! Desearás esos momentos a solas. No debes tener miedo, querida. Nada de lo que pase entre las paredes de tu habitación puede ser malo. Relájate y disfruta.

—¡Y sé atrevida! —continuó Sarah— A los hombres les encanta que sus esposas sean atrevidas. Te aseguro que mi hermano no querrá a una mujer inerte en su cama.

Con un movimiento suave, la madre de Stefan puso el cepillo en el tocador y se irguió para marcharse.

—Ahora debes descansar. Los invitados tardarán aún en abandonar esta casa, y mi pobre hijo no podrá escaparse por mucho que lo desee. Puedes dormir tranquila hasta que llegue Stefan, porque te aseguro que después no pegaréis ojo. Vamos, Sarah. Buenas noches, querida.

—Buenas noches, lady Huntington.

—Por favor, Ivette, somos familia. Llámame Mary.

Su cuñada le dio un beso en la mejilla y sonrió.

—Me alegro muchísimo de tener por fin una hermana, Ivette. Seremos buenas amigas, ya lo verás.

—Me encantaría.

Cuando ambas mujeres se marcharon, Ivette se acurrucó entre las sábanas con la esperanza de dormir un poco, pero fue incapaz de conciliar el sueño. Los nervios le atenazaban el estómago, y cada vez que cerraba los ojos veía a su marido sonriéndole en la cena, haciéndola temblar. Había tenido muchísima suerte, lo sabía, pero eso no evitaba que sintiese pavor ante la vida que le esperaba a partir de ahora.

Su esposo era realmente apuesto. Todas sus amigas habían estado suspirando a su alrededor, se había dado cuenta. Esos ojos azules eran tan atractivos, tan hipnotizadores... No apartó la mirada de ella en ningún momento durante la ceremonia, y en la cena solo intentaba hacerla sentirse bien. Ivette sonrió... y deseó que el duque se enamorase de ella. Casarse con un hombre joven y apuesto era un arma de doble filo. Podría terminar perdidamente enamorada de él, y si su amor no era correspondido, su matrimonio sería peor que el Infierno.

Se levantó de la cama cansada de dar vueltas, se puso la bata y salió al balcón. El aire frío de enero la hizo temblar, pero necesitaba sentirse viva. Se sentó en uno de los cómodos sillones lacados a observar las estrellas. La risa de una mujer captó su atención. Abajo, entre las sombras, un hombre y una mujer corrían entre los setos. Él la sostuvo entre sus brazos, la apoyó contra un árbol... Ivette se sintió acalorada al ver cómo la besaba, cómo unía sus labios a los de ella y la apretaba contra su cuerpo. Ella enredaba las manos en su pelo atrayéndolo más si cabía. ¿Sería eso la pasión? Se tapó la boca con ambas manos cuando el caballero bajó el corpiño del vestido y dejó al descubierto uno de los pechos de la joven para después recorrerlo con su boca. ¡Por Dios bendito! Trastabilló hacia atrás en su prisa por entrar en la habitación sin que los amantes la descubriesen.

Una vez al refugio del calor del fuego, Ivette pensó en lo que había visto en el balcón. Si eso era la pasión, si era eso lo que le esperaba en su noche de bodas, estaba deseando experimentarlo. La dama se entregaba sin reservas, parecía estar disfrutando enormemente, y hacía unos ruiditos muy impropios de una dama que a ella le sonaron a música celestial.

Un ruido en la habitación contigua la hizo saltar para meterse en la cama. No quería que Stefan la encontrase despierta, así que se tapó con las mantas hasta la barbilla y cerró los ojos, haciéndose la dormida. Le escuchó andar de un lado a otro y suspirar cansado. Tras un golpe en la puerta, escuchó a su ayuda de cámara susurrar.

—Dale esto al mensajero y que parta de inmediato. Prepara mi traje de montar, partiré a toda prisa —dijo su marido.

¿Cómo? ¿Se marchaba? Stefan entró poco después en la habitación completamente vestido. Se sentó al borde de la cama y bajó un poco las mantas. Ivette no respiró por miedo a que la descubriese despierta. Él acarició su mejilla

suavemente con la punta de los dedos y volvió a suspirar. Ella estaba hecha un manojo de nervios. No entendía nada. Si se iba, ¿qué hacía allí?

—Vamos a tener que posponer nuestra noche de bodas, mi cielo, hay asuntos que reclaman mi atención y que no puedo obviar —susurró su esposo—. Descansa, querida.

Ivette se quedó quieta, muy quieta, cuando Stefan unió sus labios a los de ella. Sintió un millón de sensaciones nuevas y emocionantes. Las manos le cosquilleaban por las ganas de enredar los dedos en su pelo y atraerlo como había hecho la mujer del jardín, pero permaneció inerte por miedo de que la descubriese.

Stefan se separó lentamente de ella, le dio otro beso en la frente y salió de la habitación. Cuando oyó sus botas de montar repiquetear en la escalera, saltó de la cama y se asomó al balcón. Diez minutos después vio a su marido partir a caballo, y las dudas le atenazaron el estómago. ¿Dónde iría a esas horas? ¡Era su noche de bodas! ¿Habría ido a visitar a su amante? Todos los caballeros tenían amantes, pero ¿en su noche de bodas?

La decepción dio paso al enfado, un enfado tan intenso que cogió un frasco de perfume del tocador y lo lanzó al suelo, haciéndolo añicos. Si había ido a ver a su amante, ella lo averiguaría. Y por Dios que se arrepentiría de haberla tratado con esa falta de respeto. Se metió en la cama dispuesta a darle su merecido al pomposo duque de Devonshire si tenía que hacerlo.

Capítulo 2

Stefan se apoyó las manos en los muslos y suspiró hastiado. Hacía rato que había perdido la chaqueta y el chaleco, se había subido las mangas de la camisa y se había cubierto de hollín. Los desalmados que habían entrado en el almacén no se habían conformado con destrozar gran parte de su contenido, sino que habían prendido fuego a la gran cantidad de las telas que se amontonaban en un rincón. Apenas se había podido salvar una pequeña parte de la mercancía. Por fortuna, la mayoría de lo que allí se almacenaba era originario de Inglaterra y Escocia. Con suerte podría ser repuesto en unas pocas semanas.

—Excelencia, aquí tiene los informes de pérdidas —dijo Charles Fox, uno de los organizadores del evento, tendiéndole un papel—. Por fortuna los maleantes se han centrado en este almacén y han pasado por alto los otros cuatro.

—Gracias, Fox. Tienes razón, si hubiese sido otro el almacén damnificado habríamos tenido graves problemas.

—Váyase a descansar, excelencia, aquí no puede hacerse nada más. Debería estar disfrutando de su noche de bodas, y no rodeado de hollín.

Stefan asintió y fue a buscar su chaqueta. Cabalgó como alma que lleva el diablo, deseando llegar a casa, darse un baño y dormir hasta mediodía. Aunque se moría de ganas de hacer el amor con Ivette, el cansancio le estaba pasando factura, así que dejaría la consumación de su matrimonio para la mañana. Su ayuda de cámara le esperaba con el baño preparado. Los pobres sirvientes habían sufrido las consecuencias de su ausencia, tendría que pensar en la manera de compensarles.

El agua caliente se coló hasta sus huesos helados. Respiró hondo y se permitió el privilegio de cerrar los ojos un momento, pero cuando los abrió hacía rato que el agua se había enfriado y los primeros rayos de la mañana se colaban por la ventana. Tras secarse, se puso un pantalón ancho típico de la india, prenda que había adquirido hacía tiempo y con la que se encontraba muy cómodo para dormir, y colándose en la cama de su esposa, se quedó profundamente dormido. Se despertó cerca del mediodía, solo en la enorme cama. Suspiró resignado a tener que relegar la noche de bodas un poco más, pero Ivette no tenía la culpa de que él hubiese dormido hasta tan tarde. A esas alturas la joven seguramente pensaría que no estaba interesado en ella. Rió. Si supiese las ganas que tenía de poseerla... Se levantó y, tras desperezarse, fue a vestirse.

Encontró a su esposa en el salón, leyendo un libro mientras tomaba un té con pastas. Jamás había tenido una visión más hermosa en toda su vida. El sencillo

vestido de muselina amarillo realzaba el color de su cabello y sus ojos almendrados brillaban enfrascados en la lectura. Se acercó con paso decidido y la besó en la frente, pero ella no se dignó a levantar la vista. Bien... empezaban el matrimonio de la peor manera posible.

—Buenos días, querida —dijo para romper el hielo—. ¿Has dormido bien?

—Perfectamente, gracias —respondió ella sin levantar la vista del libro.

—Supongo que ya has desayunado, pero te agradecería que me acompañases mientras yo lo hago. ¿Te importa?

—Por supuesto, excelencia. Le acompañaré.

Así que así estaban las cosas... Ivette había vuelto a los formalismos, seguramente dolida por su ausencia de la noche anterior, así que debería compensarla. Stefan se acercó a la mesa del desayuno y sirvió en su plato tocino, huevos y patatas. Cuando se sentó a la mesa, su esposa le sirvió una taza de té que agradeció con una sonrisa.

—¿Tienes planes para hoy, Ivette?

—No tengo nada planeado, excelencia. Supongo que me quedaré toda la tarde aquí leyendo.

—Esta tarde tengo que trabajar, pero podemos salir esta noche. ¿Te apetece que vayamos al teatro? Hay una obra que creo que te gustará.

—Como guste.

La paciencia de Stefan tenía un límite, e Ivette ya estaba rebasándolo con su indiferencia. Cogió su mano por encima de la mesa y la sostuvo, aunque ella intentó apartarla.

—Ivette... sé que estás molesta porque no aparecí en tu habitación anoche, pero...

—¿Molesta, excelencia? En absoluto. Sé cuál es mi lugar, y usted tiene todo el derecho del mundo de visitar a su amante cuando guste.

A Stefan no se le desencajó la mandíbula de puro milagro. ¿Su amante? ¿Ivette pensaba que había ido a pasar la noche con su amante? ¡Eso era el colmo! ¿Pero por quién le había tomado?

—¿En serio me ves capaz de pasar nuestra noche de bodas con una amante? ¿Crees que sería capaz de humillarte de esa manera?

Se levantó airado y comenzó a dar vueltas por la habitación. El mayordomo tuvo el buen atino de desaparecer y cerrar la puerta a sus espaldas. Stefan apoyó la palma de la mano en la mesa, frente a ella, y acercó su cara a un suspiro de la joven.

—En primer lugar, ni tengo amante ni pretendo tenerla, y te agradecería que tú me guardases el mismo respeto. Espero que ambos encontremos satisfacción absoluta en nuestro lecho. Nuestro, Ivette. No pienso dormir en una cama en la que no estés tú, creo haberlo dejado muy claro la noche pasada.

—Pero... —Él levantó la mano impidiéndole continuar.

—Anoche estuve en los almacenes de su alteza el príncipe Alberto, haciendo recuento de los desperfectos que unos vándalos habían ocasionado al incendiar el lugar. Llegué muerto de cansancio, sucio de hollín hasta las orejas, y aunque me moría de ganas de hacerte el amor, en cuanto mi cabeza tocó la almohada me dormí.

—¡Oh!

—Tú creías que estaba con otra mujer mientras yo maldecía mi mala suerte, Ivette. El príncipe no entiende de noches de boda cuando se trata de sus asuntos, así que no tuve más remedio que acudir y dejarte sola.

—Lo siento —susurró ella avergonzada.

—¿Sabes qué? —dijo el duque levantándola de su asiento— Me levanté intentando ser considerado contigo. Quería dejarte tranquila hasta esta noche aunque me muero de ganas de hacerte el amor. Pero he cambiado de opinión.

Sin más, cogió a su esposa por las rodillas y se la cargó al hombro. Ella chilló, pataleó y le insultó por hacerla pasar ese bochorno delante del servicio, pero él no dio su brazo a torcer.

—¿Te has vuelto loco? ¡Suéltame, Stefan! ¿Qué van a decir los sirvientes?

—La verdad es que no me importa en absoluto.

No la soltó hasta que no estuvieron en su dormitorio, encerrados bajo llave. Una vez en el suelo, apoyó a su esposa contra la puerta, aprisionándola con su cuerpo, y dejó su boca a un milímetro de la de Ivette.

—Y ahora voy a hacer lo que llevo deseando desde el momento en que te vi entrar en la iglesia ayer.

Sujetó su cara con ambas manos y unió su boca a la de la muchacha. Tanteó, lamió sus labios despacio, esperando una respuesta. Con el pulgar, separó levemente sus labios, lo suficiente para poder adentrarse en su boca. Ivette dio un respingo, pero no se apartó. Unió su lengua a la de Stefan, primero tímidamente, después con más avidez. El duque la apretó contra su cuerpo y guió las manos de la joven hasta su nuca. Ivette enredó los dedos en su cabello, arrancándole un gemido. Él iba a entrar en combustión. Las curvas de su esposa se amoldaban perfectamente a su cuerpo, sentía los pezones erectos clavados en su pecho a pesar de las capas de ropa que los separaban.

Tenía que frenar, tenía que ir mucho más despacio o todo esto terminaría mucho antes de lo que esperaba. Separó sus labios de los de Ivette y tiró de su mano para sentarse en la otomana y sentarla sobre sus rodillas. Ella estaba nerviosa, temblaba, y él le dedicó una dulce sonrisa para tranquilizarla mientras desataba el lazo del escote del vestido.

—Ivette... eres preciosa —susurró colocando un mechón de pelo rebelde tras la oreja de la joven—. He sido muy afortunado.

Rozó la piel de su clavícula con la yema de los dedos, produciéndole un escalofrío. Ella se agarró a su cuello con desesperación, como si fuese su único salvavidas en mitad de la tormenta. Stefan besó su mejilla, su mentón, el hueco que tenía justo debajo de la oreja... y la clavícula. En ese momento la joven gemía quedamente, apretando la tela de su chaqueta entre los puños, inclinando el cuello para dejarle mejor acceso.

Él estaba encendido, su mujer era tan deseable, tan maleable entre sus brazos... Volvió a unir su boca a la de ella cuando su mano comenzó a subir por la pierna de la joven, arrastrando en su ascenso el vestido. Sus muslos cremosos se cerraron cuando intentó alcanzar el nido de rizos castaños que guardaba con tanto celo, pero él sonrió y volvió a separarlos despacio.

—Shh... tranquila, cariño —susurró antes de alcanzar sus labios— No pasa nada, todo está bien, no tengas miedo.

Acarició su pubis despacio, con caricias lentas de arriba abajo, sin profundizar entre sus rizos. Ivette echó la cabeza hacia atrás, abandonada a sus caricias, y Stefan posó el dedo índice sobre su botón del placer. Ella dio un respingo, pero no se apartó. Sus gemidos aumentaron conforme aumentaba el ritmo de sus caricias y, cuando introdujo la yema del dedo en su canal, se sacudió recorrida por su primer orgasmo.

Stefan la abrazó, susurrándole palabras tiernas al oído, hasta que la joven se recuperó. Ella apoyó la cabeza en el hombro de él, y sonrió satisfecha.

—¿Todo bien? —preguntó su marido.

Ella solo tuvo fuerzas para asentir. Stefan la puso de pie, de espaldas a él, y le deshizo los lazos del corpiño del vestido mientras saboreaba la piel de su cuello y su hombro. Poco a poco, la ropa de Ivette quedó olvidada en el suelo, y se encontró desnuda delante de su esposo. Intentó cubrirse con las manos, muerta de vergüenza, pero su marido se lo impidió.

—No, mi amor... no te cubras. No debes tener vergüenza, no conmigo —acarició su mejilla lentamente—. Eres tan bella, Ivette... Me dejas sin respiración.

La tumbó en la cama mientras, sin dejar de mirarla, comenzaba a quitarse capas de ropa hasta quedarse solo con el pantalón. Gateó sobre su esposa, que tímidamente posó su mano sobre su pecho desnudo. Él la instó a explorarlo, a que recorriera su piel con las yemas de los dedos, y gimió cuando se topó con sus tetillas.

—Lo siento... —dijo ella.

—No... no lo sientas. Sigue, me gusta.

Ella, envalentonada por el permiso de su esposo, siguió explorando su abdomen hasta toparse con las presillas de sus pantalones. Stefan le facilitó el acceso, permitiéndole desnudarle por completo. Los ojos de Ivette se abrieron como platos al ver su miembro erecto, pero él sonrió y se tumbó sobre ella para

besarla y evitar que pensara demasiado. Sentir la piel de su esposa contra la suya estuvo a punto de ponerle en evidencia. Ivette se retorció debajo de él, le arañaba la espalda presa del anhelo, y supo que ya era el momento. Separó las piernas de la joven con cuidado y sostuvo su miembro en la entrada de su sexo. Ella le miró a los ojos y él se perdió en ellos. Se introdujo despacio, muy despacio, dentro de ella. Cada centímetro le parecía demasiado largo y, cuando se topó con la barrera de su virginidad, embistió de una sola estocada hasta estar enterrado en lo más profundo de ella. El sudor perlaba su frente debido al esfuerzo de permanecer quieto. Ivette no le ponía las cosas nada fáciles. Se retorció, posiblemente debido al malestar de la invasión, y si no paraba de hacerlo, él perdería el poco control que le quedaba.

—¿Stefan? —preguntó dudosa.

—Un segundo... el dolor... pasará —contestó, no sin esfuerzo.

—¿Te duele mucho?

Stefan soltó una carcajada y besó a su esposa con pasión, agradeciéndole a Dios su buena fortuna. Comenzó a mecerse despacio sin apartar sus labios de ella. Sintió su miembro apresado, ajustado como un guante, y supo que había tomado la decisión correcta al presentarse el día anterior en la iglesia. Sus embestidas comenzaron a tomar velocidad, a tomar fuerza, y cuando el sexo de Ivette se convulsionó a su alrededor, le lanzó de cabeza al mejor de los orgasmos.

Ivette se despertó con la mirada de su esposo clavada en ella y uno de sus dedos jugando distraídamente con uno de sus pezones. Sonrió somnolienta y estiró los brazos sobre su cabeza. Stefan bajó la cabeza lentamente y le dio un suave beso en los labios, pero no pareció suficiente para ninguno de los dos, y lo repitió una y otra vez.

—Buenas tardes, esposa —susurró cerca de su boca.

—Buenas tardes, esposo. ¿Qué hora es?

—Cerca de las cuatro.

—¿Tan tarde?

—Ajá.

Ivette enredó las manos en los rizos de su esposo, y él la compensó abrazándola, pegándola a su cuerpo desnudo y besándola como había hecho momentos antes. Ivette se sentía flotar entre los brazos de Stefan. Jamás habría imaginado que hacer el amor fuese tan maravilloso. Ahora entendía a la pareja de la noche anterior en el jardín. Si esa mujer había sentido tan solo la cuarta parte de lo que ella acababa de sentir...

—¿Tienes hambre? —dijo él sacándola de su ensimismamiento— Haré que suban algo para comer.

Stefan saltó de la cama y tocó la campanilla mientras se ponía los

pantalones. Ella se apoyó en un brazo para observar el espectáculo. Cuando su ayuda de cámara llegó, su marido se colocó en la puerta de tal manera que ella quedara oculta a la vista del sirviente. Cuando hubo pedido que les subiesen una bandeja, volvió corriendo a la cama y saltó sobre ella, tumbándose al lado de Ivette, que sonrió feliz.

—¿Te gusta lo que ves? —Ella asintió, sonriendo—. Me alegro, pero yo también quiero mi espectáculo privado.

Ella se destapó tímidamente para dejar a la vista de su esposo su cuerpo desnudo. Él besó cada uno de sus senos, y apoyó la barbilla entre los dos montículos para mirarla a los ojos.

—Ivette... sé que este matrimonio empezó como una obligación, pero quiero que nos llevemos bien, que seamos felices juntos. Haré todo lo posible para conseguirlo, te lo prometo.

—Yo también lo deseo... Lo conseguiremos.

Diez minutos después se encontraban sentados en la terraza degustando un almuerzo frío. Stefan no le había permitido vestirse, y estaba cubierta solo con su bata de seda. Su marido hizo de aquella comida una experiencia excitante. Le dio de comer y la instó a hacer lo mismo con él. Cada vez que su esposa acercaba un poco de comida a su boca, él succionaba sus dedos haciendo que se quedase sin respiración. Lo mejor lo dejó para el postre. Cuando dieron buena cuenta de la comida, cogió el tazón de fresas con crema y tiró de su mujer de nuevo hacia el dormitorio. Deshizo el nudo de la bata y la tumbó suavemente en la cama. Ivette ya estaba excitada debido a la expectación, pero él no se dio ninguna prisa.

Se tumbó desnudo a su lado, con el tazón de fresas en la mesita de noche. Cogió una fruta madura, y untándola en la crema, la acercó a la boca de Ivette. El jugo de la fresa resbaló por su barbilla, y él no tuvo ningún reparo en recogerlo con su lengua caliente. Ella gimió ante el erotismo del momento, pero no se movió. Stefan untó otra fresa con la crema y la deslizó por su pezón, ya erecto, para después limpiarlo con su boca. Lamió, chupó, mordió la cresta rosada durante lo que a ella le parecieron horas. Su esposa gemía y se retorció entre sus brazos, pero Stefan apartó la boca de su pecho y se comió la fresa.

La sonrisa de su marido era la de un auténtico truhan, peligrosa y sensual. La siguiente frutilla resbaló por su estómago, desde el esternón hasta el comienzo de sus rizos castaños, seguida de nuevo por la boca de su esposo. Ivette estaba a punto de perder la cabeza, los juegos de su marido eran muy excitantes y hacían crecer la tensión en su vientre igual que la noche anterior.

Se sorprendió al ver a Stefan colocar la cabeza entre sus muslos. Intentó cerrarlos, pero los hombros de su marido se lo impidieron. Stefan tomó una cucharada de crema y la dejó caer en su pubis. Esperó a que resbalara hasta su entrada y entonces la lamió allí. ¡Madre de Dios! Intentó apartarle, pero él sujetó

sus manos y continuó lamiéndola despacio, con pasadas lentas de arriba hacia abajo, haciéndola retorcerse de deseo. ¿En serio los esposos hacían eso a sus mujeres? ¡Iba a arder! Cuando Stefan introdujo despacio la lengua en su canal creyó morir de placer, pero cuando esa misma lengua subió para jugar con un punto de su sexo increíblemente sensible, pensó que se desmayaría en ese momento si no paraba.

Stefan no lo hizo. Siguió lamiendo, succionando, hasta que la tensión se instaló entre sus piernas y la hizo estallar en un millón de pedazos. Su marido la besó una última vez y realizó un camino ascendente de besos por su cuerpo hasta llegar a su boca, donde Ivette se saboreó a sí misma mezclada con la crema.

—¿Te encuentras bien, mi amor? —preguntó él con cara de demonio.

—Eso... eso... ¡Oh, Dios, Stefan! No sabía...

—Quiero enseñarte tantas cosas, Ivy... Eres desinhibida y atrevida, y haces que no quiera salir nunca de esta cama.

Ella no pudo articular palabra, así que se acercó a su marido y le besó con la misma pasión con la que él la besaba. Stefan la apretó con fuerza contra él, y notó el bulto de su enorme erección clavada en el estómago.

—¿Stefan?

—Dime preciosa.

—Tú sigues... sigues...

—No te preocupes, mi cielo. Aún estás dolorida, no quiero hacerte daño.

—¿Pero no hay nada que yo pueda hacer? ¿Algo como lo que acabas de hacer conmigo?

—Ivette... eres tan deliciosamente inocente y aventurera... Sí, lo mismo que he hecho yo puedes hacérmelo tú siempre que quieras, pero hoy no. Descansemos un poco, mi amor. Esta noche debes estar radiante cuando te lleve al teatro.

Stefan apoyó a Ivette en el hueco de su hombro y sostuvo la mano que ella colocó sobre su corazón con la suya. Permaneció así, mirando al dosel y dando las gracias a Dios por la mujer que había sido destinada para él. La mano de Ivette resbaló tímidamente hasta su estómago y él la dejó hacer, sonriendo. Si su atrevida esposa quería explorar su cuerpo, no sería él quien se opusiera. Tanteó sus abdominales, resiguiendo su forma con las uñas, arrancándole un gemido. Siguió explorando sus costillas, sus tetillas planas, su ombligo... hasta que llegó a los rizos de su pubis. Stefan contuvo la respiración cuando los dedos de su esposa recorrieron la longitud de su miembro con las yemas de los dedos. Ivette le sostuvo en un puño, recorriéndolo arriba y abajo para comprobar su textura, y él agarró su mano y apretó, para mostrarle cómo debía hacerlo.

Ivette estaba maravillada por el tacto de la piel de su esposo. Se sentía poderosa, cada una de sus caricias arrancaba un gemido de los labios masculinos y, cuando posó la mano sobre su miembro, Stefan tembló. Quería darle placer,

quería hacer por él lo que instantes antes él había hecho por ella, pero no tuvo el valor suficiente para hacerlo. Por eso comenzó a acariciarle como él había hecho antes de hacerle el amor, con la esperanza de que sintiese lo mismo que había sentido ella.

Cuando la gran mano de su esposo se posó sobre la suya temió estar haciéndolo mal e intentó apartarla, pero Stefan apretó y le mostró cómo tenía que hacerlo para darle el placer que necesitaba. Ivette aprendió deprisa y pronto tuvo libertad para mover la mano a su antojo. Comenzó a recorrerlo lentamente, desde la punta hasta la base, observando los movimientos de su mano hipnotizada, asombrada de ver que la carne crecía a cada movimiento. Una perla de líquido transparente emergió de la punta y la recogió con el índice, acercándola a su boca para probar su sabor.

—¡Oh, Dios, Ivette! Eres tan condenadamente sexy...

Su sabor era ligeramente ácido, pero no le disgustó. La respuesta de su marido la hizo sentirse poderosa y acercó su boca a la punta de su miembro, acariciándola con la lengua y haciendo que Stefan temblase como una hoja al viento. Cerró sus labios alrededor de su carne y comenzó a succionarle, a imitar los movimientos que su esposo le había enseñado a hacer con la mano.

Los dedos de Stefan se enredaron en su cabello, acariciándola y haciéndola gemir. La pelvis de su marido comenzó a moverse, acompasándose a los movimientos de su boca, moviéndose cada vez más deprisa, hasta que la apartó y vertió su simiente sobre su propio estómago.

Tras limpiarse, tiró de ella con fuerza hacia arriba y devoró su boca con ansia, necesitando sentirla tan cerca como fuese posible, deseando que algún día ella le amara, porque no le cabía la menor duda de que él acabaría perdido de amor por ella.

Capítulo 3

Por la noche, Ivette se dio un baño y se preparó para el teatro. Stefan le había dicho que irían al *Drury Lane* a disfrutar del musical “*Oklahoma!*”, escrito por el equipo del compositor Richard Rodgers y el libretista Oscar Hammerstein II. Se trataba de una obra romántica que contaba la historia del vaquero Curly McLain y su romance con chica de campo Laurey Williams.

Ivette no sabía mucho sobre América y estaba encantada con la elección de Stefan. Sophie, su doncella, estaba terminando de colocar sus rizos en torno al adorno de perlas que luciría en la cabeza. El vestido era de terciopelo verde musgo, ribeteado con perlas en el escote y el bajo, y adornado con un cinturón de perlas que caían graciosamente a un lado de la falda.

Stefan entró en la habitación cuando aún estaba en ropa interior, y se acercó a ella, sentada ante el espejo, acariciándole suavemente los hombros.

—Puedes retirarte, Sophie, yo ayudaré a mi esposa a vestirse.

Aquel gesto llenó a Ivette de ternura, y sonrió a su marido a través del espejo. Él sacó una caja cuadrada de su chaqueta y se la puso sobre el tocador.

—Mi primer regalo de bodas. Espero que te guste.

Ivette abrió la caja y se quedó maravillada ante el precioso conjunto de joyería que encontró. Se trataba de una gargantilla de perlas y esmeraldas, con pendientes y pulsera a juego.

—¡Oh, Stefan! ¡Es precioso! ¿Cómo supiste...

—Realmente no sabía que ibas a ir vestida acorde con las joyas, lo compré antes de nuestra boda. Pero te oí decirle a Sophie que te pondrías el vestido verde, así que...

—Me encanta. Muchas gracias —dijo ella levantándose para besarle.

Él apretó su cintura y la pegó a su cuerpo, abarcando su trasero con ambas manos. Ahondó el beso, saboreando la miel de sus labios y haciendo que se pusiera de puntillas acercando su cuerpo más a él. Stefan no pudo resistir la tentación de introducir un dedo bajo la camisola para acariciar el pecho de su esposa, que gimió y echó la cabeza hacia atrás totalmente entregada. ¡Por Dios bendito! Apenas hacía unas horas que habían estado haciendo el amor, y ya quería volver a tumbarla en la cama para entrar en ella. Pero debían prepararse si querían llegar a la función, así que puso fin al beso, no sin esfuerzo, y pegó su frente a la de Ivette.

—Haces que pierda la compostura, Ivy.

—Me gustan tus besos. No puedo remediarlo.

—Créeme, doy gracias a Dios porque te gusten, porque a mí me vuelve loco besarte. Pero hoy no tenemos tiempo de terminar lo que empezamos si queremos llegar a tiempo a la función. Ven que te ayude a vestirte.

Ivette sintió las manos de su esposo moverse suavemente por las presillas y los lazos de la espalda de su vestido. Estaba temblando, aquel gesto le resultaba incluso más íntimo que lo que habían hecho unas horas antes en su cama. Cuando terminó su tarea, Stefan le puso el collar alrededor del cuello, echó un chal de seda por sus hombros desnudos y le dio un dulce beso en la nuca.

—Te esperaré abajo, mi amor. Porque si sigo aquí terminaremos por no aparecer en el teatro.

El *Drury Lane* era el teatro más antiguo de Londres, aunque había sido reformado en 1812. Esta última versión del edificio era gigantesca, capaz de albergar a más de tres mil quinientos espectadores. Las enormes vigas de madera habían sido sustituidas por otras fabricadas con hierro, que eran capaces de sostener hasta cinco niveles de galerías. El escenario era también más grande: veinticinco metros de largo y veintiocho de ancho. Era considerado el mayor teatro de Europa y el edificio no eclesiástico más alto de Londres.

Stefan observaba atentamente a Ivette, maravillada por la obra que se representaba en el escenario. Su balcón estaba situado junto al de la reina Victoria, por lo que las vistas eran excelentes. Se deleitó en la curva de su cuello, en la luz que desprendían sus ojos llenos de emoción, en las sonrisas de agradecimiento que le brindaba cada vez que le descubría mirándola. Su joven esposa era feliz con tan poco... El vestido que había elegido para esa noche le quedaba perfecto. Realzaba sus curvas, bailaba a su alrededor haciendo que a él se le hiciese la boca agua imaginando cómo se desharía de él. El collar de perlas y esmeraldas que le compró había sido todo un acierto. Lo vio en una joyería de Mayfair unos días antes de la boda y supo que sería perfecto para ella. Muy elegante, nada ostentoso... justo como Ivette. Tenía toda una fortuna en joyas familiares para ofrecerle esa noche y podría haber dejado su regalo para más adelante, pero cuando la escuchó decir que se pondría un vestido con el que conjuntarían perfectamente no pudo resistirse a verla lucir su regalo.

Pasó gran parte del primer acto absorto en prodigar caricias licenciosas por debajo de la falda de su esposa. Mientras ella disfrutaba de la obra, él se deleitaba con el tacto de la suave piel de su mujer, que le divertía con sus respingos cada vez que se acercaba demasiado a la ingle. En el descanso recibió una nota de su majestad en la que le ordenaba ir a su balcón. Suspiró resignado. Tenía intención de disfrutar de su esposa un poco más de tiempo, pero la reina exigiría su presencia en la corte de inmediato.

—Ivette, la reina reclama nuestra presencia en el balcón real.

—¿La reina? —Su rostro perdió todo el color, y Stefan sonrió.

—No debes temerle, mi amor, no es el ogro que muchos creen. Vamos, no la hagamos esperar demasiado.

La reina Victoria estaba sentada en su trono, y el príncipe hablaba con el duque de Sutherland, el mejor amigo de Stefan, mientras acariciaba distraídamente el hombro de su esposa. Ivette se quedó rezagada, pero él no se lo permitió. Cuando entraron en la estancia, la reina le brindó la más dulce de las sonrisas al consejero de su esposo, y se quedó mirando curiosa a la mujer que le acompañaba.

—Devonshire, debería mandarte a colgar. ¿Cómo osas no presentarme a tu esposa?

—Perdóneme majestad, pero quería conservarla un poco más en mi poder —bromeó él—, sabía que me la arrebataría en cuanto la conociera. Permítame presentarle a Ivette Cavendish, mi duquesa.

—Acércate, querida.

Ivette se acercó a la reina e hizo una reverencia exquisita. La reina la instó a sentarse a su lado, a lo que ella accedió sin demora.

—Veo por qué guardaste con tanto celo a tu esposa, Devonshire. Es una belleza que no pasará desapercibida en la corte. Ahora mismo no sé si mandarte a azotar, meterte en el calabozo o separarte esa bella cabeza de tus hombros.

—Mi amor —intervino el príncipe—, estáis asustando a la pobre muchacha con vuestras bromas. Ya ha perdido todo el color. No les hagais caso, querida, están siempre bromeando. Se conocen desde niños, y las pullas entre ellos son muy comunes. Te acostumbrarás.

—Es un alivio saber que mi esposo conservará su cabeza un tiempo más —respondió Ivette—. No quiero quedarme viuda tan pronto.

La reina soltó una carcajada y sostuvo la mano de la joven entre las suyas.

—Me gustas, muchacha. Eres directa, y posees sentido del humor. Como deferencia a tu esposo y a la amistad que nos une, os dejaré disfrutar de vuestra recién estrenada situación hasta que comience la construcción del palacio de cristal. Entonces me gustaría tenerte en la corte.

—Será un placer, majestad —contestó ella.

—Así no te aburrirás cuando nuestros esposos se pasen el día perdidos en la construcción. Se pueden poner de lo más aburridos, te lo aseguro. Lo pasaremos muy bien juntas, ya lo verás.

—No lo dudo.

El príncipe Alberto apartó a Stefan de las mujeres lo justo para que sus palabras se perdieran en el aire y no llegase a sus oídos.

—Stefan, siento haberte estropeado la noche de bodas. Si no hubiese sido tan importante no te habría llamado, pero eres el único en quien puedo confiar.

—Tranquilo, alteza, solo tuve que retrasarla unas horas. ¿Por qué dice que no puede confiar en nadie más? ¿Sospecha de que alguien del equipo provocó el

incendio?

—No, por desgracia no tengo la más mínima idea de quién ha podido hacer algo así. Pero como bien sabes, no soy tan distraído como intento hacer ver. Presto mucha atención a lo que escucho, y hay rumores.

—¿Rumores?

—Se rumorea que hay quien ve la exposición como una aberración, como un insulto a las tradiciones londinenses.

—Y piensa que han podido ser ellos.

—Ten cuidado, amigo. Estás tan inmerso en el proyecto como yo, tu nombre aparecerá junto al mío, y eso te puede acarrear serios problemas.

—No se preocupe, lo tendré.

Una vez de vuelta en su palco, Stefan notó a Ivette nerviosa. Juguetecía con el abanico y no prestaba demasiada atención a la obra.

—Ivette, ¿te encuentras bien? ¿Quieres que nos marchemos?

—No, no, estoy bien.

—Cualquiera lo diría. ¿Qué te ocurre? Te noto nerviosa.

—¿Qué tendré que hacer en la corte, Stefan? En la escuela se escuchan historias demasiado escabrosas.

—Ivette... no hagas caso de cuentos de niñas. —Sonrió con ternura—. La reina tiene muchas obligaciones y le gusta estar rodeada de sus damas de compañía. Bordaréis, escucharéis a los petimetres tocar el piano o el violonchelo, pasearéis por el parque o iréis a tomar el té. No tienes nada que temer.

A partir de ese momento Ivette volvió a disfrutar de la velada. La obra terminó cerca de la medianoche, y el duque y la duquesa montaron en su carruaje dispuestos a volver a casa.

—¡Oh, Stefan! ¡Ha sido maravilloso! Jamás me había divertido tanto. Ha sido... mágico.

—Ven aquí. —Stefan la sentó sobre sus rodillas y la besó—. No has tenido temporada social, ¿no es cierto?

—No, mi padre me arrancó de la escuela para casarme. Ni siquiera me dejó terminar el último curso al completo.

—Lo siento mucho, mi amor, pero te prometo que te compensaré.

—No es culpa tuya, ni mía. Fueron tu tío y mi padre. Tu tío estaba desesperado por tener un heredero directo, y mi padre por tener su dinero. Tú y yo hemos sido dos meros peones en su juego.

—Ivette, yo...

Stefan no podía hablar. Había tanta pena en la voz de la joven por la certeza de que su padre la había usado como moneda de cambio, que lo único que pudo hacer fue besarla. Lo que empezó como un beso de consuelo fue el detonante de la pasión. Sus caricias se tornaron seductoras, sus besos apasionados. Su mano vagó

por debajo de la falda hasta encontrar la abertura de las bragas, y enredó sus dedos en los rizos castaños. Comenzó a acariciarla lentamente, y su esposa se humedeció al instante. La necesitaba ya, no podía esperar a tenerla en la cama, así que se desabrochó el pantalón y liberó su miembro erecto.

—Mi amor, colócate a horcajadas sobre mí, no puedo esperar.

—¿Aquí? —preguntó ella sorprendida.

—Aquí.

Ivette hizo lo que le ordenaba y Stefan se introdujo en ella lentamente. Aún podía estar dolorida y no quería hacerle más daño. El gemido de su esposa le dijo todo lo que necesitaba saber. Comenzó a guiarla con las manos en las caderas, arriba y abajo, hasta que ella supo el ritmo que debía seguir. Se amaron de forma desenfrenada, sus respiraciones agitadas empañaron los cristales, sus cuerpos sudorosos se mecían al unísono, y llegaron al orgasmo poco antes de llegar a su casa.

Stefan arregló la ropa de su esposa con prisa y se abrochó sus propios pantalones. Ivette estaba tan bella allí desmadejada que le dieron ganas de volver a poner el coche en marcha para hacerle el amor una vez más, pero sus apetitos se estaban descontrolando y ella aún era joven e inexperta, no podía asustarla.

Esa noche durmieron tranquilos, uno en los brazos del otro y, cuando Stefan se levantó al alba para supervisar el desembarco de los últimos objetos de la exposición y la vio dormida junto a él, supo que ella era la mujer perfecta, aquella que alegraría sus mañanas durante el resto de su vida.

A la mañana siguiente, Ivette se despertó lentamente y sintió frío el lado de la cama en el que había dormido su esposo. Se estiró cuan larga era y sonrió antes de saltar de ella y llamar a su doncella.

—Buenos días, excelencia. ¿Se divirtió anoche?

—¡Oh, Sophie! ¡Fue maravilloso! El teatro era tan grande... ¡Si en la función hubo hasta un caballo de verdad! Y conocí a la reina Victoria.

—¿La reina? ¿Y es tal y como la pintan?

—Claro que no. Es una mujer muy amable, y tiene un gran sentido del humor. Cuando empiece la construcción del Palacio de cristal nos mudaremos a la corte una temporada. ¿Dónde está Stefan?

—Su esposo se marchó esta mañana y dejó una nota para usted. La tiene Stuart, señora.

—De acuerdo. Trae el vestido de montar, Sophie. Necesito aire fresco.

—¡Pero señora! ¡Yo no sé montar!

—Nadie te ha dicho que lo hagas, Sophie. Tranquila, irás en el cabriolé con el lacayo.

En cuanto Ivette bajó la escalera, el mayordomo le entregó la nota de Stefan. En ella la informaba de que se ausentaría hasta la tarde, y que se reuniría con ella

en casa de la marquesa de Huntington, con quien habían quedado esa tarde a tomar el té. Tras desayunar, Ivette entró en las caballerizas dispuesta a elegir un caballo. Sebastian, el mozo de cuadra, le hizo una reverencia.

—Excelencia, ¿qué puedo hacer por usted?

—Buenos días, Sebastian. Necesito que prepares el cabriolé para Sophie y un caballo para mí, me apetece salir a montar. ¿Hay alguno que pueda tomar prestado?

—Pero excelencia —dijo el mozo sorprendido—, usted posee su propia yegua. El duque la compró personalmente para usted días antes de la boda.

—¿En serio? No sabía nada. ¿Puedes llevarme hasta ella, por favor?

El mozo de cuadra la condujo hasta un cubículo apartado, donde pastaba tranquilamente una preciosa yegua blanca con las crines onduladas. Sus ojos se fijaron en la joven y se quedó quieta, esperando el más mínimo movimiento. Ivette cogió una manzana de un cesto y se acercó lentamente al animal, con un brazo estirado para acariciarle el hocico mientras le ofrecía la manzana con la otra mano.

—Hola, preciosa. Soy Ivette, y acabo de saber de tu existencia. El duque me está mimando mucho, ¿sabes? Porque no podía haber elegido para mí una yegua más magnífica que tú.

La yegua cogió la fruta que le ofrecía y la empujó suavemente con el hocico, cosa que hizo reír a Ivette. Acarició la cabeza del animal, y descubrió que en el cuello, debajo de las crines, tenía una mancha en forma de M.

—Te gusta, ¿eh? Pues tendrás más cuando volvamos del paseo. Pero debes tener un nombre... ¿Qué te parece Casiopea? La tienes dibujada en el cuello, así que es lo justo.

La yegua relinchó y siguió pastando. El mozo colocó la silla de montar sobre ella y ayudó a Ivette a montar.

—Ya verá, excelencia, es un animal muy noble. Pero si tiene problemas, Johnny, el mozo que las acompañará, sabrá manejarla.

—Estoy segura de que no tendremos ningún problema, Sebastian. Que tenga un buen día.

Ivette encaminó la marcha hasta *Hyde Park*, donde la mayoría de la alta sociedad salía a cabalgar. Aún no conocía a demasiadas personas, pero le agradó cruzarse con Elisabeth, una de sus amigas del colegio, que paseaba junto a su institutriz. La joven la saludó efusivamente, faltando terriblemente al decoro. Ella saltó de la yegua y corrió a saludar a su amiga con un abrazo.

—¡Oh, Beth! ¡Qué alegría me da verte! ¿Cómo estás?

—¡Ivy... estás magnífica! Fíjate... parece que te ha sentado bien el matrimonio.

—¡Oh... no sabes lo bueno que es Stefan!

—¿Stefan? —preguntó su amiga alzando una ceja.

—El duque ha insistido en que le llame por su nombre de pila en privado. Debí tener más cuidado, cualquiera puede haberme oído y se montaría un escándalo.

—Me alegro tanto por ti, Ivy... Cuando tu padre vino al colegio y te sacó para casarte con el viejo duque de Devonshire pasé noches enteras sin dormir. Pero cuando vi al nuevo duque supe que ibas a ser muy feliz.

—Lo soy, Beth, no te quepa la menor duda. ¿Por qué no vienes mañana a tomar el té a casa? No conozco a demasiada gente aún, pero invitaré a Christine y Maggy, seguro que lo pasamos muy bien juntas.

—Me encantaría. Se lo diré a mamá para que no haga planes. Me alegro muchísimo de verte, Ivy.

—Yo también, Beth. Es refrescante ver una cara amiga.

Ivette montó de nuevo a caballo y siguió paseando. Le encantaba pasar horas enteras al aire libre. De hecho prefería las temporadas que pasaba en la casa de campo de su padre que el bullicio de Londres. Solía sentarse a la orilla del río a dibujar a los animales, podía pasar horas enteras sin percatarse de nada que no fuese lo que estaba dibujando. Esperaba visitar pronto su nueva casa de campo, estaba deseando explorar los alrededores y encontrar su sitio privado donde poder dibujar.

Las ganas de aire libre desaparecieron de repente cuando se encontró de frente con el conde D'Arcy, el mal disimulado amante de su madrastra.

—Buenos días, excelencia. Veo que el matrimonio le ha sentado bien —dijo el conde con una mirada lasciva.

—Perfectamente, gracias.

—¿Y el duque? No le he visto rondando por aquí. ¿Tan pronto la ha abandonado? Supuse que esperaría un poco más para volver a los brazos de su amante.

—Mi esposo está atendiendo unos asuntos de suma importancia, milord, pero en cuanto termine con ellos se reunirá conmigo. Y siento decepcionarle, pero no hay ninguna amante a la que quiera volver. Mi marido es un hombre íntegro, milord.

—Es una lástima... Me preguntaba si le interesaría disfrutar... de compañía masculina mientras espera.

—No, gracias. Prefiero continuar mi paseo en soledad.

—¿Está segura? Puedo serle de gran... utilidad.

—Completamente. Si me disculpa...

Pensar que ese hombre estaba insinuándose le dio arcadas. Intentó alejarse, pero Casiopea notó la intranquilidad de su jinete y comenzó a corcovar.

—Shh... tranquila preciosa. Cálmate.

La voz del caballero que sujetaba las riendas de su montura tranquilizó a

Ivette. Levantó la vista para encontrarse con un apuesto caballero de mirada azul y cabello azabache. Conocía a ese hombre, era uno de los testigos de su boda, pero no recordaba su nombre.

— Buenas tardes, Excelencia — dijo el recién llegado—. Su esposo me envía para escoltarla hasta su casa. Los asuntos que se trae entre manos con su alteza se han complicado y no quería dejarla esperando más de lo necesario. D'Arcy...

— Excelencia...

Así que era duque... Solo había un duque en su boda aparte de su esposo: el mejor amigo de Stefan, el duque de Sutherland. El conde se marchó sin mediar palabra. El joven que la acababa de salvar bajó de su caballo y la ayudó a desmontar, ofreciéndole el brazo para caminar un poco y que consiguiera calmarse.

— Demos un paseo, excelencia — dijo el duque—. Creo que necesita aire fresco.

— No sabe usted cuánto.

— ¿Se encuentra bien? Está demasiado pálida. Parece que mis sospechas eran ciertas y el conde la estaba importunando.

— Estoy mejor, gracias. Tenía usted razón, Sutherland, el conde estaba siendo grosero. Es el amante de mi madre, un hombre al que siempre he aborrecido, e insinuaba que yo podría ser la siguiente en su lista de conquistas.

— Debería contárselo a Stefan. Él puede advertirle...

— No, ya tiene bastante por lo que preocuparse con la exposición de su majestad como para que yo le importe con nimiedades.

— No creo que el acoso de D'Arcy pueda catalogarse de nimiedad. Es un hombre muy insistente, y estoy seguro de que volverá a importunarla.

— De ser así, tomaré medidas en el asunto, se lo aseguro, pero no antes.

— Como guste. Aún así, si necesita ayuda puede contar conmigo. Estaré encantado de romperle la nariz si se da el caso.

— Gracias, excelencia. Quería agradecerle su amabilidad invitándole mañana a tomar el té. No conozco a demasiadas personas, me temo, y será una reunión muy familiar.

— Será un honor asistir. ¿Estará allí su esposo?

— Ese es mi deseo. También podría venir con su hermana... si es que tiene alguna. Siento no saber más del mejor amigo de mi esposo, pero...

— No se preocupe. De hecho no tengo una hermana, sino tres — dijo el duque sonriendo—, y estaré encantado de asistir con Eleanor, la menor de todas ellas.

— Muchísimas gracias, excelencia. Y ahora, si me disculpa, debo volver a casa.

— Ha sido un placer volver a verla — contestó él con una reverencia. Hasta

mañana.

El duque ayudó a Ivette a montar en su caballo y la observó marchar hacia la salida del parque. Sonrió. Su amigo había sido condenadamente afortunado. Daría toda su fortuna por conseguir una esposa la mitad de encantadora que la duquesa de Devonshire.

Capítulo 4

El duque de Devonshire paseaba con el príncipe Alberto por los jardines del palacio de Buckingham ultimando los detalles de la Gran Exposición. Ya estaba todo a punto, pero aún faltaba que los arquitectos terminaran los planos del palacio de cristal.

—Va a ser el evento del año, Stefan, estoy seguro —dijo el príncipe.

—Está siendo un proyecto muy importante, sin duda. La reina estará encantada con su homenaje, alteza.

—Victoria está siendo una gran monarca. Ha introducido muchas mejoras en la industria, ha mejorado la situación de los obreros y ha disminuido considerablemente la cantidad de mendigos en toda Inglaterra. Esta exposición es mi manera de demostrarle lo orgulloso que estoy de ella.

—Sin duda, captará el mensaje. ¿Tenemos ya los planos del edificio?

—No, aún no. Joseph Paxton solo me ha informado de que lo ha llamado palacio de cristal, y que estará construido de cristal y vigas de hierro.

—¿Joseph Paxton? ¿El antiguo jardinero de los Devonshire? —preguntó Stefan sorprendido— No sabía que trabajaba en el proyecto.

—Así es. Tu tío me lo recomendó, así que cambió su puesto de jardinero por el de mi arquitecto personal. Fox no está muy convencido con la idea de Paxton e insiste en que contrate a otro arquitecto, pero quiero ver lo que tiene pensado.

—Sinceramente, alteza, estoy muy sorprendido. No tenía ni idea de que Joseph fuese capaz de abarcar un proyecto de este calibre. Veamos lo que nos presenta, quizás sea un buen proyecto.

Stefan se dirigió a casa para cambiarse antes de ir a tomar el té con su madre y reunirse con su esposa.

—Buenos tardes, Stuart. ¿Mi esposa se ha marchado ya?

—Buenas tardes, excelencia. En efecto, se marchó hace media hora. Tiene una visita. El duque de Sutherland le espera en su despacho.

—¿Francis? Qué extraño. Sírvale una copa, Stuart. Voy a asearme y me reúno con él. Llego tarde al té de mi madre, y todos sabemos cuánto le molesta.

—Él mismo se sirvió su copa, excelencia. Ya le conoce.

Stefan subió a toda prisa a su dormitorio, se aseó y se cambió el traje de montar por un traje de diario. Bajó los escalones de dos en dos hasta su despacho, preocupado de que hubiese sucedido algo importante. Cuando se encontraron, ambos amigos se abrazaron afectuosamente.

—Francis, ¿ocurre algo? No es normal que te presentes en casa sin avisar.

—Tranquilo, no ocurre nada grave. He venido porque sé que tu esposa no va a contarte nada, y hay algo que debes saber.

—¿Saber qué?

—Esta mañana me encontré con tu esposa en el parque. D'Arcy la estaba importunando.

—¿D'Arcy? Tengo entendido que es amigo de la familia. ¿No habrás malinterpretado la situación?

—En absoluto. Cuando vi a tu esposa parecía seriamente afectada por la presencia del conde, así que me acerqué a prestarle mi ayuda si fuera necesario. Me contó que D'Arcy es el amante de la condesa de Blessington, por lo que ella no le tiene en muy alta estima. El conde le ha ofrecido ser su amante.

—¡Maldito desgraciado! Hablaré con él cuanto antes, se arrepentirá de haber importunado a mi esposa. Gracias por la información, Francis. Te debo una.

—De nada —dijo levantándose—. Me marcho, sé que tienes una reunión en casa de tus padres. Ivette me invitó a tomar el té mañana, así que aquí nos veremos. Se siente perdida, Stefan. Deberías pasar más tiempo con ella.

—Lo sé, pero el proyecto del príncipe me ocupa demasiado tiempo.

—¿Y por qué no le pides que te conceda una semana para viajar con ella? El príncipe está enamorado, será comprensivo, y a fin de cuentas no habéis tenido viaje de novios.

—Sería una auténtica pérdida de tiempo, pero intentaré pasar más tiempo en casa. Me marcho, ya llevo tarde y mi madre no se andará con miramientos a la hora de reñirme.

Stefan estaba temblando de ira. Que D'Arcy se hubiese atrevido a importunar a Ivette era indignante. De todos era conocido que el conde era un libertino consumado que no dudaba en meterse bajo las faldas de cualquier dama que se lo permitiese. Ivette sabía que era el amante de su madre. ¿Qué demonios habían hecho con esa pobre niña? Jamás había conocido a una mujer como ella: íntegra, dulce, fiel... ¿Cómo había conseguido ser así viviendo en la casa de los Blessington?

Ivette estaba sentada cómodamente en el sofá de brocado de su suegra, la marquesa de Huntington. Había elegido un sencillo vestido de muselina rojo, con bordados en el corpiño y las mangas y el escote en forma de diamante. La marquesa la había recibido con un gran abrazo y la había presentado a todas las damas presentes en el salón. Llevaban diez minutos hablando de telas, bordados y fruslerías, bebiendo té y degustando los deliciosos pastelitos de limón que su suegra había servido para acompañarlo.

Sintió, más que vio, a su esposo. Acababa de entrar por la puerta principal, su voz le llegaba tenue. Se tensó un segundo, mirando hacia la puerta con ilusión, esperando verle aparecer, tan alto, tan imponente. Sin duda, parecía que se había vestido acorde al atuendo de su esposa, pues llevaba un chaleco del mismo tono de rojo que su vestido debajo de una chaqueta negra que le quedaba como un guante. Oyó varios suspiros cuando Stefan se acercó a ella y la besó en la frente antes de sentarse a su lado.

—Buenos días, querida. Siento llegar tarde, pero el príncipe me retuvo más de lo esperado.

—No te preocupes, acabo de llegar.

—Por fin apareces, Stefan. Sabes que odio que llegues tarde —dijo su madre entrando por la puerta.

—Lo sé, y lo siento —contestó besándola en la mejilla—, pero no ha sido culpa mía.

—Excusas... ¿Y cómo va ese proyecto vuestro?

—Lento, pero seguro. Aparte del incendio del almacén no hemos tenido ningún otro percance, cosa que es de agradecer.

—El príncipe debería dejarte algo más de tiempo libre para pasarlo con tu esposa —protestó su madre.

—Ya sabes cómo es la realeza, pero intentaré volver a casa más temprano ahora que alguien me espera.

Ivette se perdió en la sonrisa sincera de su esposo, y en los pozos azules que brillaban en sus ojos. ¿Cómo era capaz de embrujarla de esa manera? La velada pasó en un abrir y cerrar de ojos, y los duques regresaron caminando a su casa, que no estaba demasiado lejos de la casa de la marquesa.

—Me ha dicho Sutherland que os habéis encontrado en el parque esta mañana —comentó Stefan de pasada.

—Cierto, ha sido muy amable al aceptar mi invitación para el té de mañana. He invitado a mis amigas del colegio a venir, espero que no te importe.

—En absoluto, querida. Estaré encantado de conocer a tus amigas. Francis estaba preocupado, Ivette.

—Te lo ha contado, ¿verdad? —dijo ella suspirando.

—Sí, aunque deberías haberlo hecho tú. Me dijo que no pensabas hacerlo, así que se adelantó. ¿Qué ocurre con D'Arcy?

—Es el amante de mi madrastra, y pretende cambiarla a ella por mí. Estuvo importunándome en el parque, pero el duque le espantó.

—No quiero que te guardes nada, Ivette. Mi deber es protegerte, y si no sé lo que ocurre no podré hacerlo.

—Lo siento, no quería importunarte.

—Hablaré con él de inmediato, no voy a consentir que te acose.

—No hace falta que hables con él, Stefan. Creo que esta tarde le quedó todo muy claro.

—Esta noche estamos invitados a una cena en casa de los duques de Kent —dijo cambiando de tema para evitar una discusión.

—¿Tenemos que ir?

—Debemos ir, Ivette. ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal? —preguntó Stefan mirándola con preocupación.

—No, me encuentro perfectamente, solo estoy muy cansada. Hoy ha sido un día muy largo.

—Iremos a cenar y después nos marcharemos, ¿de acuerdo?

Ivette asintió con una sonrisa y se agarró al brazo de su esposo con cariño. En cuanto llegaron a la casa, Stefan se paró en la acera y le dio un beso en la frente.

—Querida, debo ir al club, a arreglar unos asuntos, pero estaré aquí a tiempo. Hasta luego.

—Vas a hablar con D'Arcy, ¿verdad?

—Mi amor, debo hacerlo. No puedo permitir que te perturbe de esa manera.

—Por favor, Stefan... ten mucho cuidado.

Stefan sonrió y acarició su mejilla con la punta de los dedos.

—Tranquilízate, querida, no va a pasarme nada malo.

Ivette vio cómo su marido se marchaba calle abajo, y tuvo un mal presentimiento. Ella sabía que el conde D'Arcy era un hombre muy peligroso. Cuando tenía once años, fue testigo de cómo el conde asesinaba a un hombre en su propia casa. Siempre que su padre viajaba a la ciudad, ella y su madrastra se quedaban solas en Kent, pues Marguerite odiaba hacer de anfitriona. En esas ocasiones, el conde D'Arcy permanecía en casa la mayor parte del día... y de la noche. Su padre era gran admirador del duque, que era experto en moda, y no veía nada extraño en que su amigo pasara largas temporadas junto a su esposa, especialmente si la mantenía ocupada mientras él hacía lo que le venía en gana.

Esa noche, Ivette no podía dormir debido a las historias de fantasmas que le había contado Jess, la hija de la cocinera. La luz amarillenta de la luna llena se filtraba por la ventana, y estaba aterrada por un ruido que se oía en la planta de abajo. Se tapó la cabeza con la sábana, pero el ruido no paró. Recordó entonces las palabras que su hermano Martin, que había muerto por fiebres cuando ella tenía cinco años, le decía.

—Ivy, el miedo es la respuesta de las personas a lo desconocido. Tienes miedo a la oscuridad porque no sabes qué se esconde en ella. Cuando enciendes la luz, el miedo desaparece, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—Siempre que tengas miedo, sé lo suficientemente valiente para explorar la causa.

Así el miedo desaparecerá —decía su hermano acariciándole la cabeza.

— ¿Por eso eres tan valiente?

— Sí, mi pequeña princesa —respondía sonriendo—, por eso soy capaz de matar dragones para mantenerte a salvo.

Ivette respiró hondo y se levantó de la cama. Caminó de puntillas hasta lo alto de la escalera, donde escuchó al conde D'Arcy susurrando. Bajó los escalones hasta el descansillo, se encogió agarrada al barrote más ancho y escuchó.

— ¡Te dije que era tu última oportunidad! ¡Hicimos un trato, desgraciado!

— Pero milord... ha sido inútil, siempre va acompañado... no pude...

— No pude, no pude... —le imitó el conde burlándose— Lo siento, Darren. Te di una última oportunidad y la has desaprovechado.

— Pero milord...

No le dio tiempo a terminar la frase. El conde levantó la mano y le clavó un puñal repetidamente en el pecho. El hombre cayó al suelo, muerto en el acto. Ivette se sobresaltó, se apretó contra la pared y se tapó la boca con ambas manos, pero permaneció donde estaba por miedo a ser descubierta en su huída.

— ¡Oh Dios mío! —se oyó la voz de su madrastra— ¿Qué demonios has hecho, Henry?

— Lo que tenía que hacer, Margaret. No ha hecho lo que le he pedido, ¿cómo querías que le dejase vivir?

— ¡Le has matado en mi salón! ¡En casa de Julian! ¿Cómo has podido?

El conde se volvió bruscamente, se acercó a su madrastra y le cruzó la cara de una bofetada.

— ¡Deja la histeria, Margaret, por amor de Dios! Vas a despertar a la niña. Limpiaré este desastre, no te preocupes. No voy a manchar el nombre de tu querido Julian, nos está sirviendo muy bien a ambos.

Cuando sintió que estaba a salvo, Ivette corrió escaleras arriba y se escondió bajo su cama, donde lloró hasta quedarse dormida. En ese momento supo que su hermano estaba equivocado: no siempre el miedo desaparecía cuando sabías por qué era provocado. Esperaba que su marido tuviese el atino de no provocarle, o se quedaría viuda antes de tiempo. Entró en la casa, se acercó a la pequeña capilla... y rezó.

Stefan llegó al club con la cabeza bien fría. Si hubiese salido en busca de D'Arcy cuando Francis le informó del incidente con Ivette, le habría retado a duelo en el acto. Ahora estaba lo suficientemente calmado como para lanzarle una advertencia velada, digna de su posición y su reputación.

El *Ateneo* era uno de los clubs más prestigiosos de la ciudad. Era famoso por

su gran biblioteca y por los bajorrelieves que decoraban el exterior del edificio. Las instalaciones incluían un comedor, una sala de fumadores e incluso suites para los solteros. Stefan se sentó en una de las mesas más apartadas, pidió una copa y esperó. Diez minutos después, su presa entró en el salón acompañado por otros dos caballeros de dudosa reputación. Apagó su cigarro, se levantó despacio y se encaminó hasta donde se encontraba D'Arcy.

— Buenas noches, D'Arcy, tengo entendido que conoció a mi esposa esta mañana en el parque.

El conde se tensó por un momento, pero pronto recuperó la compostura y levantó la vista sonriendo.

— Excelencia, la verdad es que ya conocía a su esposa. Soy amigo de la familia, y la he visto crecer. Me dio mucho gusto verla en el parque y me acerqué a saludarla. La quiero como si fuese mi sobrina.

— Quizás, pero tenga seguro que no lo es. Le agradecería que en el futuro no olvidase que Ivette ya no es la hija de los Blessington, sino la duquesa de Devonshire, y que le dedique el respeto que se merece.

— No sé a qué se refiere, Devonshire. Lo único que hice fue felicitarla por su matrimonio y preguntarle por su salud.

— No es eso lo que me han contado. Verá... tengo entendido que la incomodó, y la verdad es que me pone de muy mal humor que importunen a mi esposa. De hecho, soy capaz de cualquier cosa con tal de verla feliz y tranquila, no sé si me entiende.

— ¿Es una amenaza, excelencia?

— En absoluto, D'Arcy —contestó Stefan con una sonrisa peligrosa—. Yo jamás amenazo. Es una advertencia en toda regla. Si me disculpan, caballeros...

Stefan volvió a su mesa, ocupada ahora por el duque de Sutherland.

— Acabas de buscarte un enemigo. Espero que sepas lo que estás haciendo —le reprendió su amigo.

— Tranquilo, Francis, sé lo que hago. Sé qué tipo de calaña es D'Arcy, no he actuado a ciegas. No se atreverá a hacer nada al respecto salvo alejarse de Ivette, te lo aseguro.

— En cualquier caso, sabes que si me necesitas...

— Lo que necesito ahora es una copa, pero gracias. ¿Asistirás a la cena de esta noche?

Su amigo suspiró.

— Eso me temo. Tengo que acompañar a Eleanor, pronto empezará la temporada y mi padre quiere que mi hermana empiece a mezclarse con la alta sociedad.

— Así aprovechas la oportunidad y se la presentas a Ivette. Seguro que se llevan a las mil maravillas, tienen caracteres muy parecidos. Nos encontraremos

allí con Sarah y mi cuñado, estaremos como en familia.

—No sabes el alivio que siento al saber que estaréis allí, amigo mío. Ya estaba preparándome para una velada tediosa.

—Ivette no se encuentra demasiado bien, así que no te garantizo que nos quedemos hasta el final de la velada.

—Me conformo con teneros en la cena, te lo aseguro. Empieza a cansarme tener que entretener a debutantes sin cerebro ni conversación.

—Eso tiene una sencilla solución, Francis. Búscate una esposa.

—¡Ah, no, ni lo sueñes! La única mujer encantadora de la temporada te la llevaste tú, Stefan, así que prefiero quedarme como estoy.

—Si no fueses mi amigo creería que estás enamorado de Ivette.

—Y si tú no lo estuvieses te aseguro que no perdería la oportunidad de arrebatártela.

—Me gustaría verte intentarlo —rió—. Mi esposa te metería una bala en el corazón antes de que terminases tu declaración. Aún no se ha soltado, pero te aseguro que Ivette tiene fuego tras esos ojos castaños. Mi matrimonio va a ser muy entretenido, te lo aseguro.

Dicho esto, Stefan se despidió y se levantó dispuesto a marcharse a casa. Después de la confesión de su mejor amigo, sentía la necesidad irrefrenable de pasar más tiempo a solas con su esposa.

Capítulo 5

Ivette leía sentada con los pies descalzos sobre el sofá, iluminada por los rayos del sol que se filtraban por la ventana esa tarde. Estaba tan cansada... De buena gana se quedaría en casa esa noche, pero su esposo tenía razón. No podían ofender así a los duques, y ella tenía que empezar de una vez por todas a conocer a la nobleza, o sus celebraciones se resumirían a su familia y amigos.

Posó el libro en su regazo y comenzó a hacer inventario de los vestidos que poseía, y todos eran demasiado simples para una cena de gala. ¿Qué podía hacer? No quería avergonzar a Stefan pareciendo una pueblerina, así que llamó a Sophie de inmediato.

—¿Me ha mandado llamar, excelencia?

—Sí, Sophie. Necesito tu ayuda desesperadamente. Esta noche tenemos que asistir a una cena en casa de los duques de Kent, y me temo que mis vestidos son demasiado recatados para ello. ¿Me ayudas a modificar alguno de los que tengo para que parezca más sofisticado?

—Claro que sí, excelencia. Se me da bien arreglar vestidos.

En menos de lo que esperaba, tenía un vestido de noche digno de envidiar. Con un rollo de gasa negra, plumas y un chal de pedrería Sophie convirtió un insulso vestido color melocotón en un sensacional vestido de fiesta. Ivette estaba subida en un banco en ropa interior cuando Stefan llegó a casa.

—¿Ivette? ¿Qué demonios haces ahí subida? —preguntó al entrar en la habitación.

—¡Oh, Stefan! No te oí entrar. Estoy esperando que Sophie termine de modificar el vestido para probármelo.

—¿Modificar? ¿No tienes vestidos de noche, Ivette?

—Me temo que no. Mi madrastra se limitó a hacerme un solo vestido para el teatro o la ópera, y cinco vestidos de día. Ese es todo mi fondo de armario.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No creo que eso sea algo para contar a mi esposo en la noche de bodas, ¿verdad?

—Mañana iremos a la modista. Tienes que tener un nuevo guardarropa. Veamos qué maravillas ha conseguido Sophie.

Stefan se repantigó en la otomana disfrutando del espectáculo. Sophie se escandalizó al verle allí, pero él la animó a continuar con su trabajo con un gesto de la mano. Era increíble ver el magnífico trabajo que había realizado, Ivette estaba

preciosa. Se acercó a ella y cogiéndola de la mano la hizo girar, para admirar de cerca las curvas de su esposa.

—Espera un segundo, no te lo quites aún.

Sacó de la caja fuerte el conjunto de oro con diamantes y perlas negras, que harían juego con el vestido, y se los entregó a Ivette.

—Creo que este conjunto es el más apropiado. Déjame que te ayude a ponértelo.

Ver a su mujer con esas joyas hizo que se le hiciese la boca agua. Estaba absolutamente preciosa, y si por él fuera se encerraría con ella en esa habitación durante una semana entera.

—¿Qué tal estoy? ¿Te gusta? —preguntó ella sacándole de su ensimismamiento.

—No sé... quizás deberías ponerte otra cosa.

—¿No es adecuado?

La cara de preocupación de su esposa le llenó de ternura. Era tan inocente... Se acercó a un suspiro de sus labios y la enlazó de la cintura.

—En absoluto —contestó—. Voy a tener que pasarme toda la velada espantando a los hombres de las faldas de la mujer más bonita de la cena.

—¡Stefan! —rió ella.

—Estás absolutamente deslumbrante, Ivette. Ahora soy yo quien no va a estar a la altura de la mujer que me acompaña...

—Tonto. Tú siempre estás muy elegante.

—¿Solo elegante?

—Muy apuesto también —dijo ella azorada.

Stefan sonrió y besó a su esposa con ternura antes de separarse de ella con un esfuerzo titánico. Sacó de su bolsillo unas cuantas monedas, que puso en la mano de una asombrada Sophie.

—Toma, Sophie, has hecho un trabajo excelente.

—¡Pero excelencia! ¡Esto es demasiado!

—Insisto. Cómprate algo bonito. Sé que a Stuart le encantará verte con un vestido nuevo el domingo en la iglesia.

—Señor, Stuart y yo no...

—Tranquila, mujer. No voy a oponerme a que mantengáis una relación, siempre que seáis precavidos.

—Muchas gracias, excelencia —dijo la joven arrebolada haciendo una reverencia.

Cuando la doncella se retiró, caminó hacia su esposa y la acercó a su cuerpo por completo. Acarició su mejilla con la yema de los dedos y se acercó a su oído.

—¿Sabes una cosa, Ivy? —susurró— Esta noche voy a hacerte el amor... solo con esas joyas sobre tu piel.

Ivette tragó saliva, excitada debido a las palabras de su esposo. Le vio salir silbando de la habitación y se dejó caer en la cama, sofocada. Cuando la doncella volvió a entrar, la encontró tumbada en la cama abanicándose efusivamente con la mano.

—¡Excelencia, su vestido! —gritó Sophie.

—¡Lo siento, lo siento! —exclamó ella levantándose a toda prisa— ¡Stefan me perturba!

Se quitó el vestido y bajó a buscar a su esposo. Estaba en el despacho, inmerso en unos papeles, pero al verla aparecer los dejó a un lado y la hizo sentarse en sus piernas.

—¿Ya has terminado? —preguntó el duque.

—Sí, solo queda que Sophie le dé los últimos retoques.

—Vas a estar preciosa con ese vestido. ¿Has dormido algo, cariño? Te noto más despejada.

—No he podido pegar ojo sabiendo que estabas enfrentándote a D'Arcy —reconoció Ivette.

—El conde no volverá a molestarte, Ivy. No se atreverá a acercarse a ti de nuevo.

—Stefan, D'Arcy es un hombre muy peligroso, no quiero que vuelvas a enfrentarte a él.

—Tranquilízate, querida, no va a hacerme ningún daño.

—Tú no le conoces, no sabes de las cosas que es capaz...

—Mi amor, ¿acaso estás poniendo en duda mi capacidad de defenderme? —bromeó él.

—No es eso... es que estoy muy asustada.

—Ivette... ¿Qué ocurre?

Ivette respiró hondo y cerró los ojos. Si quería que su marido estuviese a salvo, tenía que contarle todo lo que sabía.

—Cuando era niña le vi matar a un hombre.

—¡Por Dios vendito! —Stefan se pasó la mano por la cara—. ¿Sabe que le viste?

—No. Yo estaba escondida y nadie me vio. Se llamaba Darren, y tenía que asesinar a algún noble. Como no lo consiguió, D'Arcy le mató en el salón de mi casa.

—¿Y tus padres lo saben?

—Mi madrastra sí, estaba delante. Mi padre estaba en Londres por negocios. Dos días después papá regresó y me llevó al colegio, donde he permanecido interna desde entonces. Jamás me sacaron de allí para las vacaciones, y reconozco que lo agradecí. Prefería estar con mis amigas a tener que aguantar a mis padres y a D'Arcy.

—Lo siento tanto, Ivette... Pero ahora estás aquí, conmigo, y nada ni nadie van a volver a hacerte daño. Te lo prometo.

Sus palabras consiguieron que a Ivette se le formase un nudo en la garganta. Apoyó la cabeza en el hombro de Stefan y permanecieron un rato así, simplemente disfrutando de su cercanía. Los movimientos de la mano de su esposo en su espalda adentraron a Ivette en un relajante duermevela.

Stefan permaneció disfrutando de ver a su esposa descansar en su regazo. Su respiración pronto se hizo profunda y la dejó dormir un poco. Permaneció sin moverse, disfrutando de sus facciones, acariciando de forma distraída su cabello sedoso. Lo que acababa de revelar sobre D'Arcy ya lo sabía, había estado presente en el juicio en el que lo declararon inocente por falta de pruebas. Él era un joven recién salido de la universidad, pero su padre había insistido en que le acompañase a todos los eventos posibles a fin de prepararle para el puesto que ahora ocupaba.

Media hora más tarde despertó suavemente a Ivette para que fuese a prepararse para la cena en casa de los Kent. Aunque ya la había visto ataviada con el vestido esa misma tarde, verla perfectamente arreglada le dejó sin respiración. Estiró la mano para ayudarla a bajar los dos últimos escalones y le colocó la capa ribeteada de piel sobre los hombros.

—¿Preparada?

—Estoy nerviosa, Stefan. No conozco a nadie, y...

—Eso no es cierto. Nos conoces a mí y a Francis, que también asistirá con su hermana Eleanor. Y mi hermana Sarah también estará allí con mi cuñado.

—Apenas crucé dos palabras con ella en la boda. Ahora me siento avergonzada, pero ese día estaba desorientada.

—Ivette, ¿quieres tranquilizarte? Nadie va a juzgarte por tu comportamiento en nuestra boda, y mucho menos mi hermana. Todo va a salir bien, te lo prometo.

Eduard Hamilton, duque de Kent, era una de esas personas que a todos cae bien: un hombre con cara de buena persona, amable, educado y divertido. Pero su esposa era harina de otro costal: Angélique era una auténtica arpía, pero como era familiar de la reina, la alta sociedad tenía que soportarla. En cuanto entraron en la casa, Stefan divisó a su hermana junto a su esposo, Andrew Spencer, marqués de Somerset, y gran amigo de Stefan y Francis.

Su hermana le sonrió y se acercó a besarle en la mejilla. A continuación cogió a Ivette de las manos y repitió el gesto con ella, arrancándole una sonrisa.

—Gracias a Dios que habéis llegado, Ivette. Pensé que iba a volverme loca con esa arpía —dijo Sarah refiriéndose a la duquesa de Kent.

—Sarah... cuida tu lengua. Te recuerdo que tengo el permiso de tu marido para ponerte sobre mis rodillas —bromeó Stefan.

—Bah, no seas aguafiestas, hermano. En esta casa no hay ni una sola persona que la aguante, ni siquiera su esposo.

—Sarah, mi amor... compórtate.

La voz de barítono del marqués de Somerset sorprendió a Ivette. No era tan apuesto como Stefan o Francis, pero tenía un aire de pirata que a todas las mujeres hacía suspirar. Quizás fuese la cicatriz que subía por su cuello hasta su oreja, o el ángulo de sus cejas oscuras sobre sus ojos plateados. La verdad es que a Ivette le imponía mucho, y apenas dijo una palabra en su presencia.

—Vamos, Ivette —dijo su cuñada—, acompáñame. Te presentaré a las personas más divertidas.

La cena transcurrió más deprisa de lo que Ivette había imaginado. Se divirtió enormemente charlando con su cuñada y Eleanor, y el cansancio pronto fue relegado al olvido. Tras los postres, los hombres se retiraron a tomar una copa a la biblioteca. En cuanto tuvieron la copa en la mano, Stefan se volvió hacia su cuñado.

—¿Qué demonios le pasa a mi hermana, Andrew? Está demasiado...

—¿Activa? —continuó Francis—. Parece un polvorín a punto de explotar.

—Sí, lo he notado —contestó su cuñado sonriendo—. Desde que tu sobrino está dando guerra no para quieta ni un minuto.

—¿Sobrino? —preguntó Francis sorprendido— ¿Está embarazada?

—Así es. No quiere decirlo porque aún es pronto, pero...

—Enhorabuena, cuñado —dijo Stefan abrazándole—. No sabes cuánto me alegro por los dos.

—Espero que esta vez el embarazo llegue a buen puerto. Casi queda destrozada cuando perdió al primer bebé y me costó mucho recuperarla.

—Recemos para que todo salga bien —susurró Stefan.

Sarah quedó embarazada al año de estar casada con Andrew. Cuando perdió a su bebé a los cinco meses de embarazo, quedó tan destrozada que a punto estuvo de terminar con su matrimonio. Por suerte, Andrew era un hombre obstinado... y perdidamente enamorado de su mujer, así que no se rindió, y poco a poco la sacó del agujero en el que había caído para volver a hacerla feliz. Esperaba de corazón que su hermanita llevase este embarazo a buen puerto, pues de no ser así estaba seguro de que no conseguiría superarlo.

Mientras tanto, Ivette, Sarah y Eleanor paseaban por los jardines cogidas del brazo. Aunque la noche era fresca, el jardín estaba lleno de gente, así que no había peligro de faltar al decoro.

—Y dime, Ivette —comenzó Sarah—, ¿cómo te va con mi hermano? Soy consciente de que es un cabeza dura.

—Soy feliz... creo que eso resume muy bien mi vida de casada. Tu hermano es un hombre maravilloso, Sarah. No seas tan dura con él.

—¿Y en la cama? —preguntó la cuñada alzando las cejas.

—¡Sarah! —se escandalizó Eleanor.

—No seas mojigata, querida —contestó Sarah—. Tienes que saber lo que te espera cuando encuentres algún hombre con el que casarte.

—No creo que sea adecuado hablar de ello aquí —intervino Ivette—. Sin embargo, mañana en mi casa a la hora del té podremos poner al día a Eleanor y a mis amigas del colegio.

—¡Sí! ¡Es una idea estupenda! Aunque tendremos que esperar a que los hombres se retiren. No puedo creer que tu madre te contara semejantes barbaridades en tu noche de bodas —dijo Sarah.

—No es mi madre, sino mi madrastra —protestó Ivette—. Y sí, no quiero ni imaginar que a ellas les cuenten las mismas mentiras.

—¡Pero eso está mal! ¡No podemos hablar de esas cosas! —La pobre Eleanor había perdido todo rastro de color.

—A ver, Eleanor —dijo Sarah—, ¿Qué prefieres, adentrarte en el matrimonio sin saber nada sobre la noche de bodas, asustada, o...?

—¿O hacerlo sabiendo las maravillas que puedes encontrarte? —terminó Ivette.

—Sois una mala influencia... —contestó Eleanor— Pero estoy deseando que llegue mañana.

Cuando el carruaje de los Devonshire llegó a casa, Ivette no podía mantenerse en pie. Stefan la cogió en brazos y ella se enroscó en su cuerpo para descansar la cabeza en su hombro. Stuart abrió la puerta cuando el duque ponía el pie en el primer escalón y le ayudó a llegar al dormitorio sin problema. Sophie esperaba a su señora dormida en el sillón y dio un salto cuando vio al duque entrar.

—Buenas noches, excelencia —tartamudeó.

—Vete a dormir, Sophie. Yo me ocupo de mi esposa. Que descanses.

Desabrochó despacio los lazos de la espalda del vestido y desnudó a Ivette, no sin esfuerzo. La dejó desnuda entre las sábanas, se quitó la ropa y la acompañó a los pocos minutos. Ivette, aún dormida, se dio la vuelta y pegó su cuerpo al de él, haciéndole arder al momento. Enterró la cara en su cabello e inspiró su dulce aroma. Su mano acarició despacio el pecho de su esposa, haciendo que sus pezones renacieran en la fría noche. Ivette comenzó a mover sus caderas, en un delicioso vaivén que hacía que su trasero se restregase contra la erección de Stefan. Él deslizó la mano por su estómago y la enterró entre sus rizos. Los gemidos de su esposa no eran ya los de una mujer dormida. Echó la mano hacia atrás y enredó los dedos en el pelo de su esposo, que pasó la pierna de Ivette por su propia cintura y

la penetró despacio desde esa posición.

—Dios, Ivette, ¿qué demonios has hecho conmigo? —gimió el duque.

Comenzaron a moverse despacio, acercando sus cuerpos al máximo, uniéndose en un solo ser y, cuando el orgasmo les arrasó, se quedaron dormidos, Stefan aún enterrado hasta el fondo en el cuerpo de Ivette.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Stefan dejó aparcados todos sus asuntos para llevar a Ivette a la modista. Que su esposa hubiese tenido que reformar un vestido para poder acudir a la cena de la noche anterior era inadmisibile. Se sentía avergonzado por no haber prestado atención a nimiedades como esa. Pensó que su familia le proporcionaría un guardarropa digno de una duquesa, pero al parecer no había sido así. Cada vez estaba más seguro de que Margaret Polter solo se preocupaba por ella misma, y su esposa había sido una piedra en su camino que se alegró de eliminar.

En cuanto se despertó, mandó traer el desayuno a sus aposentos y abrió el armario de Ivette de par en par. Ella permaneció de rodillas en la cama, tapada con la sábana, divertida ante el comportamiento excéntrico de su marido, que se había dedicado a sacar todos sus vestidos y tirarlos por el suelo.

—¿Se puede saber qué haces, Stefan?

—¿Pero en qué estaba pensando tu madre cuando te mandó hacer el guardarropa? ¡Por Dios, si tus vestidos son de debutante!

—Soy una debutante, al menos en teoría.

—Eres mi esposa.

—Cuando me mandó hacer el guardarropa aún no lo era.

—Ivy —Se dio la vuelta y se pasó las manos por el pelo, claramente frustrado—. Cuando tu madre te mandó hacer esta ropa ya sabía que serías la duquesa de Devonshire. Por muy debutante que fueras, debería haberte confeccionado un guardarropa digno de tu título.

—Sophie y yo podemos modificarlos y...

—¿Modificarlos? Ni hablar. Tengo dinero suficiente como para consentirte tanto como quiera. —Enterró la cabeza de nuevo en el armario y sacó un vestido de muselina color lila con pedrería en el corpiño—. Vístete, nos vamos de compras.

A Ivette no le dio tiempo de protestar, porque Stefan ya se había perdido por la puerta de acceso a su dormitorio, así que obedeció y se preparó para salir. Una hora después se encontraban frente a la puerta de la tienda de madame Andrée, la mejor modista del país.

—*Mon dieu*, excelencia, ¿a qué debemos el honor de *sa présence*?

—Buenos días, Andrée. Mi esposa necesita un guardarropa nuevo.

—*Je comprends*. ¿Hay algo en particular que desee su excelencia o tengo *carte blanche* para vestir a la *duchesse*?

—Carta blanca, querida, pero necesita algún vestido de inmediato. Un par de ellos para el día y un par de vestidos de noche hasta que tengas listo el resto.

—*Très bien*, tengo algunos vestidos que le pueden servir. Tiene una figura *magnifique* y su tono de piel hace que cualquier color le siente bien. *Madame* —dijo dirigiéndose a Ivette—, ¿me acompaña?

Ivette siguió a la horonda mujer hasta la trastienda, en la que una tarima forrada de terciopelo rojo estaba situada frente a tres espejos, haciendo que pudiese verse desde tres ángulos distintos.

—Vamos a hacer de su excelencia toda *une princesse*, ya verá. Tenemos todo un guardarropa de una dama que se quedó compuesta y sin novio. El *pauvre homme* murió en un duelo. Tenía la misma talla que usted, quizás podamos encontrarle *certaines* vestidos que pueda utilizar mientras le confecciono su *garde-robe*.

—Gracias, madame Andrée. Me gustaría que los vestidos no fuesen demasiado ostentosos.

—*Mon Dieu!* ¡Es usted una duquesa, *madame!* ¡Tiene que vestirse *d'accord* con su estatus! Su excelencia no consentirá menos que eso.

Ivette no volvió a abrir la boca al respecto. No quería avergonzar a su esposo, así que se probó diligentemente todos los vestidos que madame Andrée le proporcionaba. Cuando alguno de ellos era del gusto de la dama, la hacía desfilar ante su esposo, que se encontraba en la sala contigua, repantigado en un sofá y bebiendo whisky. Cada vez que un vestido le gustaba, sus ojos ardían de deseo y ella sentía mariposas en el estómago cuando le veía asentir.

Hubo un momento en el que ella creyó morir. Estaba subida en la tarima ataviada solo con su ropa interior y Stefan entró en la estancia llevando en sus brazos un vestido de damasco vino tinto, adornado con hilo dorado en el corpiño y tres flores blancas haciendo un fruncido en la falda, dejando a la vista la gasa blanca que daba vuelo al vestido.

—¡Excelencia! No debería estar aquí —protestó madame Andrée.

—Discúlpeme, pero vi este vestido y no pude resistirme a ver a mi esposa con él puesto. Creo que es justo para ella.

— *Très bien*, pero salga de aquí ahora mismo. Es indecoroso.

Ivette no podía articular palabra ante la audacia de su esposo. ¿Cómo se le había ocurrido entrar allí? ¿Quería montar un escándalo? Cuando madame Andrée la ayudó a ponerse el vestido y se vio en el espejo supo que Stefan tenía razón. El traje se amoldaba a sus curvas como un guante y el escote en forma de corazón dejaba parte de sus pechos al descubierto, sin faltar al decoro.

—Su *excellence* estaba en lo cierto, le queda de maravilla.

Salió al salón donde se encontraba Stefan, que dejó el vaso a medio camino de sus labios cuando la vio aparecer. Se movió despacio, igual que un felino a

punto de saltar sobre su presa, soltó el vaso en la mesa y se acercó a su esposa. La hizo dar una vuelta y admiró todas y cada una de sus curvas.

—Nos lo llevamos —susurró.

—¿Entonces te gusta? —preguntó Ivette.

Stefan acercó su cuerpo al de su esposa tanto que ni el aire podía pasar entre ellos, y acercó su boca al oído de la joven para susurrarle.

—Si no fuera porque daríamos un escándalo, te haría el amor ahora mismo, con ese vestido puesto, en ese sofá de ahí. No solo me gusta, sino que verte con él hace que me muera de ganas de enterrarme en ti.

Ivette se pasó la lengua por el labio inferior. Sus pechos subían y bajaban confinados en el apretado escote y Stefan no pudo evitar la tentación de pasar la yema de un dedo por el borde.

—Estás absolutamente preciosa, Ivy. Voy a ser la envidia de todos los caballeros cuando lo lleves puesto y lo luzcas colgada de mi brazo.

Al final Stefan se decantó por cuatro vestidos de día de diferentes colores y un par de vestidos de noche, el vestido de damasco y otro plateado. Madame Andrée insistió en dotarla de la ropa interior adecuada. La que llevaba, de algodón, no servía, a juicio de la modista, para una joven felizmente casada que quisiera provocar a su esposo.

Volvieron a casa paseando, y se adentraron en el mercado, donde su marido le regaló un precioso broche de oro en forma de corazón. Poco después se encontraban en su dormitorio, dentro de la enorme bañera, disfrutando de un baño juntos.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó Stefan enjabonando distraídamente una de las piernas de Ivette.

—Sí, aunque he de reconocer que madame Andrée es muy... intensa.

—Puede ser un poco intimidante, es cierto, pero es la mejor costurera de la ciudad. Mi madre es clienta suya, la próxima vez que quieras un vestido puedes ir con ella y con Sarah.

—Me encantaría, pero ahora tengo un guardarropa completo encargado, así que no necesitaré vestidos nuevos por un tiempo.

—Querida, ese guardarropa es solo para esta temporada. Además, me gustaría que me sorprendieses de vez en cuando con un precioso vestido nuevo. A fin de cuentas, en algo tienes que gastar tu asignación.

—¿Mi asignación? —preguntó Ivette sorprendida.

—Cielo, todas las damas tienen una asignación. ¿Qué pensabas que había en la pequeña caja fuerte que tienes en tu habitación?

—Creí que era tuya... ¿Y cuál es la combinación?

—Ahora mismo no tiene ninguna, porque creí que querías ponérsela personalmente. Mañana le pondremos la que quieras y así podrás tener todas tus

joyas a tu disposición. Ocupan demasiado espacio en mi caja fuerte —bromeó.

—Es todo tan... turbador. Hay veces en las que me siento perdida, como si hubiese entrado en un mundo que no me corresponde. Y eso me asusta.

—Ivy. —La atrajo hasta sus rodillas y la abrazó—. Sé que todo esto es muy repentino y que puede parecerle desconocido e intimidante, pero no tiene que ser así. He viajado mucho y mi forma de ver el mundo es diferente de la del resto de Londres. Podemos hacer esto a nuestra manera, amoldándolo a los dos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Stefan la besó, saboreando la miel de su boca, acariciando despacio la piel de su esposa hasta que logró encenderla de deseo. Ivette gemía entre sus labios y se agarró a su cabello, apretando los pechos contra su marido. Stefan la sentó a horcajadas sobre él y la penetró de una sola estocada, pero se quedó quieto dentro de ella, simplemente besando su piel.

—Stefan —susurró ella—, vamos a vaciar la bañera.

—No me importa.

—Pero el servicio sabrá lo que hemos hecho...

—El servicio permanecerá callado si quiere conservar su puesto. Y yo te necesito ahora mismo, en esta misma posición.

Comenzó a mover a su esposa sobre él, aumentando poco a poco el ritmo, acompañándola con movimientos de su pelvis, enterrando la cara en su cuello y bebiéndose sus gemidos hasta que la tormenta estalló y cayeron saciados, uno en brazos del otro.

A la hora del té, disfrutaron de una gran velada con su cuñada, Sarah, su esposo, Andrew, Francis, Eleanor y las amigas del colegio de Ivette: Beth, Christine y Maggy. Antes de que llegasen, Ivette había estado muy nerviosa, daba vueltas y más vueltas por el salón y supervisó personalmente la preparación de las tartaletas y los pasteles que sirvió con el té.

Fue refrescante para ella ponerse al día con sus amigas. Eleanor y Sarah se habían convertido ya en un gran apoyo para ella, así que estuvo realmente feliz. Los tres hombres se fueron al despacho de Stefan a tomar una copa y las mujeres pudieron dar rienda suelta a las descabelladas ideas que se le ocurrieron a Sarah la noche anterior.

—¡Por fin se marcharon! —suspiró Eleanor—. Me moría de ganas porque tuviésemos esa conversación.

—¿Qué conversación? —preguntó Beth intrigada.

—¡Dios mío, Ivette! Hemos creado un monstruo —dijo Sarah con una sonrisa.

—¡Ah, no! La culpa es toda tuya. Yo no fui quien le metió esas locas ideas en la cabeza, sino tú —respondió la aludida.

—Claro que no, tú solo fuiste la instigadora —bromeó su cuñada.

—¿Pero de qué estáis hablando? —preguntó Christine.

—De la noche de bodas —respondió Eleanor triunfal.

—¡Pero eso no es nada decoroso! —se escandalizó Maggy— Si nuestras madres se enteran...

—Vamos, Maggy, no seas mojigata —la reprendió Beth—. Tú quieres saberlo tanto como nosotras.

—Además —continuó Eleanor—, nadie se tiene por qué enterar de esta conversación. Vuestras madres no están aquí, ¿verdad?

—¿Es... doloroso? —preguntó Christine comenzando la ronda de preguntas—. En la escuela nos dijeron que lo sería.

—¿Quién os dijo esa barbaridad? —preguntó Sarah estupefacta.

—En nuestra escuela las maestras eran muy... especiales —contestó Ivette.

—Decían que el deber de las mujeres como esposas era satisfacer los placeres carnales de nuestros maridos —continuó Beth—, y que deberíamos pagar un precio por ello. De ahí que fuera doloroso.

—¿Es así, Ivy? —preguntó Maggy.

—Es cierto que duele... cuando tu esposo te mira con pasión y tarda demasiado en tocarte —dijo sonriendo malévola.

Sarah soltó una carcajada ante la expresión de su cuñada.

—Creo que lo has plasmado demasiado bien, cuñada. Veréis... hacer el amor con tu marido no es doloroso, sino todo lo contrario. Si vuestro esposo es delicado y buen amante, sentiréis tal placer que estaréis como Ivy... deseando que llegue la hora de estar entre sus brazos.

—¡Como si tú no lo desearas también! —resopló Ivy.

—¿Tan maravilloso es? —preguntó Eleanor ilusionada.

—Si tienes la suerte que he tenido yo con Stefan, te aseguro que sí. Cada vez que estamos juntos, siento que...

—Que sois un solo ser —terminó la frase Sarah.

—Pero vuestros esposos son tan apuestos... —suspiró Maggy— No creo que yo vaya a tener tanta suerte.

—El duque de Sutherland aún está disponible... —dijo Sarah con una sonrisa.

—Eso no es justo... es mi hermano —bromeó Eleanor cruzándose de brazos.

—Además... Perdóname, Eleanor —protestó Beth—, pero es un hombre arrogante, pomposo y además mujeriego.

—No voy a defender a mi hermano, Beth. Es cierto que es arrogante y pomposo. Que nuestro padre le cediese el título antes de lo previsto ha hecho de él un engreído de cuidado. Pero le quiero.

—Chicas, creo que no estamos hablando del mismo Sutherland —protestó

Ivy—. El duque que yo conozco es educado, divertido, caballeroso... ¿Estáis seguras de que es el mismo?

—Yo conozco al mismo Francis que tú, Ivy —contestó Sarah—. La visión de Eleanor es lógica, porque es su hermana pequeña y conociéndole estoy segura de que la hará rabiar a todas horas. ¿Pero tú, Beth?

—Tuvimos un encuentro el otro día en una reunión social. Fue muy desagradable conmigo.

—¿Francis? ¿En serio? —preguntó Sarah— ¿No será que no te hizo caso?

—¡Por supuesto que no! Ese arrogante no me interesa en absoluto.

—¿Os imagináis que terminase casada con él? —bromeó Maggy.

—¡No lo digáis ni en broma!

Las cinco mujeres reían cuando los hombres se reunieron de nuevo con ellas en el salón. Poco después las amigas de Ivette se marcharon y Stefan propuso jugar al póker.

—¡Stefan, no pienso apostar contigo! Eres un tramposo —dijo Eleanor sonriendo.

—¿Tramposo? Yo no tengo la culpa de que no sepas perder, mocosa. Además, el único tramposo que hay en esta sala es tu hermano.

—No tenemos por qué apostar dinero —interrumpió Ivette—. ¿Qué os parece si nos apostamos peladillas? Hay una fuente llena sobre la mesa y, si hacéis trampas... solo conseguiréis que os duela la tripa.

—Eso no es divertido, Ivette —protestó Andrew.

—Pues a mí me parece una idea magnífica —dijo Sarah—. O apostamos peladillas o yo no juego.

—Está bien, pero sois unas aguafiestas —dijo Francis con una sonrisa.

Se colocaron por parejas, cada mujer casada con su marido, y Eleanor con su hermano. Ivette se sentía acalorada, porque cuando sus amigos no miraban, su esposo le guiñaba el ojo descaradamente, pasándose la lengua por el labio inferior de manera sugerente. Perdieron las tres primeras partidas y ella cada vez tenía más calor.

—¡Ivy! —protestó Stefan—. ¡Nos estamos quedando sin peladillas! ¡Presta atención a mis señas, por amor de Dios!

—Yo... disculpadme, pero no me encuentro muy bien. Seguid jugando sin mí, voy... a tomar un poco de aire.

Salió al balcón e inspiró una gran bocanada de aire intentando calmarse. ¿Qué le pasaba? Su marido le guiñaba para hacerle señas por el juego y ella estaba pensando en seducciones. ¡Pero qué tonta era! Se apoyó en la pared con los ojos cerrados y sonrió.

—Ivette, ¿te encuentras bien? —dijo su marido cerca de ella— ¿Quieres que les diga que se marchen?

—No, tranquilo, me encuentro perfectamente —respondió sin mirarle.

—¿Entonces? ¿Acaso no me viste guiñarte el ojo?

—¡Oh, claro que te vi!

—¿Y por qué has jugado tan mal? Sé que eres muy buena jugando al póker, tú misma me lo dijiste en una de tus cartas.

—Es que creí... creí...

—¿Qué creíste? —Stefan se acercó un paso, imaginando por dónde iban los derroteros de su esposa.

—Creí que intentabas seducirme delante de nuestros amigos.

Stefan soltó una carcajada. Estaba seguro de que su esposa estaba perturbada, pero ni por un momento imaginó que fuese por eso. La aprisionó contra la pared, dejando sus labios a solo unos milímetros de los de la joven.

—¿Acaso quieres que te seduzca? Porque si es así te llevo a nuestra alcoba en menos de lo que canta un gallo...

—¡Stefan! ¿Cómo se te ocurre? Eso sería muy descortés.

—Créeme, mi amor, todos lo entenderían perfectamente. Además, el día de nuestra boda me propuse hacer realidad todos tus deseos, así que...

—Eres un sinvergüenza, Stefan Cavendish.

—Ajam —susurró rozando apenas sus labios.

—Y un libertino.

—También... Pero solo contigo, Ivy... Solo contigo.

Stefan no la dejó contestar. Atacó su boca con avaricia, recorriendo cada recoveco y saboreando los gemidos de su esposa. Ella se agarró a sus hombros porque de repente sus piernas se convirtieron en gelatina, pero antes de que pudiese hilar dos pensamientos seguidos Stefan terminó el beso.

—Ahora van a saber que he tenido la cara dura de seducirte en el balcón, ¿no es excitante? —bromeó él pasando indolente un dedo por el contorno del escote del vestido de su esposa.

—¡Oh, eres imposible!

Ivette entró en la casa seguida de la carcajada de su esposo, que inconscientemente la hizo sonreír a ella también. Stefan era un sinvergüenza encantador y su corazón brincaba en el pecho cada vez que él se acercaba. Ahora debería darle las gracias a su padre por haberla obligado a casarse con el duque de Devonshire... porque a fin de cuentas todo había salido bien.

Capítulo 7

Comenzó la construcción del Palacio de Cristal, y con ello, el traslado de los duques de Devonshire a la corte. Ivette estaba muy emocionada por conocer los entresijos de la alta sociedad, por asistir a bailes y conocer a nuevas personas, pero también un poco nerviosa por lo que se iba a encontrar en el palacio de Buckingham. Stefan, sin embargo, estaba de un humor de perros. El mudarse a la corte implicaba pasar mucho menos tiempo con Ivette, y que estuviese rodeada de hombres sin su protección le sacaba de sus casillas. Confiaba en su esposa, sin duda, pero no en los petimetres de la alta sociedad. Había entre las filas de la reina más de un crápula dispuesto a todo con tal de meterse bajo las faldas de una mujer bonita, e Ivette lo era. ¡Vaya si lo era! Su belleza natural eclipsaría a todas las damas de la reina, de eso estaba completamente seguro.

El carruaje estaba listo, solo faltaba que ella bajase. Tardaba demasiado y comenzó a preocuparse. Cuando subió se encontró a su esposa metida en la cama con las cortinas corridas y en absoluta oscuridad.

—¿Ivy? ¿Qué te ocurre? ¿Qué tienes? —preguntó preocupado.

—Oh, Stefan, lo siento, pero vamos a tener que retrasar nuestra partida un par de días.

—¿Qué te duele, mi amor? —se sentó al borde de la cama y acarició con ternura el cabello de su esposa.

—Es... ya sabes... es esa indisposición femenina.

—Entiendo —contestó con una sonrisa—. ¿Tanto te duele que tienes que guardar cama?

—¡Oh, por supuesto que no! Siento molestias, nada más. Pero Sophie ha insistido en que me acueste.

—¿Y qué quieres hacer tú, querida?

—Levantarme de esta maldita cama y marcharme contigo a la corte. No quiero tener que retrasarlo por una nimiedad como esta. Tienes mucho que hacer con el príncipe y yo no quiero retrasarte.

—Pues si lo que quieres es levantarte, hazlo, Ivy.

—Pero en la escuela decían que si no guardaba cama en estos días, podría morir.

—Eso son tonterías, Ivy. He viajado por todo el mundo, y te aseguro que en ninguno de los países que visité las mujeres morían por hacer vida normal teniendo el periodo. Eres la duquesa de Devonshire, nadie puede decirte lo que

debes hacer, excepto la reina. Tienes que mentalizarte de tu rango, cielo... ya no eres una debutante.

—A veces lo olvido —dijo ella suspirando—. Llama a Sophie, por favor, tengo que vestirme.

—No me importa hacerlo yo, mi amor.

—¿Seguro?

—Vamos, levántate.

Stefan cogió el vestido que había sobre el diván y comenzó a ayudar a su esposa a vestirse. Con cada roce de su piel, se encendía más y más y ella inspiraba profundamente cada vez que sus nudillos la rozaban. Lo que había empezado como una tarea simple se estaba convirtiendo en una tortura para los dos, pero por fin terminó con el último lazo del vestido y se apartó.

—Te espero abajo, Ivy. No tardes demasiado, por favor.

Llegaron al palacio de Buckingham pasado el mediodía. Tras refrescarse un poco y descansar, fueron llamados por la reina.

—Buenas tardes, majestad —dijo Stefan con una reverencia.

—Devonshire... Ya era hora de que comenzase la construcción de ese dichoso palacio. Estaba deseando tener a tu esposa conmigo.

—Será un placer, majestad —contestó Ivette—. Yo también tenía ganas de estar aquí.

—Tengo entendido que no has tenido tu temporada social por culpa de la avaricia de tu padre, Ivette —dijo la reina—. Tendremos que ponerle remedio. Devonshire, mi esposo te espera en su despacho.

—Majestad...

Stefan le dedicó a Ivette una ardiente mirada y, tras una reverencia a la reina, se marchó por una puerta lateral. La reina se levantó del sillón en el que había permanecido sentada y enlazó su brazo con el de Ivette para llevarla a pasear por los jardines.

—¿Qué tal te trata Devonshire, querida? Espero que el cambio de prometido haya valido la pena.

—¡Oh, sí, majestad! Stefan es maravilloso. Me trata con respeto y cariño, es muy fácil ser su esposa.

—Así que Stefan, ¿eh? —sonrió—. Me alegra ver que tu matrimonio es feliz. ¿Qué te parece si organizamos un baile para presentarte a la corte? Tendremos que comprar vestidos nuevos... cosa que me encanta.

—Pero majestad... Stefan acaba de proporcionarme un guardarropa completo. No necesito más vestidos.

—Pero quiero regalarte un vestido, Ivette. Será mi regalo de bodas.

—Gracias, majestad. Es todo un honor.

—Hagamos venir a mi modista.

Ivette pasó toda la tarde entre sedas, brocados y encajes, tomando té con pastas y escuchando de labios de la reina detalles sobre Stefan. Le pareció curioso saber que había sido un niño reservado, porque ahora no tenía reparos en ponerla en evidencia delante de sus amigos.

Mientras tanto, Stefan estaba enfrascado en catalogar los objetos que iban a exponer en el Palacio de cristal para repartirlos en las diferentes salas. Se moría de ganas por saber lo que estaba haciendo su esposa, por acercarse desde atrás y robarle algún beso entre las pesadas cortinas o arrastrarla a algún rincón oscuro para disfrutar de su compañía. Suspiró y volvió a prestar atención al papel que tenía entre las manos. Como siguiese pensando en Ivette no iba a terminar nunca.

—Devonshire, estás distraído, ¿ocurre algo? —preguntó el príncipe Alberto.

—No, alteza. Estoy bien. Solo me preguntaba cómo le iría a mi esposa.

—Estará bien. Victoria ha planeado dar un baile en su honor. Le cayó bien cuando la conoció, y se sentía mal porque la muchacha no hubiese podido disfrutar de su temporada social.

—Es muy amable de su parte.

—No conozco personalmente a Blessington, pero tengo entendido que es un canalla y que no le permitió tener su temporada social.

—Yo no diría tanto. Es un desgraciado que no ha sabido mantener la fortuna de la madre de Ivette. Le gusta demasiado apostar y perdió lo poco que le quedaba en un mal negocio. Prometió a Ivette con mi tío porque consiguió una cuantiosa suma de dinero a cambio.

—Eso es algo que aún no logro llegar a entender —dijo el príncipe—. Christopher llevaba mucho tiempo enfermo cuando acordaron el compromiso. No consigo comprender el motivo del mismo, sobre todo con una joven que aún no había salido de la escuela.

—Ninguna de sus anteriores esposas pudo darle hijos y ambos sabemos que adoraba a los niños. Quizás fue su último intento por conseguir a su heredero.

—Tonterías, ya tenía un heredero del que estaba tremendamente orgulloso. Tu tío no temía por el título porque sabía que serías un buen duque.

—Pues solo nos queda la otra opción: deseaba ser padre a toda costa.

—En cualquier caso, tú podías haberte negado a cumplir con el compromiso. ¿Por qué no lo hiciste?

—En un principio fue porque se lo prometí a mi tío en su lecho de muerte —dijo Stefan volviendo la vista—. El contrato no especificaba qué duque de Devonshire debía casarse con ella y me he ahorrado horas de interminable charla con debutantes sin sesera.

—Vamos, Stefan... nos conocemos desde que saliste del colegio. ¿Cuál fue la

verdadera razón?

—Ivette es guapa, dulce, y tan válida como esposa como cualquier otra.

—Stefan...

—¿Por qué se casó usted con la reina?

—Porque la amaba.

Stefan solo sonrió y continuó catalogando objetos. El príncipe Alberto soltó una carcajada, palmeó a Stefan en la espalda y continuó caminando a su lado. Una hora después, el duque entraba en su dormitorio a toda prisa. Necesitaba ver a su esposa para besarla hasta hacerla perder el sentido, y no tenía demasiado tiempo. La cena se serviría en un par de horas, y era inadmisibles que llegasen tarde, especialmente cuando era el consejero del príncipe.

Abrió la puerta que comunicaba ambos aposentos y la encontró sumergida en una humeante y espumosa bañera, frotándose distraídamente una pierna con el jabón. Se apoyó en el quicio de la puerta con los brazos cruzados un segundo, deleitándose con tan perfecta visión y escuchándola tararear una canción.

—¿Vas a quedarte ahí mucho rato? —preguntó Ivette un momento después, sin mirarle.

—Depende. Si me invitas a acompañarte puede que me mueva, pero si no... Las vistas desde aquí son espectaculares, así que...

—Me temo que no puedes acompañarme hoy, ¿recuerdas? Pero si te ofreces a enjabonarme la espalda no me negaré.

—Cierto, hoy voy a tener que conformarme con enjabonarte —dijo él arrodillándose tras la tina—, tendré que sacrificarme. Dame el jabón.

Ivette echó la cabeza hacia delante y Stefan empezó a frotar suavemente la piel de su espalda y su cuello. La tentación de lamer el hueco de la clavícula era enorme, así que comenzó a hablar para controlarse.

—¿Y bien? —preguntó— ¿Qué has estado haciendo toda la tarde?

—La reina va a dar un baile en mi honor y hemos estado con su modista. Me va a regalar un vestido para esa noche. Ya le dije que tenía muchos, pero ha insistido.

—Ivy, déjala que te malcrie. Le gusta agasajar a sus damas de compañía con regalos y tú no vas a ser menos. ¿Cuándo se celebrará ese baile?

—La verdad es que no lo sé... olvidé preguntarle.

Stefan no pudo controlarse y acarició con los labios la piel del cuello de Ivette, justo bajo su oreja. Ella gimió y apartó un poco el cuello para darle mejor acceso, pero no dijo nada. Ante la aceptación de su esposa, alargó los brazos hasta alcanzar sus pechos, cuyos pezones comenzaron a volver a la vida tras un par de pasadas de la yema de los dedos.

Ivette apoyó la cabeza en el hombro de Stefan y cerró los ojos. ¿Por qué siempre que él la tocaba ella terminaba hecha gelatina? Las manos de su esposo

amasaban sus pechos con cuidado y las sensaciones corrían por su vientre aleteando como un millar de mariposas. Los besos de Stefan recorrían su hombro y su cuello, y ella ardía como un volcán a punto de entrar en erupción. Pero cuando él bajó las manos por su estómago, ella las paró abochornada.

—Shh... tranquila. Déjame hacer —susurró Stefan.

—¡Stefan no podemos!

—¿Quién lo dice?

Acalló sus protestas con un beso hambriento. Su lengua recorrió todos los recovecos de su boca, saboreándola y haciendo que sucumbiera a las caricias de su esposo. Stefan llegó hasta sus rizos, y tanteó con cuidado su apretado botón, rozándolo apenas para despertar la pasión de Ivette, que se retorció entre sus brazos.

Se levantó despacio y se desnudó ante la atenta mirada de su esposa, que se relamía conforme iban cayendo prendas al suelo. Se metió en la tina con ella y la hizo sentarse a horcajadas sobre sus piernas.

—Stefan, no creo que debamos...

—Créeme, mi amor... sí debemos.

—Pero Stefan...

—No puedo esperar, Ivy...

Se introdujo lentamente en su canal y, cuando estuvo dentro de ella por completo, la besó en los labios y apartó el pelo de su cara para mirarla a los ojos.

—En la India se cree que el mejor momento para hacer el amor es cuando las mujeres tenéis el periodo. ¿Sabes por qué? —Ella negó—. Porque estáis mucho más sensibles y sentís mayor placer.

—¿En serio? —preguntó relamiéndose los labios.

—Compruébalo por ti misma.

Stefan comenzó a moverse despacio y los ojos de Ivette se abrieron como platos al descubrir sensaciones nuevas e intensas. Se agarró con fuerza a los hombros de su esposo, clavándole las uñas y gimiendo quedamente. Él se mordía el labio con fuerza, la vena de su cuello amenazaba con romperse y sus ojos estaban vidriosos por el deseo.

El agua escapó de su confinamiento debido a los bruscos movimientos de la pareja, que llevados por la pasión no repararon en nada. Sus cuerpos se movían arriba y abajo, sus manos recorrían con premura la piel del otro, y el orgasmo les arrasó como una tormenta, dejándoles sin fuerza y sin aliento.

Stefan levantó a Ivette entre sus brazos y la puso de pie en la alfombra. Secó su piel con cuidado, se lió la toalla a la cintura y tras llamar a Sophie se dirigió a su cuarto a vestirse, no sin antes besar a su esposa una última vez.

Ivette se sentía flotar mientras Sophie anudaba los cordones de su vestido. Agarrada al poste de la cama, pensaba en lo que minutos antes había ocurrido en la bañera. Stefan la hacía sentirse siempre tan bonita y deseada... Jamás pensó que pudiese hacer el amor estando indispuesta. A ella siempre le habían inculcado que en esos momentos las mujeres debían permanecer en la cama y evitar el contacto íntimo con el esposo, y Stefan había desmontado esa creencia en un solo día.

Realmente su esposo era un hombre fuera de lo común, pero en el buen sentido, por supuesto. La trataba siempre con dulzura, se preocupaba por ella y lo mejor de todo: la deseaba. No importaba que aún no se hubiese enamorado de ella, o que nunca llegase a hacerlo, porque siempre que la tratase de aquella manera Ivette sería completamente feliz. Además, no habría amantes de por medio que le sacaran de su cama.

Inició en silencio una plegaria, dando gracias a Dios por la suerte que había tenido con su esposo. Ahora se alegraba de no haber tenido temporada social por esa causa. Era un precio ínfimo a pagar por lo feliz que estaba siendo.

Capítulo 8

Llegó el día del baile en la corte, y con ello la presentación formal de la duquesa de Devonshire. Ivette estaba muy nerviosa, temiendo cometer algún error y poner en evidencia a Stefan. La modista de la reina le confeccionó un vestido precioso, de color púrpura, con el corpiño y el bajo de la falda bordados con hilo de oro.

Stefan estaba guapísimo con su traje de etiqueta. Una casaca azul marino y unos pantalones blancos que se pegaban deliciosamente a sus muslos musculosos. Cuando entró a la habitación de la muchacha para llevarla al salón de baile, se quedó con la boca abierta. Jamás había visto a su esposa tan sumamente bella. Ese color realzaba su belleza más si cabía, y el sencillo collar de perlas que había elegido para acompañarlo le hacía desear hacerle el amor solo con él puesto...

Se acercó lentamente, y levantando la mano de la joven sobre su cabeza, la hizo dar una vuelta completa para deleitarse con su visión desde todos los ángulos, después de la cual la besó dulcemente en los labios.

—Ivette... estás preciosa. Voy a ser el hombre más envidiado del baile.

—No seas tonto —rió—, yo sí que voy a ser la dama más envidiada al ir de tu brazo.

—Todos los hombres querrán bailar contigo, mi amor. Gracias a Dios, soy el único afortunado que podrá hacerlo tantas veces como quiera.

—No querré bailar con ningún otro —susurró antes de besarle.

—¿Nos vamos? —preguntó tendiéndole su brazo.

El salón de baile estaba a reventar. Toda la alta sociedad londinense había sido invitada al evento para conocer a la nueva duquesa de Devonshire y, de paso, demostrar a todo el mundo que el duque contaba con el apoyo incondicional de la reina.

Stefan sabía que había personas que consideraban inaceptable que él heredase el título, incluso habían presentado quejas formales a Victoria para destituirle. Ella, sin embargo, fue tajante en el asunto, descartó toda idea macabra y el apoyo incondicional del príncipe fue más que suficiente para acallar muchas bocas.

Ivette temblaba a su lado. Estaba nerviosa, lo sabía. A fin de cuentas, era la primera vez que se enfrentaba a la alta sociedad siendo el centro de atención, pero él intentaría que fuese para ella lo más llevadero posible. Se situaron en la puerta esperando a ser presentados.

—Sus excelencias, los duques de Devonshire.

Ivette le miró con una sonrisa y comenzó a andar hacia el salón. La reina y el príncipe estaban situados a su derecha y, tras los saludos pertinentes, Stefan la situó en el centro de la sala para abrir el baile. Eligió un vals, porque sabía que su esposa disfrutaría mucho con ello.

Puso su mano sobre la cintura de la joven y comenzó a girar por el salón. No podía apartar la mirada de ella. Era tan perfecta para él... Cuando le dedicó una sonrisa sincera, supo que estaba completa e irremediabilmente enamorado de aquella mujer. Pero él no era hombre de demostrar sus sentimientos, nunca lo había sido. De niño fue muy reservado, enfrascándose en los estudios y la lectura para evadirse de la realidad que lo rodeaba: que estaba siendo preparado para un puesto que no quería ocupar. Él quería ser marinero, recorrer el mundo capitaneando su propio barco y explorar aquellas tierras que sus escritores favoritos describían en sus libros.

Cuando fue adulto, consiguió hacer realidad parte de aquel sueño. Cuando su tío se enfrascó en el proyecto del príncipe años atrás, él le había pedido que le dejase ir a buscar los objetos personalmente. Al principio su tío se negó en rotundo, pero Alberto intervino, alegando que tener a un hombre de confianza que se ocupase personalmente de ello le hacía sentirse más tranquilo.

Ahora tenía una preciosa esposa, una mujer a la que cuidar y con quien formar su propia familia, y todos esos anhelos habían quedado sorprendentemente atrás. No concebía la vida sin Ivette, sin embargo, no encontraba las palabras exactas para decirle todo lo que sentía por ella.

—Estás muy callado —intervino su esposa sacándole de sus pensamientos.

—Estaba pensando en mi niñez —mintió.

—¿Algo que puedas compartir conmigo?

—Pensaba en lo mucho que me fastidiaba tener que ocupar el puesto de mi tío. Estuve durante muchos años enfadado con el mundo por ello, y ahora mismo no querría ser ninguna otra persona ni estar en ninguna otra parte.

—Cuando nos imponen ciertas obligaciones tendemos a enfadarnos con el mundo. Yo también lo estuve cuando me obligaron a casarme.

—¿Y ahora? ¿Sigues enfadada con el mundo?

—¡Oh, no! Ahora doy gracias a mi padre en silencio por ello, aunque lo negaría si llegase a sus oídos.

La carcajada de Stefan reverberó por todo el salón. Ivette simplemente sonrió y siguió bailando. La reina asintió satisfecha al constatar que su gran amigo estaba siendo realmente feliz. Cuando eran niños, Stefan siempre estaba cabizbajo y perdido en sus pensamientos, y se alegraba de que por fin pudiese sonreír.

Una vez el vals llegó a su fin, los duques de Devonshire pasearon por el salón cogidos del brazo.

—Cuéntame más sobre las personas que hay aquí —pidió Ivette—. No conozco a nadie.

—Claro que conoces a alguien. Mira, allí, junto a la puerta que da al jardín, están Sarah y Andrew, y a tu izquierda está Francis bailando con la condesa de Bradford. El hombre que está junto a la mesa de bebidas, el que tiene un bigote demasiado poblado para mi gusto, es su marido.

—¿Quién es la mujer que está hablando con la reina? La que lleva ese vestido rosa tan escandaloso.

—Es la prima del príncipe Alberto, Anette de Sajonia. Enviudó hace algunos años y desde entonces vive del escándalo. La reina está cansada de sus correrías, pero tiene que soportarla cuando viene de visita. Vamos, debería estar presentándote a todas estas personas y estoy acaparándote por completo.

—A mí me gusta que me acapares —le contestó con un guiño.

—Créeme, mi amor, a mí me encanta hacerlo, pero no quiero recibir un tirón de orejas por parte de la reina.

Se acercaron a su hermana, que les recibió con un beso en la mejilla. Su cuñado elevó los ojos al cielo sonriendo.

—¿Dónde se dejó mi mujer el decoro? —suspiró.

—Supongo que donde la mía —dijo Stefan al ver a su mujer besar a Andrew de la misma manera—. En casa.

—Somos familia, Andrew. Nadie se escandalizará porque bese a mi hermano en la mejilla. Ivy... estás preciosa. Ese vestido te sienta de maravilla.

—¿Te gusta? Me lo ha regalado la reina. Tiene un gusto excelente.

—Cierto. El lunes voy a ir a comprar las cositas para mi bebé. ¿Quieres acompañarme?

—¡Oh, Sarah! ¡Me encantará acompañarte!

—¡Perfecto! Pues iremos a tomar el té y después a las tiendas de *Mayfair*.

—¡Vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí... El duque de Devonshire. No sabía que te habías casado, Stefan.

Ivette se volvió al escuchar una voz ronroneante de mujer, y se encontró con la mirada curiosa de la prima de la reina. ¿Stefan? ¿De qué se conocían? Un sudor frío bajó por su espalda al ver que su marido hacía una reverencia y besaba la mano de la mujer.

—Alteza, permítame que le presente a mi esposa, la duquesa de Devonshire.

—Es una cosa bonita, Stefan, has sabido escoger bien. Tenemos que ponernos al día de muchas cosas. Hace demasiado tiempo que no nos vemos y te he echado de menos. Ahora, si me disculpáis, voy a seguir incordiando a mi prima.

A partir de ese momento Ivette permaneció más taciturna de lo habitual. Francis le pidió un baile, que ella aceptó encantada. Necesitaba alejarse de su esposo para poder pensar en los sentimientos que rondaban su corazón, tan

nuevos y a la vez tan angustiantes.

—¿Qué ocurre, Ivy? Estás demasiado callada —preguntó Francis harto de su silencio.

—¿De qué conoce Stefan a Anette de Sajonia, Francis?

—Somos amigos de Victoria, la conocemos desde hace tiempo.

—Cierto, pero contigo no se ha tomado tantas libertades como con mi esposo.

—Ivy, no...

—Habla.

—Anette y él fueron amantes.

—Lo sabía.

—Fue hace mucho tiempo, Ivy. Stefan rompió con ella cuando se embarcó la primera vez para la Gran Exposición.

—Entiendo. Y a ella no le sentó muy bien, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—Instinto femenino.

—Ivette, no debes preocuparte. Stefan no es de esa clase de hombres, respeta mucho los votos del matrimonio y jamás tendría una amante. Y mucho menos con una mujer como tú. Te aprecia mucho, y creo que se ha encariñado contigo.

Volvió junto a sus cuñados para descubrir que Stefan estaba bailando con Anette. Se le formó un nudo en el estómago, pero apaciguó sus celos. Stefan era un hombre íntegro, como bien había dicho Sutherland. No sería capaz de hacerle una cosa así.

La noche transcurrió demasiado despacio para Ivette a partir de ese momento, pero intentó parecer relajada y feliz. Le costó un mundo hacerlo, sobre todo al percatarse de que cada vez que Stefan se alejaba de su lado, la prima del príncipe le abordaba de manera descarada. Fue un momento al tocador para serenarse, y cuando salió del salón de baile se apoyó en la pared y suspiró.

—¿Qué te pasa, Ivette? Te noto muy tensa.

—¡Majestad! —exclamó al ver a la reina—. No me encuentro bien, me he mareado un poco y me dirigía a refrescarme.

—¿Seguro que estás bien? Estás pálida, querida.

—Es que... ¡Oh, Dios, soy tan estúpida!

—Ven conmigo.

La reina no esperó confirmación y echó a andar en dirección contraria, esperando que Ivette la siguiese sin rechistar. Entró en un salón relativamente pequeño, situado al final del pasillo. Se sentó en uno de los sofás e instó a Ivette a hacer lo mismo.

—Ahora cuéntame qué te preocupa —ordenó.

—De verdad, majestad, no es nada.

—Soy mujer, querida, y sé reconocer cuándo una mujer se siente amenazada. Es por mi prima, ¿no es así? Os he estado observando y te ha cambiado el semblante cada vez que la has visto acercarse a Stefan.

—Sé que mi marido es honorable y no me engañaría, pero fueron amantes en el pasado, y no dejo de darle vueltas al asunto. —No valía la pena seguir insistiendo en la farsa.

—Entiendo. Y crees que puede intentar recuperar su posición.

—Hay algo en su actitud respecto a mi esposo que me hace sentir un nudo en el estómago. No sé por qué me siento así, porque confío plenamente en él, pero...

—Querida —la reina sonrió y le agarró la mano con ternura—, estás enamorada de tu esposo. Por eso estás celosa de mi prima.

—Yo no...

—¡Oh, no lo niegues! Ivette, estás perdidamente enamorada de Stefan, y no quieres reconocértelo a ti misma. Sientes mariposas en el estómago cuando se acerca, no puedes dejar de pensar ni un solo instante en él y te mueres de celos cuando alguna mujer se le acerca.

—¿Cómo sabe lo que siento?

—Porque es lo mismo que siento por Alberto, querida. Tuve la suerte de que mi matrimonio fuese por amor, aunque también muy conveniente para Inglaterra. El día que le pedí a Alberto que se convirtiese en mi esposo lo hice más pensando en mí que en mi país, debo reconocerlo. Pero no me he arrepentido ni un solo instante de haberlo hecho.

—Él también la ama, majestad. Se le ve en la mirada cada vez que está con usted.

—No tengo ninguna duda al respecto, Ivette. Alberto estaba perdidamente enamorado de mí mucho antes de que nos casáramos. Sintió celos de mi primer ministro durante mucho tiempo, y reconozco que me regodeé en ello.

La reina se levantó y caminaron juntas hasta el salón de baile.

—Ambas sabemos que Stefan no alentará a mi prima, pero hablaré personalmente con ella para que le deje en paz. Si sigue por ese camino me veré obligada a mandarla de cabeza de vuelta a Alemania.

—Muchas gracias, majestad.

Ivy hizo una reverencia y se encaminó al tocador para refrescarse un poco y poner en orden todas sus ideas. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que podía estar enamorada de su esposo. ¡Por amor de Dios! ¡Si solo llevaba casada unos meses!

Pero era cierto que habían sido los mejores meses de su vida. Desde que estaba casada había sido realmente feliz y tenía miedo de que esa felicidad se

esfumara. No quería perderle, no quería que una mujer le alejase de su lado. Volvió al salón de baile para encontrarse con el objeto de sus pensamientos en la puerta.

—¡Ivy! ¿Dónde estabas? —preguntó Stefan— Me he vuelto loco buscándote. Estaba preocupado.

—Lo siento, debí avisarte. He estado acompañando a la reina y después he ido a refrescarme un poco, pues me sentía un poco acalorada.

—¿Estás cansada? Podemos irnos si quieres.

—Por favor, ya he tenido demasiado de la alta sociedad por una noche.

—Voy a avisar a la reina, espérame aquí.

Tras cruzar un par de palabras con Victoria, cogió a Ivette por la cintura y la acompañó escaleras arriba. Casi se muere del susto cuando Francis le dijo que se había ido a refrescar hacía poco más de media hora. Cuando la vio entrar de nuevo en el salón, sintió como si le hubiesen quitado un peso enorme de las costillas. Suspiró aliviado y sintió el deseo irrefrenable de echársela al hombro y llevársela a casa, donde podía mantenerla sana y salva.

Sophie estaba tejiendo cuando llegaron a la habitación, pero Stefan la despidió con un gesto de cabeza. Ivette se sentó en la cama y lanzó los zapatos por los aires.

—Estos zapatos me estaban matando —suspiró.

Stefan fue a su dormitorio y volvió poco después en mangas de camisa y con un bote de ungüento en las manos. Se sentó en una banqueta frente a Ivette y subió los pies de la muchacha a su regazo.

—Déjame a mí. Verás que pronto te sentirás mejor.

Quitó con cuidado las medias de seda, dejando al descubierto sus pies maltratados. Cogió un poco de ungüento y lo extendió por la planta, haciéndole cosquillas.

—Quédate quieta, Ivy —le regañó.

—Está muy fría.

—Sobrevivirás.

Comenzó a hacerle un masaje despacio, haciendo que la piel absorbiese la crema poco a poco. Ivette ronroneaba de placer, y se dejó caer hacia atrás en la cama con los brazos abiertos.

—No te duermas o no podré quitarte ese vestido —le advirtió el.

—No me estoy durmiendo, me estoy relajando. Tus manos son mágicas, ya apenas siento dolor.

—Este ungüento es maravilloso, he de admitirlo. Hace milagros con las rozaduras por montar demasiado tiempo a caballo.

Las manos de Stefan comenzaron a subir por su pantorrilla y ella contuvo la respiración. Deseaba que subiera más y más, pero él se limitó a bajar de nuevo y

dedicarle los mismos cuidados a su otro pie. Para cuando terminó, ella estaba muy excitada.

Se levantó con cuidado y se sentó en su regazo. Él sonrió y acarició su cintura lentamente, sin apartar la mirada de ella. Ivette acercó su boca poco a poco, con temor de ser demasiado atrevida, pero Stefan la encontró a medio camino y unió sus labios a los de ella. Su esposo sabía tan bien... Sentía el corsé oprimiéndole las costillas y los botones de la casaca de Stefan clavándose en su escote, pero no le importaba. Sentir la lengua de Stefan acariciándola, rindiéndole homenaje, era lo más delicioso que había experimentado en su vida. Las manos de su esposo se expandieron por su espalda, acercándola más a él. Las de ella se enredaron en el cabello masculino, sintiendo su tacto sedoso y deseando sentir también su piel desnuda.

Sintió cómo deshacía poco a poco las presillas y lazos de su vestido, dejando que se deslizara por sus hombros. Bajó los brazos para que la tela resbalase y dejase sus pechos al descubierto para él.

—Mmm... qué bien hueles —ronroneó Stefan.

Su boca bajó despacio por su cuello, mordiendo suavemente la base de su clavícula, hasta llegar a alcanzar el pezón rosado que empezaba a florecer. Lo lamió con cuidado, muy lentamente, haciendo que Ivette se arqueara y gimiera de deseo. Con la otra mano agarraba su cintura, apretando con posesión a su esposa contra él. Necesitaba sentir más, así que se levantó del regazo de su marido y dejó caer su vestido al suelo, quedando completamente desnuda. Se arrodilló entre el mar de tela y comenzó a desabrochar los botones de la casaca de Stefan, que la miraba con un deseo tan ardiente que la hacía enrojecer.

—Si supieras lo deseable que estás así, mi amor...

Ella solo sonrió y continuó con su tarea, dejando caer por los brazos de su esposo la chaqueta y comenzando a quitarle la camisa. Besó cada trozo de piel que dejó al descubierto, una piel morena salpicada de suave bello rojizo, disfrutando con la forma en la que su marido echaba la cabeza hacia atrás cada vez que ella le rozaba. Pero la paciencia de Stefan flaqueaba. Necesitaba enterrarse en ella y necesitaba hacerlo ya. Se puso de pie arrastrándola con él y, tras dejarla en la cama suavemente, se deshizo de la poca ropa que les quedaba. Se tumbó sobre ella y susurró a un aliento de sus labios.

—No puedo más... necesito estar dentro de ti.

Con un suave movimiento de cadera, penetró a su esposa, que se amoldaba a su carne como un guante, haciéndole estremecer. Comenzó a moverse despacio, con un vaivén que les volvía locos a los dos. Las uñas de su esposa se clavaron en su espalda cuando ella alcanzó el orgasmo, y él continuó meciéndose un poco más, hasta alcanzar su propia culminación.

Poco tiempo después, Ivy dormía profundamente a su lado. Apartó un

mechón de cabello de su mejilla, la besó dulcemente en los labios y pronunció las dos palabras que no se atrevía a decirle despierta.

—Te amo.

Capítulo 9

Ivette estaba sentada junto a la reina terminando su bordado. Odiaba bordar. De todas las cosas que le habían enseñado en el colegio era la que más aborrecía. No le veía sentido a que una dama supiese hacer complicados bordados, porque a fin de cuentas toda la ropa venía pulcramente confeccionada por las modistas y si necesitaban un zurcido corría a cargo de las sirvientas. Pero allí estaba ella, escuchando tocar el piano a la condesa de Davenport, que sonaba como una jauría de perros en celo, mientras se aburría tremendamente pasando la aguja por la delicada tela de su pañuelo.

Llevaba varios días sin ver a su esposo más que unos pocos minutos antes de irse a la cama. El príncipe Alberto estaba tan agobiado por los plazos de la exposición que no dejaba que Stefan se moviese de su lado ni un solo segundo. Por un lado, comprendía la dedicación de Stefan al proyecto, pero por otro se moría de ganas de tener a su marido para ella sola, aunque solo fuera un día. Debido a la Gran Exposición no habían podido hacer un viaje de luna de miel como todos los recién casados, y ella estaba deseando tener tiempo para poder visitar París.

Suspiró y dejó el bordado a un lado, sujetándose el puente de la nariz entre los dedos. Se sentía un poco mareada, y pensar en lo poco que veía a su esposo no la ayudaba en absoluto. La reina la miró de reojo y sonrió.

—¿Qué ocurre, querida? ¿Te aburre la música?

—¡No, por dios! Me siento un poco mareada, eso es todo —mintió avergonzada.

—Deberías subir a acostarte hasta la hora de la cena. Estás un poco pálida —dijo lady Nesbit, otra de las damas de la reina.

—¿Tú crees, Anna? —preguntó Victoria—. Ahora que lo dices, sí que estás algo pálida. Sube a acostarte y si no te encuentras mejor a la hora de la cena haré llamar al médico.

—Gracias, majestad, pero creo que con un poco de descanso se me pasará.

—Anna, acompaña-la, no debe subir sola en su estado.

Lady Nesbit la cogió del brazo y la acompañó escaleras arriba. Una vez en su habitación, ayudó a Sophie a desvestirla y meterla en la cama. En el poco tiempo que llevaba en la corte, Ivette y ella se habían hecho buenas amigas y estaba seriamente preocupada.

—Ivy, ¿seguro que estás bien?

—Seguro, Anna. Baja al salón, después de dormir un rato me encontraré

mejor.

—¿Has pensado que puedes estar embarazada?

Ivette abrió los ojos como platos y puso las manos abiertas en su vientre, protegiendo de forma inconsciente a la vida que podía estar naciendo en su interior. Eso explicaría las náuseas matutinas que llevaba sintiendo unos días. Su cara de asombro fue tal que Anna soltó una carcajada.

—Ni siquiera lo habías pensado ¿verdad? Llevas casada el tiempo suficiente como para estar en estado, Ivy, y más con un esposo como el tuyo, que tiene fama de ser muy apasionado.

—¿En serio crees que puedo estarlo?

—¡Pues claro que sí! ¿O acaso vas a decirme que no yaces con tu esposo?

La sonrisa de Ivy fue suficiente respuesta para su amiga, que se sentó a su lado y le cogió una mano con cariño.

—Voy a hablar con la reina para que envíe al médico a examinarte. Si estoy en lo cierto, es una gran noticia que darle a tu esposo esta noche, ¿no crees?

Ivette sonrió y se arrebujó entre las mantas. ¿Estaría esperando un hijo? Su esposo era un hombre cariñoso y estaba segura de que una noticia así le encantaría. Y para ella, sentir en su vientre crecer ese pequeño milagro sería lo mejor que le pasara en la vida. Se sentiría orgullosa de llevar al heredero de Devonshire en su vientre... y al padre de la criatura en su corazón.

Stefan paseaba por los jardines con el príncipe Alberto, libreta en mano, administrando los objetos en los diferentes salones que formarían el palacio de cristal. Llevaban cerca de una semana enfrascados en esa tarea, a su parecer la más tediosa de todas. El monarca a menudo se desesperaba porque no conseguía un orden lógico entre los diferentes objetos, como en ese momento.

—Alteza, ¿qué le parece si las telas las organizamos juntas en una sola estancia? —propuso el duque— Así las damas podrán pasar horas admirándolas sin tener que estar de un lado para otro. A fin de cuentas, son ellas las que más van a admirarlas.

—¡Me parece una idea magnífica, Stefan! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? Y en una sala contigua organizaremos todas las joyas, en mesas, por países. Y las armas, la cerámica, los muebles...

—Alteza, todo eso implicaría empezar de nuevo con la organización.

—Tienes razón, sería demasiado trabajo y ya estamos demasiado saturados. Lo haremos solo con las telas y las joyas, y seguiremos con el plan inicial para el resto.

—Creo que deberíamos poner algunos puestos de comida distribuidos por todo el palacio. Es una exposición inmensa y la gente tardará mucho en verla al

completo.

—¡Muy bien pensado! Pondremos mesas con pastelillos y té para que la gente los disfrute mientras pasean por el palacio. ¡Y excusados! La exposición es tan grande que necesitarán cerca de un día completo para verla, y las personas necesitarán utilizarlos.

—¡Primo! Deberías relajarte un poco. Desde que he llegado no has parado de trabajar ni un solo segundo, me tienes muy abandonada.

Era Anette, que se acercaba a ellos ataviada con un vestido de damasco que más serviría para una meretriz, con los pechos amenazando con desbordarse de su escote y dándose sombra con un pequeño parasol.

—Anette —suspiró Alberto—, si no hubieses aparecido aquí por sorpresa y hubieses mandado una misiva, te habría dicho que no era el momento adecuado para una visita, así que deja de quejarte de una vez.

—En ese caso tendría que haberme quedado en casa y papá es demasiado estricto conmigo. Me habría aburrido como una ostra. Aunque en este momento también me aburro...

—Si te aburres, podrías hacerle compañía a Victoria, que está disfrutando de un concierto de piano de parte de lady Davenport.

—¿Un concierto de piano? ¡No seas aburrido! Me apetece dar un paseo por los jardines. Quizás el duque de Devonshire podría acompañarme.

—Stefan está ocupado, Anette. No empieces con tus caprichos o juro por Dios que te mando de vuelta con tu padre.

—Solo un paseo, Alberto. Después te prometo que dejaré a tu duque en paz.

—Anette...

—Será un placer acompañarla, alteza —interrumpió Stefan—, si no es inconveniente, por supuesto.

—Eres un santo —dijo el príncipe—. Cuando termines de cumplir los caprichos de mi prima ven a verme a mi despacho. Seguiremos con el trabajo.

Stefan ofreció el brazo a la princesa y se encaminó hacia los jardines. Se sentía terriblemente incómodo, sobre todo porque habían sido amantes tiempo atrás. Él había salido del colegio y quedó obnubilado con la belleza y la vivacidad de la princesa de Sajonia y, cuando ella se le había insinuado, no había sido capaz de resistirse. Desde ese momento Anette había viajado en innumerables ocasiones a Londres para verse con su amante. Asistían al teatro, a la ópera, pero pasaban más tiempo en la casa de soltero de Stefan, donde practicaban sexo hasta que caían rendidos. Pero eso era lo único que tuvieron: sexo.

Pronto la admiración que sentía por ella se convirtió en tedio... e intentó que las visitas fueran cada vez menos asiduas. Cuando consiguió que el príncipe le permitiese viajar para la Gran Exposición, rompió su relación con ella. Anette gritó, pataleó... pero Stefan no cambió de opinión. No la amaba, y no quería estar atado

a nadie cuando partiese. Ya tenía bastante con tener preocupada a su madre y su hermana. Anette no había vuelto a Londres desde entonces y él había dado gracias por ello. Sabía que esta vez había vuelto para conocer a la mujer que había conseguido cazar al escurridizo Stefan Cavendish.

—Querido, llevas demasiado rato callado. No te he pedido que me lleves a pasear para que permanezcas en silencio.

—Estoy cansado, Anette. Llevamos unos días bastante atareados y no descanso demasiado.

—¿No descansas por el trabajo o porque no puedes dejar de pensar en mí?

Anette deslizó su mano por la solapa de la chaqueta de Stefan, mano que él apartó con cuidado.

—Anette, soy un hombre casado. De pensar en alguien sería en mi esposa, no en ti.

—¿Y acaso los hombres casados no tienen amantes?

—Quizás, pero yo no.

—Vaya, vaya... Me sorprendes, Stefan. Creí que eras como yo, un libertino un poco cabeza loca, pero veo que tu pequeña duquesa ha logrado domesticarte.

—Que te quede una cosa bien clara, Anette. No ha hecho falta que nadie me domesticara. Me casé con Ivette porque quise, porque es una mujer maravillosa con la que no necesito tener una amante. Así que si has vuelto para recuperar lo que en su momento tuvimos, estás perdiendo el tiempo.

—¿Eso crees? ¿Que no me necesitas?—dijo ella acercándose más de lo que le hubiera gustado— Apuesto a que si te beso cambiarás de opinión.

La mujer intentó besarle, pero él la separó rápidamente y la inmovilizó, apretando su brazo detrás de su espalda.

—Óyeme bien, querida. Conmigo no valen tus juegos de seducción, no valen tus estratagemas. Te conozco mejor que nadie y sé de lo que eres capaz con tal de salirte con la tuya. Pero no vas a hacer eso conmigo, ¿entiendes? No vas a conseguir nada de mí. Y por tu bien espero que no se te ocurra acercarte a mi esposa, porque te juro por Dios que te arrepentirás.

—¿Me estás amenazando?

—Solo te lo advierto. Te recuerdo que yo soy bienvenido en palacio. Tú no.

Dicho esto, soltó a la princesa y se alejó hacia la casa. Necesitaba una copa o dos. Necesitaba acercarse a su esposa, besarla hasta perder el sentido y hacerle el amor hasta el amanecer, pero por el momento tendría que conformarse con el alcohol.

En cuanto entró en el despacho del príncipe, este le tendió una copa, que se bebió de un trago, y volvió a rellenarle el vaso.

—No tenías por qué cumplir con los caprichos de mi prima, Stefan, pero te lo agradezco. Sé que no te lo está poniendo nada fácil.

—Sabía que había vuelto por mi matrimonio. Sabía que quería retomar lo que tuvimos. Tenía que pararle los pies y este era tan buen momento como cualquier otro.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Pues la verdad es que no tengo ni idea, porque no me he quedado a presenciar su pataleta. Solo espero que no se atreva a acercarse a Ivette.

—Tu esposa está con la reina, no te preocupes por ella. Victoria no permitirá que le pase nada malo.

El médico examinaba a Ivette ante la atenta mirada de la reina. Tras lo que a ella le pareció una eternidad, el doctor Douglas guardó sus herramientas en su bolsa y sonrió.

—¿Y bien, doctor? ¿Qué tiene Ivette? —preguntó la reina retorciéndose las manos.

—Siento decirles que solo se trata de una indigestión.

—¿Está seguro, doctor? —preguntó Ivette.

—Completamente, querida. Debería guardar reposo un par de días y comer cosas suaves. Demasiadas comidas copiosas en palacio. Si sigue mis consejos en un par de días podrá volver a disfrutar de la vida de la corte.

—Gracias, doctor —contestó Ivette agachando la cabeza.

—Siento que las noticias no fueran las esperadas, excelencia, pero estoy seguro de que concebirá antes de lo que imagina.

Cuando el médico se marchó, Victoria se sentó en la cama junto a su dama de compañía y le cogió la mano con una sonrisa.

—No te preocupes, querida. Otra vez será —dijo.

—Lo sé, majestad. Pero me había ilusionado pensando en lo feliz que sería Stefan con la noticia.

—Aún llevas muy poco tiempo casada, Ivette. Disfruta de tu marido todo lo que puedas, porque cuando lleguen los hijos perderás gran parte del tiempo que tienes para dedicarle a él.

—Lo haré, majestad.

—Ahora debes descansar un poco. Haré que te suban la cena, ¿de acuerdo?

—Gracias.

Cuando la reina salió de la habitación, Ivette se hizo un ovillo en la cama y comenzó a llorar. Estaba segura de que en su vientre crecía una personita fruto del amor que sentía por su esposo y en vez de eso lo que tenía era una simple indigestión. Pero no podía estar lamentándose por ello, ya tendrían oportunidad de ser padres. Ahora lo que tenía que hacer era descansar, pero el sueño no llegaba, y no podía permanecer metida en la cama dando vueltas todo el día.

Se levantó y se acercó a la ventana. El cielo estaba despejado y los pajarillos revoloteaban por doquier. Bajó la vista... y lo que vio le heló la sangre. Stefan caminaba por los jardines con Anette cogida de su brazo. No podía verle la cara a él, pero ella estaba coqueteando de forma descarada. Cuando se pararon y ella acarició el pecho de su esposo quiso morir... pero cuando la vio acercar sus labios a los de Stefan entró corriendo en la habitación y las náuseas amenazaron con ahogarla.

Stefan le había prometido que jamás tendría una amante y allí estaba, besando a la prima de la reina. ¡Le había dicho que la amaba! Era cierto que la creía dormida, pero eso era prueba suficiente de que lo decía de verdad... o eso había creído ella. ¿Cómo podía amarla si estaba besando a otra mujer? Las lágrimas rodaron de nuevo por sus mejillas. Cayó de rodillas en la alfombra y dejó escapar toda la desesperación que sentía. Se había enamorado de él, pero estaba claro que era un amor no correspondido. Cuando el llanto cesó, se metió bajo las sábanas y tomó una determinación. Si Stefan quería tener una amante, ella no se iba a oponer... pero le daría de su propia medicina.

Capítulo 10

Stefan entró en la habitación de Ivette bien entrada la madrugada. Estaba realmente cansado de la situación, pero no podía quejarse. La mayor parte de las veces su esposa estaba dormida cuando él llegaba y solo podían cruzar unas pocas palabras por la mañana, antes de bajar a desayunar. Llevaban tres días sin hacer el amor. Tres míseros y malditos días en los que no habían tenido tiempo para ellos.

Se metió bajo las mantas y pegó su cuerpo al de Ivette, que estaba cubierto por un camisón de algodón. Él no estaba allí para quitarle el frío y ella había tenido que recurrir a esas malditas prendas. Acarició suavemente el cabello de su esposa y le dio un suave beso en la mejilla.

—Lo siento, mi amor. Siempre que llego estás dormida y soy incapaz de despertarte. Te echo tanto de menos... Ojalá todo esto termine pronto y podamos volver a casa para tener tiempo para nosotros dos.

Ivette escuchaba a su esposo con lágrimas en los ojos. ¿Que la echaba de menos? ¿Y por qué demonios pasaba su tiempo con Anette? Nada tenía sentido, estaba inmersa en una pesadilla de la que no sabía cuándo iba a despertar. Tenía ganas de darse la vuelta y golpearle hasta perder el sentido, pero permaneció quieta esperando a que su respiración se acompasase, muestra de que se había dormido.

A la mañana siguiente, Ivette se despertó con unas horribles ganas de vomitar. Corrió al baño y se encerró, porque no quería que Stefan entrase tras ella. No se sentía con fuerzas de soportar una sola caricia de su parte después de haber descubierto que tenía una amante.

—¿Ivy? —dijo él al otro lado de la puerta— ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llame a un médico?

—Ya estuvo viéndome ayer —dijo ella abriendo la puerta y pasando por su lado para volver a acostarse—. Es una indigestión. Solo tengo que guardar cama y comer cosas ligeras.

—¿Por qué no me lo dijiste? Habría estado contigo.

—No es nada grave y estabas ocupado.

—Te subiré un caldo, mi amor. Duérmete mientras tanto.

—No hace falta, Stefan, sé que tienes mucho trabajo. Manda a Sophie con el caldo y ve con el príncipe.

—¿Cómo voy a dejarte sola estando enferma?

—No es nada grave. Además, si te necesito puedo mandarte a llamar, no estás muy lejos.

Se dio cuenta de que su tono había sido demasiado brusco, así que intentó enmendarlo.

—Anda, ve. No te preocupes por mí, Stefan, estaré perfectamente.

—De acuerdo, pero volveré pronto. Hablaré con el príncipe para escaparme antes de la cena.

Cuando Stefan salió por la puerta, ella respiró más tranquila. Pasó la mayor parte de la mañana durmiendo y a la hora de comer se puso un vestido y bajó al comedor. Anna se acercó a ella en cuanto la vio aparecer y la ayudó a acomodarse en su asiento.

—¿Qué haces aquí, Ivy? —la reprendió—. Deberías estar en la cama.

—Esta mañana me he levantado muy mareada, pero ahora me encuentro mucho mejor. No podía permanecer acostada ni un minuto más.

—Estás enferma, Ivette. Si no haces caso al médico no te recuperarás pronto y puede que empeores.

—Si me quedaba en cama estaría dándole vueltas a la cabeza y terminaría volviendo a llorar, Anna. Y no es eso lo que necesito.

—¿Llorar? ¿Por qué? Podrás quedarte embarazada, Ivy. Es demasiado pronto para sentirse mal por eso.

—No es por el embarazo, Anna. Acabo de descubrir que Stefan tiene una amante.

—¡Ivy, por favor! Estás hablando del duque de Devonshire, el soltero de oro. Todas las matronas de la alta sociedad llevan años intentando cazarle sin éxito. Se casó contigo porque quiso y no te sería infiel por nada del mundo.

—Ayer le vi flirtear con Anette de Sajonia en los jardines. Se besaron, Anna.

—¡Esa arpía! No se rinde fácilmente y quiere a Stefan a toda costa. Mi esposo dice que está aquí por él, no porque eche de menos a sus primos, como nos ha hecho creer.

—Sí, bueno... pues le ha conseguido. No le vi poner demasiado empeño en apartarla.

—¿Te quedaste a comprobarlo?

—¡Claro que no! No podría haberlo soportado. Pero si él puede tener una amante, yo también.

—¡Ivy, no digas tonterías! Tú serías incapaz de hacer algo semejante. Además, estoy convencida de que tu esposo no te haría una cosa así. Pero sí debemos trazar un plan de acción para deshacernos de esa bruja condenada.

—Ahora lo que tenemos que hacer es comer —dijo Ivette cambiando de tema—. Me muero de hambre.

Se sentó junto a su amiga y su esposo, dispuesta a pasar un buen rato en su compañía. Los barones de Nesbit eran un matrimonio que, aunque no se amaban, se tenían muchísimo cariño y su amiga era inmensamente feliz. George Nesbit era un hombre de unos cuarenta años, de pelo canoso y barba bien cuidada. Sus ojos azules destilaban bondad... no había otra palabra para describirlo. Cuando se casó con Anna tuvo en cuenta su diferencia de edad, los gustos de su mujer e incluso sus anhelos. Llegó con ella a un acuerdo: una vez él tuviera a su heredero, la dejaría en paz y ella sería libre para tener cuantos amantes quisiera, siempre que lo hiciese de forma discreta. Pero el roce hace el cariño y ambos encontraron en su matrimonio todo lo que necesitaban. George era atento con Anna, la cuidaba como si fuera el más fino cristal de bohemia a punto de romperse y ella se sentía volar entre los brazos de su marido cuando hacían el amor, así que ambos eran fieles a pesar de que el amor no había logrado surgir entre ellos.

Ivette sonreía a una de las bromas de lord Nesbit cuando Anette entró por la puerta acompañada de dos damas. Se sentó frente a Ivette para que ella escuchara lo que tenía que decir.

—Como oyes querida. Está loco por mí, pero ha tenido que casarse por obligación, ya sabes... Las normas sociales y todo eso.

Ivette perdió color por momentos. Anna se volvió a mirarla y al notar su estado le apretó la mano en una muestra de apoyo.

—No le hagas caso, está mintiendo —susurró—. Quiere hacerte sentir mal, no le des esa satisfacción.

—Tienes razón, no debo dejarle ver que me afecta lo que dice.

Stefan entró en ese momento por la puerta con el príncipe Alberto. Ambos tenían cara de estar rendidos y se merecían un descanso. Su esposo se acercó a ella, la besó en la frente y se sentó a su lado tomándola de la mano.

—¿Cómo te encuentras? Iba a subir a verte cuando Sophie me dijo que estabas en el salón.

—Estoy mejor. ¿Tienes hambre?

—Mucha —dijo él con una sonrisa—, pero no de comida.

—¡Stefan! ¡Estamos rodeados de gente!

—No me importa. Si no fuera porque estás indispuesta te echaría sobre mi hombro y subiría las escaleras de dos en dos para poder hacerte el amor como te mereces.

—Me encantaría que lo hicieras —contestó para que llegase a oídos de Anette—. Pero tienes que volver con el príncipe. Esta noche te esperaré despierta, te lo prometo.

—Aunque pase horas enteras encerrado en el despacho del príncipe, aunque no pueda estar contigo cuando te quedas dormida, no dejo de pensar ni un solo segundo en ti, no puedo evitarlo.

La determinación de Ivette se acentuó. No iba a permitir que una descarada como Anette se quedase con su esposo. Lucharía con garras y dientes si fuera necesario, pero ahora mismo su mejor arma era la seducción. Jugaría con las mismas armas que su contrincante.

—Yo también pienso en ti a todas horas, Stefan, y si no fuese un escándalo, te besaría aquí mismo, delante de todos, como llevo deseando hacer desde que te marchaste esta mañana de mi lado.

La reina observaba la escena desde su asiento con una sonrisa. Le encantaba ver que su nueva duquesa era capaz de luchar por su matrimonio. Le había cogido mucho cariño a la muchacha y esperaba que fuese tan feliz como ella. La noche anterior su esposo le había hablado de lo ocurrido con su prima y el duque. Unas horas antes la había citado en su despacho y la había informado de que partiría para Alemania a primera hora de la mañana. Ella había protestado, pero si seguía interponiéndose en el matrimonio de Stefan, Ivette iba a terminar herida aunque su marido no tuviese la culpa. Se acercó al oído de Alberto y le besó en el hueco del cuello sin que nadie se percatara.

—Querido, tienes que darle la tarde libre a Devonshire. Están recién casados y necesitan pasar más tiempo a solas. Además... me tienes muy abandonada. Creo que esta tarde estaré tan cansada que me echaré una siesta...

—Stefan, mi esposa acaba de recriminarme que se siente desatendida y supongo que la tuya sentirá lo mismo —dijo el príncipe—. Dejaremos el trabajo para mañana.

Stefan sonrió al príncipe, que le guiñó un ojo, y con una reverencia ayudó a Ivette a levantarse.

—Gracias, alteza. Si me disculpan, mi esposa vuelve a sentirse indispuesta, así que la llevaré arriba a descansar.

El príncipe Alberto soltó una carcajada ante la descarada mentira, y Stefan sonrió. Cuando pasaron por al lado de la reina, Victoria agarró a Ivette de la mano y la atrajo hacia ella para poder hablarle al oído.

—Disfruta de tu esposo, querida. Del resto me encargo yo.

Ivette sonrió a su soberana sin saber muy bien a qué se refería y salió de la estancia del brazo de su marido, que cuando llegaron a las escaleras se la colgó del hombro para hacer lo que le había prometido.

—¡Stefan! —gritaba riendo—. ¡Bájame! ¡Me estoy mareando!

—Ni lo sueñes. Voy a encerrarme contigo en esa habitación y no pienso salir de allí hasta mañana.

Cuando llegaron a su dormitorio, Stefan la aprisionó dulcemente contra la puerta y comenzó a besarla. En cuanto sus labios entraron en contacto con la boca

de Ivette, ella supo que no sería capaz de yacer con ningún hombre que no fuera su esposo. Pasó las manos suavemente por las solapas de su chaqueta y las mantuvo quietas en sus hombros, deleitándose de las caricias de la lengua de Stefan, que la hacían perder el sentido.

—Me has provocado deliberadamente delante de todos, esposa.

—Cierto —contestó ella separándose de él.

—Has sido terriblemente mala conmigo, ¿y sabes por qué?

—¿Yo? En absoluto, excelencia.

—¡Oh, sí! Has hecho que me encienda de deseo aún sabiendo que el príncipe me tendría en su despacho hasta bien entrada la madrugada —dijo acercándose como una pantera a su presa.

—Pero no ha sido así, ¿no es cierto?

—¡Oh, Ivette! Te aseguro que vas a pagar las consecuencias.

Stefan salió a correr en pos de su esposa que, de un salto, se puso de pie en la cama y pasó al otro lado. Pero él era más rápido, y no tenía la dificultad de las faldas, así que la atrapó antes de que saliese por la puerta del dormitorio.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! No vas a salir de esta habitación hasta mañana.

Stefan atrapó su boca con avaricia, haciendo que sus dientes entrechocaran por el ansia reflejada en el beso. Ivette se agarró con premura a sus hombros, pegando su cuerpo al de su esposo, deseando que las capas de ropa que les separaban desapareciesen como por arte de magia. Stefan terminó el beso y apoyó la frente en la de la joven, cerrando los ojos y suspirando.

—Te he echado mucho de menos, Ivy. Te he echado tanto de menos que me duelen las manos por las ganas de tocarte.

—Pues tócame, Stefan... Necesito que me toques.

—Mi amor...

Comenzó a desabrochar el lazo del escote de Ivette, que se dejó hacer hipnotizada por su mirada cristalina. Cuando el vestido cayó a sus pies seguido por la ropa interior, Stefan la cogió en brazos y la tumbó suavemente en la cama. Él se tumbó a su lado, pero permaneció completamente vestido.

—¿No te quitas la ropa tú también? —preguntó ella pasando las manos por su pecho.

—Más tarde, gatita curiosa. Te deseo tanto que no seré capaz de aguantar ni dos minutos si me desnudo.

Deslizó la lengua por la seda de su boca y sus manos recorrieron despacio la longitud de su pierna hasta llegar a las costillas, donde apretaron un poco, consiguiendo que Ivette se arquease. Se bebió sus gemidos cuando la yema del dedo rozó su pezón, haciéndolo despertar a la vida. Besó cada centímetro de la piel de su esposa, haciéndola retorcerse de deseo. Y cuando enterró la lengua entre sus muslos cremosos se sintió en el paraíso.

Su esposa era todo lo que él necesitaba, su ancla, un puerto seguro al que regresar en una noche de tormenta. Ver cómo se derretía debido a sus caricias le hacía sentirse poderoso, y cuando su lengua arrancó de su botón su primer orgasmo, supo que jamás conocería a ninguna mujer que se igualara a ella. Se desvistió de prisa, deseando estar en la cama con la mujer que le había robado el corazón y, cuando poco a poco entró en ella, cerró los ojos presa del mayor placer que hubiera experimentado jamás. Apoyó los brazos a ambos lados de la cara de Ivette y apartó con delicadeza un mechón de pelo de su frente.

—Este es el lugar donde quiero estar... mi hogar.

Los ojos de Ivette se llenaron de lágrimas, que llenaron su pecho de una ternura infinita. Le encantaba ver cómo su esposa perdía el control... él mismo estaba a punto de perder el suyo. Comenzó a moverse despacio, sintiendo cómo el sexo de Ivette le engullía, le acariciaba, y llegó al orgasmo cuando los espasmos de su mujer le apretaron dulcemente.

Se tumbó junto a ella, que se acurrucó entre sus brazos, y permanecieron así largo rato. Ivette apoyó la barbilla en su pecho, perdiéndose en la mirada de Stefan.

—¿Cómo te encuentras, mi amor? —preguntó él dándole un beso en la nariz.

—Estoy un poco cansada. Tanta actividad física me ha pasado factura — bromeó.

—Hablo en serio, Ivy.

—Me encuentro mucho mejor que esta mañana. He conseguido comer un poco de caldo antes de que llegases al comedor.

—Ven aquí —la apretó entre sus brazos—. He sido muy desconsiderado saciando mis deseos sin tener en cuenta que estás enferma. Durmamos un poco.

—Puede ser así de desconsiderado siempre que quiera, excelencia.

—Definitivamente he creado a un monstruo —dijo Stefan riendo.

Tras la siesta, Stefan disfrutó de pasear por los jardines con su esposa. Le habló de su trabajo con el príncipe, le contó sus preocupaciones y las opiniones de Ivette le fueron de gran ayuda. Por la noche, pidieron que les subieran la cena a su habitación y durmieron uno en brazos del otro después de hacer el amor.

Lo que ninguno de los dos sabía es que esa felicidad duraría poco... porque un peligro espantoso les acechaba entre las sombras.

Capítulo 11

A la mañana siguiente, Ivette se despertó bien entrada la mañana. Se despezó y sonrió al ver una rosa apoyada en la almohada, en el lugar que solía ocupar su esposo. Iba acompañada con una nota:

Estabas tan preciosa esta mañana que he sido incapaz de despertarte. El deber vuelve a llamarme, pero esta noche intentaré escaparme antes para que cenemos juntos.

Tuyo. Stefan

Se vistió deprisa para bajar a desayunar. La noche anterior había tomado una decisión: apartaría a Anette de Sajonia de su marido aunque fuera lo último que hiciera. Iba distraída ajustándose el pendiente, cuando un golpe en la espalda la hizo perder pie... y rodó escaleras abajo. Intentó protegerse, pero se golpeó varias veces en la cara. Cuando llegó al final de las escaleras había perdido el conocimiento.

El grito de angustia de la reina hizo que Alberto y Stefan salieran a toda prisa del despacho. Cuando el duque vio a su mujer al pie de la escalera con la reina arrodillada a su lado, el mundo se tambaleó bajo sus pies.

—¡Ivette! —Corrió a su lado y la cogió entre sus brazos—. Vamos, cariño... abre los ojos... ¡Ivette! ¡¡Que alguien llame a un médico, maldita sea!!

Levantó a su esposa y la llevó a su habitación, donde la tumbó en la cama con cuidado. El golpe que tenía en la ceja sangraba, así que cortó un trozo de su propia camisa y presionó intentando contener la hemorragia.

—Vamos, mi amor... aguanta. El doctor estará aquí de inmediato.

Cinco minutos después la reina apareció con Anna y el doctor Douglas.

—Excelencia, si es tan amable de abandonar la habitación... —dijo el doctor.

—¡Ni hablar! ¡No pienso separarme de ella!

—Stefan —intervino la reina—, tiene que examinarla para ver si los daños son más graves de lo que parecen. Ve a tomarte una copa, te mandaré llamar en cuanto el doctor termine.

—Victoria, no voy a marcharme.

—Es una orden, excelencia.

Al oír el tono imperativo de la reina, Stefan salió por la puerta con la cabeza gacha. En el despacho, el príncipe Alberto le entregó una copa y le guió hasta el sofá.

—Tranquilo, amigo mío —dijo lord Nesbit, que también estaba presente—, se pondrá bien.

Stefan asintió, pero siguió con la mirada perdida en su copa de whisky hasta que un lacayo apareció para decirle que podía subir a ver a Ivette. El doctor estaba guardando sus utensilios cuando entró.

—¿Cómo está, doctor? —susurró.

—Está bien, dada las circunstancias. Ha recibido un golpe muy fuerte en la cabeza, y no sabemos los daños que le ha podido ocasionar, así que debemos esperar a que despierte —se acercó y le entregó un bote de un unguento verdusco—. Úntele este unguento sobre los puntos de la ceja tres veces al día y se caerán por sí solos. Quedará una pequeña cicatriz, pero no será demasiado visible.

—Muchas gracias, doctor.

—Vendré a visitarla en un par de días para ver qué tal va todo. Mientras tanto le aconsejo que guarde reposo absoluto.

—Luego vendré a quedarme un rato con ella para que usted pueda descansar —dijo Anna.

—Gracias, lady Nesbit, pero no pienso moverme de su lado.

—Entonces vendré a ver cómo está y a traerle a usted algo de comer. —Se acercó a Stefan y le apretó el hombro con cariño—. Saldrá de esta, ya lo verá. Es una mujer muy fuerte.

Cuando se quedó a solas con su esposa, se tumbó junto a ella en la cama y comenzó a acariciarle la mejilla con cuidado.

—Tienes que despertarte, Ivy. Estoy seguro de que estás muy a gusto ahí dormida, pero debes saber algo, mi vida no vale nada si tú no formas parte de ella.

Dicho esto, se levantó de la cama, se puso de rodillas y rezó. Nunca había sido demasiado creyente, había conocido tantas religiones diferentes que dudaba que ninguna de ellas tuviera una verdad absoluta. Creía que había algo, un ser superior causante de que la vida surgiera en el planeta, pero no tenía certeza de qué o quién era. Le interesaban los escritos de un científico llamado Charles Darwin, al que todos tomaban por loco cuando decía que el hombre venía del mono.

Pero en ese momento necesitaba creer, necesitaba que un ente superior escuchara sus plegarias y le devolviera a la mujer que amaba. Si perdía a Ivette... Le recorrió un escalofrío solo de pensarlo. No la perdería, eso estaba fuera de cuestión. Su esposa se pondría bien... o él se iría detrás de ella.

Ivette abrió los ojos despacio. Le dolía todo el cuerpo y sentía bombear la ceja derecha. ¿Qué le había ocurrido? No lo recordaba... Volvió la cabeza y encontró a Stefan dormido en un sillón a su lado. Tenía una pinta horrible, llevaba

la camisa desgarrada, una barba de varios días y el pelo completamente revuelto. ¿Pero qué demonios había ocurrido? La ceja volvió a dolerle y soltó un gemido involuntario que hizo que su marido saltara de la silla y se subiera de un salto a la cama.

—¡Ivy! ¡Gracias a Dios!

—Me... duele.

—¡Bien! Digo, no... no está bien... Lo que está bien es que por fin te has despertado.

—¿Desper... tado?

—Llevas inconsciente tres días, mi amor. Me has dado un susto de muerte.

—¿Qué... pasó?

—Te caíste por las escaleras y te golpeaste la cabeza. ¿Te sientes mareada?

¿Necesitas algo?

—Excu... sado.

Stefan se puso de pie y cargó a su esposa hasta el cuarto de baño, donde la dejó unos minutos para darle intimidad. Una vez hubo terminado, volvió a cargarla hasta la cama, donde la incorporó un poco y le colocó varios cojines tras la espalda.

—¿Mejor? —preguntó el duque.

—Mucho mejor. Estás hecho un asco.

—No me he movido ni un segundo de tu lado. No podía dejarte sola por si despertabas.

—Me duele la ceja.

—Te hiciste un buen corte y el doctor ha tenido que darte varios puntos.

Voy a traerte un poco de caldo, debes empezar a comer algo.

Ella asintió y Stefan salió por la puerta dejándola sola. ¿Qué había ocurrido? Lo último que recordaba era haberse vestido para bajar a desayunar... Intentó incorporarse, pero un mareo la hizo desistir. Anna entró en ese momento por la puerta y al verla intentarlo corrió hacia ella.

—¡Ivy! ¿Estás loca? ¿Quieres volver a caerte?

—Necesitaba un poco de aire, eso es todo. ¿Me ayudas a sentarme en la terraza?

—Claro, apóyate en mí.

Se sentó en uno de los sillones de mimbre y Anna la tapó con una manta para que no cogiera frío. Su amiga se sentó en el sillón contiguo y la miró con atención.

—Deja de mirarme, Anna, estoy bien.

—Tu marido me mandó a vigilarte y eso es lo que pienso hacer.

—Vigilarme no implica que me mires fijamente —rió.

—¿Recuerdas algo?

—No recuerdo lo que pasó. Todos dicen que me caí por las escaleras, pero no consigo ubicarme en ellas en mis recuerdos.

—Quizás te enredaste con la falda o te torciste un tobillo. Hay miles de accidentes que pueden haber ocurrido.

—Algo... hay algo que se me escapa. Me desperté tarde, afortunadamente sin náuseas. Stefan me había dejado una rosa en la almohada con una nota.

—Oh, ¡qué romántico!

—¡Oh, sí! Estuvimos toda la noche haciendo el amor.

—¿Qué pasó después?

—Me levanté y me puse el vestido blanco con rosas bordadas. Es el preferido de Stefan, dice que le encanta cómo se amolda a mi figura. Después de eso salí de la habitación, pero me olvidé de los pendientes.

—Sigue así... estás cerca...

—Volví por ellos y me los fui poniendo por el pasillo. Me paré frente a la escalera para terminar de abrochármelos... —Los ojos de Ivette se abrieron como platos—. ¡Alguien me empujó, Anna! Sentí un golpe en la espalda que me hizo trastabillar. Intenté agarrarme a la barandilla, pero no pude...

—¿Estás segura de que te empujaron?

—Un golpe entre los hombros me hizo caer, estoy segura. Apuesto a que fue Anette. Nadie más tiene motivos para hacerlo.

—Voy a llamar a tu esposo. Tiene que saberlo. No te muevas de aquí.

Cinco minutos después entró Stefan en la terraza y se arrodilló junto a ella.

—Ivy, cuéntame lo que recuerdas, cielo.

—Alguien me empujó al bajar las escaleras.

—¿Estás completamente segura, cariño?

—¡Claro que lo estoy! Y creo que fue Anette.

—Quizás tropezaste y...

—¡Sé lo que ocurrió, Stefan Cavendish! ¡Y estoy muy segura de que fue tu amante!

—Espera, ¿qué?

—¡Me prometiste que no habría amantes! —gritó ella levantándose y entrando en la habitación— ¿Cómo has podido?

—¡Ivy! ¿De qué demonios estás hablando? ¡Yo no tengo ninguna amante!

—¡Os vi en el jardín! —Las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¡Vi cómo os besabais!

Stefan se pasó las manos por la cara al comprender a qué se refería Ivette. Suspiró y se acercó un poco a su esposa, pero ella se echó hacia atrás.

—Es cierto que Anette y yo fuimos amantes... hace cinco años. Yo era un joven demasiado iluso y me fascinó con su espontaneidad. Pero esa fascinación se convirtió poco a poco en aburrimiento y cuando el rey me ofreció viajar en su

nombre terminé con ella. No había vuelto desde entonces a Inglaterra y supuse que esta vez lo había hecho al enterarse de nuestra boda. Cuando me viste en el jardín con ella estaba advirtiéndole que no se le ocurriera hacerte daño, Ivy. Ella intentó besarme, sí, pero si te hubieses quedado unos segundos más, habrías visto cómo la apartaba.

—¿No es tu amante? —preguntó con un hilo de voz.

—Ivette... la única mujer que necesito en mi cama eres tú. No tengo necesidad de recurrir a una amante.

—Pues estoy segura de que fue ella quien me empujó.

—Cariño, eso es imposible.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Anette partió al alba hacia Alemania. Hablé con el príncipe y la reina la ha mandado de vuelta a su país.

La cara de terror de su esposa encogió el corazón de Stefan. La abrazó con fuerza, y sintió que temblaba.

—Tranquilízate, mi amor. Estabas muy cansada, no dormimos mucho aquella noche. Seguro que te equivocas.

—¿Y si no es así? ¿Y si alguien me empujó?

—¿Quién haría tal cosa? Excepto Anette, no hay nadie que tenga un motivo para hacerlo.

—Estoy asustada, Stefan.

—Lo único que ocurre es que la corte te ha extenuado. ¿Qué te parece si le pido permiso al príncipe y nos escapamos unos días? Iremos al campo... o haremos algún viaje.

—Sería maravilloso. Necesito alejarme de todo esto y estar contigo.

—Pues no se hable más. Siéntate en la terraza y no te muevas. Enseguida te traerá Sophie la cena.

Stefan salió por la puerta y buscó a Sophie por todo el castillo. Cuando la encontró, la llevó a una habitación solitaria y cerró la puerta.

—¿Ocurre algo, excelencia? —preguntó la sirvienta extrañada.

—Ivette está segura de que la empujaron por la escalera.

—¡Oh, Dios mío! —Sophie se llevó las manos a la boca.

—Necesito que la vigiles mientras yo no esté, y quiero que le subas un tazón de caldo, pero necesito que supervises en todo momento su elaboración. No creo que sea nada importante, pero tampoco quiero dejar nada al azar.

—Quédese tranquilo, yo misma le haré a su excelencia el caldo.

—Y Sophie, por favor, quiero que intentes hacerla creer que se cayó por un mareo. Lo último que necesita ahora es estar preocupada.

—Como usted diga, excelencia.

Una vez atados los cabos de la seguridad de su esposa, fue a ver a lady

Nesbit. A fin de cuentas, ella e Ivette se habían hecho muy buenas amigas y quizás pudiese ayudarle a darle una sorpresa. La encontró entrando con su esposo, venían de cabalgar.

—Lord Nesbit... Lady Nesbit, ¿sería posible hablar con usted a solas?

Anna miró interrogante a su esposo, que sonrió con un asentimiento de cabeza.

—Claro, excelencia. Será un placer.

La acompañó a una esquina apartada, donde todo el mundo pudiera verles, pero nadie pudiese escuchar su conversación.

—Necesito pedirle un favor. Quiero llevarme a Ivette lejos de aquí unos días y me preguntaba si usted sabría algún lugar que ella quiera visitar.

—Ivy se muere de ganas por viajar a París, excelencia. Fantasea con que cuando todo esto termine irán de luna de miel a esa maravillosa ciudad.

—Entiendo. Muchas gracias, Lady Nesbit.

—Por favor, llámeme Anna. A fin de cuentas, es el esposo de mi mejor amiga.

—Solo si deja el excelencia olvidado. Entre usted y yo, me queda un poco grande el título.

—Descuide, Stefan. Será un placer.

Stefan acompañó a Anna junto a su esposo y tras una reverencia y un beso en la mano, le sonrió.

—Muchas gracias de nuevo, Anna. Me ha sido de gran ayuda.

—Siempre que lo necesite le ayudaré, Stefan.

—Nesbit...

Una vez descubierto el destino al que llevaría a su esposa, Stefan se acercó al despacho del príncipe.

—¡Stefan! ¿Cómo se encuentra tu esposa?

—Ya se ha despertado, alteza.

—Excelente noticia. Mañana mismo continuaremos con el trabajo.

—Esto... alteza, quería pedirle un favor.

—¿De qué se trata?

—Verá... mi esposa está muy cansada y me gustaría tener unos días libres para llevarla de viaje.

—¿Estás loco? ¡Estamos en plena preparación de la exposición, Stefan! Solo quedan dos meses para abrir sus puertas, ¿y tú quieres unas vacaciones?

—Lo sé, pero...

—Pasa un par de días con ella en Kent, es todo lo que puedo darte.

—Alteza, ¿ama usted a su esposa?

—¿Tienes que preguntarlo?

—No haga que pierda a la mujer que amo.

El príncipe le miró un momento, se sentó frente a su escritorio y suspiró con aire cansado.

—De acuerdo. Dos semanas. Dentro de quince días quiero verte en mi despacho a primera hora de la mañana.

—Muchas gracias, alteza. No dude que aquí estaré.

Stefan subió los escalones de dos en dos y entró al dormitorio de su esposa.

—Sophie, ayuda a mi esposa a vestirse y prepara su equipaje —dijo continuando hacia su dormitorio—. Partimos de inmediato.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ivette.

—Es una sorpresa.

—¡Stephan! ¿Y tu trabajo?

—El príncipe me ha dado un par de semanas libres antes de meternos de lleno en la exposición, Ivy.

—Pero...

—Mi amor —susurró él acercándola a su cuerpo—, déjame mimarte, ¿de acuerdo? Querías un viaje de novios y es lo que voy a darte.

Capítulo 12

Llegaron a París en el *Saint Mary*, uno de los barcos más rápidos del momento. Ivette respiró por fin una vez puso los pies en tierra firme. Debido a las náuseas que le provocaba el movimiento del barco no pudo levantarse de su camastro en todo el viaje, y Stefan disfrutaba haciéndola rabiar.

—No sabía que eras tan delicada, Ivy. Y yo que pensé que surcaríamos los mares juntos...

—Sabes tan bien como yo que no podemos hacerlo. Además, es la primera vez que monto en barco, estoy segura que en un par de viajes más estaré mejor que tú.

—Tendré que buscarme una amante que me acompañe...

—Lo harás sin tus partes nobles, sinvergüenza, porque me aseguraré de arrancártelas de cuajo.

Él reía, la besaba en la frente y salía a charlar con la tripulación. Ella se quedaba allí encerrada, sonriendo por las bromas, pero odiándole por estar acostumbrado a estar en mar abierto. Por las tardes, su esposo la ayudaba a subir a la cubierta para que tomase un poco de aire fresco. Se sentaban en la proa del barco y ella se apoyaba en su hombro con los ojos cerrados, absorta en la cadencia de su voz cuando le contaba innumerables historias de sus viajes. Por la noche, cenaban con el capitán y volvían a su camarote, donde Stefan se dedicaba a calmar su malestar con besos y caricias.

El olor a pescado rancio del puerto hizo que las náuseas volvieran, pero Stefan pronto la tuvo dentro de un carruaje rumbo a casa de sus parientes, los condes de Montesquieu. El pórtico de madera maciza se abrió para entrar en la casa principal. El primo de Stefan, Antoine de Montesquieu, les esperaba en el patio interior.

Su marido la ayudó a bajar del carruaje y fue a saludar a Antoine con un caluroso abrazo.

—Me alegro de verte, *cousin* —dijo su primo—. Llevamos demasiado tiempo sin vernos.

—Antoine, déjame presentarte a mi esposa, Ivette.

—Un placer, *madame*. Me alegro de que una belleza como usted haya conseguido cazar al *libertin* de la familia.

—El placer es mío, *monsieur* —respondió ella con una exquisita reverencia.

—Bien, subamos a casa. Carolanne estará encantada de veros.

El primo de Stefan ordenó a sus criados subir el equipaje de los duques y les precedió por los bellos pasillos abovedados que rodeaban el patio central hasta una puerta doble de roble que daba paso al salón principal, donde encontraron a una bella mujer de cabellos rizados y ojos aceituna acunando a un bebé entre sus brazos. En cuanto les vio entrar, puso al bebé en un canasto y se acercó a ellos.

—Querida, déjame presentarte a mi primo Stefan y a su esposa Ivette, los duques de Devonshire —dijo Antoine a su esposa.

—Así que tú eres el famoso Stefan... He oído muchas historias sobre ti. —Se volvió hacia Ivette—. Es un placer conocerte. Pediré que nos sirvan una taza de chocolate caliente mientras hablamos.

Los hombres fueron al despacho de Antoine e Ivette se sentó con Carolanne a esperar el chocolate.

—Stefan no me contó que eras inglesa —dijo Ivette.

—Así es. Conocí a Antoine en mi tercera temporada. Todos creían que sería una solterona, incluida yo, debo reconocer. Pero él dejó a todos boquiabiertos cuando, en el último baile de la temporada en Almack's, se acercó a mí para invitarme a bailar el vals. Me hizo girar entre sus brazos, y al día siguiente le pidió mi mano a mi padre. Desde entonces no he podido ser más feliz.

—Me alegro mucho. Sé que no hay nada mejor que un matrimonio feliz.

—Eso quiere decir que el tuyo lo es. He oído muchas historias sobre las correrías de nuestros esposos con la reina Victoria, y tengo entendido que tu esposo es un poco sinvergüenza —bromeó.

—¡Oh, sin duda! Hay ocasiones en las que es un descarado y un atrevido. Pero en el fondo me trata como a una princesa, no tengo motivos para quejarme.

En ese momento el bebé que descansaba en la cuna comenzó a llorar, y Carolanne le cogió en brazos y lo acunó hasta que se tranquilizó y se puso a jugar con el collar de su madre.

—Tenéis un niño precioso —susurró Ivette acariciando los deditos del pequeño.

—Alexander es un niño muy bueno, no se despierta en toda la noche, ni siquiera para reclamar su toma de leche. ¿Quieres cogerle? Quizás te venga bien ir practicando para cuando tengas los tuyos propios, que por lo que he oído de Stefan, no tardarán en llegar.

—Yo... ¿estás segura? No tengo ni idea de cómo hacerlo, y tengo miedo de dejarle caer.

—Tranquila, no tienes nada que aprender. Las mujeres poseemos ese instinto —dijo acercándose—. Con cuidado.

Tener al pequeño entre sus brazos hizo a Ivette sentir una calidez especial, un calor en el corazón que no había sentido nunca antes. Besó la suave cabecita del recién nacido y le acunó entre sus brazos susurrándole una nana.

—Se te da muy bien, Ivette. Serás una madre maravillosa.

—¿Tú crees?

—¡Oh, sin duda! Aunque he de advertirte que las primeras semanas serán terribles. El bebé querrá comer a cada momento y te despertará en mitad de la noche. Pero la recompensa merecerá la pena.

—Estoy segura de que sí.

Stefan miraba a su esposa desde la puerta del salón. Ver cómo acunaba al pequeño entre sus brazos le hizo anhelar que el bebé fuese de ellos dos. Estaba tan bella... En ese momento levantó la vista y le vio, la sonrisa que le dedicó le dijo que ella pensaba lo mismo. Se acercó con cuidado y se sentó en el brazo del sillón en el que ella estaba sentada y acarició la cabecita del bebé con un dedo.

—Te queda muy bien, mi amor —le susurró al oído—. Pronto tendremos que dedicarnos a fabricar uno nuestro.

—Lo estoy deseando.

—Mañana por la noche hay un concierto en honor de *Paganini* en casa de los duques de Milán —dijo su primo—. ¿Os apetecería ir? Es amigo mío y si le mando una nota os enviará una invitación.

—¿Qué opinas, cielo? —preguntó Stefan.

—Me encantaría ir.

—Perfecto, voy a mandar la nota ahora mismo —contestó Antoine.

—Ivette y yo subiremos a descansar un rato, si no os importa. El viaje no le ha sentado demasiado bien.

—Por supuesto, querido —dijo Carolanne—. Os mostraré vuestra habitación.

Ivette se dejó caer en la cama con un suspiro. Estaba realmente cansada y no tenía fuerzas ni para desvestirse. Stefan rió quedamente, le dio la vuelta con cuidado, deshizo los lazos del vestido de viaje y la ayudó a desnudarse. En cuanto se metió bajo las mantas y se acurrucó en el costado de su esposo, se quedó profundamente dormida.

Stefan disfrutó viendo a su mujer dormir. La pobre había pasado un viaje terrible, y seguramente necesitaba descansar mucho más que unas horas, pero no podían ser descorteses con sus anfitriones, así que deberían conformarse con eso. Acarició suavemente el cabello de la joven, resiguió su perfil con la punta de los dedos y poco a poco él también cayó en un sueño ligero. Le despertó el suave roce de unas caricias en el pecho. Abrió lentamente los ojos para encontrarse con la mirada de su esposa, que le observaba dormir. Sonrió inconscientemente, no podía encontrar mejor despertar. La besó despacio, pero la pasión pronto tomó el control de la situación. Acarició sus piernas, subiendo poco a poco, hasta levantar el borde

de su camisola y dejar al descubierto la mata de rizos castaños que tan loco le volvía. Succionó el rosado pezón de su esposa al compás de sus caricias, recorriendo lentamente su abertura, despertando el capullo sonrosado que la hacía jadear de deseo.

Ivette se retorció gimiendo quedamente, despertando a la pasión, pasando sus pequeñas manos por la espalda de Stefan, lanzando escalofríos por todo su cuerpo. Con mucho cuidado se colocó sobre ella y la penetró despacio, con suaves embestidas que los condujeron poco a poco a un lánguido éxtasis compartido.

Ivette sonrió adormilada y recorrió el perfil de su marido antes de agarrarle de la nuca y volver a besarlo con la misma pasión que acababan de sentir. Él la apretó con fuerza contra su pecho y saboreó su boca, su cuello, su mejilla... la pasión despertaba lentamente, tan suave como alas de mariposa. Ivette tumbó a Stefan en la cama y comenzó a recorrer todo su cuerpo con su boca y su lengua. Cada lengüetazo que daba arrancaba un gemido de los labios de su marido, que se agarraba a las sábanas con fuerza. Cuando llegó a su sexo, sacó la lengua golosa y saboreó su miembro desde la base a la punta antes de sentarse a horcajadas sobre él y volver a hundirle en ella.

—¡Dios, Ivy! ¡Me vuelves loco!

Apoyó las manos en su pecho y comenzó a mecerse despacio, hacia delante y hacia atrás, haciendo que el miembro de su marido saliese casi por completo de ella para volver a introducirlo hasta el fondo. Los dedos de Stefan se clavaban en su cintura y los gemidos escapaban de su boca para volverla completamente loca. El orgasmo se acercaba tan despacio... Stefan la tumbó sobre su pecho y comenzó a bombear deprisa dentro de ella, apoyándose en los talones para clavarse más adentro y el orgasmo estalló con la fuerza de un huracán, dejándolos laxos y sudorosos.

—Ha sido el mejor despertar de mi vida —dijo él entre aspiraciones—. ¿Te encuentras bien, mi amor? ¿No te hice daño?

—Nunca me he encontrado mejor. Ahora sí estoy preparada para ir a cenar.

La carcajada de Stefan reverberó por toda la casa. Su primo sonrió al oírle. El cambio producido en su primo era espectacular. No hacía demasiado que se habían visto, pero entonces era un hombre serio, responsable... y aburrido. Aunque aún no habían pasado demasiado tiempo juntos, ya había podido comprobar que Stefan se había relajado, se le veía feliz y él se alegraba por ello.

La madre de Stefan era hermana de su madre y se habían criado juntos. Habían acudido a la misma escuela y aunque vivían en países diferentes siempre habían tenido una relación muy estrecha. Ivette le parecía una buena chica. Aunque el matrimonio de ambos había sido concertado, estaba seguro de que su tío había urdido algún oscuro plan secreto, que seguramente tenía mucho que ver con la felicidad de su sobrino favorito.

Al día siguiente se prepararon para ir al concierto en casa de los amigos de sus primos. Ivette se puso el vestido burdeos que su marido había elegido en la modista, recogió su cabello en un moño, dejando algunos tirabuzones sueltos alrededor, y se puso las joyas de plata y azabache, que lucían muy bien con su indumentaria. Su esposo estaba especialmente apuesto aquella noche, se había puesto su traje de etiqueta y ella se moría de ganas de arrancarle el corbatín y atacar su cuello con ansia, pero debía ser civilizada y comportarse como una auténtica dama.

Cuando llegaron a casa de los duques de Milán, Ivette se sorprendió al ver los vestidos de las damas, que rozaban lo escandaloso. Carolanne debió de notar su estupor, porque la agarró del brazo y la llevó a un lugar apartado.

—La moda en Francia es más permisiva que en nuestra Inglaterra, querida. Te acostumbrarás.

—En Londres me acusarían de meretriz si llevase uno de esos vestidos. ¡Por amor de Dios, si a aquella dama están a punto de desbordársele los pechos!

—Descuida, eso no ocurrirá. Los vestidos están confeccionados para evitar accidentes no deseados.

Tras la cena, dio lugar el concierto del fallecido *Paganini*, de la mano del hijo menor de los condes de Milán. Ivette se abstraigo con la música, pero no tanto como para que pasaran desapercibidas las miradas veladas y las sonrisas seductoras que las damas prodigaban a su esposo.

—Veo que ha tenido mucho éxito entre las damas, excelencia —susurró a su esposo.

—¿Ah, sí? Me temo que no me he dado cuenta. Estaba demasiado embobado observando lo bella que está mi esposa esta noche. ¿La ha visto usted, *madame*?

—Me temo que no, *monsieur*, no he tenido el placer —continuó ella la broma.

—Pues si la ve, dígame que la desfachatez de esta noche le va a costar no dormir demasiado. Provocarme con ese vestido que se ha puesto es demasiado atrevimiento.

—Pero *monsieur*, cualquiera de las damas presentes en esta sala lleva un vestido más atrevido que su esposa. A fin de cuentas, ella viene de la recatada Gran Bretaña.

—En efecto, pero ninguna de esas mujeres hace hervir mi sangre como ella, *Madame*.

Cuando llegaron a casa de sus primos, Stefan la aprisionó contra la puerta de su habitación y la besó hasta que sus piernas se convirtieron en mantequilla fundida. Ella se agarró a sus hombros con desesperación, pues la pasión se desbocó como un potrillo asustado. Hicieron el amor de manera salvaje, apoyados contra la dura superficie de nogal. Cuando culminaron, Stefan la ayudó a desvestirse y

durmieron tranquilos, relegando las preocupaciones a su vuelta a Londres.

Capítulo 13

Al día siguiente Ivette se levantó pasado el mediodía. En el viaje había dormido muy mal, y tanto ese día como el anterior se había levantado mucho después que su marido. Se encontró con Carolanne en el salón, donde amamantaba a su bebé sentada junto a la ventana.

—Disculpa, no sabía que estabas aquí —dijo dándose la vuelta para marcharse.

—Ivette, no hace falta que te marches. No me da vergüenza que me veas, al fin y al cabo es algo que tú también harás algún día, y tienes que desayunar.

Ivy se sentó junto a su prima, y la vio dar de comer a su pequeño mientras esperaba a que el mayordomo le trajese el desayuno. La hizo mucha gracia ver cómo el pequeño se agarraba al pecho de su madre, temiendo que se lo arrancasen de la boca antes de haberse dado un festín con él.

Poco después, cuando Carolanne sacaba los gases al pequeño y ella daba buena cuenta de su desayuno, aparecieron Stefan y Antoine en el salón, claramente a su vuelta de haber salido a cabalgar. Su esposo se acercó a ella y la besó en los labios. Ivette se sintió abochornada un segundo antes de ver que Antoine hacía lo mismo con su esposa, tras lo cual besó a su hijo en la cabecita.

—Espero que hayas dormido bien, Ivette. Ya me ha contado mi primo que no te ha sentado nada bien el viaje en barco —dijo Antoine.

—La verdad es que ha sido un viaje espantoso, pero ha merecido la pena. Estoy disfrutando muchísimo de mi estancia en París.

—Pues hoy lo vamos a pasar maravillosamente, ya verás, Ivy —intervino Carolanne—. Nos vamos a ir de compras mientras nuestros esposos disfrutan de este pequeño diablillo. ¿Verdad, mi amor? ¿A que te vas a quedar con papá y tío Stefan?

—Tu mujer es una desvergonzada, primo —bromeó Stefan—. Acaba de conocerme y ya me da órdenes.

—¿Y te sorprende? Sabes de sobra que en esta casa ella es quien lleva la voz cantante. Y reconozco que no me gustaría que fuera de otra manera.

Por la tarde, ambas mujeres se encaminaron hasta la zona de comercios de la ciudad. Sedas, brocados, puntilla inundaban los escaparates de las tiendas. Disfrutaron probándose vestidos, comprando fruslerías y tomando chocolate con dulces en una pastelería.

Cuando llegaron a la tienda de ropa interior, Carolanne miró a Ivette con

una sonrisa traviesa y la arrastró hasta adentro. Los distintos modelos de ropa interior estaban confeccionados de seda, encaje y gasa. A Ivy le llamó la atención un camisón vaporoso prácticamente transparente, con los tirantes de encaje, que no dejaba nada a la imaginación.

—¿A que es precioso? Yo tengo varios de esos.

—¿Qué son? —preguntó pasando la mano por la tela.

—Se llama *negligé*, y se utiliza más que nada para provocar al marido. ¿Verdad que es sexy y atrevido? Antoine se vuelve loco cuando me lo ve puesto.

—Es precioso, pero no sé si podría... Aunque en mi boda llevé algo parecido, así que creo que voy a comprarme uno. Y me llevaré otro para Sarah también, seguro que le encanta.

—¿Solo uno? Ven, te enseñaré los modelos. Seguro que te llevas alguno más.

Carolanne estaba en lo cierto. En cuanto vio las preciosidades que la modista tenía para ofrecerle, terminó por llevarse uno de cada tipo. Estaba segura de que Stefan no se quejaría de la factura cuando viera en qué había invertido el dinero.

Al día siguiente decidieron ir al museo del Louvre, albergado en el antiguo castillo del mismo nombre. Abrió sus puertas en el siglo XII,

y fue embellecido con ampliaciones renacentistas y otras más tardías. Sus extensas colecciones eran el resultado de un doble esfuerzo histórico. Al coleccionismo desarrollado por la monarquía francesa a lo largo de varios siglos, se sumó el esfuerzo de los hombres de la Ilustración, la labor desamortizadora de la Revolución francesa y las campañas arqueológicas y las compras impulsadas durante lo que llevaban de siglo. Hubo un cuadro que eclipsó a Ivette, el de una mujer morena que sonreía al artista. La candidez de la dama transmitía una paz y una tranquilidad que dejó a la joven un poco trastocada.

—*La Gioconda*, de Leonardo da Vinci, un cuadro con misterio —susurró su esposo en su oído.

—Es una dama preciosa —susurró ella.

—Se dice que la modelo era la esposa de Francesco Bartolomeo de Giocondo, que realmente se llamaba Lisa Gherardini —dijo Antoine—. Por eso la llaman *Mona Lisa*.

—¿Por qué dices que es un cuadro con misterio, Stefan? —preguntó Ivette— Yo no lo encuentro nada turbador.

—Se dice que el pintor buscó que la sonrisa desapareciera al mirarla directamente y reapareciera sólo cuando la vista se fija en otras partes del cuadro. Es por eso que hay personas que la ven sonreír, y sin embargo otras lo que ven es un gesto de amargura.

Continuaron disfrutando de las pinturas y esculturas del museo, y volvieron paseando a la casa de los condes, donde cenaron tranquilamente. Tras la cena, jugaron un par de partidas de cartas y se fueron a dormir.

Para su última noche en la ciudad del amor, acudieron a un baile de máscaras. Lo que empezó como una tonta apuesta, se convirtió en un juego excitante para ambas parejas. Acordaron llegar por separado, hombres y mujeres, para reencontrarse en el baile y ver la facilidad con la que se reconocían con la máscara. Ivette estaba muy segura de poder reconocer a su marido, pues a fin de cuentas el color de su cabello destacaba entre la multitud. Stefan solo se reía y la miraba con esa sonrisa de truhan que a ella tanto le gustaba.

Para la ocasión, Ivette se puso un vestido de raso blanco adornado con perlas y puntilla en los puños y el bajo. El escote cuadrado dejaba a la vista más piel de la que ella acostumbraba a enseñar, pero como le dijo Carolanne, la moda en París era más permisiva que en su adorada Inglaterra. Un collar de diamantes y unos pendientes de lágrima adornaron su cuello y sus orejas, y una máscara a juego con el vestido cubrió su identidad. Sophie adornó su moño con plumas y pedrería, y cubrió sus manos con guantes hasta el codo.

La prima de Stefan eligió para la ocasión un vestido de terciopelo púrpura, adornado con hilo de plata y perlas. En su peinado, enganchó varias cuentas y una cadena plateada, y su máscara llevaba plumas y lazos del mismo tono que su vestido.

Cuando ambas mujeres se encontraron en el salón, rieron entre nerviosas y excitadas. Subieron en el carruaje que les llevaría a la casa de su anfitriona, la duquesa de Piacenza. El objetivo de este tipo de bailes era brindar a sus invitados una libertad que las normas de la alta sociedad les impedían llevar a cabo, y más que un baile se trataba de una reunión dedicada al libertinaje. La duquesa permitía a sus invitados retozar en las diferentes estancias, siempre y cuando lo hicieran sin revelar su identidad.

Carolanne y ella llegaron tomadas del brazo y se dirigieron a la mesa de refrigerios. Sintió a Stefan antes de verle, la tensión sexual que se extendía por su vientre le decía que andaba cerca. La copa que tenía en la mano comenzó a temblar, así que la depositó sobre la mesa antes de darse la vuelta. Buscó entre la multitud el pelo de su esposo, pero el muy canalla había usado algún producto para oscurecer su cabello, quería ponerle las cosas difíciles. Le vio acercarse entre la gente, con su mirada puesta en ella y su pulso se disparó.

—*Madame*, permítame decirle que es usted la mujer más bella que ha pisado el baile en toda la noche —dijo Stefan en un perfecto francés.

—Gracias, *monsieur*, pero he de decirle que estoy casada y a mi esposo no le agradaría nada verme hablando con usted.

—Querida, ¿acaso no sabe que las mascaradas son el escenario ideal para el

libertinaje?

—Que lo sean no significa que yo esté dispuesta a entrar en el juego.

—¿Me permitiría al menos un baile?

Ivette aceptó la mano que su esposo le tendía y se dejó llevar al centro del salón, donde las parejas se preparaban para bailar el vals. Divisó a Carolanne al fondo del salón del brazo de un hombre que supuso era su marido, pues sonreía abiertamente.

Estar entre los brazos de Stefan la transportaba al cielo, bailar el vals con él era como danzar entre las esponjosas nubes, rodeados de aire fresco y estrellas brillantes. Fijó su mirada en sus ojos cristalinos, que la miraban con un deseo similar al que ella sentía, pero decidió continuar su juego de seducción por un rato más.

—Y dígame, *monsieur*, ¿su esposa acudió al baile?

—Eso tengo entendido, pero aún no logré encontrarla.

—¿Matrimonio por amor o por obligación?

—Aunque ella crea lo contrario, me casé con ella porque cuando vi su retrato no pude dejarla escapar.

—Ah, ¿sí? Una mujer afortunada, entonces.

—Después de eso mantuvimos correspondencia un tiempo, aunque ella creía que hablaba con mi tío, el hombre que ostentó el título antes que yo.

—¿Y por qué no le dijo la verdad? Quizás ella habría ido de buena gana al matrimonio de haberlo sabido.

—No quería correr el riesgo de que su padre anulara el compromiso al enterarse del cambio de situación. Verá, ella estaba prometida a mi tío, no a mí.

—Entiendo. ¿Y cómo es ella?

—Fascinante. Es la mujer más maravillosa que he conocido en mi vida. Pero sin duda usted es más atrevida que ella.

—¿Cree que no se atrevió a venir?

—Sé que no ha venido esta noche. Sé que en su lugar ha venido usted, una mujer aventurera, apasionada y atrevida, y he de reconocer que me gusta mucho el cambio.

El vals llegó a su fin y Stefan la cogió de la mano para llevarla deprisa por los pasillos de la planta de arriba hasta encontrar una habitación abierta. Cerró la puerta a sus espaldas y aprisionó a Ivette contra la ella para besarla con lujuria. Ivette levantó la mano para deshacerse de la máscara de su marido, pero él se lo impidió.

—*Non, mon amour*. Está prohibido quitarse la máscara.

—Pero quiero verte... necesito verte.

—No necesitas verme para saber que soy el hombre que te llevará a la locura esta noche.

Stefan se deshizo de las presillas de su pantalón y, levantando a Ivette en sus brazos, se enterró en ella. Comenzó a moverse desesperado, sintiendo las manos de Ivette clavadas en su espalda, saboreando el sabor de sus besos hambrientos. Los gemidos de Ivette se mezclaban con los suyos, escalofríos de puro placer recorrían su espalda y, cuando el orgasmo los arrasó, se dejó caer de rodillas abrazado a su mujer. Enterró la cara en su escote y besó cada centímetro de piel que encontró a su paso. Ella echó la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso y sintió los labios de Ivette acariciar su frente despacio.

Pasada la tormenta, se levantaron del suelo y se desnudaron lentamente, siempre sin deshacerse de las máscaras, que eran la base de ese juego seductor. Tumbados en la cama, se dedicaron caricias cadenciosas, besos lánguidos, miradas de complicidad. Dedicaron horas a amarse, a cumplir las fantasías de sus almas conectadas y al llegar la medianoche salieron a hurtadillas para reunirse con el resto de invitados en el jardín y disfrutar de los fuegos artificiales.

Volvieron a casa separados, igual que hicieron al llegar. Ivette le esperó en su habitación dando vueltas, nerviosa, retorciéndose las manos. Había estado tan segura de que era Stefan... Pero ahora las dudas le atenazaban la garganta. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si el desconocido moreno no era realmente su marido?

Cuando la puerta se abrió a su espalda, todos sus miedos se esfumaron en el olvido. Stefan le sonreía acercándose, tan moreno... y tan guapo... La abrazó con fuerza, enterrando la cara en su cuello y no dejando de reír quedamente.

— ¿De qué te ríes? —preguntó ella extrañada.

— ¿Creías que te habías equivocado?

— ¡No digas bobadas!

— Mi amor, te lo he visto en la cara al llegar. ¿En serio creías que le daría a algún canalla la oportunidad de acercarse a ti?

— Es que ese color de pelo me ha descolocado, lo siento.

— Trucos franceses, Ivy. Se irá con un par de lavados. ¿Acaso crees que no sé qué mi pelo es algo... peculiar? No podía ponerte las cosas tan fáciles, ¿no crees?

— No me importa lo peculiar que pueda ser tu pelo, Stefan. A mí me gusta y lo que piensen los demás me da igual. Y siento decepcionarte, pero el truco no ha servido de nada. Supe que eras tú desde el primer momento.

— Así que te gusta mi pelo, ¿eh? ¿Sabes qué es lo que me gusta a mí? El haber descubierto a esa pequeña licenciosa que mi esposa lleva en su interior. Ha sido un juego de lo más placentero.

— ¿No he sido demasiado atrevida?

— Créeme, Ivette... puedes ser así de atrevida siempre que quieras... pero solo conmigo.

Capítulo 14

La vuelta a la rutina no significó volver a casa, ni muchísimo menos. En cuanto llegaron al puerto de Londres, el carruaje real les llevó de vuelta al palacio de Buckingham. Por suerte ninguno de los dos tenía que hacer acto de presencia hasta el día siguiente, así que tendrían todo el día para descansar y pasarlo juntos.

El barco arribó a puerto al despuntar el alba, así que en cuanto llegaron, se asearon un poco y se fueron a dormir. El viaje de vuelta no había sido para Ivette tan terrible como el de ida, así que pudo disfrutar mucho más de pasar tiempo con su esposo en la cubierta. Aunque ella sabía que Stefan había viajado alrededor del mundo, nunca se había parado a pensar qué papel desempeñaba en esos viajes. Supuso que en lo único en lo que intervenía era en el embarque de las distintas mercancías, pero al verle interactuar con los marineros del *Saint Mary* le quedó muy claro que había sido otro marinero más en sus correrías en alta mar.

La despertó un suave roce en el vientre. Al abrir los ojos se encontró con la mirada cristalina de su marido, que la observaba apoyado en una mano mientras con la otra hacía círculos alrededor de su ombligo. Cuando le sonrió, él bajó la cabeza despacio y rozó sus labios una, dos... tres veces antes de apoyar su cabeza entre sus pechos.

—¿Qué haces? —dijo ella riendo.

—Probando este dulce colchón que tengo a mi disposición.

—Eres un sinvergüenza, Stefan Cavendish. Lo único que te interesa de mí es mi cuerpo.

—Por supuesto, querida. Nunca me cansaré de hacerte el amor.

Stefan se apoyó en el cabecero de la cama y la atrajo hacia sí.

—Es la hora de comer, pero si bajamos al salón no podremos disfrutar de las horas que nos quedan antes de volver a la rutina —continuó.

—Pide que nos suban algo para comer. No quiero salir de aquí hasta mañana.

—¿En serio? ¿Y tienes algo en mente para entretenerme durante todo ese tiempo?

—Tengo unas cuantas ideas, sí —dijo ella poniéndose de rodillas—. Y todas ellas son sin ropa.

—Es una idea tentadora... pero yo tenía pensado llevarte a los almacenes para que vieras antes que nadie algunas de las cosas que se expondrán en el palacio de cristal.

—¿En serio? ¿Puedes hacer eso?

—Tendremos que ser muy silenciosos... pero sí, puedo hacerlo.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? —gritó saltando de la cama— ¡Stefan, muévete!

—Creí que primero íbamos a comer —dijo él con una sonrisa.

—¿No puedes esperar?

—Ivette... apenas has comido nada en el viaje de vuelta, así que vamos a esperar a comer algo. Y no hay más que hablar.

—Eres un aguafiestas —protestó ella cruzándose de brazos.

—Tienes razón. —Le robó un beso—. Pero aun así me quieres.

Tras una comida ligera a base de pollo frío, queso y fruta, fueron en el carruaje hasta los almacenes de su alteza el príncipe. Stefan había tenido el atino de pedir permiso para mostrarle algunas de las maravillas que allí se guardaban a su esposa, a lo que el príncipe respondió que, mientras estuviese en su despacho a primera hora de la mañana, podía hacer lo que quisiera.

Ivette paseó maravillada por la multitud de objetos, banderas, rifles, cerámicas y telas que allí se amontonaban con sumo cuidado. Le llamó la atención una tela en concreto que cambiaba de color según se reflejase en ella la luz. Stefan la cogió de la mano y tiró de ella hasta una estantería donde se ordenaban pequeñas cajitas de madera con preciosos grabados.

—Toma, ábrela.

Ivette levantó la tapa con cuidado y apareció ante sus ojos una pareja de bailarines, plasmados al más mínimo detalle, que giraban al compás de un vals.

—Es preciosa... Jamás había visto una caja de música tan bella.

—Es de Suiza. Y esto —continuó mostrándole un frasco—, es de Túnez. Huele.

Ivette inspiró el suave aroma floral del perfume que su marido sostenía sobre su nariz. No era tan empalagoso como los perfumes que solían llevar las damas y que ella se negaba a utilizar.

—Qué suave... Me encanta.

—Es agua de rosas, mucho más suave que el perfume inglés. En nuestra casa de campo hay algunas cajas de objetos que he traído de esos países, Ivette. Seguro que disfrutarás investigándolas.

—Esto es precioso... hay tantas cosas interesantes...

—A mí solo me interesa una cosa —susurró Stefan aprisionándola contra una mesa de caoba—. Tú.

Unió su boca a la de Ivette y enterró los dedos en el cabello de su esposa. Ella gimió y se pegó a él, pasando sus manos por la espalda musculosa de su marido. Cada vez que la tocaba, cada vez que la besaba, ella sentía un millón de mariposas aletear en su estómago, un cosquilleo incesante le recorría el sexo y los gemidos salían de su garganta sin control.

—Eres tan bonita, mi amor... Jamás podría cansarme de ti.

Recorrió su cuello despacio, lamiendo cada centímetro de piel que lo cubría, haciéndola vibrar con un mordisco suave en el lóbulo de su oreja e introduciendo la mano en su escote para atrapar entre sus dedos su duro pezón. Un carraspeo insistente les hizo parar en seco. Stefan se volvió para encontrarse de cara con Joseph Paxton, el ingeniero que se encargaba de la construcción del palacio de cristal.

—Discúlpeme, excelencia. No sabía que había alguien aquí.

—Hola, Paxton. Vine a mostrarle a mi esposa algunos objetos. Ya nos marchábamos.

—Sigan con el tour, no se preocupen por mí. Estaba haciendo mi ronda y me extrañó ver luz en este edificio. Disfrute de la visita, excelencia —dijo dirigiéndose a Ivette—. Buenas noches.

Paxton se alejó deprisa y Stefan volvió a besar a su mujer, pero ella le apartó azorada.

—¡Stefan, para! ¡Casi nos atrapan!

—No va a volver, Ivy. Sabe muy bien cuál es su lugar. Ven aquí.

—Vámonos a nuestra habitación, Stefan. No me siento segura aquí.

—¿No te sientes segura conmigo? —preguntó él continuando con su seducción.

—No es eso, es que tengo miedo de que nos atrapen haciendo el amor.

—No puedo esperar a llegar al palacio, Ivy. Te deseo tanto...

Siguió besando su cuello y acariciando sus pechos sobre la tela del vestido. La determinación de Ivette se estaba desintegrando segundo a segundo.

—Yo también te deseo, Stefan, pero este no es el lugar...

—Créeme, mi cielo... es el lugar perfecto.

Su boca humedeció la tela de su camisola, dejando transparentarse el rosado capullo de su pecho. Ella echó la cabeza hacia atrás totalmente entregada, y clavó las uñas en la madera de la mesa mientras gemía de placer.

—Mmm... deliciosa... Eres absolutamente deliciosa.

—Haces que pierda la compostura —protestó la joven.

—Y no sabes cuánto disfruto con ello.

Stefan dejó al descubierto uno de los pechos de la joven y comenzó a lamerlo despacio, haciendo círculos con su lengua para morder el pezón con cuidado cuando ella menos lo esperaba. Ivette arqueó la espalda para darle mejor acceso y atrajo su cabeza aún más cerca. Necesitaba que la devorase, que la dejase desmadejada en la mesa y se enterrase en su interior con fuerza. Necesitaba sentir a su marido todo lo cerca que jamás dos personas podrían estar. Pero él se limitó a ponerse de rodillas y esconder la cabeza entre sus faldas.

Ivette gritó al primer contacto de la lengua de su marido con su sexo. Stefan

lamía, mordía, chupaba su clítoris como si de una fresa madura se tratase, sin parar ni un solo instante, arrancándole gemidos de puro deleite. Ella agarraba su cabeza con fuerza, evitando que se separase, disfrutando de las atenciones que su marido le brindaba. Cuando Stefan enterró un dedo en su interior, el mundo se tambaleó. Cuando añadió otro más, casi pierde el sentido, pero el tercer dedo la llevó de cabeza a un orgasmo devastador.

Pero Stefan no paró sus caricias, y siguió lamiendo su clítoris a la vez que entraba y salía de ella con sus dedos. Ivette se retorció, lloraba de puro deleite, apretaba las piernas en torno a la cabeza de su esposo y, cuando creyó que estaba a punto de morir de placer, Stefan le levantó las faldas y se enterró de lleno en su interior.

—¡Dios, Ivy! Eres tan jodidamente estrecha... Eso es, preciosa... apriétame.

—Te necesito, Stefan... Te necesito tanto...

Ivy apretó los músculos internos de su sexo y Stefan echó la cabeza hacia atrás con un gemido. Envalentonada por la respuesta de su marido, comenzó a repetir el movimiento cada vez que él estaba enterrado profundamente en ella, haciendo que sus embestidas fuesen lentas, suaves, alargando el placer a la máxima potencia.

Stefan pensó que iba a morir de placer. Su osada esposa estaba experimentando, disfrutando de su poder femenino y él iba a caer fulminado de un momento a otro. Era incapaz de reducir el ritmo, no podría atrasar más su orgasmo por más que quisiera. Cada vez que Ivette apretaba su sexo caliente alrededor de su miembro, él gritaba recorrido por una descarga eléctrica, y como siguiesen así mucho tiempo más, acabaría perdiendo la consciencia.

—Ivy... nena... para. Para o voy a morir de placer.

Ella simplemente rió y continuó su travesura, acompañando sus embestidas con movimientos de cadera, y cuando el orgasmo les arrasó, Stefan cayó de rodillas, apoyó la cabeza en las piernas de su mujer y sonrió.

—Eres malvada, mi amor. No puedo sostenerme en pie por tu culpa.

Cuando ambos recuperaron el aliento, se colocaron bien la ropa y salieron cogidos de la mano del almacén. Ella esperó a su lado mientras Stefan echaba el cerrojo, y cuando volvían al carruaje, el brillo del cañón de una pistola puso en alerta al duque, que con un rápido movimiento tendió a su esposa en la acera y la cubrió con su cuerpo.

Ivette escuchó la detonación de la pistola cuando su pecho impactaba contra el suelo. El miedo le atenazó la garganta y forcejeó para poder mirar a su marido, pero él la apretó con fuerza contra el suelo.

—Estate quieta, aún no se ha ido.

Escucharon pasos que corrían alejándose, y cuando Stefan consideró que el peligro había pasado, se levantó del suelo arrastrándola con él.

—Corre, hay que llegar al coche cuanto antes —susurró.

Ivette no veía nada, solo tenía en mente correr lo más rápido que le permitieran las faldas para poner a salvo a su esposo. ¡Les habían disparado! Estaba segura de que el conde D'Arcy tenía mucho que ver en todo esto. Todo era culpa suya. Si le hubiese contado lo que sabía del conde a Stefan antes de que fuera demasiado tarde, él se habría mantenido alejado de él y ahora ese desalmado no intentaría acabar con su vida.

Sintió un escalofrío. Si su esposo moría, ella... No quería ni pensarlo. Un zumbido ensordecedor le nubló la vista y, cuando su marido la metió de un empujón en el carruaje, se dejó caer en el sillón y se desmayó.

Stefan sentía que el costado le ardía como el mismísimo infierno. El muy hijo de perra le había dado, pero ahora tenía que preocuparse de la seguridad de Ivette. No sabía si el golpe había sido demasiado fuerte para ella, o si se había desmayado por la impresión, pero en cuanto vio el brillo de la pistola lo único que tuvo en mente fue ponerla a salvo. La empujó dentro del carruaje y saltó detrás de ella, cerrando la puerta de un portazo para evitar que otra bala les pusiera en peligro.

—¡Al castillo, deprisa! —gritó al cochero.

En cuanto el carruaje echó a andar, se permitió el lujo de cerrar un momento los ojos. El muy desgraciado le había dado en el costado, y su camisa ya estaba completamente teñida de sangre. El dolor era insoportable, la vista se le nubló... y perdió el conocimiento.

Cuando Ivette abrió los ojos, la mancha de sangre que cubría gran parte de la chaqueta de su esposo le atenazó el corazón.

—¡Dios mío, Stefan! ¡Despierta, Stefan!

Se arrodilló a su lado y abrió la camisa lo suficiente como para ver que la bala había atravesado el costado de su marido. Aunque había salido limpiamente, la pérdida de sangre podía ser mortal. Rasgó la enagua de su vestido y apretó con fuerza la herida, intentando cortar la hemorragia.

—¡Dese prisa! ¡El duque se desangra! —gritó desesperada al cochero, que en cuanto la oyó puso a los caballos a la carrera.

Cuando el carruaje paró en la puerta del palacio de Buckingham, Ivette pidió ayuda a pleno pulmón. Pronto tuvo a cuatro lacayos transportando a su esposo hasta su alcoba, y a la reina disponiendo lo necesario para que el doctor acudiera de inmediato.

A Victoria se le encogió el corazón al revivir el atentado que hacía tantos años sufrió su esposo. Alberto había entrado en el palacio igual que su consejero, llevado por cuatro lacayos y con su esposa tras él, llorando desconsolada. Esperaba de todo corazón que el duque de Devonshire se recuperase igual que había hecho el príncipe, o la pobre Ivette iba a terminar destrozada.

Ivette no se apartó del lado de Stefan en ningún momento. Limpió la sangre que cubría su hermoso cuerpo y no permitió que nadie le desnudase, solo ella. El doctor cosió la herida, la cubrió con vendas y le dio un ungüento para que se lo aplicara en ella tres veces al día.

—Poco se puede hacer ya, querida —sentenció el médico—. Ahora todo depende de él.

—¿Se recuperará? —preguntó Ivette angustiada.

—Es un hombre fuerte, pero ha perdido mucha sangre. Si no le sube la fiebre... tendrá posibilidades.

—¿Y si le sube?

—Si sube... solo quedará rezar.

—Deberías descansar, Ivette —dijo la reina—. Mandaré a alguien para que cuide de él.

—Disculpe mi osadía, Majestad, pero no pienso moverme de esta habitación hasta que mi esposo abra los ojos.

—Querida, sé por lo que estás pasando, pero no le ayudarás nada con esa actitud.

—Ni el mismísimo Lucifer me va a mover de esta silla, así que no insista.

—Está bien, Ivette —suspiró la reina—. Mandaré entonces que te suban algo de comer.

Cuando el doctor y la reina salieron de la habitación, Ivette se sentó al lado de Stefan en la cama, apartó el pelo de su mejilla y le dio un beso suave.

—Maldito seas, Stefan Cavendish. Tenías que plantarle cara a D'Arcy, ¿no es cierto? Mira lo que has conseguido... acabar herido y a punto de morir. Pero no voy a permitirlo, ¿me oyes? —susurró con la cara surcada de lágrimas—. No pienso permitir que me dejes sola, porque soy incapaz de vivir sin ti.

Capítulo 15

Cuatro días. Cuatro malditos días llevaba Stefan inconsciente. Durante dos días había estado consumido por la fiebre, delirando y diciendo cosas sin sentido, temblando a veces de frío para arrancarse las sábanas preso del calor un minuto después. Ivette apenas había pegado ojo en todo ese tiempo, desviviéndose por mantener a su marido con vida. Se pasaba las noches en vela bajándole la fiebre, rezando cuando esta remitía por la salvación del hombre al que amaba. Apenas probaba bocado, se mantenía caliente a base del té que Sophie le obligaba a tomarse acompañado de algún sándwich o un poco de caldo a la hora de cenar. Su única preocupación era que Stefan se pusiera bien.

Pidió a la reina que les permitiese volver a casa hasta que su marido se encontrase recuperado, no podía estar en la corte sabiendo que D'Arcy estaría acechando en alguna esquina. Aunque al principio Victoria tuvo reparos con el traslado del duque, supo que Ivette estaría más tranquila en su hogar, por lo que accedió.

Una vez en casa, Ivette contrató por medio del duque de Sutherland a varios hombres que se ocupaban de vigilar la casa a todas horas. Ya habían sido dos los atentados contra sus vidas, y ni siquiera allí podía sentirse tranquila.

La marquesa de Huntington tuvo que personarse en la casa de su hijo el día anterior, debido a la llamada asustada de su mayordomo por el estado en el que se encontraba la duquesa. Entró como una exhalación en la habitación de su hijo, donde encontró a Ivette poniéndole paños de agua fría en la frente.

—Estoy muy disgustada contigo, jovencita —dijo la marquesa a su nuera—. Creo recordar que ayer te dije que descansaras un poco, ¿y qué me encuentro? Que llevas el mismo vestido una y otra vez.

—Stefan puede despertarse en cualquier momento, debo estar aquí.

—Ivette, yo me ocupo de mi hijo. Ve a darte un baño, come algo y acuéstate, tienes un aspecto horrible.

—Estoy bien, Mary.

—No, no estás bien. Llevas dos días sin dormir y apenas pruebas bocado. Stuart me ha llamado porque no has seguido mis indicaciones.

—Stuart te ha molestado por nada. Estoy perfectamente.

—Si no lo haces por ti, hazlo por mi hijo. Si sigues así vas a caer enferma tú también, y no le serías de gran ayuda.

—Pero...

—No te lo estoy pidiendo, jovencita. Te lo estoy ordenando. Vamos, ve con Sophie.

Ivette no tuvo más remedio que obedecer a su suegra y acompañar a su doncella. Tras darse un baño caliente y comer un poco, se metió bajo las mantas y se quedó profundamente dormida. Cuando se despertó, el sol ya se había puesto y tenía que reconocer que se sentía mucho mejor. Se puso una bata sobre el camisón y fue a ver a su esposo. Su suegra hacía punto sentada junto al fuego, y su marido descansaba tranquilo.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Deberías seguir en la cama, Ivette. Stefan está estable.

—No podía seguir durmiendo. ¿Le ha bajado la fiebre?

—Por ahora sí, pero puede volver a subirle en cualquier momento. Sin embargo, creo que lo peor ya ha pasado, así que pronto se recuperará.

Ivette se sentó en el borde de la cama y acarició la frente de su esposo, que gracias al cielo permanecía fresca.

—Gracias a Dios, creí... creí... —El nudo que le atenazaba la garganta le impidió terminar la frase.

—Le amas, ¿no es así? —preguntó la marquesa con una sonrisa.

—No tuve otra opción. Es imposible no amarle.

—Es un buen hombre. Demasiado cabezota a veces, pero un buen hombre.

—Si llegara a pasarle algo, yo... —Las lágrimas empañaron sus ojos.

—Ivette, cielo... No pienses eso. —Mary se acercó a ella y apretó tus hombros con cariño—. Mi hijo es fuerte, y se pondrá bien.

—Pero ha perdido tanta sangre...

—Querida, debes ser fuerte. No puedes hundirte, porque entonces él no tendrá una razón para volver.

—Tienes razón. Voy a tumbarme a su lado, a ver si así consigo dormir un poco más.

—Muy bien, querida. Yo estaré aquí mismo.

Por la mañana, Ivette se despertó cerca del mediodía. Mary ya se había marchado y la fiebre no había vuelto a martirizar a su marido. Se levantó despacio, besó a Stefan en la mejilla y fue a cambiarse y a pedir el desayuno. Aunque no se separase de su lado, bien podía hacer caso a su suegra y preocuparse por comer mejor.

Pasó la mayor parte del día a su lado, leyéndole su novela favorita de las hermanas Brontë. Sabía que él no la soportaba, y ella esperaba que se despertase para gritarle que parara. Pero al caer la noche, angustiada por la falta de respuesta de su marido, Ivette estampó el libro contra la pared y rompió a llorar.

—¡Maldita sea! —sollozó.

—¿Qué te ha hecho... el pobre libro?

Ivette dio un salto al oír la voz de su esposo. Se abrazó a él con fuerza y lloró como si le fuera la vida en ello.

—¡Estás bien! —gimió entre sollozos— ¡Estás bien!

—Ey... tranquila... ya pasó, amor mío.

—Creí... creí... —Las lágrimas le impedían hablar.

—Si sigues apretándome así estoy seguro de que quedaré inconsciente.

Ivette aflojó su abrazo, aunque no le soltó.

—Llevas inconsciente cuatro días.

—¿Qué ha ocurrido? No lo recuerdo.

—Te dispararon. Fuimos a los almacenes y te hirieron.

—Cierto, ya me acuerdo. ¿Estás bien? Te aplasté contra el suelo demasiado fuerte.

—Estoy perfectamente. Fue D'Arcy, Stefan, estoy segura.

—Ivette, seguramente fue algún ladrón. No fue D'Arcy.

—Todo es por mi culpa.

—Ni hablar, ¿me oyes? No es culpa tuya. Estábamos en el lugar adecuado en el momento más inoportuno, solo eso. No quiero que te preocupes más.

—Te traeré un poco de caldo. Debes estar hambriento.

La joven se levantó de la cama dispuesta a marcharse, pero Stefan sacó fuerzas para agarrarla por la muñeca. Ella permaneció quieta, pero era incapaz de mirarle a la cara.

—Ivy, mírame —ella obedeció—. Estoy aquí. No voy a dejarte sola.

—Más te vale, Stefan Cavendish, o juro que te arrepentirás.

La recuperación de Stefan fue lenta, quizás demasiado para la paciencia de Ivette. Su marido era un hombre testarudo y tuvo que hacerle chantaje en bastantes ocasiones para que permaneciera en la cama un par de días más. Tenía que comer cosas suaves, y él quería un buen asado de venado. Debía descansar en cama y lo que quería era salir a terminar con su trabajo con el príncipe.

Esa tarde se estaba portando muy bien, quizás demasiado. No protestó cuando le llevó sopa para comer, ni tampoco cuando, tras cambiarle el vendaje, le dijo que durmiese un poco. Ivette estaba empezando a pensar que o bien había ganado la batalla, o bien su marido tenía alguna diablura escondida bajo la manga. Decidió que, si él había dado su brazo a torcer, ella bien podía hacer otro tanto. A la hora de la cena le subió un poco de asado para recompensarle por la docilidad que había mostrado. Stefan comió con cuidado, saboreando cada bocado y haciéndola reír con los ruiditos de placer que salían de su boca.

—Ha sido el mejor asado que he probado en mi vida. Felicita a la cocinera de mi parte, Ivy. Tendré que aumentarle el sueldo.

—Es el mismo asado de siempre, solo que llevas muchos días sin probar nada demasiado elaborado. Pero le diré que vas a subirle la asignación, seguro que

se vuelve loca de contenta.

— Sé que no estoy siendo un enfermo muy fácil, mi amor. Lo siento.

— Ahora debes descansar. Pronto estarás recuperado por completo. La herida está casi curada, así que en un par de días te dejaré escapar — bromeó ella mientras le acomodaba los cojines bajo la cabeza.

— ¿Puedes leerme un rato? Me relaja la cadencia de tu voz.

— Está bien. ¿Alguna lectura en particular?

— Lo que sea, pero siéntate a mi lado, por favor.

Ivette fue a la biblioteca a por un libro, se sentó al lado de Stefan y comenzó a leer. Por el rabillo del ojo vio cómo apoyaba la cabeza en su mano para observarla atentamente. La mirada de Stefan se clavaba en su alma e hizo que se le trabase la lengua en un par de ocasiones. Cuando su marido subió un dedo travieso por su tobillo se olvidó de respirar. Quiso aparentar que no le importaba, que no le hacía hervir la sangre, pero fue inútil. Los dedos de su marido siguieron subiendo por su pantorrilla y, cuando llegaron a la altura de la rodilla, Ivette cerró el libro de un golpe y la atrapó.

— Stefan, para, por favor.

— ¿Que pare? No estoy haciendo nada. Solo te escuchaba.

— ¿Y esa mano viajera? — preguntó con una ceja arqueada.

— ¿Qué mano? — El muy canalla sonreía.

— Stefan, si sigues así dejaré de leerte y me marcharé.

— Ivy, solo estoy acariciándote mientras lees. Una caricia inocente, de hecho.

Por favor, continúa.

Ivette sonrió ante la actitud desvergonzada de su marido. Le encantaba cuando se ponía juguetón, y se moría de ganas de que le hiciera el amor, pero aún estaba convaleciente y temía hacerle daño en la herida, que acababa de curarse. Continuó leyendo un rato, simulando no darse cuenta de la mano que acariciaba su muslo lentamente, pero cuando la boca de Stefan rozó su brazo desnudo todo su autocontrol se desvaneció. Puso el libro en la mesilla y se volvió hacia su marido adoptando la misma postura que él.

— Aún estás herido — dijo acariciando el vello ensortijado de su pecho con un dedo.

— Sobreviviré — contestó él bordeando el escote de su vestido, imitándola.

— Necesitas descansar.

— Te necesito a ti. Ya llevo demasiado tiempo descansando.

— Puedes hacerte daño.

— No si el trabajo lo haces tú.

— Stefan...

— Ivette... Cállate.

La boca masculina acalló todas sus protestas. Sentir de nuevo los labios de

su marido acariciar los suyos, su boca saquear la de ella, despertó las mariposas de su estómago y acercó su cuerpo al de Stefan. La mano de él cubrió su cadera y apretó lo justo para arrancarle un gemido. Abarcó su trasero para atraerla más cerca si cabía y la cubrió con su cuerpo desnudo.

—Te necesito, Ivy.

—Yo también te necesito.

—Déjame hacerte el amor, mi cielo. Eres la mejor medicina que puedo tomar.

La súplica de Stefan la desarmó por completo y, apartándole con cuidado, se puso de pie. Stefan se tumbó en la cama derrotado, creyendo que su esposa se marcharía, pero Ivette desabrochó las presillas de su vestido para dejarlo caer al suelo junto con su ropa interior. El aire abandonó los pulmones de Stefan al percatarse del conjunto de lencería francesa que su descarada esposa llevaba debajo de la ropa.

—¿Qué te parece? —preguntó ella admirando la ropa interior— Lo compré en París cuando fui de compras con Carolanne. Es muy fresco y ligero, ¿no crees?

—Lo que creo es que piensas matarme, mi amor... Se me hace la boca agua al verte con él. Ven aquí, quiero saborearte.

Allí, parada frente a la luz del fuego, su esposa parecía una ninfa venida del bosque para seducirle, y por Dios que se dejaría seducir. Su miembro creció poco a poco al observarla soltar su pelo y, cuando gateó sobre su cuerpo para besarle, estuvo a punto de llegar al orgasmo.

—Ivy, mi amor... eres tan deseable...

Recorrió su cuello con besos frágiles como alas de mariposa, acarició su piel con sus dulces manos y se situó a horcajadas sobre él para introducir su miembro dentro de ella. Cada centímetro era una dura tortura para Stefan, que la agarró de las caderas para mostrarle el ritmo a seguir. Cada ondulación de Ivette le acercaba más y más al paraíso, pero necesitaba más, mucho más que eso.

La suave negligé le excitaba muchísimo, pero quería sentir la piel de su mujer rozarse con la suya. Sacó la prenda con cuidado por la cabeza de la joven y rozó sus pezones descuidadamente al bajar las manos, tras lo cual se introdujo uno en la boca y succionó.

—¡Dios, Stefan! ¡Me haces arder!

—Me encanta su sabor, mi amor... Eres pura ambrosía.

Con un solo movimiento la tumbó en la cama y comenzó a moverse deprisa. Ella jadeaba, apretaba las sábanas entre sus manos y arqueaba la espalda presa del placer. Él entraba y salía de su cuerpo cada vez más deprisa, más profundo, y los espasmos del orgasmo de su esposa le llevaron de cabeza al suyo propio.

Se despertó varias horas después. Aún estaba oscuro, pero la luz de la luna llena se filtraba por las cortinas iluminando la habitación. La herida le dolía como

el demonio debido al esfuerzo, pero había merecido la pena volver a hacer el amor con Ivette. Miró a su esposa un minuto, dormida con la mano apoyada debajo de su propia mejilla. Su ángel tenía que estar agotado, y todo era culpa suya. Reconocía que había sido un poco insoportable, pero la incertidumbre le estaba volviendo loco, y necesitaba actuar.

Tras besar a su mujer en la mejilla, se levantó con cuidado de no despertarla, se puso un batín y bajó a su despacho. Se sirvió una generosa copa de whisky, queapuró de un trago, y volvió a rellenar su copa antes de mirar por la ventana.

El asunto se estaba volviendo turbio, demasiado turbio. Primero la caída de Ivette por las escaleras y ahora el disparo. Iba dirigido a ella, de eso no tenía la más mínima duda, y si no se hubiese interpuesto en su camino ahora mismo ella estaría muerta. ¿Pero quién quería asesinarla? Su esposa era demasiado joven para haberse buscado algún enemigo. D'Arcy no sabía que le había visto cometer un asesinato, así que no parecía muy probable que hubiera sido él.

Por otro lado, era la única persona que podía tener un motivo para acabar con ella, porque no creía capaz a Anette de urdir un plan tan macabro. En primer lugar esa mujer no era tan retorcida, y en segundo lugar estaba seguro de que en cuanto pasaran unos meses la prima del príncipe volcaría sus atenciones en cualquier otro caballero disponible, siempre lo había hecho.

Fuese quien fuese, su esposa corría peligro, y bien sabía Dios que si le pasaba algo malo, él terminaría completamente loco. No pensaba permitir que ese canalla se saliese con la suya. Al día siguiente mandaría llamar a Henry Lowell, uno de sus mejores amigos y agente de Scotland Yard, para encargarle la investigación exhaustiva de lo acontecido. No descansaría hasta tener a su esposa sana y salva, aunque para ello tuviese que poner en jaque a toda la ciudad.

Capítulo 16

Escaparse de la vigilancia de Ivette no iba a ser tarea nada fácil, Stefan había llegado a esa conclusión en el transcurso de su convalecencia. Su esposa no se apartaba de su lado en ningún momento y utilizaba cualquier artimaña a su alcance para mantenerle en la cama. Admitía que algunas de esas tretas eran de lo más... placenteras, pero no podía dejar pasar ni un minuto más para acercarse a la comisaría de policía. Ya llevaba dos días intentando despistarla, y lo único que había conseguido era tenerla desnuda en su cama seduciéndolo sin compasión.

Francis fue su salvación esa mañana. Puesto que para él iba a ser prácticamente imposible salir de su casa, su amigo le traería a Henry hasta su despacho, y podría matar dos pájaros de un tiro: mantener contenta a su esposa y poner en marcha la dichosa investigación.

—Ey, amigo, tienes mejor aspecto —dijo Francis en cuanto entró en la habitación.

—Ivette tiene mano de hierro, no me deja levantarme solo ni para ir al excusado.

—Tus quejas me resultan vacías, amigo mío. Por tu cara diría que estás plenamente satisfecho con los cuidados de tu dama.

—No puedo negártelo, pero hay asuntos que necesitan mi atención y con Ivette vigilándome a cada segundo es imposible que los lleve a cabo.

—Si quieres cambiamos posiciones —bromeó Francis—. Yo me quedo postrado en esa cama al cuidado de Ivette mientras tú atiendes tus asuntos.

—Ni lo sueñes. Sé que te mueres de envidia porque fui yo quien se quedó con el premio de la temporada, pero Ivette es mía, y si la tocas te reto a duelo. Anda, ayúdame a vestirme.

—¿No tienes un ayuda de cámara que lo haga?

—Por supuesto que lo tengo, pero mi esposa le ha amenazado con despedirle si lo hacía. Tengo que pedirte un favor, Francis. Es de suma importancia.

—Tú dirás —dijo el otro poniéndose serio.

Ambos hombres se dirigieron al despacho de Stefan, donde se sirvieron dos copas de whisky y se sentaron junto al fuego.

—El disparo no fue de ningún ladrón, Fran, fue intencionado. E iba dirigido a Ivette —susurró Stefan mientras removía el whisky de su vaso.

—¿A Ivette? ¿No iba dirigido a ti? ¿Estás seguro?

—Completamente. No es el primer intento de agresión que sufre, de hecho. En el palacio de Buckingham, cuando cayó por las escaleras, ella asegura que alguien le empujó.

—¡Por Dios bendito! ¿Qué enemigos puede tener una muchacha recién salida del colegio, si ni siquiera ha sido presentada en sociedad?

—No tengo ni la más remota idea, pero pienso averiguarlo. Necesito que traigas a Henry Lowell de inmediato. No quiero que Ivette se entere de quién es, Fran. Quiero que permanezca tranquila.

—Tranquilo, iré a verle ahora mismo y le explicaré la situación. ¿Te has parado a pensar que puede ser D'Arcy?

—Es el más evidente, pero no creo que se atreva a desafiarme. Además, ¿va a intentar matarla solo porque no ha querido ser su amante? No encaja con su comportamiento.

—Es cierto, y no se encontraba en la corte cuando Ivette tuvo el accidente, estaba en Cornualles en casa de su hermana. —Francis se quedó pensativo un momento—. Si Anette siguiese en la ciudad no la descartaría tampoco, esa arpía es de armas tomar. Quizás encargó a algún matón a sueldo que asustase a tu esposa.

—Anette está tan preocupada por sí misma que no es capaz de pensar en hacer algo de tal envergadura. Pero sea quien sea, lo averiguaré.

Una vez su amigo se marchó, Ivette entró en la habitación ataviada con un cuaderno y unos carboncillos.

—¿Qué demonios haces aquí? Vamos al dormitorio, tienes que descansar.

—Mi amor, estoy cansado de permanecer en la cama. Además, Francis ha venido a verme y necesitaba estar presentable.

—¿Qué tal se encuentra? Ni siquiera me había enterado de que ha venido, ha sido la visita más corta de la historia. Cuando vuelva a verle le reprenderé por su mala educación.

—Tenía un poco de prisa. Había quedado con un amigo, pero en un rato volverá. ¿Para qué es eso, Ivy? —preguntó señalando los utensilios de dibujo.

—Voy a hacerte un retrato.

—¿En serio? Ignoraba que sabías dibujar.

—Hay muchas cosas de mí que no sabe, excelencia.

—Con que excelencia, ¿eh? Bien, *milady*, veamos qué es capaz de hacer.

—Necesito que te levantes. La luz del fuego reflejada en tu rostro me encanta.

Cuando su marido se sentó en un sillón frente al fuego, Ivette echó sobre sus piernas una suave manta de piel y se sentó frente a él en un pequeño banco de madera. Tras colocar minuciosamente los utensilios en la pequeña mesa que tenía a su lado, la muchacha comenzó a hacer pequeños trazos en el cuaderno, levantando la vista en varias ocasiones para asegurarse de que estaba captando la esencia de

su marido a la perfección.

Stephan disfrutaba observándola, deleitándose de los pequeños sonidos que escapaban de su boca cuando algo de lo que dibujaba no le salía como ella deseaba. Si no fuera porque temía que su mujer le golpeará con el cuaderno en la cabeza si se movía, la tumbaría en ese mismo momento en la alfombra y la haría gritar hasta desgañitarse. Su miembro tomó conciencia de sus pensamientos e hizo acto de presencia, pero intentó disimularlo bajo la manta.

—Si no te estás quieto no voy a conseguir que salga bien —protestó ella sin mirarle.

—Llevo aquí sentado más de media hora sin moverme, Ivy. Además, si no estuvieses tan deseable ahí sentada, no tendría que acomodar mi erección para poder sentarme como es debido.

Ella le miró con los ojos abiertos como platos, miró la erección que despuntaba bajo la manta y soltó una sonora carcajada.

—¿Te parece gracioso? —preguntó Stefan sonriendo— Pues es de lo más molesto y doloroso estar así demasiado tiempo.

—Pobre... Soy una desconsiderada —dijo levantándose—. Estás convalciente y en vez de mimarte te hago sentir incómodo.

Ivette se sentó en las rodillas de su esposo, rozando descaradamente su erección con el muslo y le echó los brazos al cuello.

—Cierto, mi pequeña descarada —contestó él—. Has conseguido que me excite solo con verte dibujar.

—Así que está excitado... Tendré que ponerle remedio. ¿No cree, excelencia?

—Mmm... Creo que sería lo más acertado dadas las circunstancias...

Ivette acercó su boca a la del duque y le besó dulcemente. Exploró sus labios lentamente, resbalando por su mejilla sin afeitar hasta su cuello, que asomaba indolente por la abertura de la camisa. Stephan echó la cabeza hacia atrás con un gemido y apretó a su esposa contra sí, deseando sentirla mucho más cerca.

—Mmm... sigue así, mi amor... estás yendo por muy buen camino.

Resiguió el escote de su esposa con el dedo, introduciéndolo bajo la tela para descubrir el pequeño botón rosado que empezaba a despertar. Lo acarició despacio, sin apartar la vista de Ivette, que fijó su mirada en los ojos cristalinos de Stefan. La muchacha bajó la mano lentamente por el pecho de su esposo hasta encontrar la abertura de los pantalones y dejó escapar su miembro erecto, que saltó a la espera de sus caricias.

—¿Sigo por buen camino, milord? —preguntó coqueta.

—Vas por el camino exacto, cielo... No se te ocurra parar.

Ivette sonrió y se puso de pie para facilitarle el acceso al lazo de su corsé, pero un golpe en la puerta les dejó helados en el sitio.

—¡Ahora no! —gritó Stefan.

—Pero milord... el duque de Sutherland acaba de llegar...

—¡Maldita sea! ¡Llévelo al salón, ahora mismo voy!

Ivette se dejó caer en el regazo de su esposo con una risilla traviesa, le dio un sonoro beso en la mejilla y se levantó para recoger sus utensilios de pintura.

—No se te ocurra dar un paso más, Ivy. Vamos a terminar lo que has empezado.

—¡Ah, no, excelencia! Usted tiene invitados que atender y yo mucho trabajo que hacer. Quizás, esta noche... podamos retomar lo.

—Me he casado con la mujer más descarada de toda Inglaterra... Gracias a Dios.

Tras arreglarse la ropa, Stephan salió de la habitación dejando atrás la carcajada de Ivette. Era así como quería verla siempre, con una sonrisa en los labios y sin ninguna preocupación. Se dirigió con paso cansado a su despacho, donde los dos caballeros que le esperaban aguardaban tomando una copa.

—Caballeros... Podrían haber tardado un poco más, la tarde estaba siendo de lo más entretenida.

—El bulto de tus pantalones me dice que ahora mismo estás de muy mal humor —rió Francis.

—No te pases, o te daré un puñetazo. Henry...

—Excelencia —dijo Lowell con una reverencia.

—¿Excelencia? ¡Vamos, Henry! ¡Déjate de formalismos! —dijo el duque— Nos conocemos desde que llevabas pañales.

—Si mal no recuerdo, eras tú quien los llevaba. Yo era quien se reía de ti —contestó el aludido con una sonrisa.

—De eso nada —protestó Stefan—, en realidad ambos nos reíamos de Francis. Pero como era el hijo del duque no podía enterarse.

—Bueno es saberlo —protestó Francis—. La próxima vez que alguno de los dos necesite ayuda no seré yo quien se la preste.

—¿Y bien, Stefan? ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Henry dejando atrás las bromas.

—Mi esposa está en peligro. Necesito que averigües quién puede estar interesado en matarla.

—¿Tu esposa? ¿Estás seguro? Lo lógico es que fuesen tras de ti.

—Lo sé, pero ambas veces han intentado hacerle daño a ella. En la corte la empujaron por las escaleras y hace una semana le dispararon.

—Sinceramente, creo que esto es de lo más extraño. Según tengo entendido acaba de salir de la escuela y sus amistades en la corte son de las más inofensivas. ¿Hay alguna amante despechada a la que debamos tener en cuenta?

—La única amante que he tenido se encuentra a miles de kilómetros de

aquí. No hay nadie más.

—¿Y alguna heredera a la que hayas podido dar falsas esperanzas?

—No, que yo sepa. Cuando volví de alta mar no fui a demasiados eventos sociales.

—La única persona a tener en cuenta es el conde D'Arcy —intervino Francis—. Está empeñado en conseguir que Ivette sea su amante.

—¿D'Arcy? Es una buena pieza, así que le mantendré vigilado, aunque no podemos descartar la posibilidad de que quieran hacerle daño a ella para herirte a ti. Todo el mundo sabe que tu matrimonio no fue precisamente de conveniencia, y cualquiera que os vea juntos sabe que ella es tu talón de Aquiles. Empezaré mis investigaciones en cuanto vuelva a comisaría, Stefan. Mientras tanto deberías contratar a algunos hombres para que protejan a tu esposa.

—Ya los tengo, por lo visto. Francis se ocupó de contratarles por orden de mi esposa cuando recibí el disparo dirigido a ella. Hablaré con ellos esta misma tarde.

—De acuerdo, pues entonces me marchó —dijo el agente levantándose—. En cuanto sepa algo te mandaré una nota.

—Gracias, Henry.

—Yo también me voy —dijo Francis levantándose—. Tú tienes la suerte de tener que guardar reposo, pero a mí me espera otra tediosa velada en compañía de mi hermana.

—Pues solo tienes que ponerte frente al cañón de una pistola, amigo —bromeó Stefan—. A mí me fue de maravilla. Si quieres me ofrezco voluntario para apretar el gatillo...

—Gracias, pero no es lo mismo que te cuide tu esposa a que lo haga tu hermana, sobre todo porque conociéndola me echará las culpas de lo ocurrido.

—Eso también tiene solución, Fran —añadió Lowell—. El matrimonio.

Media hora después, Stefan se desesperaba buscando a su esposa por toda la casa. ¿Dónde demonios se había metido? Había registrado cada habitación, cada recoveco, sin éxito. Sophie tampoco aparecía por ninguna parte. ¿Habrían salido? Se dirigió con paso decidido a la cocina, a hablar con el mayordomo.

—Stuart, ¿sabes dónde está mi mujer? No consigo encontrarla.

—La duquesa está en la buhardilla, excelencia. Está haciendo inventario.

—¿Inventario? Ni siquiera sabía que teníamos algo en la buhardilla. Gracias, Stuart.

Subió de dos en dos los escalones y se apoyó en el quicio de la puerta a admirar la hecatombe que se producía ante sus ojos. A través de la nube de polvo que enturbiaba el ambiente, logró dilucidar el delicioso trasero de su esposa enfundando en un vestido de sirvienta. Se le empezó a hacer la boca agua, pero permaneció donde estaba.

—¡Dios mío! Creo que aquí no ha entrado nadie a limpiar desde que construyeron la mansión —dijo su mujer—. ¿Es posible que se acumule tanto polvo?

—Las buhardillas son para almacenar objetos que ya no se usan, excelencia.

—¿Y si no se usan por qué guardarlos? Estos muebles servirán para una buena causa. Hay muchas personas que podrían darles buen uso.

—¿Dónde pongo este espejo, excelencia?

Ivette se puso de pie, cogió el espejo que le tendía la doncella y lo admiró desde todos los ángulos.

—No creo que quede bien en ninguna parte de esta casa. Si te gusta puedes quedártelo, y si no, ponlo en el montón para la beneficencia.

—Me lo quedaré, es más grande que el que tengo en mi cuarto.

—Aquí hay un escritorio... pero no puedo abrir este maldito cajón.

—¡Auch! No sabía que mi duquesa era una deslenguada —dijo entonces Stefan, sobresaltándola.

—¡Stefan, me has asustado! ¿Qué estás haciendo aquí arriba? Deberías estar descansando.

—Ivy, llevo una semana entera descansando, ¿qué estás haciendo?

—Aquí hay demasiadas cosas acumulando polvo y hay mucha gente muriéndose de hambre. He pensado en vender lo que no nos sirva para donar el dinero que consigamos al orfanato.

—Ivy, no hace falta que vendas todo esto para hacer un donativo al orfanato, pero tienes razón, estos trastos solo sirven para acumular polvo. Déjame echarte una mano, al menos así no me sentiré tan inútil.

—Ni hablar, Stefan. Aún no estás recuperado del todo y no pienso permitir que vuelva a abrirse la herida.

—Cariño... ten compasión de mí. Necesito sentirme útil...

—Está bien... A ver si puedes abrir este cajón. Yo no consigo hacerlo.

Stefan salió de la buhardilla, y regresó minutos después portando en su mano un juego de ganzúas. Se arrodilló frente al escritorio, y en un par de movimientos el cerrojo del cajón cedió.

—Listo, todo tuyo.

—No quiero saber por qué tienes un juego de ganzúas, Stefan —dijo ella.

—Costumbres adquiridas en mi juventud.

—¿Estudiabas para ser duque o ladrón?

Su esposo solo sonrió y se sentó en una vieja silla de madera. Uno de los cajones del escritorio estaba completamente vacío y lleno de polvo, pero en el segundo de ellos encontraron dos cajas de madera, en una de las cuales había una serie de retratos de Stefan y varias cartas.

—No me lo puedo creer —susurró Stefan mirando sus retratos—. Soy yo...

y estas son las cartas que le mandaba a mi tío desde el colegio. No sabía que las había guardado durante tanto tiempo.

—Eras su heredero, lo más cercano a un hijo que llegó a tener. Es lógico que lo hiciera —contestó Ivette apoyando sus manos en los hombros de su marido.

—Creí que no quería que heredara el título...

—Pues está muy claro que no era así.

—¿Y por qué su empeño en casarse? ¿Por qué tanto empeño en tener un hijo?

—Stefan... Tu tío quería ser padre, no destituirte.

Stefan se perdió por un momento en esas cartas, las misivas de un joven enfadado con el mundo que se veía obligado a informar a su tío de sus correrías escolares. La mayor parte de ellas habían sido escritas con desgana, dándole pequeñas pinceladas del día a día, aunque evitando profundizar en sus sentimientos. Pero para su tío esas cartas habían significado mucho más que eso, de lo contrario no las habría guardado durante tanto tiempo. En ese momento le vio con otros ojos. En las vacaciones de Navidad toda su familia acudía a la casa de su tío, y recordaba aquellos días con cariño. Eran días llenos de risas y regalos, y en esos momentos era cuando realmente se sentía un niño de verdad y se olvidaba de sus obligaciones.

—¿Quién es este niño, Stephan? Se parece mucho a ti.

Stefan cogió el retrato que le tendía su esposa y se quedó mirando unos ojos tan cristalinos como los suyos, los ojos de los Cavendish. No tenía ni idea de quién podría ser, quizás alguno de sus primos.

—No lo sé, quizás sea primo mío. Pregúntale a mi madre, ella seguro que lo sabe.

—Tiene tus mismos ojos.

—Los ojos de mi familia, Ivy. Todos los Cavendish tenemos el mismo color de ojos. Debe ser algún familiar, pero no le conozco.

—Cuando la vea le preguntaré a ver si ella le conoce, entonces. Guardaré todo esto en tu armario. Así lo tendrás a mano siempre que quieras.

—Sophie, por favor, lleva esto a mi habitación y tómate un descanso —dijo Stefan sin apartar la vista de Ivette.

—Muy bien, excelencia.

La muchacha hizo una reverencia y se alejó escaleras abajo. Cuando estuvo seguro de que nadie les vería, tiró de Ivette hasta su regazo y se deshizo del pañuelo que se había anudado en la cabeza a modo de cofia para protegerlo del polvo.

—Ven aquí, gatita traviesa —susurró junto a su boca—. ¿Sabes una cosa? Cuando he llegado lo primero que he visto ha sido tu precioso trasero y se me ha hecho la boca agua.

—¿Ah sí? ¿Tienes hambre, Stefan? Puedo hacer que te suban lo que quieras
—bromeó ella.

—Tengo hambre... de una sirvienta descarada llena de polvo. ¿Conoces a alguna a la que pueda devorar?

—A ver... déjeme pensar, excelencia. Quizás yo le sirva, aunque no soy comestible, milord... Si quiere puedo subirle un poco de asado o un trozo de queso...

—Deja de hablar y bésame, Ivy.

—A sus órdenes, excelencia.

Ivy besó a su esposo, que tiró de ella escaleras abajo hasta encerrarse en su dormitorio. En cuanto la tuvo a su merced, se deshizo del mugriento vestido y se dio un atracón con su cuerpo. Durante las siguientes horas, los únicos sonidos que salieron de la alcoba fueron los gemidos quedos y las risas de los duques, que dedicaron el resto de la tarde a amarse sin descanso.

Capítulo 17

Esa misma noche, el estruendo de cristales rotos despertó alarmados a los duques de Devonshire. Stefan saltó de la cama y cogió su pistola, que guardaba en el primer cajón de su mesita de noche. Al ver que Ivette le seguía, se dio la vuelta y la sentó en la cama.

—No te muevas de aquí —susurró a su esposa.

—Voy contigo —protestó.

—¿Estás loca? No sabemos qué demonios ha sido eso, así que vas a quedarte donde yo sepa que estás segura.

—Pero...

—Hablo en serio, Ivy.

—Está bien, pero ten mucho cuidado.

Bajó las escaleras despacio y entró primero en su despacho. Las cortinas ondeaban movidas por el viento, que se colaba a través de la ventana hecha añicos. En el suelo descansaba una piedra envuelta en una nota. En ese momento Christopher y Samuel, los guardaespaldas contratados por su mujer, entraron corriendo en la estancia.

—¿Se encuentra bien, excelencia? —preguntó uno de ellos.

—Sí, acabo de llegar. ¿Habéis encontrado algo?

—Hemos registrado toda la casa y no hemos encontrado a nadie, excelencia —dijo el otro.

—Pues yo he encontrado esto —les mostró la piedra—, creo que es una advertencia.

Stefan desdobló el papel y leyó su contenido.

A la tercera va la vencida, excelencia.

Si no puedo tener lo que es mío, nadie más lo tendrá.

Arrugó el papel con furia y lo lanzó lejos.

—Quiero que dobléis la vigilancia. Bajo ningún concepto, ¿me oís? Bajo ningún concepto quiero que mi esposa se encuentre sola. Ese desgraciado no va a conseguir lo que quiere. Christopher, quiero que mañana informes al agente Henry Lowell de lo ocurrido.

—Entendido, excelencia.

—Tapad esa maldita ventana antes de iros a dormir. No hay mucho más

que se pueda hacer esta noche.

Cuando sus hombres salieron por la puerta, Stefan se sirvió una copa de whisky que bebió de un solo trago. Su certeza de que D'Arcy no estaba detrás de todo el asunto se resquebrajaba por momentos y se sentía impotente.

Su esposa era el tesoro máspreciado que tenía, era lo único que le hacía enfrenar el día a día con una sonrisa. Si algo le pasaba... Un escalofrío subió por su espalda. Ni hablar... El infierno se congelaría antes de permitir que alguien lastimara a su preciada Ivette.

Intentó cambiar su semblante antes de enfrentarse a ella, pero fue inútil. En cuanto le vio entrar en la habitación, su esposa saltó de la cama para ver si habían vuelto a herirlo.

—Ivy, estoy bien... No había nadie en la casa.

—¿Seguro que estás bien?

—Seguro, mi amor. Solo ha sido un cristal roto por algún gamberro. Mañana lo mandaré arreglar y listo. Vamos a la cama, estoy muy cansado.

Ivette se despertó antes del amanecer, pero estaba sola en la enorme cama. Se puso una bata y fue a buscar a su esposo, a quien encontró en su despacho. Los grandes ventanales estaban cubiertos por tablones de madera y la luz de una única vela iluminaba el semblante preocupado de su marido, que escribía una nota.

—Stefan, ¿ocurre algo?

—Vuelve a la cama, Ivy, ahora mismo subo —dijo sin levantar la cabeza del papel.

—Stefan, por favor... no me mientas. Sé que me estás ocultando algo, y no me gusta que lo hagas.

Su marido suspiró, dejó la pluma en el tintero y cruzó las manos mirando a su esposa.

—No era solo un granuja quien ha roto la ventana, Ivy. La piedra que la rompió iba acompañada de una nota.

—¿Y qué decía esa nota? —El semblante de Ivy perdía el color por momentos.

—No importa lo que dijera. Lo importante es que alguien ha intentado atacarte dos veces y necesito saber quién es y por qué.

—¿Pero no te das cuenta? ¡Es D'Arcy! ¡Está intentando asesinarte!

—No es a mí a quien han atacado, sino a ti. El disparo iba dirigido a ti, mi amor. Y la caída por las escaleras... No sé si será D'Arcy, pero sea quien sea quiere hacerte daño, y no lo voy a consentir.

—Eso es absurdo, Stefan. No hay nadie que quiera matarme. Pero tú le has enfrentado... Debes tener mucho cuidado. —Se acercó a él—. Prométeme que lo tendrás.

—Te lo prometo —susurró sentándola en sus rodillas—, si tú me prometes

que no irás sola a ninguna parte. Quiero que vayas acompañada a todas partes de Christopher o Samuel, Ivy. Lo digo en serio.

—Te lo prometo.

Stefan la besó dulcemente, antes de hacerla ponerse de pie y darle un azote cariñoso en el trasero.

—Sube a la cama, ahora mismo voy.

A la tarde siguiente, los duques recibieron la visita de los Nesbit. Desde que había ocurrido el accidente, habían estado ausentes de la corte, y la verdad es que Ivette añoraba a su querida amiga Anna. En cuanto ambas amigas se vieron, se fundieron en un caluroso abrazo, y Stephan aprovechó el momento para llevarse a George Nesbit a su estudio, dejando a las mujeres parlotear tranquilas.

Tras pedir el té, se acomodaron cómodamente en el salón.

—¿Qué tal va todo, Ivy? Ya he visto que tu esposo se ha recuperado casi por completo.

—Sí, está empecinado en volver a la corte en un par de días. Esta mañana le envié una nota a príncipe Alberto para ver qué tal va la exposición.

—Me alegro muchísimo, empezaba a sentirme demasiado sola sin ti. Ya sabes que las demás damas me parecen demasiado... estiradas.

—Yo también te he echado en falta, Anne. ¿Y tú qué tal estás?

—Mejor que nunca, Ivy... y todo se lo debo a tu esposo.

—¿A mi esposo? —dijo ella sin comprender.

—Verás... Cuando el duque planeó llevarte de luna de miel atrasada, me preguntó si sabía de algún sitio que desearas visitar.

—Así que por eso fuimos a París...

—Exacto. El caso es que me llevó a un aparte para preguntármelo, y cuando volví con George, él comenzó a mostrarse muy taciturno y pensativo.

—¿Por qué?

—Tras un par de días aguantando su mal humor, estallé y se lo pregunté. ¡Estaba celoso de tu esposo! Jamás había tenido un ataque de ira semejante. Se paseaba como un león enjaulado por la habitación enumerando los interminables defectos de Stefan, intentando convencerme de que no podía tenerle como amante.

—¿Tú, un amante?! —preguntó Ivette muerta de risa.

—No te rías... Me quedé tan sorprendida que no podía articular palabra. Cuando George terminó su perorata, estallé en carcajadas y eso fue peor. Jamás había visto tal arranque de lujuria en mi marido. Me aprisionó contra la pared y me hizo suya de manera salvaje. Si hacer el amor con él era maravilloso, a partir de ese momento ha sido absolutamente increíble. Cuando se calmó le expliqué que era lo que quería tu esposo y él me reconoció que me amaba.

—Me alegro tanto por ti, Anna...

—Yo también le amo, Ivy. No me había dado cuenta hasta entonces. Ahora

que sé que me ama no puedo ser más feliz. Y en cuanto te tenga a mi lado en la corte mi felicidad será absoluta.

—Ten por seguro que allí estaré, aunque los recientes acontecimientos han hecho que mis circunstancias cambien. Ahora debo estar vigilada en todo momento, Stefan cree que el disparo iba dirigido a mí.

—¿Cómo es posible?! ¡Si todo el mundo te adora!

—Estoy segura de que D'Arcy está detrás de todo esto, Anna. Es un hombre despiadado y Stefan le amenazó por haberme faltado al respeto. Seguramente el disparo iba dirigido a mi esposo y el conde erró el tiro. Por eso iba dirigido a mí.

—En cualquier caso, debes andarte con muchísimo cuidado, Ivette. D'Arcy está en la corte.

—¿Cómo dices? —Ivette perdió todo atisbo de color.

—Llegó hace una semana acompañando a tu madrastra.

—Esa mujer no tiene vergüenza...

—Según dice, tu padre está en un viaje de negocios y se siente terriblemente sola, así que ha ido a la corte para pasar tiempo contigo.

—¿Connigo? ¡Si no se ha dignado a venir a verme desde que me casé! Pues que no cuente con ello, menos aún si ese gusano desgraciado está con ella. Hablaré con la reina en cuanto llegue a la corte. No quiero tener que estar cerca de ese hombre ni un segundo más de lo necesario.

—Al menos en la corte no se atreverá a haceros daño. La reina le colgaría en el acto si se atreviese a hacerlo.

—No estoy tan segura, Anna. Ese hombre no tiene escrúpulos a la hora de salirse con la suya, y puede utilizar cualquier artimaña que tenga a su alcance para hacerlo sin ser visto. Debo decirle a mi esposo que D'Arcy está en la corte, tiene que estar preparado.

Los hombres volvieron al salón en ese momento para reunirse con las damas. Ivette sabía que no era el momento de contarle las novedades, así que decidió esperar a cuando estuvieran solos. Stefan salió en cuanto sus amigos se marcharon y no tuvo oportunidad de hablar con él en todo el día, porque ni siquiera apareció a cenar. Cuando esa noche entró a su dormitorio, su esposa le esperaba dando vueltas por la habitación como un lobo enjaulado.

—¿Ivy? ¿Qué haces que no estás acostada?

—Tenía que hablar contigo, es importante. ¿Dónde has estado?

—Tuve que atender unos asuntos importantes y se me fue el santo al cielo. Siento haberme perdido la cena, mi amor.

—No te preocupes. Espero que al menos comieses algo.

—Sí, cené con Francis. ¿Qué es eso tan importante que no puede esperar a mañana?

—No podemos volver a la corte, Stefan —suplicó ella sosteniendo las manos

de su esposo entre las tuyas—. D'Arcy está allí.

—Lo sé, Nesbit me informó de ello esta tarde. El pobre hombre estaba preocupado por la impresión que podías llevarte al ver a tu madrastra paseando despreocupadamente con su amante en ausencia de tu padre.

—No es que sea algo que vaya a sorprenderme.

—Debes estar tranquila, ¿de acuerdo? Me reuní esta tarde con la reina y el príncipe para contarles los nuevos acontecimientos, y ambos coinciden conmigo en que D'Arcy es sospechoso.

—Pero si está cerca tendrá más oportunidad de hacerte daño...

—Al contrario, al estar en la corte no tiene ninguna posibilidad de acercarse a ti. Además, la reina ya ha tomado medidas para mantenerte a salvo y Christopher estará a tu lado en todo momento. No tienes que preocuparte por nada.

—No soy yo quien me preocupa, sino tú. Estás protegiendo a la persona equivocada, Stefan.

—Cariño —dijo abrazándola con fuerza—, sé cuidarme las espaldas. Estaré bien, te lo prometo.

—Más vale que cumplas tus promesas, Stefan Cavendish o juro por Dios que...

Las palabras de Ivette murieron ahogadas en los besos de su esposo, que acercándola a su cuerpo la hizo olvidar todas sus preocupaciones. Las caricias de Stefan por debajo de la tela del camisón encendieron la piel de Ivette, que se rindió a sus caricias como tantas otras veces, deseando internamente saber si Stefan la amaba tanto como ella le amaba a él.

Capítulo 18

En la corte nada había cambiado... aparentemente. Todo seguía tal y como lo habían dejado: los elegantes cortinajes, los muebles de caoba, el ambiente distendido... Sin embargo, para Ivette resultó ser un campo abierto en el que su esposo estaba expuesto a que le hiriesen de nuevo. Los nervios le atenazaban el estómago, y no podía evitar interponerse a cada paso que daba Stefan por el miedo.

—Ivette, ¿quieres calmarte? —le dijo Stefan harto de su comportamiento—
¡No va a pasarme nada, por amor de Dios!

—¿Debo recordarte que a mí me atacaron en la corte?

—¿Y yo debo recordarte a ti que ambos ataques han sido a ti? Por favor, mi amor, cálmate. —Stefan la abrazó—. No puede sentarte bien tanta preocupación.

—Lo siento, pero no puedo evitarlo. Si te pasara algo...

—No va a pasarme nada, ya te lo he dicho. Ahora vamos a subir a refrescarnos, que la reina querrá verte y yo tengo que ir al despacho del príncipe.

Stefan la dejó en su alcoba cambiándose de vestido y se fue a ver al príncipe. Nada más poner un pie en el salón, Ivette vio cómo Marguerite Blessington entraba en el palacio del brazo de D'Arcy, claramente de vuelta de algún *affaire*. Tras una mirada de reprobación a su madrastra, la reina le dio un caluroso abrazo nada propio de ella. Tras pedir que les sirvieran el té, se sentó con su dama de compañía en el sillón para ponerla al día.

—Mi querida Ivette, qué alegría tenerte de vuelta. Me habéis tenido muy preocupada. Ya me dijo la marquesa de Huntington que has sido muy imprudente.

—Lo siento, majestad. Solo puedo decir en mi defensa que la preocupación por mi esposo no me permitía moverme de su lado.

—Querida, yo hice lo mismo cuando Alberto fue herido, así que no hay nada que sentir. Lo importante es que estás aquí. He echado mucho de menos tu presencia.

—Yo también echaba de menos estar aquí, majestad. Cuidar a un marido testarudo puede resultar de lo más agotador.

—Lo sé perfectamente, querida. Tu marido y el mío son muy parecidos en ese aspecto, y Alberto fue una auténtica tortura.

—Quisiera pedirle un favor, majestad, si no es demasiado atrevimiento.

—Por supuesto, querida, ¿qué necesitas?

—He visto que mi madrastra está aquí con su amante.

—Sí, me temo que no disimulan a la hora de flirtear delante de todo el mundo. Es escandalosa la libertad con la que Marguerite engaña a tu padre en público.

—Me gustaría pedirle que no la deje acercarse a mí si continúa en compañía de ese hombre. Ya me faltó al respeto en el pasado, y estoy segura de que fue él quien disparó contra Stefan.

—Ivette, se lo dije a tu esposo y ahora te lo digo a ti. No voy a permitir que ese degenerado se acerque a ti y mucho menos que te haga daño. Ya he tomado medidas en el asunto y en la cena sabrás cuáles son.

—Muchas gracias, majestad.

—Sin embargo, creo que estás equivocada, querida. Stefan cree que el ataque iba dirigido a ti y, después del incidente de las escaleras, tengo que estar de acuerdo con él.

—Pero no tiene sentido. Stefan fue quien le desafió, no yo...

—Lo tiene si D'Arcy pretende quitarle a Stefan lo que más ama...

—Stefan no me ama tanto, majestad. No dudo que me tenga cariño y sé que le gusto... pero aún es muy pronto para decir que he llegado a ser lo que más ama...

—Y sin embargo tú le amas a él de esa manera.

—Es distinto... yo soy una mujer.

La carcajada de la reina reverberó por toda la habitación. Se levantó para mirar por la ventana, perdida en sus propios pensamientos.

—Tendemos a pensar que los hombres no son capaces de amar de la misma manera en que lo hacemos nosotras, pero te aseguro que no es así. Tu esposo te ama con toda su alma, Ivette. Le conozco desde que tengo uso de razón, y puesto que todos mis amigos fueron unos libertinos sin remedio, le he visto con muchas mujeres. Jamás, Ivette, jamás ha mirado a una mujer con el ardor con el que te mira a ti.

—Me desea, de eso no tengo ninguna duda. Pero el amor es algo más complicado que una mirada ardiente o un momento apasionado.

—Sigue engañándote a ti misma, querida. No hay mayor ciego que el que no quiere ver.

Tras el té con la reina, Ivette fue a buscar a su amiga Anna, que se encontraba en la terraza tomando el aire, lejos de todo el mundo.

—Anna, te he buscado por todas partes. ¿De qué te escondes? —bromeó Ivy.

—Ay, Ivy... no me escondo. Es que llevo unos días que no me encuentro demasiado bien y el aire fresco me reconforta.

—¿Qué tienes? ¿Estás enferma?

—No te preocupes, no es nada.

—Mandaré llamar al médico —se dispuso a levantarse, pero Anna se lo impidió.

—Ya lo he llamado yo, vendrá mañana. Y si no estoy equivocada, me confirmará que estoy de nuevo embarazada.

—¡Anna, eso es espléndido! —exclamó Ivette abrazándola—. Me alegro tanto por ti...

—Supongo que el ataque de celos de George ha dado sus frutos —contestó su amiga sonriendo—, está muy activo últimamente. La próxima debes ser tú, querida Ivy.

—Me temo que me va a costar algo más que a ti. No es que Stefan y yo no intimemos, pero la angustia de los últimos acontecimientos me está pasando factura.

—Pues ahora puedes relajarte, en la corte estaréis a salvo los dos.

—Ojalá pudiera, Anna, pero yo no estoy tan segura.

—Eres demasiado obstinada, amiga. Si tu esposo te ha dicho que todo está controlado, deberías hacerle caso.

—No puedo evitarlo con D'Arcy merodeando por el palacio.

—D'Arcy tiene la fuerza que tú quieras que tenga, Ivy. Si no le das importancia, el problema desaparecerá.

La cena se sirvió como siempre en el salón principal, pero a diferencia de otras ocasiones, la reina fue la última en aparecer del brazo de un hombre moreno, muy apuesto, que vestía un sencillo traje de etiqueta azul oscuro.

—Permitidme presentaros al Henry Lowell, sargento de Scotland Yard. Está aquí en calidad de invitado, debido a que es un gran amigo de la infancia. Espero que le hagáis sentir como en casa.

Ivette vio por el rabillo del ojo que D'Arcy se tensaba ligeramente, pero volvió a enmascarar su cara con una sonrisa. El señor Lowell se sentó a su lado en la gran mesa, y le hizo una leve inclinación de cabeza.

—Excelencia, es un placer conocerla por fin. Su esposo y yo somos grandes amigos. Siento no haber podido estar presente en su boda, me retuvo un caso realmente importante.

—Queda perdonado, señor Lowell. ¿De qué conoce a mi esposo?

—Nos criamos juntos. Verá... soy el hijo menor del marqués de Wellesley, y mis padres y los de Stefan son vecinos.

—Entiendo... así que fueron compañeros de travesuras...

—Fuimos más que eso. Mi hermano William era demasiado responsable y estaba demasiado implicado en su formación como marqués como para andar jugando con un hermano diez años menor que él, así que Francis y Stefan se convirtieron en algo parecido.

—Le compadezco, milord, tener a esos dos truhanes como mentores debió

ser agotador.

—No le compadezcas, Ivy —le dijo su esposo desde el otro lado de la mesa—, Fran y yo nos hemos llevado más de una paliza por su culpa.

—Sinceramente, la persona que nos tenía a todos en jaque está sentada al otro extremo de la mesa —bromeó Francis, sentado junto a Stefan—. Aunque Victoria tenga cara de niña buena, era un auténtico demonio.

—Sutherland, te he oído —dijo la reina sonriendo—, y es absolutamente cierto. Digamos que mi estatus de futura reina de Inglaterra me dio algunos beneficios para salirme con la mía. Y te recuerdo que aún puedo hacer contigo lo que quiera...

—No seas cruel, querida —interrumpió el príncipe Alberto—. El pobre Francis acaba de ponerse blanco, seguramente temiendo que le obligues a casarse con la joven más testaruda de la temporada.

El resto de la cena pasó en un suspiro, y a la hora de volver al salón, el señor Lowell retuvo disimuladamente a Ivette para apartarla de los invitados.

—Excelencia, sabe por qué estoy aquí, ¿cierto? —Ella asintió—. Voy a convertirme en su sombra, pues la reina me ha dado la excusa perfecta para permanecer acompañando a las damas. Le ruego que, si ve algo que le resulte sospechoso, lo que sea, me lo haga saber, porque de otra manera no podré protegerla.

—Así lo haré, señor Lowell, pero está en un error. Es mi esposo quien está en peligro, no yo.

—Disiento, excelencia. Los dos ataques iban dirigidos a usted, no hay duda de que es el blanco del malhechor. No dudo que el fin sea acabar con Stefan, pero el modo de conseguirlo es usted. Además, le aseguro que su esposo no corre ningún peligro. Sabe defenderse solo.

—¿Usted cree? Eso no hace que no me preocupe, sin duda.

—Le aseguro que Stefan es tan capaz como yo de mantenerse a salvo, excelencia. Su preocupación debería centrarse en cuidarse sus propias espaldas. Y la mejor manera de hacerlo es informándome de todo lo que vea fuera de lo común... y no separándose de la reina.

Stefan estaba sentado frente al príncipe, tomando oporto y escuchando atentamente los últimos adelantos en la construcción del Palacio de Cristal. El recinto estaba casi terminado, a excepción de unos cuantos retoques y un par de ventanales que se habían roto al ser transportados hasta Hyde Park, y al día siguiente acompañaría a Alberto a visitarlo. Ya solo quedaba centrarse en el traslado de los diferentes objetos desde los almacenes hasta el centro neurálgico de la exposición.

—Ha sido un verdadero infortunio que ese maldito disparo te haya mantenido ausente de la corte tanto tiempo, Stefan. Vamos muy retrasados y el tiempo se nos echa encima. De no ser por Paxton, aún andaríamos por donde lo dejamos.

—Me alegro de que Paxton le haya sido de utilidad, alteza. Es un hombre muy competente en todo lo que hace.

—Realmente su trabajo ha sido excepcional. Victoria ha decidido nombrarle caballero por su gran dedicación al proyecto.

—Es una noticia excelente. Es un gran hombre y se merece todo lo bueno que le pase por haber soportado a mi tío tantos años.

—Soportarme a mí tampoco ha sido muy fácil, como bien sabes. Tú mejor que nadie conoces mis cambios de humor y, sin ti cerca para calmarme, se desató el Infierno en la Tierra en más de una ocasión.

—Entonces es una suerte que ya esté aquí, en cuanto veamos cómo ha quedado el edificio comenzaremos con el traslado de los objetos.

—Excelente... excelente. Cambiando de tema... ¿Qué tal la investigación de Lowell? ¿Sabemos algo nuevo?

—Nada aún. Ha sido una jugada maestra traerle a la corte, alteza. Sin duda la reina es muy astuta.

—Cualquiera puede corroborar su coartada para la presencia de Henry en la corte, es de dominio público que los cuatro fuisteis grandes amigos en la niñez.

—Victoria era una niña fuera de lo común, era gratificante jugar con ella. Aunque crea que lo hacíamos por su posición, la verdad es que disfrutábamos tanto o más que ella. Pero lo negaré tajantemente si llega a sus oídos —bromeó Stefan.

—Acabas de darme un arma muy poderosa contra ti, amigo mío... La guardaré a buen recaudo.

Al salir del despacho del príncipe, Stefan se encontró con Paxton. Al verle, el hombre se sobresaltó, cosa que hizo sonreír a Stefan, pues era la clara evidencia de que sus días al servicio del príncipe le estaban pasando factura a sus nervios.

—Paxton, siento haberte asustado, no era mi intención.

—No es nada, excelencia, simplemente no esperaba a nadie en el pasillo. Desde que le dispararon todo el mundo está un poco revolucionado... y nervioso.

—Es normal, dadas las circunstancias. Quería hablar con usted sobre aquel día. Si no recuerdo mal, minutos antes estaba haciendo su ronda por los almacenes, ¿me equivoco?

—No, excelencia. Cuando me encontré con usted revisé los dos almacenes que me quedaban y volví a casa.

—¿No vio nada extraño o a alguien sospechoso merodeando por allí?

—La verdad es que no, las únicas personas que me crucé fueron usted y su

esposa, excelencia... Lo siento.

—Tranquilo —le dijo palmeándole la espalda—. Seguro que era un ladrón. Supongo que le estaba vigilando y cuando le vio marcharse actuó... pero se encontró conmigo.

—¿Usted cree? Todo el mundo comenta que el disparo iba dirigido a usted... pero no por un simple robo. Hay quien dice que el motivo es su apoyo incondicional al proyecto del príncipe.

—Ya sabe cómo son en la corte, disfrutaban enormemente con un chisme. Y si ese fuese el motivo del ataque, no sería el único en sufrir una agresión, ¿verdad? Paxton...

—Excelencia...

Stefan volvió a su habitación dispuesto a irse a la cama, pero no podía sacudirse la sensación de que algo sobre aquella noche se le escapaba... algo muy importante.

Capítulo 19

Ivette no pudo esquivar a su madrastra demasiado tiempo, para su desgracia. A la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, su amiga Anna ya se encontraba en el salón dando buena cuenta de su desayuno.

—¡Anna! ¿Cómo es que estás levantada tan temprano? —preguntó sentándose a su lado.

—Hoy me he despertado sin náuseas y con hambre, así que no podía desaprovechar la oportunidad de bajar a desayunar.

—¡Maravilloso! ¿Quieres que te traiga algo?

—Ya estoy acabando, pero tráeme un poco de zumo si eres tan amable... tengo antojo.

—En seguida te lo traigo.

Ivette sirvió un poco de zumo en una copa y se lo llevó a su amiga, que le dio las gracias con una sonrisa, y fue a servirse su propio desayuno. Estaba tan centrada en su tarea que no vio acercarse a Marguerite Blessington.

—Ivette, querida, qué alegría volver a verte.

Ivette se tensó por un momento, pero al no ver a D'Arcy merodeando por los alrededores se relajó notablemente.

—¿En serio? No te has dignado a visitarme desde que me casé, madre. Dudo que te alegres de verme.

—¡Ivette! ¿Cómo puedes decir eso? He estado muy ocupada, querida. No he tenido tiempo para visitas sociales.

—¿Sociales? ¿Visitar a tu hija es una visita social?

—Ahora eres duquesa, cielo... Debes estar muy ocupada.

—Pues la verdad es que sí lo estoy. Si me disculpas...

Ivette se marchó dejando a su madrastra con la palabra en la boca. Se moría por darle una bofetada y decirle unas cuantas verdades, pero como ella acababa de recordarle, ahora era duquesa, así que se comportó como tal y se guardó las ganas. Se sentó junto a su amiga y comenzó a contar.

—Uno, dos, tres, cuatro...

—Ivy, ¿estás bien?

—Intento calmarme. Maggy me enseñó en la escuela un truco para ello, pero no funciona ahora mismo.

—¿Qué truco? Vamos, háblame.

—Maggy decía que, si contabas hasta diez inspirando hondo, al final

terminabas olvidando el motivo del enfado.

—¡Vaya! Voy a tener que apuntarme ese truco cuando tenga que lidiar con mi obstinado George...

Ivette no pudo aguantar las ganas de reír ante la ocurrencia de su amiga.

—Ay, Anna... eres increíble. Eres mejor que cualquier truco para olvidar el enfado.

—Supongo que tu madrastra tiene la culpa.

—Es una desvergonzada. No le basta con serle infiel a mi padre a la vista de todos, sino que encima viene a la corte a ponerme en ridículo a mí.

—¿Qué ha hecho?

—Ha tenido la desfachatez de decirme que no ha venido a verme porque no ha tenido tiempo de visitas sociales. ¡Visitas sociales, por amor de Dios! ¿Te lo puedes creer? No sabía que yo era una maldita visita social.

—Tranquilízate, no te hace ningún bien alterarte de esa manera.

—Tienes razón, no merece la pena que pierda mi tiempo con una alimaña como ella. ¿Sabes ya qué planes tiene la reina para esta tarde?

—Unos planes que por desgracia no nos incluye a ninguna de las dos. Tú y yo nos quedaremos en compañía del señor Lowell, que se ha ofrecido diligentemente a entretenernos jugando a las cartas.

—¿Cuáles son esos planes que no nos incluyen? Me encanta la idea de pasar la tarde tranquilamente contigo, pero me tienes en ascuas.

—Una cacería.

—¿Una cacería? —El color abandonó por momentos el rostro de Ivette—. Pero Stefan aún no está recuperado del todo, no puede ir a cazar. Además... han intentado matarle y una cacería es el momento perfecto para intentarlo de nuevo. ¡Tengo que hacer algo!

—Ivy, tranquilízate. El duque de Sutherland y mi esposo le acompañarán, y ninguno de los dos va a permitir que le ocurra nada malo.

—Pero... Tengo que hablar con él —dijo levantándose—. Ahora mismo vuelvo.

Ivette se marchó a su habitación y mandó a uno de los lacayos de la reina a entregarle una misiva a Stefan. «*Ven a nuestra habitación. Es urgente*». Diez minutos después apareció por la puerta como una exhalación, visiblemente preocupado.

—¡Ivy! ¿Estás bien? ¿Qué te ocurre?

—Sí, estoy bien. Solo quería hablar contigo.

—¡Maldita sea, mujer! ¡Me has dado un susto de muerte!

—¿Cómo iba a hacer que vinieses de inmediato si te encontrabas con el príncipe?

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante que tenías que contarme?

—No puedes ir a esa cacería, Stefan. D'Arcy tendrá la oportunidad de

dispararte de nuevo. Debes quedarte aquí, conmigo.

—¿En serio? ¿Eso era tan importante como para poner en jaque a todo el mundo?

—Pues si no quieres escucharme iré contigo. Al menos podré asegurarme de que no te pasa nada malo.

—No, Ivette. Escúchame bien. Voy a ir a esa cacería porque es mi deber, porque no corro peligro alguno y porque me apetece hacerlo, sinceramente. Y tú te vas a quedar al cuidado de Henry Lowell y no te vas a mover de su lado ni para ir al excusado. ¿Me he explicado bien?

— ¡Pero Stefan, corres peligro!

—¡Eres tú la que corre peligro! ¿No te das cuenta? ¡Estás tan obcecada en tus convicciones que no quieres ver la realidad! ¡Los dos ataques iban dirigidos a ti, por Dios santo! ¡Y si tengo que atarte a la maldita cama para ponerte a salvo, juro por Dios que lo haré!

Stefan respiró hondo unas cuantas veces y miró a su esposa seriamente. Ella le miraba con los ojos como platos y no era de extrañar. Era la primera vez que tenía un arranque de ira de ese calibre, y seguramente la había asustado.

—Ivy, no me lo pongas más difícil, ¿de acuerdo? Quédate con Lowell y déjame hacer las cosas a mi manera.

Ella solo asintió y se puso a mirar por la ventana. En ese momento le pareció tan frágil... Stefan se moría de ganas de acercarse, abrazarla y pedirle perdón, pero eso solo conseguiría agravar la situación y ya estaba bastante mal tal cual. Apretó las manos en puños y salió de la habitación en dirección a la biblioteca. Necesitaba una copa. La primera pelea con su esposa no era un trago que se pudiese pasar sin un buen whisky.

Su amigo Francis estaba sentado disfrutando de su brandy y leyendo el periódico frente al fuego. Stefan ni siquiera le saludó. Francis le observó llenar la copa un par de veces y vaciarlas de un trago, algo muy extraño en él, que solía ser la persona más centrada y calmada que conocía.

—Stefan, ¿te encuentras bien? —preguntó dejando el periódico a un lado.

—¡Maldito si lo estoy! Acabo de discutir con Ivette.

—¿Problemas en el paraíso?

—¡Es tan obstinada! Se le ha metido en la cabeza que el que está en peligro soy yo, ¡y no hace nada para ponerse a salvo! Pretendía guardarme las espaldas en la cacería, ¡ella a mí, por amor de Dios!

—Está preocupada, Stefan, no le des tanta importancia.

—¿Por qué no puede entenderlo? ¿Por qué no ve que es ella quien corre peligro?

—Las mujeres suelen preocuparse, y más si sienten afecto por su marido.

—Creo que no va a perdonarme en la vida. He sido demasiado duro con

ella.

—No seas tan melodramático, amigo, seguro que cuando vuelvas todo estará como siempre.

—¿Y si no es así?

—Si no lo está, más vale que empieces a suplicar clemencia, porque las mujeres pueden ser muy rencorosas.

La caza del zorro era uno de los pocos deportes que le gustaban a Stefan. No solía dar caza al zorro, no le gustaba matar animales sin razón, pero disfrutaba cabalgando en compañía de sus amigos. Aunque el día estaba nublado, la reina insistió en salir al campo, así que todos los jinetes estaban preparados para el pistoletazo de salida.

Francis y George Nesbit estaban a ambos lados de su montura y los tres charlaban animadamente, cuando vieron aparecer a D'Arcy con la madre de Ivette.

—Excelencia, qué gusto volver a verle —dijo Marguerite—. ¿Dónde está mi hija? ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, lady Blessington, pero ha preferido permanecer haciéndole compañía a una amiga. No le gusta demasiado la caza del zorro, me temo.

—Dele recuerdos de mi parte cuando la vea, por desgracia aún no he podido pasar demasiado tiempo con ella. Si me disculpan...

D'Arcy esperó a que la mujer se alejara y, cuando estuvo seguro de que la condesa no le oía, se inclinó sobre su montura mirando con sorna a Stefan.

—He oído que ha sufrido un percance, excelencia. Espero que esté en condiciones de seguir el juego. Sería una pena que lo perdiera... y yo ganara, ¿no cree?

Stefan apretó las manos en las riendas para controlar su furia. No tenía los nervios demasiado calmados en ese momento, mucho menos para tratar con el conde, pero no podía dejarse provocar, y lo sabía.

—La verdad es que me importa muy poco no ganar el juego, D'Arcy. Lo que me interesa es disfrutar de la compañía de mis amigos... y volver al lado de mi esposa después.

—Es una pena que no sea más competitivo, excelencia. El juego sería mucho más entretenido. Caballeros...

D'Arcy se alejó y Stefan maldijo en voz baja.

—Tranquilízate, hombre. Está consiguiendo provocarte. No le dejes que se salga con la suya —dijo lord Nesbit.

—Tienes razón, Nesbit. Ese desgraciado sabe dónde pincharme para sacar mi mal genio.

—Lo has manejado de manera brillante, no te mortifiques —dijo Francis—. Y ahora vamos a olvidarnos de él y disfrutemos de la cacería.

Stefan no volvió a ver a su esposa en todo el día. Parecía que la joven lo estaba evitando, pero no le dio demasiada importancia porque sabía que Lowell no la dejaría sola ni un solo instante. Cuando Stefan fue a cambiarse esa noche para la cena, su esposa ya se había ido al salón. Quería hablar con ella y pedirle disculpas por su comportamiento, pero eso tendría que esperar. La cena fue bastante tensa para los duques de Devonshire, que apenas cruzaron un par de palabras, pero las miradas asesinas de Ivette le dijeron a Stefan que Francis tenía razón: iba a tener que suplicar.

Acompañó a su esposa por los corredores en silencio, manteniendo la paciencia que estaba perdiendo por su actitud. Cuando llegaron a la habitación, se acercó a ella para besarla, pero Ivette le esquivó.

—Estoy muy cansada, Stefan. Necesito dormir.

—Ivy, yo...

—¿Puedes llamar a Sophie, por favor? Estoy segura de que tu ayuda de cámara te espera en la habitación contigua.

Stefan no articuló palabra. Solo asintió, hizo llamar a su doncella y se marchó a cambiarse a su habitación. Su esposa necesitaba unos minutos para calmarse y él se los daría con gusto con tal de tenerla contenta y dispuesta a hacer el amor con él. La deseaba tanto que le dolía. Llevaban varios días de abstinencia por causas ajenas a ellos dos y no pensaba dejar pasar ni una noche más sin enterrarse en su esposa.

Media hora después, sus planes se fueron al traste. Cuando intentó abrir la puerta que conectaba ambos dormitorios la encontró cerrada.

—¿Ivy? Abre a puerta, por favor. —No obtuvo respuesta—. ¡Ivette! ¡Maldita sea, abre la puerta!

Su mujer no se dignó a contestarle, y la puerta permaneció cerrada con llave. La frustración de Stefan crecía por momentos, y también su enfado. Salió al corredor para intentar entrar por la puerta principal, pero esta también permanecía cerrada. Después de varias maldiciones volvió a su habitación y se acostó. No durmió mucho. Era la primera vez que dormía solo... desde que se casó con Ivette.

Capítulo 20

Dormir solo era, para Stefan, el peor de los castigos. Lo descubrió aquella misma noche, cuando por más vueltas que dio en la cama no consiguió conciliar el sueño. Su esposa se había cubierto de gloria con aquella represalia, y se lo dejaría muy claro... si lograba encontrarla.

Llevaba cerca de una hora alargando el desayuno para poder encontrarse con ella, pero Ivette no apareció por el salón. Resignado, fue al despacho del príncipe, donde se reuniría con él y con Paxton para ir a Hyde Park a visitar el palacio de cristal. El príncipe ya se encontraba allí, y al ver la mala cara de su hombre de confianza alzó una ceja, curioso.

—¿Una mala noche, Stefan?

—La peor noche de mi vida, alteza. No he pegado ojo y estoy destrozado.

—¿Problemas en el paraíso tan pronto? —preguntó el monarca—. Las noticias vuelan por estos lares.

—Eso me temo. Ayer me excedí con Ivette... y pagué las consecuencias.

—No me digas que te mandó dormir al sofá... —dijo sonriendo Alberto.

—Peor aún... Me mandó a mi habitación.

La carcajada del príncipe reverberó por toda la sala, pero a Stefan no le hacía ninguna gracia la situación.

—No tiene gracia... No estoy acostumbrado a dormir sin ella. Ha sido un auténtico calvario.

—Me temo que tendrás que suplicar, amigo mío.

—¿Por qué todo el mundo me dice eso últimamente? ¿No basta con pedir perdón?

—¿Con las esposas? Ni lo sueñes. Tendrás que suplicar clemencia de rodillas, y aún así te costará días conseguir la absolución.

—No pienso permitirle cerrar el pestillo de su alcoba ni un solo día más, así que le pido disculpas de antemano si mañana se encuentra con una puerta descolgada de sus goznes.

—¿En serio crees que eso te servirá?

—Es mi esposa y debe obedecerme.

—Amigo mío, me temo que vas a sufrir muchas desilusiones si sigues pensando que no son ellas las que tienen todo el poder en el matrimonio.

—No me diga que usted no discute con Victoria.

—La conoces lo suficiente como para saber que las discusiones están a la

orden del día, Devonshire... pero yo estoy dispuesto a suplicar si la recompensa es tenerla de buena gana en mi cama cada noche.

Ivette estaba cansada de andar esquivando a su esposo. La noche anterior se había sentido muy satisfecha consigo misma por la pequeña victoria que había ganado al mandarlo a dormir a su habitación... hasta que el sueño decidió no hacer acto de presencia. Cuando las luces de la mañana se colaban por la ventana, ya se arrepentía enormemente de aquella decisión, pero no podía permitir que Stefan le hablase de aquella manera. Por la mañana tuvo que saltarse el desayuno para no verle, y estaba famélica. Decidió bajar a las cocinas a coger una manzana, pero en los corredores se topó con Marguerite. Suspiró y rezó para poder evitarla, pero fue inútil.

—Buenos días, querida —dijo su madrastra—. Voy a dar un paseo por los jardines, me gustaría que me acompañaras.

—Lo siento, madre, pero tengo asuntos que atender. Si me disculpas...

Ivette intentó pasar por su lado, pero ella le agarró el brazo con fuerza.

—Insisto, Ivette. Soy tu madre, no deberías darme ese desplante tan feo.

—Mi madre está muerta, Marguerite, y tú perdiste ese derecho el día que dejaste que mi padre me casara por dinero. Gracias a Dios he tenido mucha suerte con mi esposo, pero no te importó que me casaran con un viejo decrépito con tal de volver a tener una fortuna que derrochar. Ya la tienes, así que no te debo nada.

Ivette vio la furia brillar en los ojos de Marguerite un instante antes de que ella le cruzara la cara de un bofetón.

—¡Cómo te atreves! ¡Te crié, hice de ti una mujer respetable! ¡Me lo debías!

—¡Condesa! Tiene exactamente una hora para recoger sus pertenencias y marcharse de mi casa, no tolero su comportamiento ni un minuto más. —La voz de la reina sonó grave en el silencio del corredor—. A partir de ahora tanto usted como su amante no son bienvenidos en la corte. Y pídale disculpas inmediatamente a mi duquesa o juro por Dios que la haré azotar.

—Yo... Lo siento, Ivette —dijo agachando la cabeza.

La duquesa vio cómo su madrastra se alejaba derrotada por el pasillo. Sintió lástima por ella, pues si el permanecer en la corte había sido idea de D'Arcy, iba a pagar duramente las consecuencias de su partida inmediata. La reina se acercó a ella y le volvió la cara para evaluar los daños ocasionados por Marguerite.

—¿Te duele? Al menos solo es una rojez que desaparecerá en un par de horas. Esa maldita mujer no se merece la posición en la que está.

—Estoy bien, majestad. Ha sido más la impresión del golpe que el dolor causado. Me ha pillado desprevenida ese ataque de ira.

—Marguerite siempre ha tenido un carácter endiablado, me extraña que no

hayas pagado sus consecuencias en anteriores ocasiones. Al menos no ha sido tu marido quien la ha descubierto abofeteándote, pues de ser así habríamos tenido un serio problema.

—Tampoco es que mi marido esté muy contento conmigo en estos momentos, majestad.

—¿Habéis discutido?

—Se puede decir que sí. Realmente él se dedicó a gritarme y yo le obligué a dormir solo en su habitación, así que...

La carcajada de la reina sorprendió a Ivette, que la miró sin comprender absolutamente nada.

—¡Bien hecho, querida! ¡Que no se piense que siempre podrá salirse con la suya! Stefan necesita ese carácter tuyo, Ivette. Estas pequeñas discusiones solo serán el mejor aliciente para que vuestras relaciones íntimas sean infinitamente más placenteras. Hazle sufrir un poco más, pequeña. Nunca les viene mal un poco de humildad.

Stefan paseaba con el príncipe y Paxton bajo miles de toneladas de hierro forjado y cristal. Aún se podían ver algunos andamios aquí y allá, pero el palacio de cristal ya se vislumbraba como una construcción de una belleza espectacular. Paxton iba explicándoles cada detalle de la misma, y podía palpase su excitación y orgullo de un trabajo bien hecho.

—Realmente el palacio es una construcción impresionante, Paxton —dijo Stefan—. Mi más sincera enhorabuena.

—Muchas gracias, excelencia. Pensé que una construcción semejante a un invernadero le daría a la Exposición el brillo necesario para ser recordada durante mucho tiempo. La luz del sol incidirá en los cristales e iluminará la estancia, y a su vez caldeará la instalación, de modo que los presentes no pasen frío.

—Sin duda el recinto es una maravilla —intervino el príncipe—. ¿Para cuándo crees que podremos empezar con el traslado de los objetos?

—Pues si todo sigue según lo previsto, en una semana ya estarán colocados todos los stands y podremos comenzar a montar la exposición.

—Excelente, excelente. Con suerte podremos inaugurarla en la fecha estimada.

—Mañana iré a supervisar la construcción de esos puestos, alteza —dijo Stefan—. Necesitamos que estén terminados lo antes posible.

—Hay que tener en cuenta que su majestad aún no eligió las telas que cubrirán las mesas —dijo Paxton—. Sería importante que se decidiera lo antes posible.

—Hablaré con ella esta misma noche, Paxton —contestó el príncipe—.

Supongo que se le ha olvidado con los últimos acontecimientos.

Stefan volvió a la hora de comer al palacio, pero su esposa tampoco se presentó en el salón. Un sirviente le entregó una nota en la que le informaba de que iba a comer con lady Nesbit en su habitación, pues se sentía indispuesta, así que su malhumor aumentaba por momentos.

Cuando esa noche subió a descansar y encontró de nuevo las puertas de la habitación de Ivette cerradas, su paciencia se terminó por completo. De una patada sacó la puerta que comunicaba ambas habitaciones de los goznes y entró como una exhalación. Ivette le miraba aterrada, sujetándose el corazón claramente afectada por el golpe.

—¿Pero se puede saber qué demonios has hecho? —dijo una vez recuperada de la impresión— La reina te va a mandar a colgar por esto.

—¿Cómo te atreves a cerrarme la puerta en las narices? ¡Soy tu esposo!

—¡No te atrevas a volver a gritarme, Stefan Cavendish! ¡No pienso permitirte que me trates como a una cualquiera cada vez que no haga lo que quieres como una sirvienta obediente!

—¡Lo único que quería era que te mantuvieras a salvo! ¡Pero no, mi indoblegable esposa prefiere ponerse en el punto de mira de un asesino antes que hacerle caso a su esposo!

—¡Es que no soy yo quien está en peligro!

—¡No quiero oír ni una sola palabra más sobre el tema! —Stefan respiró hondo para tranquilizarse—. Ivette, si yo estuviera en peligro, cosa que no es así, sé cuidarme las espaldas perfectamente. No necesito que mi mujer me proteja. Y ahora, si no te importa, me voy a la cama.

Stefan se dirigió a la cama de su esposa, que le siguió tirándole de la chaqueta. Stefan movió los brazos y la sacó de su confinamiento, dejando a una enfurruñada Ivette en mitad de la habitación, retorciendo la prenda entre las manos.

—¿Dónde crees que vas? Tu cama está al otro lado —bufó malhumorada.

—Mi cama está justo aquí. —Se sentó al borde de la cama para quitarse las botas.

—¿Piensas dormir en mi cama?

—¡Nuestra, Ivette! Te lo dije muy en serio el día de nuestra boda. No pienso dormir en una cama en la que no estés tú.

—Muy bien... Pues si tú vas a dormir en mi cama, yo me iré a la tuya.

Ivette se dio la vuelta dispuesta a marcharse a la habitación de su esposo, pero él la agarró de la cintura y de un solo movimiento la tumbó en la cama, echando todo su peso sobre ella e impidiéndole escapar.

—Y ahora, mi gatita traviesa, vas a estarte quieta. Siento haberte gritado, ¿de acuerdo? Pero debes reconocer que has sido obstinada como el demonio y me

has puesto las cosas demasiado difíciles. Ahora vamos a meternos en esta cama, y vamos a intentar dormir. Y te juro por Dios que como se te ocurra salir de ella en mitad de la noche, por la mañana te ataré a los postes y te poseeré durante todo el día. ¿He sido lo suficientemente claro?

—Cristalino, excelencia —protestó ella con los dientes apretados.

—Buena chica. Ahora déjame que te quite esta maldita bata. No quiero que nada se interponga entre nosotros.

—Tu orgullo lo hace últimamente demasiado a menudo, excel...

Las palabras de Ivette fueron interrumpidas por los labios de su esposo, que saquearon su boca hambrientos, desesperados por la abstinencia forzosa a la que había sido sometido. Las manos de Stefan viajaron por la cintura de su mujer, desatando el lazo de la bata para descubrir que no llevaba nada debajo. Su miembro corcoveó en respuesta, y Stefan acarició cada centímetro de piel que dejaba al descubierto.

—No es justo... —gimió Ivette—. Así no puedo mantener mi determinación.

—Mi amor... Firmemos una tregua.

El miembro de Stefan entró lentamente en su esposa, y la tregua estuvo sellada. Ivette clavó las uñas en los hombros de su esposo y se arqueó para tenerle más adentro, mucho más cerca. Él comenzó a moverse con desenfreno, desesperado por fundirse con ella. Sus bocas se devoraban, sus manos se acariciaban sin descanso, sus caderas se acompasaban a los latidos desenfrenados de sus corazones. El cuerpo de Ivette se tensó, apretó a Stefan, le engulló... y les mandó de cabeza al paraíso.

—¿Estoy perdonado? —preguntó Stefan momentos después.

—¿Acaso lo dudas?

—Necesito saberlo, Ivy. Contigo no pienso arriesgarme a dormir otra vez en mi habitación.

La carcajada de su mujer corroboró su perdón. Poco tiempo después, Ivette dormía abrazada al pecho de su esposo. Stefan sonreía satisfecho consigo mismo por la forma en la que había sabido mantener la situación. Aunque nada había ido como esperaba, el resultado había sido de lo más satisfactorio.

El príncipe Alberto se había olvidado de contarle un pequeño detalle a tener en cuenta: siempre podías evitar ponerte de rodillas si en su lugar llevabas a tu esposa a la locura.

Capítulo 21

Llegó por fin el tan esperado día de la Gran Exposición. El palacio de Buckingham bullía de actividad, pues después de la inauguración, la reina quería dar una fiesta en honor a su esposo. Ivette llevaba una semana sin apenas ver a Stefan, pero tras ese día serían libres de volver a su hogar y a la normalidad.

Su esposo le había dicho que irían a *Lifford Manor*, la casa de campo de los Devonshire, situada en Kent. Ivette tenía muchas ganas de conocerla, pues prefería vivir en el campo y sentía que esa casa sería su nuevo hogar.

El vestido de la reina era de raso rosa y plateado, rematado con diamantes. El vestido de Ivette era de gasa rosa, con el corpiño y la falda adornados con plumas de pavo real. Anna se puso un vestido azul, también de gasa, adornado con flores en el corpiño y mangas anchas que se sujetaban en el antebrazo. Las dos amigas se encontraron en el pasillo, y tras dedicarse unos cuantos cumplidos, bajaron juntas la escalinata. Sus maridos esperaban al pie de la misma, tan elegantes con sus trajes de gala, Stefan con casaca azul marino y pantalón blanco, lord Nesbit de rojo y negro.

Stefan sonrió. Su esposa sería sin duda la mujer más bella de la Exposición, pero Anna no se quedaba atrás. El embarazo le había conferido un brillo especial que hacía que los hombres no pudiesen evitar admirarla.

—Señoras —dijo Stefan con una reverencia—, su belleza me abruma.

—Seremos los hombres más envidiados de toda Inglaterra, queridas. Mi amor, el embarazo te está sentando de maravilla. Voy a tener que tenerte embarazada constantemente —bromeó Nesbit.

—Nosotras sí que seremos envidiadas, ¿verdad Ivy? —preguntó Anna.

—Sin duda, no creo que ninguna dama pueda apartar los ojos de nuestros esposos... Están magníficos, caballeros.

Llegaron a la exposición acompañados de Sutherland y Eleanor, que haría su presentación en sociedad en breve. La reina llegó al palacio de cristal a mediodía, acompañada del príncipe Alberto y sus dos hijos mayores, y escoltados por una de las compañías de la Real Caballería. Su entrada al vestíbulo fue acompañada por el sonido de trompetas y fueron recibidos por los Reales Comisarios de la Exposición y por el Arzobispo de Canterbury. Tras gran pompa y protocolo ante dignatarios nacionales y extranjeros, el príncipe Alberto comenzó su discurso.

—Caballeros, considero que es deber de toda persona observar y estudiar

atentamente la época en la que vive, y en la medida de lo posible, sumar su humilde esfuerzo individual para impulsar el cumplimiento de aquello que considera ordenado por la Providencia. Nadie que haya prestado la mínima atención a los rasgos peculiares de nuestra época dudará un instante que estamos viviendo un periodo de maravillosa transición, que tiende a cumplir el gran fin al que apunta toda Historia: la realización de la unidad de la Humanidad.

El arzobispo de Canterbury recitó entonces una plegaria, y las voces de todos los allí presentes entonaron el *Aleluyah* de Haendel. Un ciudadano oriental, mientras sonaba el Aleluya, se encaminó hasta la reina para rendirle homenaje. Ella, emocionada por su gesto, quiso incluirle en su cortejo diplomático, pero nadie supo nada de este nombre misterioso después de eso.

Se instalaron unos catorce mil expositores, cerca de la mitad de los cuales pertenecían a Gran Bretaña o a sus colonias. En total había más de seis mil quinientos stands dedicados exclusivamente a mostrar los avances industriales de los diferentes países. De todos ellos, los que más repercusión tuvieron fueron las bañeras fijas, las estufas de gas y los refrigeradores.

Tan solo ese día visitaron la exposición cerca de medio millón de personas, y por fortuna no ocurrió ningún incidente que tuviesen que lamentar. Ivette paseaba por las instalaciones con la reina, maravillada por el increíble trabajo que habían hecho el príncipe y su marido. Las largas horas sin verse bien habían merecido la pena, sin duda.

Las damas disfrutaron de los perfumes franceses, las sedas de la India o los jabones de América. Todo era tan maravilloso... Y pensar que su esposo había observado tantas costumbres, tantos objetos curiosos de primera mano... Ahora entendía perfectamente la pasión de Stefan por los viajes, y lamentaba que esos días hubiesen quedado atrás debido a su título.

—¿Se divierte, excelencia?

La voz de D'Arcy produjo un nudo en el estómago de Ivette, pero se dio la vuelta con una sonrisa forzada, dispuesta a hacerle creer que no le tenía ningún miedo.

—Mucho, milord. La exposición es una maravilla, estoy disfrutando mucho de las curiosidades que estoy descubriendo. ¿Y usted?

—Encuentro interesantes muchas de las máquinas que hay expuestas, excelencia. La cosechadora de Cyrus McCormick es toda una revolución.

—Cierto, pero me temo que yo estoy más interesada en sedas y brocados.

—¿Y su esposo? No le he visto aún, y quería felicitarle por su aportación.

—Está con el príncipe Alberto. Ya sabe, supervisando que todo salga a la perfección.

—Debo reconocer que han hecho un trabajo excelente. Y ahora, si me disculpa, debo volver con mis compañeros. Ha sido un placer saludarla,

excelencia.

—Milord...

Ivette observó a D'Arcy marcharse sintiendo que su comportamiento era, cuanto menos, sospechoso. Toda esa educación era extraña viniendo de él, sobre todo después de haber sido expulsado de la corte por su causa. ¿Qué se traería entre manos el conde? Su amiga Anna la sacó de sus cavilaciones.

—Ivy, la reina te está buscando. Se encuentra en el excusado de la zona norte.

—Voy enseguida.

Cuando llegó, se encontró con un enorme dilema: el vestido de la reina se había descosido por el dobladillo, y un gran trozo de encaje colgaba indolente en la parte delantera.

—Querida, menos mal que llegaste. ¡Mira qué desastre! ¿Qué podemos hacer?

— Me temo que aquí no poseemos aguja e hilo para arreglar este desaguisado, pero creo que si eliminamos todo el encaje, dudo que alguien note el estropicio.

—Espero que tengas razón, querida.

Ivette se arrodilló frente a la reina y con mucho cuidado fue tirando del hilo que unía el encaje al raso, y en unos minutos el vestido volvía a estar impecable.

—¡Ay, Ivette! ¿Qué haré sin ti cuando te marches? Te has convertido en una persona muy importante para mí, y no sabré apañármelas sin ti a mi lado — suspiró Victoria.

—Majestad, estoy segura de que podrá apañárselas perfectamente sin mi presencia. Además, que nos marchemos mañana no significa que no volvamos a vernos. Pronto volveremos a la corte para la temporada social.

—He hablado con tu esposo, Ivette. Hasta que todo este asunto se resuelva, estarás más segura en *Lifford Manor*, donde nadie podrá acercarse a ti sin que él lo sepa. Siento que te pierdas la temporada social, pero ya asistirás a la del año que viene.

—Lo entiendo, y estoy de acuerdo con usted. Acabo de cruzarme con D'Arcy, majestad, y he de decir que su comportamiento me ha parecido de lo más extraño.

—¿Te ha importunado de alguna manera?

—Al contrario, ha sido el súmmum de la caballerosidad. Debería estar furioso por haber sido expulsado de la corte por mi causa. Sin embargo ha sido educado en extremo.

—Piensas que es una estrategia, ¿no es cierto?

—No concuerda con el comportamiento que ha tenido conmigo en anteriores ocasiones, ni con las provocaciones hacia Stefan. Hay algo muy extraño

en todo esto, desde luego.

—Vayamos a buscar a nuestros esposos, Ivette. Les contaremos lo que ha ocurrido y de paso reclamaremos nuestra dosis de atención.

Stefan paseaba junto al príncipe por las diferentes salas, revisando que todo estuviese perfectamente organizado. Tras meses de ver el proyecto sobre el papel, debía reconocer que el resultado final era mucho más impresionante de lo que había pensado. El príncipe había hecho un trabajo excepcional con la exposición, y viendo la cantidad de personas que paseaban por el recinto, dudaba que el evento cayese en el olvido en un futuro inmediato.

—Todo está saliendo a la perfección, Devonshire —dijo el príncipe asomado a la barandilla del piso superior—. La Gran Exposición ha sido un éxito rotundo. Se hablará de ella durante años.

—He de reconocer que me siento muy satisfecho con el resultado. Todo el mundo está disfrutando enormemente de la visita, y por ahora no ha habido ningún incidente que debamos lamentar.

—Mi esposa está encantada, que es lo más importante. Creo que después de esto podré morir tranquilo sabiendo que sabe perfectamente lo que siento por ella.

—Temo que mi esposa quiera una demostración de amor del mismo calibre, alteza. No creo que nada pueda superarle.

—Tu esposa jamás te pediría algo semejante, Stefan. Si bien Victoria es una mujer enérgica y con carácter, Ivette es una mujer dulce y comprensiva.

—¿Dulce y comprensiva? —rió el duque— Alteza, creo que no hablamos de la misma mujer. Mi esposa tiene el mismo carácter que la suya, y le aseguro que cuando se enfada hace temblar el mismísimo Infierno.

—Has tenido suerte con la elección de esposa que hizo tu tío para ti —se oyó una voz detrás de ellos.

Stefan se volvió para ver a un hombre bajito, horondo y de una edad similar a la que debería tener su tío Joseph.

—¿Disculpe? —preguntó Stefan sin comprender.

—Stefan, él es Gregory Stuart, conde de Well —aclaró el príncipe.

—El mejor amigo de mi tío. Encantado de conocerle, milord.

—¿En serio creía que su tío pensaba casarse con la joven Ivette, Devonshire? —dijo el anciano estrechando la mano de Stefan— Y de ser así, ¿cree que Victoria se lo habría permitido? Joseph llevaba varios años enfermo, hijo, y sabía que su hora se acercaba. Conoció a la pequeña Ivette a través de su tío James Graham, duque de Hamilton.

—Así que su madre era Eloise Graham... —comprendió Stefan.

—Así es. Tu tío estuvo enamorado de Eloise mucho tiempo, como todo el mundo sabe, pero su padre la casó con Blessington sin escuchar a James, que siempre fue gran amigo de tu tío. Cuando este le dijo que la hija de Eloise era la viva imagen de su madre, no pudo evitar pensar que sería la esposa perfecta para ti... y acordó el matrimonio con la joven.

Stefan empezó a reír a carcajadas. El príncipe le miraba con curiosidad, pues no sabía qué tenía de gracioso lo que Well acababa de contarle.

—Cuando me contó lo del matrimonio —aclaró el duque—, yo le dije que estaba loco, y él me respondió que quizás tenía un plan retorcido en mente que nadie averiguaría. El muy canalla...

—Tu tío te quería, Stefan —dijo Well—. Eras lo más parecido a un hijo que tuvo jamás, y solo quería tu felicidad.

—Pues el muy desgraciado lo hizo condenadamente bien.

—Me alegro de que lo creas, jovencito. Y ahora, si me disculpan, voy a seguir curioseando por ahí. Acabo de descubrir una cama que te despierta echándote un cubo de agua en la cara. Muy ingenioso, sí señor.

En el momento en que Well se alejaba, la reina llegó acompañada de Ivette. Se agarró con una sonrisa al brazo de su esposo, que la besó sin preocuparse del decoro.

—Creo que ya nos han dejado abandonadas demasiado tiempo, ¿no creen, caballeros? Necesitamos un poco de atención —bromeó Victoria.

—Tengo que contarte una cosa, Stefan. ¿Podemos salir a los jardines un momento?

—Claro que sí. ¿Te encuentras bien?

—Sí, solo necesito un poco de aire fresco.

—Si nos disculpan —dijo el duque con una reverencia.

Pasearon cogidos del brazo por los preciosos jardines de Hyde Park, y se sentaron en un banco apartado, escondido entre los setos.

—¿Qué ocurre, Ivy? Me estás preocupando.

—Me he cruzado con el conde D'Arcy en la exposición.

—¿Te hizo algo? ¿Se atrevió a...

—No, no me hizo nada. Al contrario, me trató con una educación demasiado sospechosa dadas las circunstancias.

—¿Las circunstancias?

—El otro día él y Marguerite fueron expulsados de la corte por mi causa.

—¿Por tu causa? ¿Qué ocurrió?

—Le dije a mi madrastra todo lo que pensaba de ella y de su comportamiento, y ella respondió abofeteándome.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque la reina no quiso preocuparte sin necesidad. ¿Entiendes por qué

veo extraño su comportamiento?

—¿Él estaba presente?

—No, me encontré con Marguerite en uno de los corredores.

—Quizás tu madrastra no le dijo nada. Quizás solo le dijo que se encontraba indispuesta.

—O quizás está planeando algo, Stefan. Debemos tener cuidado.

—Henry puso a dos de sus agentes a seguir a D'Arcy, Ivy. Si hubiese hecho algo sospechoso lo sabríamos.

—Aún así, creo que trama algo.

—Deja de preocuparte y disfruta de la exposición. Mañana estaremos en Kent, a salvo, y podremos dedicarnos a fabricar bebés.

La risa de la duquesa de Devonshire resonó por todo el jardín. En la privacidad de su escondite, el duque se ocupó de describirle con pelos y señales todas y cada una de las estrategias que tenía en mente para llevar a cabo dicha tarea.

Capítulo 22

Lifford Manor era una mansión que mezclaba el estilo inglés con el romano. Medía ciento veinte metros de largo, y poseía una terraza de seis metros de alto hecha con ladrillos. El exterior de la casa era de cemento con detalles de terracota, y su entrada estaba enmarcada por dos enormes escaleras que llevaban a un enorme balcón exterior.

La actual residencia de los Devonshire era una reconstrucción de la casa original, que había sido reducida a escombros por el fuego diez años antes. Jamás nadie había descubierto al culpable de dicha catástrofe, pero el tío de Stefan dedicó mucho tiempo y dinero a reconstruirla y hacer de ella una de las mayores mansiones de Kent. Sus suntuosas habitaciones contenían una rica muestra de tapices, muebles y pinturas, tanto de artistas ingleses como de escoceses. A cada paso que daban, Ivette se deleitaba con alguna pieza de plata o porcelana de un valor incalculable.

—¿Te gusta? —preguntó Stefan— Siempre puedes amueblarla y decorarla a tu gusto, por supuesto, pero...

—La casa es perfecta tal cual está. Me encanta —dijo ella distraídamente mientras pasaba las yemas de los dedos por el terciopelo de una de las cortinas del salón—. ¿Cuántas habitaciones tiene?

—Treinta habitaciones, tres salones, dos despachos, dos salones de baile y un invernadero, además de las estancias del servicio.

—Dios mío...

—Ven... quiero enseñarte una cosa.

Stefan la llevó hasta el salón principal, y salieron por los ventanales hasta un enorme jardín. Arcos de madera en los que se enredaban diferentes tipos de rosas, llevaban a una plaza central, en la que una fuente de forma hexagonal estaba rodeada de un millar de flores, entre las que predominaban las de color morado. La joven pudo distinguir malvas, clavellinas, margaritas, caléndulas, lirios, tulipanes, acónitos, lavandas, campanillas, lirios de los valles y primulas.

A la izquierda de la fuente se alzaba una pérgola, bajo la cual una mesa de hierro forjado con sus respectivas sillas acompañaba a un hermoso columpio adornado con cojines.

—¡Dios mío, Stefan! ¡Es maravilloso!

—¿Te gusta? —preguntó él sonriendo.

—¿Que si me gusta? ¡Es perfecto! ¡Es el mejor jardín que he visto en mi vida!

Y este celador... ¡Es maravilloso!

—Me alegro de que te guste. Lo hice construir para ti.

—¿En serio? —Los ojos de Ivette estaban abiertos como platos.

—Es mi regalo de bodas.

—¡Pero ya me regalaste joyas!

—Mi segundo regalo de bodas, entonces. Quise que tuvieses un lugar en el que te sintieses a gusto, ya que en tus cartas me decías que preferías el campo a la ciudad. Espero haberlo conseguido.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Ivette saltó a los brazos de su esposo y llenó de besos su cara, su cuello, su boca... Pronto la pasión se desbordó, y Stefan tumbó a su mujer sobre el columpio. Subió su vestido lo justo para encontrar la abertura de las bragas, y tras lidiar con sus pantalones, se introdujo muy lentamente en ella.

—Mmm... el paraíso —susurró el duque.

Ivy se arqueaba gimiendo con los ojos cerrados, se agarraba a sus hombros instándole a ir más deprisa, pero si lo hacía, ambos terminarían en el suelo de la pérgola.

—Tranquila, mi amor, que no estamos en una cama.

—Pero necesito... necesito...

—Shh, espera un poco...

Stefan cogió a su esposa en brazos sin salir de su interior y se sentó en el columpio con ella a horcajadas sobre él. Retiró con suavidad un mechón de pelo que se había escapado de su peinado y la besó con pasión.

—Ahora tendrás que moverte tú, igual que en el carruaje, ¿de acuerdo?

A Ivette no le hicieron falta más explicaciones. Se sujetó al respaldo del balancín y comenzó a ondear las caderas, hacia delante y hacia atrás, sin apartar la boca de la de su esposo. Se bebió sus gemidos, se excitó al sentir sus dedos clavados en su cintura, y cuando Stefan llegó al orgasmo la lanzó de cabeza a su propia culminación.

Tiempo después, los duques permanecían abrazados en el balancín, disfrutando de la suave brisa de primavera. Ella jugueteaba distraídamente con el bello rojizo que asomaba por la abertura de la camisa de Stefan, pues el corbatín había sido relegado al olvido sobre la mesa de hierro forjado.

—Deberíamos organizar un picnic para nuestros amigos junto al lago. ¿Qué te parece? —preguntó Ivette.

—Prefiero tenerte para mí solo. Hace demasiado tiempo que no estamos a solas, Ivette.

—No digo que lo hagamos inmediatamente, Stefan. Yo también quiero tenerte un tiempo para mí sola. Pero sí antes de que termine la primavera.

—¿Y por qué no nos dedicamos mejor a fabricar bebés? —bromeó— Seguro

que nos resulta más divertido.

—¡Stefan! Hablo en serio.

—Haz lo que quieras, Ivy. Si organizar un picnic con nuestros amigos te hace feliz... Yo no tengo ningún problema. Siempre que me des una semana de margen para tenerte para mí solo...

—Milord... Cualquiera diría que me ha echado de menos...

—No sabes cuánto, Ivy. No sabes cuánto.

A la mañana siguiente, Ivette se puso el vestido más viejo que poseía y se dispuso a hacer inventario de las diferentes estancias de la casa. Habían dormido en el dormitorio en el que falleció el tío de Stefan, y el aspecto lúgubre de la habitación le daba escalofríos, así que decidió darle un buen cambio. Durante horas paseó por las diferentes habitaciones, seleccionando muebles de aquí y de allá para amueblar su dormitorio a su gusto. En una de las habitaciones de invitados encontró una enorme cama con dosel de caoba que la enamoró por completo. El cabecero estaba grabado con enredaderas de rosas y los postes se parecían a las columnas del jardín.

—¡Mira Sophie! ¡Es perfecta! Me encanta.

—Es una maravilla, excelencia.

—Diles a Christopher y Samuel que la cambien por la cama de mi habitación.

—Pero señora, no hace juego con el resto de muebles.

—Lo sé, pero el tocador del dormitorio azul sí que hace juego con esta cama, y las mesillas del dorado. Solo me falta el armario, y este que tenemos aquí es justo lo que necesitamos.

—El duque se enfadará.

—El duque es feliz si yo lo soy, así que no me discutas y ve a hacer lo que te ordeno.

Ivette abrió las grandes puertas del armario para descubrir que estaba repleto de cosas, desde ropa de mujer hasta zapatos y fruslerías. Sacó poco a poco los vestidos, y en el fondo del armario encontró un pequeño agujero en el que se escondía un diario y una pequeña cajita que contenía un broche de oro.

Se sentó en la cama y acarició la cubierta de terciopelo rojo, en la que estaban grabadas las iniciales RC, deshizo el lazo que lo mantenía cerrado y comenzó a leer.

2 de octubre de 1817

Querido diario:

Por fin ha llegado el gran día. Por fin voy a convertirme en la esposa de Joseph Cavendish, duque de Devonshire. Mi felicidad amenaza con hacer saltar mi corazón del pecho. Llevo esperando este momento tanto tiempo... Desde que Joseph se acercó a mí en el

baile de la marquesa de York, todo mi mundo gira en torno a él. Es un hombre tan bueno... y sé que se casa conmigo porque me ama, pues mi familia no tiene nada que ofrecerle a cambio de esta unión.

Mi vestido de novia es digno de una princesa, me alegro de que haya sido él quien lo ha escogido. Me siento flotar en este instante... Ya es la hora. Debo retirarme.

1 de diciembre de 1821

Mi felicidad no podía ser completa, era todo demasiado bonito para ser verdad. Cuando he visto a esa mujer entrar en el salón, he sabido que mi vida de cuento de hadas se había terminado. ¿Por qué ha tenido que venir? ¿Por qué Joseph tiene que ser tan honorable?

Llevo cuatro años intentando darle un heredero, pero hasta los médicos desconocen la causa de mi desgracia. No soy fértil, no puedo darle a mi esposo lo único que ansía con toda su alma: un hijo. Y ahora viene esta señora, con su hijo bastardo, a darme en la cara con mi desgracia. Le tendremos de chico de los recados, pero verle a todas horas por la casa va a ser una auténtica tortura.

Comprendo que Joseph quiera hacerse cargo del pequeño, ¿pero yo? No podré soportar ver a ese niño sabiendo que jamás podré tener uno en mi vientre, no seré capaz de aguantar saber que otra mujer le dio a mi marido lo que yo no he sido capaz de darle. Que Dios me perdone, pero ese niño va a ser mi tormento.

5 de junio de 1834

¡No puedo más! ¡Ese desgraciado quiere acabar conmigo! ¿Cómo es posible que Joseph no se dé cuenta de todo lo que me está haciendo? Quiere hacerme creer que estoy loca, pero no lo va a conseguir. El doctor dice que se trata de una indigestión, pero yo sé que ese desgraciado me está envenenando. Todo esto es cosa suya, quiere apartarme de mi esposo y no va a parar hasta conseguirlo.

No pienso tomar nada que venga de sus manos. Mi fiel Isabella será la encargada de prepararme cada comida, cada alimento que entre en mi organismo. Me siento tan débil... No sé cuánto tiempo lleva haciéndolo, y eso es lo que me atormenta.

Ivette se limpió una lágrima de la mejilla y cerró el diario. Había leído páginas al azar, pero había descubierto algo espeluznante. El tío de Stefan había tenido un hijo bastardo, un hijo que no había tenido reparos en asesinar a una pobre mujer con tal de quitarla de su camino para quedarse con el ducado. Si no había dudado en asesinar a la primera esposa de Joseph... ¿Quién le aseguraba que no fuese el culpable de los atentados contra ellos? Debía averiguar de quién se trataba... pues Stefan estaba en grave peligro.

Capítulo 23

Esa misma noche, en la cena, Ivette abarcó el tema lo más disimuladamente posible. Algo le decía que no debía revelarle a su esposo el descubrimiento que había hecho esa tarde, al menos no aún.

—Me ha dicho la cocinera que la cama que hemos trasladado a nuestra habitación era de la primera esposa de tu tío —comentó como si tal cosa.

—Así es, de la tía Rose. La pobre era una mujer encantadora, pero cayó enferma de repente y murió cuando yo tenía quince años.

—¿De repente? ¿De unas fiebres?

—No, se fue consumiendo poco a poco hasta que falleció. Su enfermedad terminó por volverla loca. Decía que la estaban envenenando, pero bien sabía Dios que mi tío la adoraba. Después de su muerte no volvió a ser el mismo.

—Pero volvió a casarse, ¿no es cierto? Tres veces, si no me equivoco.

—Sí, se casó tres veces, y las tres veces tuvo la mala fortuna de elegir a mujeres frágiles, con muy poca salud. El servicio hizo correr el rumor de que mi tío estaba maldito, porque sus esposas no le duraban más de un par de años. Y él se convirtió en un anciano amargado y excéntrico.

—¿Todas murieron por la misma razón?

—No lo recuerdo, pero todas terminaron perdiendo la cordura. Cuando la tía Mary Louise murió, mi tío juró que no volvería a casarse, porque no quería cargar con la muerte de otra muchacha en su conciencia. Por eso nos extrañó tanto el compromiso contigo, había mantenido su promesa quince largos años.

—Es mucha casualidad que todas sus esposas muriesen por la misma razón, ¿no crees? ¿A nadie se le ocurrió investigarlo?

—Mi tío no lo permitió, Ivy. Aunque es cierto que después de la tía Rose ninguna de sus esposas obtuvo su amor, cada vez que enterraba a una de ellas se sumía en una terrible melancolía.

Ivette pensó en el anterior duque como lo que realmente era: un hombre atormentado por la muerte de sus esposas, un hombre que deseó tener un hijo con toda su alma y que no logró concebir. Sintió lástima del duque, y deseó que descansara en paz consigo mismo, porque nada de ello había sido culpa suya. Sintió un escalofrío al pensar en el hijo bastardo que había asesinado a cuatro mujeres y que aún andaba suelto.

—¿Tienes frío? —dijo Stefan levantándose y echándole su chaqueta por los hombros.

—Estoy bien, es solo que al pensar que yo podría haber sido la siguiente esposa de tu tío... Podría haber corrido la misma suerte.

La carcajada de Stefan la sorprendió. Él se recostó indolente en su asiento y, tras dar un sorbo a su copa de vino, sonrió.

—En primer lugar tú no habrías terminado igual que las otras ni aunque quisieras. Eres una mujer fuerte, Ivette, quizás demasiado para tu bien, y no te consumirías por una enfermedad por mucho que una maldición recayera sobre ti. Y en segundo lugar... Mi tío no pensó en ningún momento en casarse contigo.

—¿Cómo dices?

—Llevaba mucho tiempo enfermo y sabía que estaba llegando su hora, así que planeó nuestro matrimonio. El novio siempre fui yo, Ivy. Todo fue una treta para salirse con la suya después de muerto.

—¿Pero por qué?

—Mi tío estuvo mucho tiempo enamorado de tu madre, pero antes de que pidiese su mano, tu abuelo la prometió con tu padre. Aunque después se enamoró de la tía Rose, siempre sintió un cariño muy especial por ella, y cuando descubrió que eras su viva imagen supo que serías la mujer perfecta para mí. —Besó sus nudillos—. Y no se equivocó en lo más mínimo.

—Y si lo sabías, ¿por qué no me lo has contado antes?

—No lo sabía. El conde de Well me lo contó el otro día en el palacio de cristal.

—Mañana quiero ir al cementerio a llevarle flores. ¿Me acompañarás?

—Claro que sí, pero tendrá que ser por la tarde. Por la mañana tengo varios asuntos de los que ocuparme.

—Perfecto entonces. Ahora, si no te importa, voy a retirarme a mi despacho a leer.

—Así que a tu despacho... —Sonrió.

—Bueno, he pensado que como tú solo necesitas uno de ellos, el otro puedo utilizarlo yo. Espero que no te importe.

—En absoluto, querida. Ya te dije que podías hacer lo que quisieras en la casa. Es más —dijo levantándose y tirando de ella—, creo que vamos a estrenar ahora mismo tu despacho.

—¿Estrenarlo? ¿A qué te refieres?

—Ya lo verás.

Ivette le mostró tímidamente lo que había hecho con lo que ahora era su sala privada. El enorme escritorio de caoba había sido sustituido por una adorable mesa de palo de rosa con cuatro sillones con mullidos cojines. Junto al fuego, un gran sofá quedaba iluminado por la luz de una pequeña lámpara situada en una mesita de cristal. En la pared opuesta a la chimenea, grandes estantes repletos de libros adornaban las paredes, y por último un caballete con un lienzo y un

pequeño mueble que contenía las pinturas de Ivette terminaban el conjunto.

Stefan quedó impresionado por el parecido que había conseguido plasmar su mujer en el retrato que le bosquejó cuando estaba enfermo, que permanecía apoyado en el caballete. Ya le había dado algo de color, y realmente estaba quedando impresionante.

—¡Por Dios, Ivette! ¿Cómo conseguiste darle ese parecido? Cada gesto, cada rasgo está plasmado con una perfección asombrosa...

—Me gusta dibujar. Y leer. Adoro ambas actividades. Siempre que podía me dedicaba a dibujar a mis compañeras de colegio, o algún paisaje que me llamase la atención en alguna excursión. Espera aquí, te enseñaré algunos de mis bocetos.

Stefan observó con absoluta fascinación los dibujos que su esposa había hecho de algunas jóvenes debutantes, de los magníficos jardines de Cornualles, de Hyden Park o de la iglesia de St. James.

—Eres una verdadera artista. Haré enmarcar todos estos maravillosos cuadros, Ivy. Quiero tenerlos todos en mi despacho.

—No seas tonto —rió ella—, no son tan buenos.

—Disiento —dijo él apartando la carpeta a un lado—, pero no era esto lo que tenía en mente cuando quise que me trajeras aquí.

—¿Ah, no? ¿Y qué era lo que tenía en mente, excelencia?

—Hacerle el amor a mi duquesa.

Stefan la recostó en el sofá y la besó con ternura, tan solo tanteándola. Ivette levantó los brazos y enredó las manos en el cabello de su esposo, que gimió al sentir su dulce caricia. Sin dejar de mirarla a los ojos, introdujo un dedo bajo el escote del vestido y tiró de él para dejar al descubierto sus cremosos pechos, que devoró con parsimonia. Ivy se retorció, gemía quedamente ante el roce de su lengua contra su pezón enhiesto.

Las manos de su esposa se deshicieron de su chaqueta, y poco a poco desabrocharon los botones de su camisa, dejando al descubierto su musculoso torso. Él deshizo los cordones del vestido y lo dejó caer hasta la cintura de Ivette. Sentir sus pechos aprisionados contra su propio cuerpo le llevó a la locura, y las uñas de Ivette enterradas en su carne le arrancaron un gemido.

Se puso de pie y se deshizo de las botas y los pantalones, quedando totalmente desnudo ante Ivette. Ella, en vez de aceptar la mano que le tendía para levantarse, se acercó, y cogiéndole de los muslos, introdujo su miembro caliente por completo en su boca.

—¡Por Dios bendito, Ivy! ¡Vas a volverme loco!

Chupó, lamio el miembro viril como si se tratase de un jugoso dulce, y cuando su marido la apartó, reacio a vaciarse en su boca, se relamió traviesa antes de darse la vuelta y permitirle deshacerse por completo de su ropa. Stefan hizo que doblara el torso y se apoyara en el respaldo del sillón. Ella no entendía nada, pero

sabía que con su marido estaba segura, así que se dejó hacer.

Cuando Stefan se introdujo dentro de ella creyó morir, pero cuando alternó sus investidas con caricias en su centro del placer estuvo segura de que iba a tocar el Nirvana. Acompasó las acometidas de su esposo con movimientos de su pelvis, arqueó la espalda, apretó con fuerza las manos en el borde del sofá... y cuando la marea de placer pasó, se dejó caer de rodillas en la alfombra, seguida de cerca por su esposo, que besó su hombro y la llevó junto a la chimenea, donde dejaron pasar la nube de lujuria entre tiernas caricias.

Poco tiempo después, los duques se desnudaban lentamente al calor del fuego de la chimenea de su alcoba, pero un gran golpe en la puerta de entrada puso a Stefan en tensión. Se puso los pantalones de prisa y sacó su pistola de un cajón.

—No te muevas —susurró.

Mientras bajaba los escalones de forma silenciosa, escuchó a Stuart discutir con alguien a viva voz.

—¡Pero excelencia! ¡Los duques se han retirado hace rato!

—¡Me importa un rábano, *sassenach*! ¡Quiero ver a mi sobrina inmediatamente!

—¡Debe esperar a mañana! ¡El duque me mandaría colgar si le despertase ahora!

—¡No seas embustero! ¡El joven Cavendish no sería capaz de hacer daño ni a una mosca solo por despertarlo! ¿Crees que no le conozco bien? ¡Le vi en pañales, malnacido!

Stefan se apoyó en la barandilla a disfrutar de las puyas entre su mayordomo y el tío de Ivette. El enorme escocés lucía con orgullo el kilt de los Graham, y llevaba su largo cabello castaño recogido en una sencilla coleta. Cuando le vislumbró por el rabillo del ojo, apartó a Stuart de su camino de un empujón y se acercó a abrazarle.

—¡Mírate, bribón, pero si estás hecho todo un hombre!

—Y tú sigues tan antisocial como siempre. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Vine a ver a Ivette. Su maldito padre no me dejaba verla, y ahora que es tu esposa pienso hacerlo cada vez que quiera.

—Sabes que eres bienvenido, ¿pero no podrías haber esperado a mañana? Has despertado a toda la casa con tus gritos.

—¿Está despierta? Me gustaría saludarla antes de retirarme.

—Iré a avisarla.

Stefan subió las escaleras de dos en dos y entró en su habitación, para encontrarse a su esposa metida en la cama tapada con las mantas hasta la barbilla.

—Querida, hay alguien que quiere verte.

—¿A estas horas?

—Le ha dicho a Stuart que si no le deja verte le arrancará los dientes uno a uno... y es escocés —bromeó.

Ivette saltó de la cama y pasó por su lado como una exhalación. Voló sobre los escalones para tirarse a los brazos de su tío, que la levantó en el aire y la hizo girar.

—¡Tío Jamie! ¡Qué alegría de verte!

—*Mo nèamh...* ¡Cuánto te he echado de menos! ¡Pero mírate! ¡Estás hecha toda una mujer! Eres la viva imagen de tu madre, *mo ghràdh*.

—¿Tienes hambre? Haré que te preparen algo de comer.

—Estoy bien, solo necesito dormir. En las posadas no hay quien pegue ojo.

—Haré que te preparen una habitación entonces. —Le besó en la mejilla—. No sabes lo mucho que me alegro de que hayas venido a visitarme.

—No podía dejar de venir, *beag*, eres lo único que me queda de mi hermana.

Capítulo 24

La visita del tío James fue para Ivette como un soplo de aire fresco. Su vida se había convertido en una trama enrevesada de secretos y mentiras que no podía descifrar, pero su tío era amigo del tío de Stefan, así que quizás supiese algo de lo que le pasó a Rose Cavendish.

Tras el desayuno, mientras Stefan se ocupaba de asuntos importantes y aburridos, Ivette disfrutó de un largo paseo por los jardines del brazo de su tío, al que no veía desde que su madre murió siendo ella una niña. Si bien habían mantenido una muy estrecha correspondencia, su padre no había permitido que el duque viera a su querida sobrina, y ella le había echado en falta.

—Y dime, *mo nèamh*, ¿qué tal te está tratando el duque? —preguntó James.

—No tengo ninguna queja, tío Jamie. Soy muy feliz con Stefan.

—Así que el viejo cascarrabias tenía razón... Sois la pareja perfecta.

—Tenemos nuestras discusiones, como todos los matrimonios, pero por lo general todo marcha de maravilla.

—Me alegro, pequeña. Desde que tu padre te alejó de mi lado, tuve miedo de que ese desgraciado te casara con el primero que le ofreciera una cuantiosa suma y te hiciera desdichada.

—Realmente eso es lo que hizo... solo que tuve la suerte de que el mejor postor fuera un buen hombre. Dime, tío, ¿sabías que Joseph Cavendish estaba enamorado de mamá?

—Por supuesto que lo sabía, cielo. Intenté hacer entrar a mi padre en razón cuando lo supe, pero el compromiso ya estaba firmado y no quiso despreciar a tu padre, así que no hubo marcha atrás. Fue la peor decisión que tomó en toda su vida, y murió arrepintiéndose de haberla tomado.

—Pobre abuelo... Él no tenía forma de saberlo.

—Es cierto, y tu pobre madre pagó las consecuencias. El día del entierro quise matar a tu padre, Ivette, quise acabar con la vida del miserable que había matado a mi hermana con su indiferencia, pero en vez de eso lo único que conseguí fue que me negaran el placer de verte crecer. No sabes cuánto siento no haber estado ahí para protegerte.

—No fue tan terrible. Después de todo, la mayor parte del tiempo lo pasé en la escuela, pero me hubiese gustado poder ir a visitarte en las vacaciones de verano.

—Ahora que eres una mujer casada espero que de vez en cuando te dignes a

hacerle una visita a tu viejo tío Jamie —bromeó.

—¿Viejo? ¡Si estás estupendo! No has cambiado nada desde la última vez que te vi. Tío Jamie... tengo que hablar contigo de algo importante.

—Tú dirás.

Ivette se sentó en el columpio de la pérgola, y su tío se sentó en una silla frente a ella. Se tomó un minuto para admirar los rasgos cincelados de su tío, curtido por el clima de Escocia, pero no por eso menos atractivo. Su pelo castaño permanecía sujeto por una fina tira de cuero a la altura de la nuca, y su barba bien cuidada le daba un aspecto fiero y peligroso. Pero sus ojos castaños, del mismo color que los de ella, destilaban el amor y la ternura que le profesaba a su querida sobrina.

Mientras ella estaba inmersa en sus cavilaciones, él permanecía esperando pacientemente, con los codos apoyados en las rodillas, hasta que ella inspiró hondo y se dispuso a hablar.

—Desde que estamos casados, ya son dos veces las que han atentado contra nuestras vidas. La primera vez me tiraron por las escaleras del palacio de Buckingham, y la segunda vez nos dispararon en las inmediaciones de los almacenes reales. Aunque le dieron a Stefan, él asegura que el disparo iba dirigido a mí.

—¡Por Dios bendito! ¿Y tenéis idea de quién es y por qué?

—En un primer momento pensé que era el conde D'Arcy, no sé si le conoces.

—Por supuesto que conozco a esa sanguijuela putrefacta. ¿Qué te hizo pensar que era él?

—Como toda Inglaterra sabe, es el amante de Margaret, y el día después de mi boda me propuso cambiarla a ella por mí. Desafortunadamente un amigo de Stefan le oyó y se lo contó, y mi esposo le amenazó.

—Entiendo. ¿Hay algún sospechoso más, Ivette?

—No lo había... hasta ayer. Estuve vaciando un armario para cambiarlo a nuestra habitación porque era más grande que el que teníamos, y encontré el diario de Rose Cavendish.

La muchacha sacó del bolsillo de su vestido el pequeño diario y se lo entregó a su tío.

—Lo encontré escondido en un compartimento secreto junto con un broche de oro, seguramente perteneciente a la familia de Rose. He señalado las dos partes que me hicieron ver que hay otro sospechoso.

James leyó atentamente los fragmentos que su sobrina le mostró. Conforme iba pasando las páginas, su rostro iba tornándose más serio, más amenazador. Una vez hubo terminado, se acarició la barba, pensativo.

—Es la primera noticia que conozco sobre este asunto, Ivy. Joseph nunca me

habló de que tuviese un hijo bastardo. En la época en la que Rose relata los hechos hubo varios huérfanos que entraron a trabajar al servicio de Joseph, pero ninguno al que él tratase mejor que al resto.

—¿Recuerdas los nombres de esos niños, tío?

—Lo siento, pequeña, pero no tengo ni la más remota idea. Déjame investigar el asunto unos días, seguro que encuentro algo que pueda sernos de ayuda. Mientras tanto voy a llamar a unos cuantos de mis hombres para que se ocupen de vuestra seguridad.

—Ya contraté a varios guardaespaldas cuando Stefan resultó herido, tío. Pero gracias.

—Tonterías. Los malditos *sassenach* tienen mucho que aprender de los escoceses, querida. Sea quien sea el que está detrás de todo esto, no tiene nada que hacer contra unos cuantos Graham.

—¿Tengo que recordarte que los clanes se erradicaron hace más de un siglo?

—*Mo ghràdh*, por mucho que Escocia pertenezca a la reina de Inglaterra, jamás le pertenecerá el corazón de un escocés.

Volvieron a la casa cogidos del brazo, y la muchacha se dirigió a su habitación para refrescarse y prepararse para la comida. Tras el almuerzo, Ivette recogió varios ramos de flores del jardín y se dirigió al cementerio con Stefan, a quien tuvo que secuestrar de delante de los libros de cuentas. Puso un ramo sobre la tumba del duque, pero también sobre la tumba de cada una de las mujeres que habían sufrido un terrible final a manos del hijo bastardo del mismo.

Stefan permaneció largo rato de pie frente a la tumba de su tío, inmerso en sus propios pensamientos, y ella esperó pacientemente a su lado, dejándole intimidad para que se despidiese de su tío.

—¿Sabes? —susurró el duque— No se lo he dicho a nadie, pero la última vez que vi a mi tío discutimos a causa de la boda. Es algo que me reconcomerá hasta que muera. Sentí que me condenaba a una vida de miseria, que me estaba castigando por haber pasado tantos años en alta mar. No podía estar más equivocado.

—No debes martirizarte, Stefan. No sabías que tu tío iba a morir tan pronto.

—El muy cabezota debió contarme sus planes en vez de hacerme odiarle por querer casarse con una joven inocente. Debí enseñarme tu retrato y no dejar que yo lo encontrara por casualidad tras su muerte. De haber sido así no habríamos discutido.

—Las personas mayores suelen tener muchos secretos —dijo ella arrodillándose a su lado—. Hay algo que quiero enseñarte, Stefan.

Ivette sacó el pequeño diario de terciopelo y se lo entregó a Stefan, que lo miró sin comprender.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es el diario de tu tía Rose. Lo encontré al vaciar un armario ayer. Creo que debes leerlo, hay cosas muy importantes que debes saber.

—¿Tú lo has leído? No me siento cómodo leyendo el diario de una mujer, Ivy. Sería mejor que me las dijesees tú.

—Deberías leerlo, pues a lo mejor hay detalles que a mí se me escapan y que tú puedes recordar.

—Lo leeré, te lo prometo, pero cuéntame qué pasa. Te noto preocupada.

—Tu tío Joseph tuvo un hijo ilegítimo. Cuando la madre se lo hizo saber, le acogió bajo su techo y le crió como a un criado más.

—¿Un hijo? Nadie sabe nada de eso, y la casa estaba llena de niños de mi edad, así que podría ser cualquiera. Pero no entiendo qué tiene eso que ver conmigo, ese niño será un hombre, y el servicio ha cambiado desde entonces.

—Hay más... Tu tía Rose estaba segura de que el hijo de tu tío la estaba envenenando. Y si es así, apuesto a que las siguientes esposas del duque fueron asesinadas de igual forma.

—Pero si esto es verdad...

—Si esto es verdad significa que no soy yo sola quien está en peligro, Stefan. Significa que quieren matarnos a los dos.

En cuanto regresaron a la casa, Stefan mandó a Samuel a entregar una nota junto con el diario de su tía Rose a Scotland Yard. Henry Lowell tenía que conocer los nuevos acontecimientos. Ivette entró entonces como una exhalación en su despacho armada con papel y pluma.

—Tenemos que preparar el picnic, Stefan. Necesito saber a qué amigos quieres invitar.

—Ivy, no creo que sea seguro organizar una actividad al aire libre en nuestra situación.

—Al contrario, debemos hacerle ver que no le tenemos miedo, Stefan. Estaremos protegidos. Tío Jamie ha mandado llamar a varios de sus hombres, y tu amigo Henry traerá a varios agentes de Scotland Yard. Lo tengo todo pensado.

—No creo que sea buena idea, mi amor. Sé que te hace mucha ilusión, pero...

—Si nos encerramos en casa muertos de miedo quien sea que nos quiere muertos no volverá a atacar. Pero si le hacemos creer que no le tememos, cometerá un error, y entonces le atraparán.

—Creo que has leído demasiadas novelas policíacas, Ivette. No me hace ninguna gracia que sirvas de cebo para atrapar a un asesino.

—Por favor, Stefan... ¿Entonces qué? ¿Me quedaré encerrada en casa durante toda la vida para no correr peligro? ¿Tendré que ser prisionera en mi propia casa por culpa de un desalmado?

—¡Está bien, maldita sea! Pero con una condición. No quiero que te separes

de mí bajo ningún concepto. Si vamos a hacer esto, voy a convertirme en tu sombra.

—¡Gracias, mi amor! Ya verás como todo sale a las mil maravillas. No va a ocurrirme nada malo, te lo prometo.

Capítulo 25

Hacía mucho tiempo que la cena había quedado en el olvido. La duquesa de Devonshire estaba repantigada en el suelo, junto al fuego de su habitación. El duque tomaba una copa desmadejado en su sillón favorito, junto a ella.

—Nunca me has hablado de tu familia —dijo Ivette—. Sé que tienes un hermano, pero aún no le he conocido. ¿Acaso os lleváis mal?

—Claro que no, Ivy. Mi hermano Anthony está en América, en un viaje de negocios. Llegará en unas semanas, si todo sale según lo previsto.

—Oh, vaya. Por eso no vino a nuestra boda, ¿no es cierto?

—Cuando tío Joseph murió, él ya se encontraba a mitad de camino hacia su destino. En cuanto esté de vuelta le conocerás. El pomposo marqués de Huntington no dejará pasar la oportunidad de restregarme en las narices que mi esposa es demasiada mujer para mí.

—¡Eso no es cierto!

—Sí que lo es, Ivy. Eres una mujer maravillosa, y sé que no te merezco. Pero he sido condenadamente afortunado, y pienso darle de su propia medicina. Mi hermano es un marqués excelente, pero sobre todo un sinvergüenza con las mujeres. Mamá le ha dicho que debe casarse, pero Anthony no quiere oír hablar del tema.

—Eres su hermano mayor, y tu título es mayor que el suyo. Deberías darle un ultimátum.

—¿A mi hermano? Por desgracia él solito ha duplicado la fortuna familiar desde que mi padre murió hace tres años, no tengo ningún poder sobre él.

—Pues entonces... cazaremos a las moscas con miel en vez de con vinagre.

Una semana después, los duques esperaban por la noche la llegada de sus invitados. Sería un picnic muy familiar, pero aún así, Ivette se sentía nerviosa. Había invitado a su suegra, a Sarah y Andrew, a Francis y a la pequeña Eloise, a sus amigas de la escuela, a los Nesbit, a Henry Lowell y por supuesto a la reina, que declinó amablemente la invitación debido a asuntos de estado de suma importancia.

Sarah estaba ya de ocho meses, y su prominente barriga la hacía andar como a un pato, pero Ivette la vio preciosa. Ambas mujeres se abrazaron llorosas en cuanto se vieron.

—¡Dios, Sarah, mírate! ¡Estás tan hermosa! —exclamó Ivette.

—¿Hermosa? Estoy como un tonel, Ivy. Este hijo mío pesa tanto que me

cuesta mantenerme erguida. Tengo tantas ganas de que nazca...

—Ya queda poco, solo un mes más. Vamos, pasa, te mandaré traer un té.

—Estoy bien, Ivy. Solo necesito un sofá donde dejarme caer.

—Por favor, Ivy... Asígneme una habitación para mí solo —bromeó Andrew—. Sarah necesita la cama entera para ella y su enorme barriga.

—Creo que eso te va a costar caro, cuñado —intervino Stefan—. Mi querida hermana no te va a perdonar esa broma ni aunque se lo pidas de rodillas.

Poco después llegaron los Nesbit. Beth, Christine y Maggy fueron las siguientes en llegar, acompañadas de sus respectivas damas de compañía, y por último llegaron Francis y Eloise. Su suegra y el señor Lowell llegarían por la mañana.

Cenaron animadamente y se acomodaron en el salón a beber oporto y charlar. A mitad de la velada, entró en la sala la madre de Stefan, acompañada de un hombre fuerte, con el mismo color de pelo que su marido y los ojos castaños. Sonrió de medio lado antes de hablar.

—Así que mi ingobernable hermano mayor se ha convertido en todo un aristócrata...

—¡Anthony! —exclamó su esposo.

Ambos hermanos se fundieron en un afectuoso abrazo, tras el cual Anthony se acercó a su hermana y la besó en la mejilla.

—Andrew, ¿qué demonios le has hecho a mi hermana? Parece que se hubiera comido una ballena de una sola vez.

—¡Oh, no empieces, hermanito! O tu hermana te hará morder el polvo con su enorme barriga —protestó Sarah—. Me alegro de tenerte de vuelta, Anthony.

—Veo que tú tampoco has cambiado nada, tunante —dijo tío James—. Tan larguirucho como siempre, e igual de deslenguado.

—¿Delgaducho? Deberías mirarte la vista, Graham... Te estás haciendo viejo —dijo abrazándole.

—Anthony, déjame presentarte a mi esposa, Ivette —dijo Stefan.

—Excelencia —contestó Anthony con una perfecta reverencia—, siento en el alma que se haya tenido que casar con el hermano menos agraciado, de haber sabido lo bella que es, le habría mandado de viaje y yo me habría casado con usted.

—Veo que es usted tan adulador como su hermano, milord. Claro que de tal palo, tal astilla, ¿no es así, Mary?

—Y que lo digas, querida —contestó su suegra—. Son tal para cual.

—Creo que deberías llamarme Anthony, cuñada. Al fin y al cabo somos familia, ¿no es así?

—Solo si tú me llamas Ivy.

—Hermano, te advierto que no te servirán de nada tus armas de seducción con mi esposa. Posiblemente termines muy avergonzado si lo intentas —dijo

Stefan con humor.

Tras presentar a los recién llegados al resto de invitados, les sirvieron una cena fría y se fueron a dormir. Pero las horas pasaban y Stefan no podía conciliar el sueño, así que dejó a Ivette acurrucada en la cama y fue a su despacho a tomarse una copa.

—¿Tanto te ha alterado mi presencia que no puedes dormir? —bromeó su hermano desde la puerta.

—Cuando te pones estúpido no hay quien te gane, ¿eh, hermano? Vamos, tómate una copa conmigo.

—Estás preocupado. ¿Qué ocurre? ¿Tu esposa no es lo que esperabas?

—No tiene nada que ver con Ivy. Sinceramente creo que es demasiado buena para mí, y soy un cabrón con suerte. Siéntate... hay algo que quiero contarte.

—¿Qué catástrofe ha ocurrido en mi ausencia?

—Han intentado matar a Ivette. Dos veces.

—¿¿Cómo??

—¡Dios, mi vida es un caos ahora mismo! No sé quién está detrás de todo esto, y cada día que pasa aparecen nuevos sospechosos... Es frustrante.

—A ver, Stefan, céntrate. Empieza por el principio. ¿Estás seguro que es a tu esposa a quien quieren ver muerta?

—Ahora mismo la única que ha resultado atacada ha sido ella. En un principio creí que era el conde D'Arcy, que quería hacerla su amante. Pero el otro día Ivy descubrió el diario de la tía Rose.

—¿Y qué tiene que ver con todo esto la tía Rose?

—En su diario cuenta que tío Joseph tuvo un hijo bastardo, y que lo trajo a esta casa y le mantuvo como sirviente. También cuenta que pensaba que la estaba envenenando, Anthony. Y si es así, ese hombre puede estar detrás de los ataques.

—En primer lugar, la tía Rose estaba loca. Y en segundo lugar, si fuera cierto, ¿por qué no matarte a ti? ¿Por qué atacar a tu esposa? No tiene sentido. Además, yo soy tu heredero mientras no tengas hijos, no ganaría nada asesinandote.

—Es cierto que tú eres mi heredero, pero aparte de Victoria y Alberto nadie más lo sabe. Quizás piense que si termina conmigo el ducado le pertenecerá. Y lo de Ivette... no tengo ni idea.

—Bueno, si Ivette muere no cabe la posibilidad de que tengas un heredero, y quien quiera que sea ese desgraciado contaría con tiempo suficiente para deshacerse de ti mientras guardas duelo por ella.

—No lo había pensado, pero ahora que lo dices, tiene sentido. En cualquier caso estoy investigando a los sirvientes que tenía el tío Joseph de mi edad cuando estaba casado con tía Rose, pero no recuerdo ni uno solo de los nombres, y James

Graham tampoco.

—Te echaría una mano, Stef, pero por esos entonces yo solo tenía un año.

—Me basta con que mantengas los ojos abiertos, ¿de acuerdo? Y si averiguas algo que pueda sernos de utilidad cuéntaselo a Henry Lowell. Es el comisario de Scotland Yard.

—¿Henry? ¿Nuestro Henry?

—Así es, nuestro Henry se ha hecho todo un hombre de honor.

—Y su hermano creía que iba a ser clérigo... ¡Ja! A ese sinvergüenza le gustan las mujeres tanto como a mí.

—Hablando de mujeres, Anthony...

—¡No! ¡Tú también no! Ya me ha dado mamá el sermón durante el viaje hacia aquí, Stef. No quiero oír nada más al respecto.

—Necesitas una esposa, y lo sabes. Tienes que tener un heredero, no tienes la suerte de tener un hermano menor que te salve el cuello y te permita seguir siendo un libertino.

—Tú tendrás hijos menores, y Sarah también. No me negarás que pondrás empeño en esa tarea, ¿verdad? Con esa esposa tan maravillosa que tienes no creo que te cueste trabajo cumplir con tus deberes maritales.

—No vas a usar a mis hijos como conejillos de indias, Anthony. Les mandaré a un colegio antes que dejarlos a tu cargo. Apuesto a que los perderías en cualquier ocasión si te diera la oportunidad.

—Tienes muy mala opinión de mí, Stef. He cambiado, me he convertido en un hombre responsable. Desde que papá murió todo ha cambiado, y lo sabes. No se me ocurriría perder a tus hijos por ahí.

—¿Quieres saber qué es lo que te aporta el matrimonio y que tú quieres perderte? Un oído que escuche tus problemas cuando no sepas cómo seguir. Una mujer que arriesgue su propia vida por salvar la tuya. Alguien que te reconforte cuando algo sale mal. Un ancla para mantenerte firme en mitad de la tormenta.

—Estás enamorado de ella hasta los huesos, ¿eh, hermano?

—No voy a decirte que te cases con la primera heredera que te pongan en el camino, Anthony. Encuentra a una mujer que haga tambalearse tus cimientos, que te acelere la respiración con solo una mirada. Solo entonces, no permitas que nadie te la arrebathe, ponle un anillo en el dedo y tírate de cabeza a la felicidad.

—No puedo creerme que el matrimonio sea tan perfecto.

—¡Oh, te aseguro que no lo es! Discutiréis, habrá noches en las que dormirás solo en otra habitación, pero la reconciliación merecerá la pena.

Capítulo 26

A la mañana siguiente, Ivette se levantó al amanecer para preparar el picnic junto al lago. Hizo llevar un par de butacas y una mesa para las dos embarazadas, y extendieron varios manteles por el suelo, sobre los que colocaron varias cestas con las viandas.

La velada resultó ser divertida, amena... y un respiro para la mente atormentada de Ivette, que desde que había descubierto el diario de Rose no paraba de darle vueltas al asunto del heredero misterioso. A la hora del té, los criados sirvieron pastelillos y dulces. Los hombres jugaron al cricket mientras las mujeres charlaban y jugaban a las charadas. Al atardecer, las parejas dieron un paseo por el campo. Un destello atrajo la atención de Ivette en el justo momento en el que tío James se abalanzó sobre Stefan, lanzándolo al suelo. La flecha se clavó en un árbol a pocos centímetros de la cabeza de la joven, que se desplomó de rodillas inundada por el alivio.

—¿Estáis todos bien?! —gritó el tío James.

—¡Ay Dios mío! —gritó Anna— ¡Sarah, tu vestido!

—Hay que llamar al doctor de inmediato —intervino la madre de Stefan—. Mi hija ha roto aguas.

Andrew tomó a su esposa en brazos y se encaminaron a la casa, seguidos de las mujeres y Stefan, mientras el resto de hombres peinaban la zona en busca del atacante. Encontraron huellas frescas, pero ningún otro indicio de que alguien permaneciese aún por la zona.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Lowell—. Quien quiera que haya sido debe estar muy lejos de aquí.

—Sin un caballo no ha debido llegar muy lejos —protestó James.

—Lowell tiene razón, Graham —intervino Anthony—. No sabemos si tenía un caballo preparado en las lindes del bosque. Sea quien sea lo tenía todo muy bien orquestado.

—Lo que sí sabemos es que el que fuera tenía que estar muy bien informado de las actividades planeadas para hoy —dijo Francis.

—No tiene por qué —contestó Lowell—. Si ha estado vigilando la casa ha visto a los sirvientes acarrear las cosas al lago. Pudo planearlo entonces.

—Así que estamos como al principio —dijo Anthony.

—Eso me temo.

Mientras tanto, la pequeña comitiva llegaba a la casa. Acostaron a Sarah en

su habitación y mandaron llamar al doctor, pero este se demoraba y el pequeño heredero Somerset no tenía intención de esperar. Mary daba vueltas por la habitación, preocupada por la salud de su hija, desesperada por el retraso del doctor.

—¿Dónde demonios está ese maldito médico? —preguntó— ¡Mi nieto no quiere esperar!

—Sebastian aún no ha llegado, milady —contestó Stuart—. Hasta que no vuelva no sabremos nada más

—Ivy, tendrás que ayudarme —dijo Mary con determinación.

—¿Yo? —preguntó asustada— ¡Pero yo ni siquiera he estado embarazada!

—Así irás tomando práctica. Sophie, trae agua caliente y trapos limpios, rápido. Y manda a alguien a servir té en la sala a las damas, estarán preocupadas.

—Sí señora.

—Necesito que te coloques junto a Sarah, Ivy, y le hagas de apoyo para empujar.

—De... de acuerdo.

—Y ahora, querida, empuja con todas tus fuerzas.

Sarah empujó una y otra vez, pero el pequeño no hacía ademán de asomar la cabeza. La madre se quedaba sin fuerzas debido a los dolores, y el sudor le pegaba el cabello a su cara. Mary tanteó el vientre de su hija y su rostro se desencajó.

—Bien, tesoro... tenemos un pequeño contratiempo.

—¿Qué... qué pasa, mamá? —preguntó Sarah asustada.

—Tu pequeño diablillo viene de nalgas, así que tendré que darle la vuelta. Ivette, trae unos cuantos cojines y colócalos bajo la cintura de Sarah, será más fácil hacerlo así.

—De acuerdo.

Una vez colocaron a Sarah en la posición correcta, Mary se puso un delantal y se subió las mangas del vestido hasta los codos.

—Muy bien, ahora voy a darle la vuelta. Ivette, presiona el vientre de Sarah cuando yo te diga. Sarah... tendré que hacerlo desde dentro.

—¡Pero mamá! ¿Sabes bien lo que vas a hacer?

—Ayudé a traer al mundo unos cuantos caballos, tesoro. Esto debe ser parecido. No podemos esperar más, Sarah, o el bebé morirá.

Tras el asentimiento de su hija, Ivette se colocó sobre el vientre de su cuñada y esperó las indicaciones de su suegra.

—Esto te va a doler, cielo, pero debes ser fuerte, ¿de acuerdo?

Mary introdujo la mano en Sarah y sostuvo los pies de su pequeño nieto, que por fortuna los tenía situados apuntando a la entrada.

—Muy bien, Ivette. Apoya ambos antebrazos sobre el vientre y aprieta

deslizándolos hacia mí, ¿de acuerdo?

—Allá voy.

La combinación de los empujones de la joven madre con los esfuerzos de Ivette, consiguieron que Mary pudiese sacar los pies del pequeño por la abertura.

—Muy bien... ya casi está. Ahora aprieta fuerte de la misma manera, Ivy... Y tú empuja fuerte.

Una hora después Mary sostenía entre sus brazos a Andrew Roger Svenson, heredero del marqués de Somerset. Ivette observaba con lágrimas en los ojos como el bebé gorjeaba a su abuela, quien lo puso en brazos de su madre y lo tapó después con una sábana.

En ese momento el doctor Douglas irrumpió en la habitación como una exhalación. Al ver a la madre y al pequeño en perfecto estado, puso en la mesa su maletín y sonrió.

—Veo que milady ha sabido hacer todo el trabajo sin mí —le dijo a Mary.

—Si hubiésemos tenido que esperarle, viejo tardón, mi nieto estaría muerto y mi hija quizás también —espetó furiosa—. ¿Dónde demonios se encontraba?

—En otro parto, me temo. Parece que la luna llena de la noche pasada ha adelantado más partos de los que esperaba. Veamos a ese pequeño bribón...

Ivette y Mary salieron de la habitación para dejar trabajar al médico. Estaban completamente extenuadas, y cuando Stefan se acercó a su mujer, ella se dejó caer entre sus brazos.

—Parece que habéis salvado el mundo —bromeó.

—Stefan... No quiero pasar por lo que acaba de vivir tu hermana. Como tu hijo venga de nalgas te juro que me vengaré.

—Vamos... seguro que no ha sido para tanto.

—¿Que no ha sido para tanto? ¡Había sangre por todas partes! Sarah gritaba, y yo tenía que empujar, y...

—Mi amor —la interrumpió él—, te prometo que tú no pasarás por lo mismo.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque pienso raptar al doctor Douglas en el séptimo mes de embarazo.

Mary caminaba por los pasillos buscando la cocina. Necesitaba subir un poco de caldo a Sarah, la pobre había pasado un mal trago y necesitaba comer algo y dormir un poco. Vio por el rabillo del ojo una camisa manchada de sangre. ¿Habrían herido a Stefan? No, acababa de verle subir a Ivette a su habitación. Entró con paso decidido en la estancia para encontrarse con James Graham, desnudo de cintura para abajo, intentando quitarse la camisa sin éxito.

—¿Te han herido? —preguntó preocupada.

—¡Por Dios, mujer! ¿Acaso no sabes llamar a la puerta? —protestó el hombre intentando cubrir sus partes íntimas.

—¿Quieres desangrarte? Tampoco es que tengas algo distinto a lo que haya visto en mi marido, así que estate quieto y déjame ver esa herida.

—Quizás te dé una apoplejía al ver a un auténtico hombre escocés... —bromeó.

—Te tienes en muy alta estima, Graham. Vamos, déjame ver la herida.

—Puedo atender mi herida perfectamente, Mary. Ve a ver a tu hija.

—James Graham, o te sientas ahí y me dejas ayudarte, o apretaré los dedos en la herida para que te desangres.

—De acuerdo, lo siento... Pero si querías verme desnudo solo tenías que pedirlo, *sassenach*.

Mary sonrió disimuladamente mientras se deshacía de la camisa de James. Por fortuna solo tenía un rasguño, la flecha solo le había rozado al pasar.

—Es solo un rasguño, grandullón. Voy a buscar algo con lo que curarte.

Encontró una botella de Whisky en el despacho de su hijo, y pidió a Sophie trapos limpios y agua caliente. Limpió con cuidado la herida del escocés, la desinfectó con el licor y la vendó con cuidado.

—Ya está. Ahora deberías descansar.

—Es solo un rasguño, sobreviviré. Ayúdame a vestirme, por favor. En el armario tengo ropa limpia.

Mary ayudó con cuidado al duque a ponerse la camisa, el chaleco y la casaca, pero no tenía ni idea de cómo se ponía esa falda escocesa que solía usar, ya que extendida sobre la cama parecía más un trozo de tela.

—Tendrás que decirme cómo se pone la falda, no tengo ni idea.

—¡Ouch! ¿Falda? ¡Eso no es una falda, mujer! Es un kilt. Y creo que por ahora podré apañarme con un pantalón. No siempre voy vestido de escocés, *bòidhchead*.

La cercanía con el apuesto duque puso a Mary nerviosa, que desde que murió su esposo no había estado con ningún hombre. El aliento de James acariciaba su cuello desnudo mientras le ayudaba a colocarse las botas, y cuando terminó su tarea se alejó rápidamente de él para recuperar la compostura.

Pero James se dio cuenta de su inquietud. Lo notó en su respiración agitada, en el brillo de la pasión reflejada en sus ojos azules. Mary era toda una belleza, y él llevaba demasiado tiempo solo.

—Gracias, Mary, por tu ayuda. Me temo que voy a tener que abusar de tu hospitalidad. ¿Me ayudas a levantarme?

La mujer se acercó titubeante, y cuando la tuvo a un milímetro de distancia, tiró de ella hasta tumbarla en la cama, situándose sobre ella.

—¡¿Pero se puede saber qué demonios estás haciendo?! ¡Vas a hacerte daño!

—Agradecerte tu ayuda como es debido, *mo ghràdh*. Te has excitado, ¿no es cierto? Te ha gustado lo que has visto.

—¡No digas sandeces! ¡Suéltame!

—Ni lo sueñes, preciosa. Voy a besarte hasta que reconozcas que te gusto, así que más vale que cojas aire.

Mary no tuvo oportunidad de replicar. Los labios de James se unieron a los suyos suavemente, permitiéndole acostumbrarse a su tacto, a su sabor. Su lengua tanteó sus labios, y ella le dejó libre acceso para que la recorriera y se deleitase con las mieles de los suyos. Un calor que creía olvidado comenzó a subir por su vientre, comenzó a percatarse del roce de la pierna del hombre contra sus muslos, de su pecho contra el de ella.

La pasión volvió a la vida, pero con una fuerza desconocida hasta entonces. Lo que con el padre de sus hijos había sido una cándida pasión, con James Graham estaba convirtiéndose en llamaradas de lujuria. Enredó los dedos en el largo cabello del escocés, acercándolo más hacia sí, dándole el permiso que él le estaba pidiendo con sus besos.

James la llevó a la locura, le enseñó de nuevo lo que era el placer, la pasión, las ganas de vivir. Hicieron el amor sin prisa, deleitándose en cada caricia, en cada beso, en cada mirada. La vorágine llegó gradualmente, y cuando Mary se dejó llevar, supo que nunca más volvería a ser la misma mujer, porque ese maldito escocés acababa de meterse bajo su piel, en su alma.

Capítulo 27

La temporada social llegaba a su fin, y por desgracia Ivette no podría disfrutarla tal y como su esposo le había prometido. No era culpa suya, pues aparecer en alguno de los eventos de Londres sería ponerse en el punto de mira del asesino, pero eso no significaba que ella no se sintiera triste por ello.

Durante el tiempo que llevaban en Kent se dedicaron a relajarse, a disfrutar el uno del otro... pero sobre todo a amarse. Habían sido las dos semanas más maravillosas de la vida de Ivette, pues había tenido a su esposo casi en exclusiva para ella. En las contadas ocasiones en las que Stefan tenía que trabajar en su despacho, ella permanecía sentada en el diván, leyendo algún libro mientras oía el crujir de la pluma sobre el papel.

Se levantaban cerca del mediodía, jugaban al ajedrez o a las cartas o simplemente se tumbaban en el jardín, donde Stefan permanecía con los ojos cerrados escuchando la cadenciosa voz de su esposa. Por las tardes, montaban a caballo, paseaban por el jardín o iban al pueblo.

Una mañana, una visita inesperada sorprendió a Ivette. Beth, una de sus mejores amigas, se presentó en su casa con cara de preocupación. Tras acomodar a su dama de compañía y mandar a su amiga a refrescarse, pidió que sirvieran el té y se reunió con ella.

—¿Qué ocurre, Beth? No es normal que hayas aparecido sin avisar. ¿Te encuentras bien?

—Sí, por supuesto que estoy bien. Siento haberme presentado así, pero necesito tu ayuda desesperadamente. Ni siquiera he informado a mamá de que iba a venir...

—Tú dirás.

—Si no fuera importante no te lo pediría, Ivy, pero es urgente, y no tengo a nadie más a quien acudir, y...

—¡Beth! Céntrate y cuéntame qué ocurre.

—Mi abuela ha caído enferma, y mi madre tiene que viajar a Bath para estar con ella.

—Lo siento, querida. ¿Para qué me necesitas? —Beth permaneció en silencio, retorciéndose las manos, cabizbaja—. ¡Por Dios, habla de una vez!

—La temporada está a punto de terminar, y aún no he conseguido marido. Y si me voy con mi madre a Bath... Ya sé que dadas las circunstancias es una locura pedirte esto, pero... ¿Serías mi carabina hasta que termine la temporada?

—Beth, no creo que sea buena idea cuando un asesino anda suelto y quiere mi cabeza y la de mi marido. Además, si no encuentras marido en esta temporada lo conseguirás en la siguiente.

—¡Pero Ivy, seré el hazmerreír de la sociedad! Me quedaré solterona, y mi vida quedará reducida a ser la institutriz de alguna mocosa malcriada. Te necesito...

Ivette sabía que su amiga estaba siendo exagerada, y que nada de lo que le había dicho ocurriría en realidad. Beth era una mujer muy bella, con su cabello dorado y sus ojos castaños, y estaba segura de que tan pronto como apareciese en los salones de baile al año siguiente, conseguiría que una horda de petimetres girasen a su alrededor. De hecho dudaba que eso no hubiese ocurrido este año, pero era su amiga, y no podía dejarla pasar por la angustia en la que estaba sumergida por culpa de su baja autoestima.

Suspiró hondo y se dejó caer en el sillón, al lado de Beth.

—De acuerdo, hablaré con Stefan. Iremos a la ciudad y te acompañaré a los bailes.

—¡Gracias, gracias, gracias! No sabes lo que significa para mí, Ivy. Te compensaré, te lo prometo.

—Solo a los bailes, Beth. Nada de andar paseando al aire libre, nada de regatas, ni la ópera, ni el teatro. Y nada de conciertos. Bastantes intentos de asesinato hemos tenido ya.

—Te lo prometo, solo a los bailes de las grandes matronas.

—Anda, ahora vuelve a casa, tu madre debe estar preocupada.

Cuando su amiga se hubo marchado, Ivette se encaminó al despacho de su esposo, inspiró con fuerza y abrió la puerta, dispuesta a enfrentarse a una discusión.

—Mmm... Estaba pensando en tomarme un respiro, pero esto es mucho mejor —dijo Stefan separando su silla del escritorio—. Ven aquí, pequeña.

Ivette hizo caso a su marido y se sentó sobre sus rodillas, pasó los brazos por su cuello y le besó en los labios. Lo que empezó como un suave beso de bienvenida comenzó a tomar otro cariz, y antes de que se diera cuenta las manos de Stefan estaban hurgando en los lazos de su vestido. Apartó a su marido sin mucha convicción y le miró a los ojos.

—Tengo que hablar contigo —susurró.

—Ivy, ahora no... te deseo tanto...

—Y yo a ti, pero es importante.

—Hablemos después, mi amor.

—Por favor, es importante.

Stefan se quedó mirándola un segundo sin tan siquiera moverse, pero al ver la preocupación en los ojos de su esposa se separó lentamente de ella.

—Ese tono no me ha gustado nada, Ivy. ¿Qué ocurre?

—Sé que te vas a enfadar, así que antes de nada lo siento muchísimo.

—Ivette... ¿Qué has hecho?

—Ha venido a verme Beth. Su madre tiene que ir a casa de su abuela para cuidarla, pues ha caído enferma, y por tanto ella no podrá terminar su temporada social.

—No, Ivette. Ni se te ocurra pedírmelo.

—¡Pero me necesita! ¡No tiene a nadie más a quien acudir! ¿Cómo voy a dejarla en la estacada?

—¡Un asesino quiere vernos muertos, por amor de Dios! ¡¿Acaso no es esa causa suficiente para permanecer lejos de Londres?!

—¡Solo la acompañaremos a los bailes, nada más! Ya le advertí que no habría actividades al aire libre.

—¡He dicho que no iremos, y es mi última palabra! —gritó Stefan.

—¡Pues si no quieres acompañarme quédate aquí tú solo! ¡Pienso hacer esto por mi amiga te guste o no!

—¡No quiero que te pase nada, maldita sea! ¡¿Tan difícil es de entender?!

—Pues ven conmigo. Protégeme. Porque pienso volver a Londres mañana mismo tanto si me acompañas como si no.

—¡Está bien, maldita sea! —Stefan inspiró hondo para calmarse—. Nada de actividades al aire libre. Nada de ir al teatro o a la ópera. Nada de alejarte de mi lado sin que yo lo sepa. No es buena idea, maldita sea, Ivy... No lo es.

—Lo sé, pero no puedo dejar de hacerlo.

Stefan permaneció el resto del día encerrado en su despacho, mandando misivas y preparando la seguridad de los próximos días. Su marido estaba muy enfadado, lo sabía, pero no tenía otra alternativa. Su amiga necesitaba su ayuda, y ella iba a prestársela costase lo que costase.

Esa noche su esposo no se presentó a cenar... ni a dormir. Permaneció encerrado en su despacho hasta que las luces del alba despuntaron en el cielo, momento en el que entró a su propia habitación para cambiarse de ropa y prepararse para el viaje.

Su tío James tampoco estaba muy de acuerdo con su decisión, y se lo dejó muy claro cuando su marido le pidió que se adelantara a Londres para revisar la seguridad de la casa familiar.

—¡¿Acaso te has vuelto loca, mujer?! —gritó entrando en su salón— ¡¿Es que quieres que te maten?!

—Tengo que hacerlo, tío James. Mi amiga necesita ayuda.

—¡Lo que necesitáis las dos es una buena azotaina! ¡Y bien sabe Dios que te la daría ahora misma con gusto! ¿Te has parado a pensar en que puedes acabar muerta? ¿Y Stefan también?

—Solo acudiremos a los bailes, nada más. Beth necesita un esposo, y yo haré todo lo que sea necesario para proporcionarle la oportunidad de conseguirlo.

—¿Un esposo? ¿Y por qué demonios no puede esperar a la próxima temporada? ¿Acaso ha sido deshonrada?

—¡Por supuesto que no! ¿De dónde has sacado esa idea tan absurda?

—Una mujer solo necesita un esposo cuando está embarazada o su familia arruinada, y sé perfectamente que la familia de tu amiga tiene más dinero del que podrían llegar a gastar.

—Beth es una mujer muy insegura, y necesita que algún hombre se fije en ella para sentirse bien consigo misma.

—Insegura... ¡Lo que es, es una inconsciente! ¿Cómo se le ocurre pedirte semejante barbaridad? ¿Acaso creyó que la flecha que le dispararon a Stefan en su presencia era parte de una obra de teatro?

—Por favor, Tío James. Ya tengo bastante con los gritos de mi esposo, así que si vas a ponerte de su parte, te agradecería que te fueses a gritar a otro lugar, porque no pienso cambiar de opinión.

—Stefan es demasiado blando contigo, Ivette. Debería haberte puesto sobre sus rodillas para azotarte hasta que entrases en razón. Ya lo creo que lo necesitas.

Dicho esto, su tío desapareció de su vista, y no había vuelto a verle desde entonces. El viaje de vuelta a Londres fue terrible. Stefan no le dirigía la palabra desde la discusión del día anterior, y los remordimientos estaban haciendo mella en la determinación de Ivette.

—Parece que va a hacer un buen día —comentó para intentar romper el hielo.

Stefan permaneció en silencio, leyendo el libro que tenía entre manos. Sabía que estaba siendo duro con su esposa, pero la irresponsabilidad que estaban a punto de cometer por culpa de uno de sus caprichos iba a volverle loco.

—¿Puedes hablarme, por favor? —rogó ella— No soporto tu silencio.

—Yo no soporto ponerte en peligro por un capricho de una niña malcriada, así que estamos en paz.

Ivette no intentó entablar conversación durante el resto del viaje, así que se dedicó a leer o a mirar por la ventana mientras llegaban a Londres. En cuanto estuvieron en su casa de Mayfair, Stefan se encerró en su despacho y no volvió a salir de él. Ni siquiera se presentó a la cena. La paciencia de Ivette se resquebrajaba, y centró sus esperanzas en seducirle aquella misma noche.

Se metió desnuda entre las sábanas y esperó... pero al cabo de dos horas de espera Stefan entró en su propia habitación. El chasquido del pestillo de la puerta que conectaba ambas habitaciones hizo que Ivette golpeará el colchón, frustrada.

—¡Maldita sea!

Abrió el cajón con fuerza, se puso un camisón maldiciendo por lo bajo y tras

golpear la almohada con más fuerza de la necesaria se acostó dispuesta a dormir... Aunque esa noche no pegase ojo.

Stefan oía maldecir a su esposa en la otra habitación mientras abría y cerraba los cajones del armario. Sonrió satisfecho, sabiendo que le acababa de dar de su propia medicina. Sabía que él no iba a pegar ojo en toda la noche, pero tenía la satisfacción de que su esposa tampoco iba a dormir demasiado.

Cuando Ivette le informó de sus planes inmediatos, se sintió furioso. No solo porque no había sido capaz de pedirle consejo, sino porque era capaz de poner su vida en peligro deliberadamente por un capricho de una niña malcriada. ¿Y qué ocurriría si el asesino volvía a atacar? Alguno de los dos terminaría muerto, y todo porque su amiga Beth no soportaba esperar un año más para casarse. ¿Qué tenía esa mujer en la cabeza, serrín?

La noche anterior no consiguió dormir demasiado, atormentado con pesadillas en las que su esposa moría a manos de ese desalmado. Se despertó sudoroso, temblando, y lo único que le calmó fue un buen trago de whisky. James había viajado a la ciudad en cuanto le contó los planes de su estúpida sobrina para asegurarse de que la casa familiar era segura, no sin antes intentar hacerla entrar en razón. Había escuchado los gritos del escocés desde su despacho, y tenía que reconocer que había disfrutado enormemente la tremenda regañina que su esposa había tenido que soportar.

Se levantó de la cama, cansado de dar vueltas, y se acercó al despacho a servirse una copa. James ya estaba allí, repantigado en un sofá y dando buena cuenta de su whisky.

—Veo que tú tampoco puedes dormir —dijo Stefan.

—No, y este maldito whisky no sirve para nada. ¿Acaso no sabes que el whisky tiene que ser escocés? —preguntó James haciendo girar el licor en su copa— Esto no tumbaría ni a una hormiga, muchacho.

—Parece que aún así no le has hecho desprecios.

Stefan cogió un vaso del armario y le arrancó a James la botella de la mano, se sirvió una buena copa y volvió a pasarle la licorera.

—No puedo quitarme de la cabeza la sensación de que algo saldrá mal —dijo el escocés—. Toda esta situación es ridícula.

—Lowell está avisado, y en cuanto sepa a qué malditos bailes acudiremos le dejaré una lista para que aposte a cuantos agentes pueda en ellos. Christopher y Samuel no perderán a Ivette de vista ni para ir al excusado, y tus hombres están recabando información sobre quiénes eran los niños que vivían con mi tío. No hay nada más que podamos hacer.

—¡Claro que lo hay, muchacho! Por muy sobrina mía que sea, tu mujer es más testaruda que una maldita mula. Dale una azotaina, échatela al hombro y vuelve con ella a Kent, donde estaréis a salvo.

—¿Y arriesgarme a que deje de hablarme de por vida? No, gracias. Me gusta tener una mujer dispuesta en la cama todas las noches.

—Hijo, me temo que como no tengas cuidado ese desalmado acabará con ella, y entonces te arrepentirás de no haberme escuchado.

Dicho esto, James salió del despacho, dejando a un Stefan pensativo... y atormentado.

Capítulo 28

En cuanto la reina se enteró de que los duques de Devonshire volvían a estar en Londres, mandó a llamar a Ivette. La joven sabía que le iba a caer una buena regañina, así que se dirigió al palacio de Buckingham resignada, acompañada de Christopher y Samuel.

Cuando estuvo en presencia de la reina, Ivy agachó la cabeza y suspiró. Victoria no dijo ni una sola palabra. Permaneció en silencio, observando a su duquesa y esperando que fuese ella la que rompiese el tenso silencio.

—Majestad, si espera que me disculpe por lo que estoy haciendo lamento desilusionarla, pero no lo haré. Mi amiga me necesita y soy incapaz de dejarla en la estacada.

—Tienes agallas, querida, de eso no hay duda. Podría castigarte por tu desobediencia. Lo sabes, ¿verdad? Estás cometiendo una soberana estupidez. ¿Te das cuenta de que te estás exponiendo deliberadamente a que os maten?

—Soy consciente de ello, majestad, pero tendré sumo cuidado.

—Eres una inconsciente. Te tenía por una joven inteligente, pero veo que me equivoqué. No solo estás poniendo tu vida en peligro, sino también la de mi querido amigo Stefan. Sin embargo, por el cariño que le tengo dejaré en sus manos el decidir si te castiga o no.

—Gracias, majestad.

—Tu amiga no ha sido presentada a la corte aún, y en unas semanas será la última presentación de la temporada. No suelo hacerlo, pero esta vez, después de que las debutantes desfilen en mi presencia, organizaré una cena en su honor. Y espero que esa niñata malcriada encuentre marido, porque pase lo que pase en esa cena, al día siguiente volverás al campo, y ella regresará con su madre a la espera de un castigo.

—Como guste, majestad.

—Que quede claro que lo hago porque sé que es la única forma de convencerte para volver a Kent, Ivette. Y te aseguro que si tu esposo me pide que te castigue, lo haré.

Ivy salió del salón de la reina y se dirigió con paso decidido al carruaje. Si en unas semanas tenía que volver a *Lifford Manor*, debía darse prisa. Lo primero que hizo fue ir a casa de su suegra, a unas pocas manzanas de su casa. Sabía que era una falta de cortesía ir sin avisar, pero la situación lo requería.

Cuando el mayordomo la hizo entrar, y mientras le ayudaba a quitarse el

abrigo, Ivette se sorprendió al ver a su tío James bajar las escaleras metiéndose la camisa por los pantalones.

—¿Tío James? ¿Qué estás haciendo aquí... y en ese estado?

—¿Y tú qué demonios haces aquí? Tendrías que estar en casa manteniendo tu pellejo a salvo.

—La reina me mandó llamar y me puso un ultimátum, así que no tengo tiempo que perder.

—Al menos ella sabe ponerte en tu sitio. Mary bajará en un minuto, espérala en el salón. Yo tengo que irme.

—Con que Mary, ¿eh? —dijo ella sonriendo— Aquí hay algo que no me estás contando, ¿verdad, tío?

—¡No seas maleducada, niña! ¡No tengo tiempo para tonterías! Espero que hayas traído a tus protectores contigo, o te juro que te daré tal paliza...

—Están tomando tarta en la cocina, descuida. No soy tan irresponsable como crees.

—Entonces me marchó. Nos vemos en la cena.

—Adiós, tío.

Ivette sonreía divagando sobre la presencia de su tío en casa de Mary Cavendish. Por lo que había podido dilucidar, ambos parecían mantener una aventura amorosa. Ahora que lo pensaba, desde que les había presentado en *Lifford Manor* su tío había empezado a comportarse de manera extraña. Muchos días viajaba a la ciudad con la excusa de tener que arreglar algún negocio, pero la verdad es que era raro que en esos viajes volviese a casa a dormir.

Por su parte, Mary les visitaba con mucha regularidad, y por las noches había oído cierres de puertas sospechosos y risas ahogadas. Si ese era el caso, se alegraba enormemente por ellos. Su tío jamás se había casado, y Mary era una mujer encantadora que se merecía volver a ser feliz.

En cuanto sirvieron el té, su suegra apareció por la puerta ataviada con un sencillo vestido de muselina azul.

—Ivette, eres una irresponsable. Deberías estar en Kent, a salvo, y no haciendo de anfitriona de una debutante poniéndote en peligro.

—Por favor, Mary, tú no. Ya me he llevado una buena regañía por parte de la reina.

—Te la mereces, y también una buena azotaina.

—Necesito que me ayudes. La reina ha limitado mi estancia en Londres, y necesito tener a Beth comprometida para la última presentación a la corte de las debutantes.

—Esa jovencita va a ponerte en peligro para nada. Solo faltan dos semanas para la última presentación de debutantes, y si no ha conseguido un marido en meses, no creo que lo haga en tan poco tiempo.

—Necesitamos acudir al mayor número de bailes posible. Cuantos más bailes visitemos, más visible será Beth.

—Mañana por la noche hay un baile en Almack's. Sería una oportunidad excelente para que Beth se luciese, y la condesa de Euston me debe unos cuantos favores. Algún caballero se fijará en ella, es una joven hermosa y de buena familia.

—No tenemos tiempo que perder, Mary. Hice una promesa y debo cumplirla.

—Dedícate a dormir esta noche, querida, porque me temo que en las siguientes dos semanas no vas a pegar ojo.

Las predicciones de Mary no se quedaron cortas. A tres días de su marcha a Kent, Ivette había aborrecido enormemente la temporada. Estaba cansada de bailes, de reuniones para tomar el té, de visitas en casa de los caballeros que querían cortejar a Beth... pero sobre todo estaba cansada de la indiferencia de su esposo.

Aunque en los diferentes eventos sociales se mostraba como un marido solícito y enamorado, en la intimidad se dedicaba a encerrarse en su despacho y a dormir en su alcoba, pasando el mínimo tiempo con ella. Hablaban justo lo necesario, la intimidad era nula, e Ivette estaba a punto de subirse por las paredes. Se pasaba las noches llorando en silencio, anhelando el abrazo de su testarudo esposo, y deseando que todo volviese a la normalidad. Aunque en realidad, dudaba que así fuera. Parecía que el agravio contra Stefan había sido mayor de lo que imaginada, y rezaba todas las noches porque llegase el día en el que él la perdonara.

Ese día no tenía ganas de bailes, y mucho menos de escuchar a Beth quejarse de todos los jóvenes que osaban cortejarla. Su amiga había resultado ser una consentida malcriada que ni siquiera sabía lo que quería, e Ivette estaba más que harta. A pesar de la infinidad de caballeros que habían aparecido por casa deseando cortejarla, Beth se limitaba a sonreírles e ignorarles alegando que no eran lo que ella estaba buscando. “¿Y qué, por amor de Dios, está buscando?” se preguntaba Ivette a todas horas.

Bajó al salón a la hora de la comida, y se encontró con James y con Beth, que comía y parloteaba sobre el baile que esa noche se daba en casa de la condesa de York.

—No vamos a ir —sentenció Ivette tras sentarse y dar buena cuenta de su plato.

—¿Cómo dices? —preguntó Beth dejando la cuchara a medio camino de su boca.

—Estoy muy cansada. Apenas he dormido en dos semanas, llevo varios días levantándome indispuesta, y necesito descansar.

—¡Pero Ivette! ¡Solo quedan dos días! ¡No puedes hacerme esto! ¡Me lo

prometiste!

—¿Pero se puede saber qué demonios pasa contigo?! —gritó— ¡Estoy arriesgando mi cuello por ti! ¡Mi esposo no me habla por tu culpa! ¿Acaso eso no te parece suficiente?

Se levantó, lanzó malhumorada la servilleta en la mesa y se dirigió a la puerta con paso cansado.

—He dicho que esta noche no iremos a ningún baile, y es mi última palabra. Si mañana en la cena de la reina no has encontrado al caballero que dices que buscas, volverás a Bath con tu madre y esperarás el castigo de la reina.

—¡Pero...!

—¡Se acabó, Beth! ¡Mi marido te tiene por una niña consentida y en estas semanas me estás demostrando que tiene razón! ¡Es mi vida la que está en juego, no la tuya! ¿Tan poco vale mi vida para ti que no dejas de quejarte? Buenas noches, tío James.

Dicho esto, Ivette salió del comedor dando un portazo. Subió corriendo las escaleras, se encerró en su habitación... y lloró.

Stefan había oído toda la discusión desde el descansillo de las escaleras. Había pensado en firmar una tregua con Ivette, comer con ella y dejar las diferencias a un lado. A fin de cuentas, las dos semanas habían pasado sin ningún contratiempo, y sabía que en la cena de la reina nadie se atrevería a hacerles daño. Estaba cansado de dormir solo, de no acercarse a su esposa, pero sobre todo estaba harto de su celibato. Necesitaba a Ivette tanto como al aire para respirar, y quería volver a Kent con una esposa dispuesta y feliz.

Se alegraba de que Ivette se hubiese dado cuenta de la personalidad de su amiga, pero eso no quería decir que le alegrase el verla tan disgustada. Subió las escaleras despacio, dándole tiempo a calmarse. La puerta de su habitación estaba cerrada por dentro, así que entró por la puerta de su propio dormitorio para descubrirla llorando desconsolada, tumbada en la cama y abrazada a la almohada.

Se le partió el corazón al verla tan infeliz. Debería haberse mantenido alejado, pero fue incapaz de marcharse sin consolarla. Se acercó, se tumbó junto a ella y la abrazó. Ivette apretó su chaqueta entre sus dedos y el llanto se tornó más desgarrador. Verla así le estaba partiendo el alma. Si bien era cierto que había estado muy enfadado con ella, no quería verla sufrir de esa manera, y mucho menos por una mocosa consentida.

—Perdóname, mi amor —sollozó la joven—. Tenías razón... Lo siento.

—Shh, ya está.

—He sido tan estúpida... —dijo entre hipidos— Nos he puesto en peligro para nada.

—Mi amor, cálmate.

—Es que... ¡Maldita sea, no lo entiende! ¡Cree que... lo hago para fastidiarla!

—No le des más vueltas, Ivy. Déjalo estar. Mañana cenaremos con la reina y volveremos al campo. Ya está.

—Pero... te he defraudado...

—No digas bobadas. No me has defraudado. Me has enfadado mucho, eso sí... pero jamás podrías defraudarme.

—¿Me... me perdonas?

—Ven aquí.

Stefan se apoderó de su boca con ternura. Saboreó las lágrimas de su esposa, su dulzura y su anhelo. Ivette se agarró a su cuello con desesperación, y él la desnudó lentamente. ¿A quién quería engañar? Había estado muerto en vida por ella durante esos días. Necesitaba a su esposa con desesperación, y no estaba dispuesto a perderla por su maldito orgullo.

Saboreó cada recoveco, cada centímetro de piel que dejó al descubierto mientras la desnudaba. Lamió sus pechos, su cintura, el dulce néctar de su sexo, y cuando su mujer estuvo a punto de perder la cordura, se puso de pie para desnudarse. Ella se colocó de rodillas en la cama para ayudarle con los botones de la camisa. Entre botón y botón reclamaban sus bocas hambrientos, y entre risas y tropezones terminaron tendidos en la cama. Cada centímetro de su miembro que introducía en ella, era un kilómetro menos que le separaba del paraíso. Cuando estuvo enfundado hasta la empuñadura, miró a su esposa a los ojos, muy serio.

—Echaba tanto de menos estar enterrado en ti, Ivette... Ha sido un infierno estar sin ti todo este tiempo.

—Creí que jamás ibas a perdonarme. Creí que te había perdido para siempre.

—Eso nunca, mi amor. Puedo enfadarme contigo mil veces, estar días sin hablarte, pero no me perderás por una nimiedad como esa.

—Te prometo que jamás volveré a desobedecerte, Stefan. Te prometo que voy a ser una esposa obediente.

—Mi amor... no quiero una esposa obediente. Te quiero a ti... tal y como eres.

Comenzó a moverse despacio, con acometidas acompasadas, acompañadas de caricias certeras. Su esposa gemía, se retorció, lloraba de puro deleite. Cuando su sexo se convulsionó presa del orgasmo, arrastró a Stefan al suyo propio.

Se durmieron uno en los brazos del otro, tranquilos por primera vez desde que partieron de Kent. Esa noche no hubo pesadillas para el duque, ni tampoco lágrimas para la duquesa.

Capítulo 29

La presentación en la corte era el momento más importante de las debutantes en su primera temporada social. Las jóvenes se vestían con sus mejores galas para presentarse ante la reina Victoria, que era la encargada de marcar la vida de la muchacha hasta el día de su muerte. Las jóvenes damas esperaban impacientes en la sala de pinturas de la reina, acompañadas de su madre o su mentora, hasta que llegaba su turno de comparecer ante Victoria.

Ivette estaba esa mañana especialmente contenta. En primer lugar, había hecho las paces con Stefan, y en segundo lugar por fin terminaría el calvario en el que ella solita se había metido. ¡Qué equivocada había estado con Beth! Debería haberle hecho caso a su marido y no haber cedido a los caprichos de su amiga, pero ahora no merecía la pena lamentarse.

Llegó el turno de Beth de entrar a ver a la reina.

—Excelencia —dijo el criado—, su majestad ha ordenado que acompañe a la joven.

Todas las matronas presentes empezaron a cuchichear al ver el trato especial que se le daba a la duquesa, pero ella levantó la barbilla y siguió a Beth. La reina estaba sentada en un enorme sillón vestida con sus mejores galas. En cuanto Ivy se acercó, le hizo un gesto para que se sentase a su lado, y dejó a Beth de pie frente a ella, a la espera de su aprobación.

—Así que tú eres Beth —dijo la reina.

—Sí, majestad —contestó la muchacha sin levantar la vista.

Victoria se puso de pie y comenzó a dar vueltas alrededor de la joven.

—La caprichosa, mimada e imprudente Elizabeth Hamilton. Estoy muy enfadada contigo, querida. ¿Sabes por qué?

—No, majestad.

—¿No? ¿Seguro? Mi duquesa te tenía por una jovencita inteligente, pero veo que estaba equivocada. Estoy enfadada porque has puesto en peligro a los duques de Devonshire. Estoy furiosa porque a pesar del enorme riesgo que han corrido por ti, no has tomado en cuenta a ningún pretendiente, y por eso voy a castigarte.

—¿Cas... castigarme?

—Eso es, pensaba darte de plazo hasta esta noche, pero lo he pensado mejor. En vistas de que no has sido capaz de tener la consideración de elegir a un esposo, yo lo elegiré por ti. Pero no sabrás quién es el elegido hasta que yo lo considere oportuno, Beth. Ese será tu castigo. Mañana volverás con tus padres, que

recibirán una misiva cuando sea el momento de casarte.

—¡Pero majestad! —protestó la joven.

—¿Osas contradecirme?

—No, por supuesto que no. Aceptaré su castigo.

—Muy bien, y ahora alegre esa cara y márchate. Tengo que hablar con tu mentora.

Ivette permanecía callada, pero en el fondo sentía pena por su amiga. Por muy mal que se hubiese portado, consideraba que ese castigo era demasiado severo. Sabía de primera mano lo que era sentir la agonía de verse obligada a casarse, y Beth se desesperaría si la reina no le decía pronto quién era el elegido.

Victoria se acercó a ella y se sentó con un suspiro.

—Espero que esa niña malcriada aprenda la lección. Así empezará a pensar más en los demás y a no anteponer sus deseos a la seguridad de nadie.

—No creo que sea capaz de aguantar la angustia de la incertidumbre, majestad. Sé de primera mano lo mal que se pasa.

—Ese es su castigo por haber sido una muchacha malcriada, Ivette. Además, sabes que jamás se me ocurriría casarla con un hombre demasiado mayor, como hizo el desalmado de tu padre contigo.

—Lo sé, pero...

—Ivette, a esa niña le hace falta un toque de atención. Sus padres la han mimado en exceso, y tiene que aprender que no siempre puede salirse con la suya. Cambiando de tema, ¿cómo te encuentras? Me ha dicho Anna que llevas varios días indispuesta.

—No es nada, majestad. Estoy muy cansada, demasiados bailes y reuniones para mí. Estoy segura de que en cuanto descanse un poco en Kent estaré mucho mejor.

—¿Hago llamar al médico? Me quedaría más tranquila si te examinara.

—Estoy bien, se lo prometo. Mañana dormiré durante todo el viaje hasta *Lifford Manor*, y pronto estaré como nueva.

—De acuerdo, no insisto más. Nos vemos en la cena entonces, querida. Aún me quedan bastantes mocosas por inspeccionar.

Ivette se fue a su habitación para descansar un poco antes del baile. Stefan la encontró tumbada en la cama, sin tan siquiera descalzar, dormida profundamente. Sonrió antes de quitarle los zapatos, deshacerse de su chaqueta y sus botas y tumbarse junto a ella. Sabía que su mujer estaba agotada, y no era de extrañar. Él solo acudía a los bailes, y aún así estaba empezando a notar el resultado. A las tardes de té y las visitas sociales las acompañaban Christopher y Samuel, y él aprovechaba para hacer investigaciones sobre los niños misteriosos que tuvo contratados su tío.

En ningún lugar constaban los nombres de los niños que habían trabajado

para su tío. No había constancia de que su misterioso heredero hubiese recibido una educación, y mucho menos de que hubiese recibido alguna asignación por parte de su progenitor. Cada vez que encontraba algún dato nuevo para investigar, terminaba frustrado por llegar nuevamente a un punto muerto. Y la tranquilidad que reinaba a su alrededor le tenía con la piel de gallina. ¿Por qué ese desgraciado no actuaba? ¿A qué demonios estaba esperando para volver a atacar?

Ivette abrió los ojos lentamente y acarició su ceño fruncido. Stefan cogió su mano y se la llevó a los labios para darle un beso en la palma.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella— Estabas con el ceño fruncido.

—Me siento frustrado, mi cielo. No llegamos a ninguna parte con nuestras investigaciones, y esta tranquilidad me tiene con los nervios crispados. El desgraciado está planeando algo gordo, y que me lleve el demonio si sé lo que es.

—Esta noche no va a ocurrir, de eso estamos seguros. Así que relájate un poco y disfruta de la cena, ¿de acuerdo?

—Lo siento, mi amor, pero no puedo estar tranquilo sabiendo que hay un asesino suelto que quiere acabar contigo.

—Tal vez pueda hacerte olvidarlo por unos minutos —dijo ella coqueta.

—¿Ah sí? ¿Y qué tienes en mente?

—Tal vez pueda empezar con esto —dijo besando su mejilla—, o esto. —Mordió el lóbulo de su oreja.

—No funciona, Ivy —dijo él tumbándose con los brazos tras la cabeza—. Deberás esmerarte más.

Ivette acercó su boca a la de su esposo y le besó. Los labios de su mujer eran persuasivos, tentadores, un bocado del fruto prohibido que le pertenecía solo a él. Stefan enredó los dedos en el cabello de su esposa y acarició lentamente su nuca. Ivette se sentó a horcajadas sobre él sin despegar sus bocas, y él no pudo resistir la tentación de rodear su cintura con ambos brazos para atraerla más hacia su cuerpo.

Ella se separó para desabrochar los cordones del vestido y dejarlo resbalar por sus hombros. Sus pechos llenos saltaron de su confinamiento, ofreciéndose jugosos. Stefan acercó su boca a uno de ellos y lo lamió lentamente, mordió el pequeño botón rosado y aprisionó su piel cremosa entre los dedos. Ivette sujetó la cabeza de su esposo echando la suya hacia atrás, cerró los ojos y gimió.

—Mmm... qué bien sabes... eres deliciosa —murmuró su esposo.

Se desnudaron de prisa, se tumbaron de nuevo sobre la cama y sus bocas volvieron a devorarse. Ella gemía, él estaba a punto de explotar. Su esposa era tan maleable entre sus brazos que estaba seguro de que no se asustaría por nada, así que la colocó boca abajo en el colchón y elevó sus caderas, haciéndola apoyarse en sus rodillas y sus codos.

—¿Stefan? —preguntó ella sorprendida.

—Tranquila.

Su marido se introdujo despacio en ella, centímetro a centímetro, y cuando estuvo enfundado por completo, se tumbó sobre su espalda y le besó un hombro.

—Eres perfecta, mi pequeña Ivette. Cada vez que me entierro en ti es como estar en el Paraíso.

Comenzó a moverse despacio, y los gemidos de Ivette se convirtieron en pequeños aullidos de placer. Su esposa curvó su espalda dándole mejor acceso, agarró con fuerza la sábana y cerró los ojos presa de la pasión. Él se movía desesperado, hacia delante y hacia atrás, embistiendo con fuerza. La tensión se instaló en su pecho, y creció hasta que, con un gemido, se vació en su esposa, que alcanzó el orgasmo un segundo después. Stefan se dejó caer de lado en la cama arrastrándola con él. Encajó el cuerpo de su esposa en la curva de su cuerpo, y poco a poco se quedaron dormidos.

La cena de la reina fue tan suntuosa como cabía esperar. Desfilaron ante ellos más de una docena de platos, regados con burdeos y champán. Stefan observaba a su esposa a través de la mesa, sentada junto a la reina y riendo por alguno de los chistes del viejo marqués de Wellesley. Por fin sirvieron los postres: crema de almendras, la preferida de su esposa. Si se hubiesen encontrado en su propia casa estaba seguro de que habría repetido, así que más tarde se encargaría de hacer que le subieran un tazón a su alcoba.

—¡¡Ivette, no!! —gritó la reina dando un manotazo a la cuchara que su esposa estaba a punto de meterse en la boca.

La reina se llevó el tazón de Ivette a la nariz y aspiró profundamente antes de lanzarlo por los aires hasta hacerlo estallar contra la pared.

—Almendras amargas —sentenció.

Stefan se levantó de su asiento como accionado por un resorte y se acercó a abrazar a su mujer, que temblaba visiblemente afectada.

—¡¡En mi propia casa!! —gritó la reina— ¡¡Alguien se ha atrevido a envenenar a mi duquesa en mi propia casa!! Juro por Dios que averiguaré quién ha sido el responsable...¡¡Y yo misma le pegaré un tiro!! ¡¡Fuera!! ¡¡Todo el mundo fuera de mi vista!!

Victoria acompañó a la duquesa a su alcoba e hizo llamar al doctor para asegurarse de que Ivette no había sido envenenada durante la cena. Francis se acercó a Stefan seguido del conde de Well.

—Stefan, Well tiene algo que contarte. Creo que será de gran ayuda.

—Espero que sea importante, tengo que estar con mi mujer.

—Creo que tengo la información que busca, joven Devonshire. Como ya le dije en el palacio de cristal, fui amigo de su tío.

—Por Dios, hable. Estoy desesperado.

—Cuando su tío estuvo casado con la dulce Rose entraron a trabajar a su servicio tres niños, sí. Pero solo uno de ellos sobrevivió a aquel invierno. Su nombre era Connor Bradley. Trabajaba como chico de los recados.

—Muchas gracias, Well, ha sido de gran ayuda —dijo Stefan palmeándole el hombro—. Mañana mismo le daré la información a Lowell para que siga con la investigación. Y ahora, caballeros, si me disculpan...

Stefan subió los escalones de dos en dos, debatiéndose en su fuero interno entre la preocupación y el alivio. Estaba preocupado por su esposa, pero por primera vez en mucho tiempo, veía un rayo de sol aparecer entre las nubes. Ahora tenía un nombre, y por Dios que daría con ese hombre y le haría pagar el sufrimiento de su esposa.

Capítulo 30

Ivette permanecía esperando pacientemente a que el doctor llegase para examinarla. Había estado tan cerca de tomar la crema de almendras... Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¡Déjeme entrar! ¡Tengo que hablar con ella!

Los gritos de Beth se oían a través de las enormes puertas de caoba de la habitación. Christopher abrió una rendija de la misma y asomó la cabeza.

—Excelencia, la joven Beth quiere hablar con usted. ¿La dejo pasar?

—Déjala, Christopher. Así me entretengo mientras llega el doctor.

Beth entró como una exhalación en la habitación, se arrodilló junto a la cama y cogió las manos de Ivette entre las suyas. Lloraba desconsoladamente, y a Ivette se le partió el corazón al ver la culpa dibujada en su rostro.

—¡Dios mío, Ivy! ¡Por mi culpa casi mueres esta noche! ¡He sido una irresponsable! ¡No creía que la amenaza fuese tan real! ¿Podrás perdonarme?

—Levántate, Beth. Claro que te perdono, pero es cierto que has sido una irresponsable. Insoportable, además. He llegado a pensar que no te conocía en absoluto.

—Lo siento tanto... ¡Pero mi padre me dijo que si no conseguía marido por mi cuenta esta temporada me casaría con alguien de su elección!

—¡Ninguno de los pretendientes que te han cortejado era suficientemente bueno para ti! ¡No me extraña que tu padre te pusiese un ultimátum! ¿Te das cuenta de lo que has conseguido con tu capricho? Ahora tendrás que casarte con el hombre que elija la reina, y no podrás oponerte.

—Ya no me importa, lo que me importa es que casi mueres por mi culpa... y jamás me lo perdonaré.

—¡No digas bobadas! Estoy bien, ¿no es cierto? Ahora tienes que madurar, Beth, porque ningún caballero querrá por esposa a una odiosa malcriada.

—Me he convertido en una malcriada, ¿no es cierto?

—Absolutamente. Hubo veces en las que me dieron ganas de estrangularte —dijo Ivy con una sonrisa.

—Deberías haberlo hecho. Quizás ahora no estarías en esa cama.

—Estoy en esta cama porque la reina ha insistido. Y ahora deberías marcharte, el doctor está a punto de llegar.

Diez minutos más tarde entraba el doctor Douglas en la habitación. Apoyó el maletín en el tocador, se quitó la levita y se subió las mangas de la camisa hasta

los codos. Inspeccionó su boca, sus ojos y su pulso, con lo que vaticinó que el veneno solo estaba en el postre, por lo que Ivette no corría peligro alguno.

—Su majestad me ha informado de que lleva varios días indispuesta — dijo—. ¿Le duele la tripa, o solo es malestar?

—Me levanto con mareos y náuseas, como la vez anterior. Estoy segura de que solo es una indigestión debida a la infinidad de comida que he ingerido estos días en las cenas de sociedad.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo el periodo, querida?

—¿El periodo? —Ivette miró al techo, pensativa—. Ni siquiera lo recuerdo. Con tantos intentos de asesinato no me he fijado en esas cosas.

—Bien, en ese caso veamos si las molestias son por una indigestión o por un pequeño heredero haciendo de las suyas.

Tras unos minutos, el doctor cerró su maletín sonriente.

—Enhorabuena, excelencia. Va a ser usted madre.

—¿De verdad?

—De verdad. Debe bajar el ritmo, querida. Nada de bailes, ni ajeteos londinenses.

—Le alegrará saber entonces que mañana volvemos al campo, así que la tranquilidad será absoluta.

—Nada de montar a caballo. Y si siente alguna molestia o comienza a sangrar, hágame llamar de inmediato.

—De acuerdo, doctor.

—Ahora debe descansar. Han sido demasiadas emociones para una sola noche. Excelencia...

—Buenas noches, doctor. Y gracias.

Stefan entró en cuanto el médico salió de la habitación. Se sentó junto a ella en la cama, le cogió ambas manos y se las besó.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansada... muy cansada. Beth ha estado aquí pidiéndome disculpas por su comportamiento. Creo que el susto de esta noche le servirá para centrarse y darse cuenta de que la vida no es de color rosa.

—Me alegro por ella. ¿Qué te ha dicho el doctor? ¿Estás bien?

—Me ha prohibido ir a fiestas y montar a caballo.

—¿A caballo? ¿Por qué?

—Al parecer, ya sabe la causa de mi malestar y mi cansancio.

—Ivette, por Dios, no le des más vueltas. Me estás asustando.

—No temas, mi amor, el causante de todos mis males tiene un nombre. Bueno, nombre aún no, pero desde luego es todo un Cavendish.

—¿Cavendish? ¿Estás embarazada?

—Sí, mi amor. Por fin voy a darte un heredero.

—¡Dios, Ivy!

Stefan la apretó contra su cuerpo y enterró la cara en su cabello. Permaneció así largo rato, y cuando se separó de ella, Ivette se dio cuenta de que tenía los ojos anegados en lágrimas. Stefan puso sus manos a ambos lados de la aún plana barriga de Ivette, y besó con adoración cada centímetro del espacio que en breve ocuparía su hijo.

—¿Estás contento? —preguntó ella con una sonrisa.

—¿En serio lo preguntas? Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo, mi amor. Ya estoy deseando sostenerla entre mis brazos.

—¿Sostenerla?

—Por supuesto, porque será una preciosa niña como su madre.

—¿En serio? Pues yo creo que será un diablillo como su padre.

Esa noche, ninguno de los condes consiguió conciliar el sueño. Stefan permanecía horas después acariciando distraídamente la barriga de Ivette, y ella recorría su brazo con las yemas de los dedos. Cuando Stefan había llegado a la habitación, pensaba contarle lo que habían descubierto, pero la alegría de ser padre le había hecho olvidar las nuevas noticias.

—Ivy, ¿estás dormida? —susurró.

—Te estoy acariciando, ¿tú qué crees?

—Hoy he descubierto algo sobre el hijo de mi tío. El conde de Well era su amigo, así que conocía a todos los sirvientes de la casa.

—¿Y bien? ¿Qué has descubierto?

—De todos los niños que mi tío tuvo trabajando para él ese año, solo uno consiguió sobrevivir a ese invierno. Su nombre es Connor Bradley.

—¿Estás seguro?

—El conde está muy seguro. Mañana antes de marcharnos pasaré por Scotland Yard para informar a Lowell. Pronto se habrá acabado, mi amor. Te lo prometo.

A la mañana siguiente, los duques de Devonshire partían hacia su casa de campo. Aunque cuando viajaron a Londres Christopher y Samuel lo hicieron con ellos, en el viaje de vuelta Stefan lo dispuso todo para ir solo con su esposa en el carruaje. La noche anterior Ivette se había quedado dormida de inmediato tras contarle las novedades, y él necesitaba sentir a su mujer tan a menudo como fuese posible antes de que engordara y no pudiese acercarse a ella.

Cuando llegaron a Scotland Yard, Stefan entró en la comisaría mientras ella estiraba un poco las piernas junto al carruaje. Joseph Paxton se acercó a ella y la saludó con una reverencia.

—Excelencia, es un placer volver a verla. ¿Qué hace aquí? ¿Algún robo doméstico?

—¡Oh, no, señor Paxton! Mi esposo ha entrado a despedirse de un buen

amigo suyo, eso es todo. ¿Y a usted cómo le va?

—De maravilla, debo admitir. La reina me ha nombrado par del reino, así que he pasado de ser el señor Paxton a Lord Paxton.

—¿De veras? ¡Cuánto me alegro por usted! Todo trabajo bien hecho tiene su recompensa, como ha podido comprobar.

—Muy cierto, excelencia. ¿Vuelven a Kent tan pronto? No he podido evitar fijarme en su equipaje.

—Eso me temo, mi estado no me permite asistir a más bailes.

—¿Su estado?

—Así es, milord. Estoy embarazada.

—Mi más sincera enhorabuena para ambos, entonces. Si me disculpa, tengo que marcharme. Tengo unos asuntos que atender. Ha sido un placer haberla visto, excelencia.

—Lo mismo digo, lord Paxton.

Stefan se acercó a ella cuando Paxton ya cruzaba la calle.

—¿Ese era Paxton? —preguntó besándola en la frente.

—Así es, la reina le ha nombrado par del reino.

—Lo sé, Alberto me lo comentó. ¿Qué quería?

—Nada. Pasaba por aquí y se paró a saludar. Eso es todo.

—Bien, pues vámonos ya.

—Aunque no te lo creas, estoy deseando llegar a casa. Estoy muerta de cansancio y necesito una siesta.

—¿En serio? Y yo que tenía pensado seducirte en el camino...

—He dicho una siesta cuando llegue a casa, Stefan. Por el camino puedes hacer conmigo lo que quieras.

Capítulo 31

La vida en el campo estaba siendo deliciosamente tranquila. Ivette pasaba todo el día durmiendo, puesto que se mantenía despierta gran parte de la noche gracias a los insoportables ardores que sentía. El doctor Douglas le había dicho que eso era a causa de su embarazo, así que le quedaban aún unos meses de calvario.

Llevaban en *Lifford Manor* cerca de un mes, y Connor Bradford no se había atrevido a atacarles de nuevo. Por otro lado, las investigaciones de Henry Lowell estaban estancadas. No habían encontrado ni rastro de Connor Bradford. No había constancia de nadie con ese nombre que viviese en Inglaterra. Si ese hombre había desaparecido del país, ¿quién estaba detrás de los tres intentos de asesinato? Ivette cada vez dudaba más de que fuese D'Arcy. El conde había vuelto a sus actividades licenciosas y las pocas veces que se había cruzado con él en Londres había sido correcto y formal.

Stefan daba vueltas y más vueltas a los datos que poseían. Habían encontrado a varias personas que habían trabajado para su tío, pero ninguna de ellas supo decirles nada del paradero de Bradford. Stefan necesitaba respuestas, y el no obtenerlas le tenía la mayor parte del tiempo con un humor de perros.

En las ocasiones en las que su mal humor llegaba a la cumbre, Ivette había optado por permanecer callada y atraerle a su alcoba, donde le hacía entrar en razón con sus recién adquiridas armas de mujer. La noche anterior había sido una de esas ocasiones. Su marido gritó a tantos sirvientes durante la cena que temió que la siguiente en su lista fuese ella.

—Voy a retirarme —dijo soltando la servilleta en la mesa—, estoy cansada. ¿Me acompañas?

—Dame un minuto.

Ivette esperó pacientemente durante dos horas enteras, completamente desnuda, a que su marido se dignase a aparecer en su habitación. De no ser por las mantas que cubrían su cama, en esos momentos estaría convertida en un témpano de hielo, pero bien merecía la pena la espera con tal de que su marido cambiase de humor.

Cuando Stefan se sentó en la cama para quitarse las botas, ella se puso de rodillas detrás de él y le pasó los brazos por el cuello. Comenzó a besarle en el punto en el que le latía el pulso mientras introducía sus manos por la abertura de la camisa.

—Has tardado demasiado —susurró.

—Si llego a saber lo que me esperaba habría venido mucho antes.

Su marido la tumbó en la cama y dedicó horas enteras a lamerla desde los pies hasta la cabeza, sin dejar ni un solo centímetro de piel sin atención. La hizo llegar a la cima en incontables ocasiones antes de desnudarse por completo y clavarse en ella con fuerza. Ivette había descubierto que cuando su marido estaba enfadado, el sexo era rudo, desenfrenado... y muy excitante. Cayeron saciados sobre la alfombra al amanecer, cuando los primeros rayos del alba asomaron por las cortinas entreabiertas. Durmieron hasta cerca del mediodía, y posiblemente más tarde pasarían por el campo o jugarían al ajedrez, como si sus vidas no estuvieran en peligro.

Stefan se acercó en ese momento a su esposa, que miraba pensativa por la ventana.

—Mi amor, tengo que ir a Londres. Lowell me ha mandado un mensaje. Dice que es urgente.

—Quizás ha descubierto algo sobre Connor Bradford.

—Eso espero. Estoy cansado de todo esto. Volveré mañana mismo. ¿Estarás bien?

—Por supuesto que sí, Stefan. Estoy bien protegida. Quédate tranquilo y ve a ver qué quiere Lowell. Te esperaré impaciente.

—¿Solo impaciente? Tengo una idea mejor... espérame desnuda y en la cama.

—Desde que estoy embarazada te has vuelto un depravado.

—Desde que estás embarazada estás más deseable de lo normal, Ivy. Soy incapaz de controlarme.

Besó a su esposa con pasión y se marchó. Ivette pasó gran parte del día durmiendo, cenó temprano y se fue a la cama. A medianoche, un ruido en la planta de abajo captó su atención. Se puso una bata, cogió la pistola que su marido guardaba en la mesilla y bajó descalza los escalones. Años de espiar a D'Arcy y Margaret le habían enseñado a ser silenciosa como una pluma.

Ahogó un grito cuando vio a Christopher tumbado sin vida al final de las escaleras, con la garganta abierta en canal. Se apretó contra la pared para seguir el sonido del forcejeo que oyó en el salón. Lo primero que vio fue a Samuel cayendo sin vida sobre la alfombra. Cuando levantó la vista y vio a su asesino, la sorpresa la dejó lo suficientemente aturdida como para que un segundo asaltante la agarrara por detrás y la hiciese soltar la pistola con un gemido.

—Vaya, vaya, la gatita tiene agallas. No te imaginas lo que me voy a divertir contigo, cariño —dijo en su oído.

—Cierra el pico y vámonos —protestó el segundo—. Este no tardará mucho en morir. Debemos darnos prisa. Tengo una casa de campo cerca de aquí. La llevaremos allí hasta que consiga librarme de su marido. Luego podrás hacer con

ella lo que quieras.

Ivette quería gritar, pero le habían metido un pañuelo en la boca. ¿Cómo habían estado tan ciegos? ¿Cómo no se les había ocurrido pensar que el culpable estaba más cerca de lo que podían imaginar?

Stefan llegó cansado a casa de su hermano. Quería averiguar qué era aquello tan importante como para hacerle aparecer en persona en comisaría, pero antes tendría que refrescarse y comer algo, estaba famélico. Su hermano le recibió con un gran plato de asado de venado y una copa de whisky.

—¿Dónde has dejado a Ivette? Esperaba verla llegar contigo —preguntó cuando había dado buena cuenta del asado.

—El embarazo la tiene exhausta, y he preferido dejarla en casa descansando.

—La habrás dejado protegida, al menos.

—¿Por quién me tomas? Está con mis dos hombres de confianza, hombres bien entrenados, debo añadir. Me marchó, quiero averiguar cuanto antes qué demonios quiere Lowell.

—Te acompaño. Me aburro enormemente en esta casa. Llevo una semana sin nada que hacer y voy a volverme loco.

—Ya te dije que una esposa no te deja tiempo para el aburrimiento, hermano. Te lo recomiendo.

—No hay dos mujeres como la tuya, Stef. No voy a arriesgarme a que una arpía me haga la vida imposible.

Llegaron a Scotland Yard media hora después. Henry los hizo pasar a su despacho en cuanto les vio llegar.

—Ya sé dónde está Connor Bradford. El muy canalla había escondido bien su rastro, pero no hay nada que se le escape a mis agentes. No conseguíamos encontrarle porque ya no se llama Connor, se cambió el nombre en cuanto tuvo la mayoría de edad. Estaba mucho más cerca de lo que creíamos. Mis agentes están buscándole.

—¿Quieres decirme quién demonios es, Henry?

—El hijo ilegítimo de tu tío Joseph no es otro que su jardinero, Joseph Paxton.

En cuanto oyó ese nombre, un mal presentimiento le recorrió la espina dorsal. Se puso de pie de un salto y se dirigió a la puerta.

—Debo volver con Ivette.

Cogió su caballo y recorrió los caminos como alma que lleva el diablo, sin pararse a descansar o a dar de beber al pobre animal. Necesitaba ver a Ivette, tenerla entre sus brazos y saber que se encontraba a salvo. Necesitaba saber que ese malnacido no se había atrevido a tocar a su mujer. Su hermano le siguió por miedo

a que cometiese una locura, porque si su esposa no estaba tal y como él la había dejado, estaba seguro de que su hermano desataría el Infierno en la tierra.

Cuando llegaron a Kent de madrugada, un silencio sepulcral les dio la bienvenida. “Estarán durmiendo”, pensó Stefan, pero en su fuero interno sabía que algo no andaba bien. Cuando se acercó a la casa se dio cuenta de que la puerta estaba abierta de par en par. El cuerpo inerte de Christopher le dejó sin respiración, pero al encontrar a Samuel también sin vida, Stefan perdió el color, y la ansiedad de encontrar a Ivette se instaló en su alma.

Llamó a su mujer a voces por las escaleras, la buscó en cada rincón, en cada recoveco, pero no halló ni rastro de ella. Un quejido en el armario de la limpieza atrajo la atención de Anthony, que lo abrió pistola en mano para encontrar a una Sophie aterrada.

—¡Oh, Dios mío, excelencia! —gritó la joven cogiendo las manos de Stefan—
¡Se la ha llevado! ¡Mi pobre señora! ¡Ese desgraciado se la ha llevado!

—Tranquila, Sophie. La vamos a encontrar. Cogemos a Paxton y...

—¿Paxton? ¡No es Paxton quien la tiene! ¡Fue D’Arcy!

—¡Le mataré! ¡Juro por Dios que le mataré!

—Hermano —dijo Anthony desde la puerta del salón—. Creo que deberías venir a ver esto.

Allí, escrito en la pared con la sangre de sus hombres, encontró unas instrucciones.

*Ven solo a Hearst court, o tu esposa morirá. Tienes hasta mañana a medio día.
Paxton.*

Su hermano le dio un apretón en el hombro al ver que Stefan apretaba los puños hasta hacerse sangre en las palmas con sus uñas.

—Tranquilo, Stef. La salvaremos.

—Debo hacerlo solo.

—¿Estás loco? ¿Crees que voy a permitir que vayas al Infierno tú solo?

—Tengo que hacerlo, Anthony. No tengo opción. Si me ven llegar con ayuda la matarán.

—¡No puedes ir solo! ¡Si lo haces os matarán a los dos! ¡Ya has oído a Sophie, Paxton tiene la ayuda de D’Arcy!

—¿Crees que mi vida me importa algo si no la tengo a ella? ¿Crees que podría vivir sabiendo que mi mujer ha muerto por mi culpa?

—De acuerdo, te dejaré ir solo. Pero no creas que no voy a seguirte, hermano. Te seguiré con ayuda aunque eso sea lo último que haga. Ya es bastante duro haber perdido a nuestro padre, Stefan. No pienso perder a mi hermano.

Stefan cogió un caballo y galopó como alma que lleva el diablo hasta *Hearst*

Court, la pequeña casa de campo que el anterior duque había usado como refugio de caza y que legó a su jardinero cuando murió. Si su tío hubiera sabido para qué iba a usarla ese degenerado, la habría quemado hasta los cimientos.

Esperaba llegar a tiempo... la maldita casa estaba a casi un día de camino. Si ese malnacido se atrevía a tocar a su Ivette... más le valía rezar, porque le despedazaría con sus propias manos.

Capítulo 32

Ivette permanecía mirando por la ventana lo que a ella le parecieron siglos, deseando ver a su esposo llegar con la guardia de Scotland Yard para salvarla. D'Arcy estaba completamente loco. ¡La había obligado a ponerse un vestido de novia! ¡Pensaba llevarla a Gretna Green cuando Paxton matase a Stefan!

Paxton... ese desgraciado... ¡Con qué facilidad le había sonsacado hacia dónde se dirigían! Había sabido ocultar muy bien su rastro, de eso no cabía duda. ¿Pero cómo se había aliado con D'Arcy? Un loco suelto era peligroso, pero dos unidos... Sintió frío y se abrazó con ambos brazos. Si conseguían asesinar a su esposo, nada tendría sentido para ella, y bien valía que acabasen con su vida también, porque no pensaba descansar hasta hacerles pagar por ello.

D'Arcy entró en ese momento en la habitación con una bandeja con comida.

—Aquí tienes, mi amor. Come.

—Ni lo sueñes —replicó ella sin dignarse a mirarle.

No vio venir la bofetada que le asestó, ni tampoco el golpe de la correa que llevaba en la mano.

—¡He dicho que comas! ¿Crees que a mí podrás manejarme igual que al pelele de tu marido? Aprenderás a golpes, como todas las mujeres deben aprender. Cuando vuelva quiero ver el plato vacío, o pagarás las consecuencias.

Dicho esto, salió de la habitación dando un portazo. El ruido del pestillo al cerrarse fue como un mazazo en su estómago. Ivette se acercó al plato y comió obediente. Tenía que pensar en su pequeño, si ese desgraciado le daba un mal golpe podía terminar por perderlo. Una vez comió el asado rancio y el queso que había en el plato, se tumbó en la cama y lloró.

—¿Qué demonios has hecho? —oyó decir a Paxton.

—Enseñarle disciplina, eso es lo que he hecho.

—¿Te has vuelto loco? ¡Si Devonshire le ve un solo rasguño a su esposa no firmará los malditos papeles! ¡Como vuelvas a tocarla te pegaré un tiro!

—¡Que no se te olvide de quién es la zorra! Siempre ha sido mía. ¡Siempre!

—¡Calla esa maldita boca y obedece! Cuando el ducado sea mío y asesine a ese desgraciado, podrás hacer lo que te venga en gana con ella, ¡pero mientras tanto la tratarás con delicadeza!

Ivette se sentó en la cama con determinación. Si ella podía quitar a un degenerado de en medio, por Dios que lo iba a conseguir. Solo tenía que hacer enfadar a D'Arcy y tener cuidado de que no la golpease en la tripa.

Media hora después su carcelero entró en la habitación seguido de cuatro sirvientes que acarreaban una gran bañera.

— Veo que te lo has comido todo. Muy bien, querida. Así me gusta.

— He comido porque tenía hambre, no por darte el capricho.

— Te he preparado un baño, después del ajetreado viaje supongo que necesitarás asearte un poco.

— Estoy perfectamente, gracias. No voy a bañarme en esa bañera mugrienta.

— Ivette... no me hagas volver a golpearte. No es agradable para ninguno de los dos.

— Por mí puedes irte al Infierno. No quiero nada que venga de ti.

— ¡Maldita sea! ¡Haz lo que te digo!

— ¡No me da la gana! ¡Báñate tú, que das asco! ¡Me dan ganas de vomitar solo con mirarte!

El conde levantó la mano para golpearla, e Ivette cerró los ojos esperando el golpe, pero el desgraciado bajó la mano riéndose.

— Así que quieres que te golpee... Eres muy lista, querida, pero te aseguro que no pienso caer en tu juego. Has oído a mi socio y quieres ponerle en mi contra, ¿no es así? Pero no te lo voy a permitir. Si no quieres bañarte no lo hagas, allá tú. Pero cuando tu querido esposo esté desangrándose en el suelo te daré tal paliza que desearás haberme obedecido.

— ¡Si le pones un dedo encima a Stefan te mataré! ¡Juro por Dios que te despedazaré con mis propias manos!

Ivette se lanzó sobre D'Arcy y le arañó la cara con las uñas afiladas. El conde la lanzó contra la pared de un empujón, y ella simuló haber perdido la consciencia.

— ¡Mira lo que me has hecho hacer, maldita sea! —gritó D'Arcy— ¡¿No puedes ser obediente?!

— ¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Paxton entrando en la habitación.

Cuando vio a Ivette tirada en el suelo, corrió a su lado y la levantó en brazos para llevarla a la cama.

— ¡¿Qué has hecho, desgraciado?! ¡Está embarazada!

— ¿Embarazada? ¿Cómo que está embarazada? ¡No me dijiste que la había dejado preñada, estúpido! No importa, conseguiré que pierda al bebé, y...

— ¡No te atrevas a tocarla! ¡Si pierde al bebé todo esto no habrá servido para nada!

— La quieres para ti, ¿no es cierto? ¡Me estás engañando y quieres quedártela para ti!

Paxton encañonó su pistola y apuntó a D'Arcy en la sien.

— Recuerda quién manda aquí, D'Arcy. ¡Deja de decir sandeces y ponte a

trabajar!

El conde salió de la habitación maldiciendo por lo bajo, y Paxton se acercó a examinar a Ivette. Ella simuló entonces despertarse, y él acarició su mejilla con ternura.

—Siento que ese desgraciado la haya lastimado, excelencia. No era esa mi intención. Le prometo que jamás volverá a tocarla. Descanse un poco. Muy pronto todo esto habrá acabado.

Ivette se quedó pensativa por un minuto. ¿Qué demonios pasaba aquí? Él había intentado asesinarla en tres ocasiones, ¿por qué se preocupaba tanto por su bienestar? Ese pensamiento quedó grabado en su mente mucho tiempo después, cuando vio a un jinete solitario acercarse por el camino.

—¡No, maldita sea, Stefan! —gimió— ¿Por qué has venido solo? ¡Conseguirás que te maten!

Buscó por toda la habitación algún objeto que pudiese utilizar como arma. Si su marido había aparecido solo, bien sabía Dios que necesitaría toda la ayuda posible para que ambos pudiesen salir de allí sanos y salvos.

Stefan llegó a *Hearst Court* cuando el sol comenzaba a despertar. Había llegado por poco, y debido a que cambió de caballo en una posada a mitad de camino. Saltó de su montura y se encaminó hacia la puerta de la casa. Golpeó con furia, una y otra vez, y un mayordomo asustado abrió la puerta.

—Excelencia... le... le esperan —miró a ambos lados de la calle—. ¡No debería haber venido solo, planean asesinarle!

—¿Está aquí por propia voluntad?

—¡Por supuesto que no! ¡Ese malnacido amenazó con asesinar a toda mi familia si no le servía! ¡No tuve opción!

—Márchese. Monte en mi caballo y huya.

—Pero excelencia...

—Hágalo.

El mayordomo huyó como alma que lleva el diablo, y Stefan subió silencioso a la planta superior. Observó sin ser visto la habitación donde se encontraba Paxton, que el único hombre que le acompañaba era D'Arcy... pero no había ni rastro de Ivette. ¿Dónde demonios la tenían escondida? Registró cada habitación, cada armario y cada recoveco, sin éxito. Solo le quedaba una opción: la puerta que había visto en el salón en el que se encontraban sus carceleros.

Entró con paso decidido en la estancia, aparentemente desarmado, y con los brazos en alto.

—Aquí me tienes, Paxton. Ahora deja libre a mi esposa.

—¿Cómo demonios has entrado? —preguntó alterado el aludido.

—La puerta estaba abierta.

—¡Mientes! ¿Qué has hecho con mi mayordomo?

—Parece que tu mayordomo no estaba demasiado contento con su salario, porque no había nadie para atender a la puerta.

—Tú —dijo a D'Arcy—, ve a ver si ha venido acompañado.

—He venido solo, y quiero ver a mi mujer. Ahora.

Tras cerciorarse de que Stefan había ido solo, D'Arcy entró en la habitación de al lado y pocos minutos después apareció arrastrando a Ivette tras de sí. Estaba muy sucia, y su mejilla había adquirido un tono violáceo.

—¡Ivette! Ivette, mi amor, ¿estás bien?

—¡Huye, Stefan! ¡Te matarán!

—Tranquila, todo va a salir bien. Te lo prometo.

Paxton comenzó a aplaudir con desgana. Se sentó de nuevo en la silla y cruzó las piernas, observando el intercambio de la pareja.

—Cualquiera diría que fue un matrimonio por amor, Devonshire. Si no supiese que te obligaron a casarte me habrías engañado.

—¿En serio crees eso? Sinceramente, eres el único que aún no se ha enterado de que me casé con Ivette porque estaba enamorado de ella. No tenía por qué cumplir con el compromiso, Paxton. Tu padre lo firmó, no yo. Si lo hubiese roto, nadie me habría condenado.

—Así que por fin has descubierto mi identidad... Veo que no eres tan tonto como creía.

—Debo reconocer que el mérito es de mi mujer. Encontró un diario de mi tía Rose en el que hablaba de ti.

—¿Un diario? Registré toda la casa y no encontré nada.

—Eso es porque solo una mujer sería capaz de encontrar el escondite de otra, Joseph. ¿O debería llamarte Connor?

—¡No vuelvas a decir ese nombre! ¡Soy Joseph Cavendish! ¡El legítimo heredero del ducado! ¡Me has robado lo que es mío!

—Tiene que ser muy duro desvivirse por conseguir un título, para que luego sea otro quien se lo lleve, ¿no es cierto, Paxton?

—Sacrifiqué mi vida porque mi padre estuviera orgulloso de mí. Estudié a escondidas, ¡incluso me ofrecí a construir ese maldito palacio! ¿Y todo para qué? ¡Para obtener una destartalada casa en el campo! ¡Me merecía mucho más que eso! ¡Merecía el título!

—Paxton... no aprenderás nunca, ¿verdad? ¿Desde cuándo el hijo de una meretriz ha podido ser duque?

—¡Te mataré!

—¡Vamos hazlo! ¿Crees que el título será tuyo si lo haces? ¡Tengo un heredero, Paxton! ¿Acaso crees que la reina dejaría algo al azar?

—¡Pues también le mataré! ¡Les mataré a todos!

—¿Igual que hiciste con todas las esposas de mi tío? Fuiste muy inteligente, eso te lo concedo. Terminaste con todas antes de que pudiesen engendrar a un heredero, ¿no es cierto?

—¡Por supuesto que sí! Las envenené a todas poco a poco. El envenenamiento con cicuta en pequeñas cantidades es lento, pero igual de eficaz e imposible de detectar. Vómitos, diarreas, náuseas... los síntomas clásicos de una indigestión. Fue muy sencillo acabar con todas ellas. Lo único que necesité fue paciencia. Las estúpidas fueron tomadas por locas y yo quedé impune.

—¿Y por qué Ivette? El duque soy yo, ¿por qué arriesgarse a matar a la primera dama de la reina?

—¡Porque podía llevar a tu heredero en su vientre! Debía matarla a ella primero, así todo sería mucho más fácil. Pero fallé. ¡Las tres malditas veces fallé! Ahora tendré que mataros a los dos a la vez.

—¿Y qué harás después, Joseph? La reina te matará con sus propias manos. Sabes que no permitirá que continúes viviendo si nos matas. Estás acabado, Joseph. Devuélveme a mi esposa y dejaré que huyas. Puedes viajar a América y empezar una nueva vida allí.

—¡Ni lo sueñes! Sabéis demasiado como para dejaros vivir. Despidete de tu dama, Devonshire.

El sonido de un disparo heló la sangre de Ivette, pero mantuvo la sangre fría suficiente como para golpear a D'Arcy con el candelabro que llevaba escondido bajo la falda, haciéndole caer sin sentido. Paxton también cayó al suelo, con una herida de bala en la sien. Ambos se volvieron lentamente para encontrar a Anthony con el arma aún humeante apuntando a Paxton, y la mirada fija en el cadáver.

—Nadie se atreverá a tocar a mi hermano mientras yo viva. ¡Nadie!

Stefan corrió hacia su esposa y la abrazó con fuerza.

—Mi amor, ¿estás bien? ¿Te ha hecho algo ese desgraciado?

—Estoy bien, estoy bien. No me ha hecho nada.

Stefan acarició su mejilla magullada con el ceño fruncido.

—Fue D'Arcy, me abofeteó por no querer obedecerle.

—Le mataré.

Su hermano se acercó en ese momento hacia ellos para asegurarse de que ambos estaban sanos y salvos.

—Creo que no podrás tener ese privilegio, amigo mío —dijo Francis—. La reina le quiere vivo.

—¿Fran? ¿Tú también?

—¿Acaso creías que íbamos a dejarte enfrentarte a esto solo? —dijo su cuñado Andrew desde la puerta—. Estamos todos aquí.

Cuando salieron a la calle, Stefan comprobó con satisfacción que todos sus amigos estaban esperándole: George Nesbit, Henry Lowell, y hasta el tío James.

—Stefan —susurró Ivette cuando estuvieron dentro del carruaje que les llevaría a casa—. ¿Es verdad lo que le dijiste a Paxton? ¿Te casaste conmigo porque me querías y no por obligación?

—Mi amor... en cuanto vi tu retrato supe que serías la mujer de mi vida. No tuve otra opción que no fuera amarte.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¿Acaso no te ha quedado lo suficientemente claro con mis actos? En cada beso, Ivy, en cada caricia te he dicho lo enamorado que estoy de ti.

—¡Oh, Stefan! Yo también te amo.

—Lo sé, pequeña. Lo sé.

Epílogo

El duque de Devonshire daba vueltas en el salón, terriblemente preocupado. Su esposa permanecía en su habitación, trayendo al mundo a su hijo a pesar de que aún faltaban varias semanas para que saliese de cuentas. James Graham estaba sentado con sus mejores galas en el diván, bebiendo whisky y riendo entre dientes.

—Estoy gafado, por Dios que estoy gafado. Para una mujer con la que quiero casarme y Dios no hace más que ponerme trabas.

—¡Pero si ya estás casado! —rió Andrew— No sé de qué te quejas.

—Eso es cierto, al menos mi condenada sobrina ha esperado a que Mary me dé el “sí, quiero”. Si llega a ponerse de parto cinco minutos antes la habría asesinado.

—No seas melodramático, James —intervino Anthony, sentado en el filo de la ventana—, no te ha costado tanto esfuerzo convencer a nuestra madre para que se casase contigo.

—¿Ah, no? Lleva una maldita semana cambiando de opinión a cada momento. Me aterraba dejarla sola porque cada vez que nos separábamos me mandaba una misiva para decirme que no podía casarse conmigo. Ha sido un auténtico infierno.

—¿Si? Pues espera a tener un hijo —dijo Stefan—. Cuando estés en mi situación seré yo quien se ría de ti.

—No me he reído de ti, muchacho. Solo te he dicho que te estás comportando como una mujer con tanto paseo.

—Por eso yo no pienso casarme nunca —dijo Francis—. Nombraré como mi heredero a alguno de mis sobrinos y disfrutaré enormemente de la vida.

El príncipe Alberto no dijo nada, solo bebió un trago de su copa y sonrió. Su esposa estaba desesperada por encontrar al marido perfecto para una debutante malcriada, y él acababa de encontrarlo. En cuanto se quedara a solas con ella le propondría su plan...

Ivette se debatía entre las contracciones y los remordimientos de haberle fastidiado la boda a su suegra con su tío James. Como bien había previsto meses atrás, ambos habían trabado una bonita amistad en el picnic de Kent, y esa amistad había derivado en amor. Su tío cortejó a su suegra como todo un galán. Le llevaba flores cada tarde, la invitaba a pasear por Hyde Park o la llevaba al teatro y a la

ópera. Por las noches se amaban como dos locos enamorados, sin tener en cuenta a la sociedad ni a sus normas morales.

Dos meses atrás la reina les había hecho llamar a la corte, cansada de que Stefan y Anthony se quejasen de su comportamiento irresponsable.

—Os he hecho venir porque estoy cansada de recibir quejas sobre vuestro comportamiento licencioso. No niego que tenéis edad suficiente para ser amantes, pero exijo que seáis más discretos al respecto.

—¡Por todos los santos! ¿Amantes? —protestó James— ¡Mary no es mi amante! ¡Jamás le faltaría al respeto de esa manera!

—¿Ah, no? —preguntó la reina aguantando la sonrisa— Tengo entendido que pasas la mayoría de las noches retozando en su cama. Y que yo sepa no estáis casados, ¿o sí?

—¡Es ella la que no quiere casarse conmigo, majestad! Se lo he propuesto ya tres veces, y siempre me dice que no.

—¿Es eso cierto, Mary? —preguntó la reina mirando a la aludida.

—¡No he dicho que no quiera casarme con él! Nada me gustaría más que eso. ¡Pero es demasiado pronto! ¿Qué dirían mis hijos?

—Tus hijos estarían más que contentos por verte de nuevo feliz, Mary. De hecho han sido ellos quienes me han pedido que intervenga en esta disputa. En vistas de que no sois capaces de entenderos, os prohíbo que volváis a veros. Así no pondréis de nuevo en peligro vuestra reputación.

—¡No, alteza, por favor! —suplicó Mary— ¡No soportaría estar alejada de él!

—Pues la solución es bien sencilla, Mary —dijo Alberto, que se estaba divirtiendo sobradamente con el asunto.

—Está bien, majestad. Me casaré con él —accedió por fin Mary.

—Bien, en ese caso, os quiero casados dentro de dos meses.

Ahora que por fin habían conseguido que ambos se hubiesen convertido en marido y mujer, ella les estropeaba la celebración poniéndose de parto.

—Lo siento tanto, Mary...

—¡Por Dios, Ivette! No tienes nada que sentir. Mi nieto no puede esperar más a salir al mundo, y al menos ha esperado a que nos casemos.

—En realidad lleva horas intentándolo —gimió Ivette recorrida por una contracción.

—¿Y por qué demonios no lo dijiste? —espetó la reina.

—¿Y darle a mamá otra excusa para huir de James? Yo habría hecho lo mismo —contestó Sarah.

El doctor llegó en ese momento y comenzó a hacer aspavientos para sacar a las mujeres de la habitación.

—Hay demasiada gente y necesito un poco de espacio, señoras. Si hacen el favor de esperar fuera...

—¿Te atreves a echarme, Douglas? —sonrió la reina.

—Por supuesto que sí, Victoria. Puedes ser la reina, pero ella es mi paciente y necesita tranquilidad.

Dos horas después, Ivette sostenía entre sus brazos a Mary Eloise Cavendish... y a su ruidoso hermano, Christopher Samuel Cavendish, heredero del duque de Devonshire. Cuando el doctor hizo llamar al duque, Stefan subió las escaleras de tres en tres y entró en la habitación como una exhalación. Al ver a su esposa con dos bebés, sonrió sorprendido, se acercó a ella y la besó con ternura.

—Ahora entiendo el tamaño de tu tripa. Todo tienes que hacerlo a lo grande, ¿eh, mi amor?

—Tú querías una hija, y yo quería a tu heredero. Hemos matado dos pájaros de un tiro. Son tan perfectos Stefan...

—Cierto —dijo cogiendo a su hija de los brazos de su madre—. Es igualita a ti, mi amor.

El duque besó la cabecita de su hija y la acostó con cuidado en la cuna. Después se acercó a su mujer y cogió al pequeño de rizos pelirrojos y le acunó hasta que se quedó completamente dormido.

—Y él es igual a su padre —susurró Ivette—. Un truhán encantador.

FIN

Un amor Muy conveniente
Brianne Miller

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Abril 2017
Título original: Un amor muy conveniente
© 2017 Brianne Miller
Diseño de Portada: Gema Millanes
Maquetación: Gema Millanes
Imágenes de portada: razoomanetu-Fotolia
ISBN-13: 978-1545365595
ISBN-10: 1545365598

INDICE

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo